

A la costa

Disparates y caricaturas

PROLOGO

LUIS A. MARTÌNEZ

Galo Rene Pérez.

No me resisto a pensar en Antonio Machado al describir el caso presente. Porque la severa adustez con que él dio referencias de si mismo a un editor que se las había solicitado, en 1917, se asemeja a la parquedad empleada por Luis Martínez, ocho años antes, al responder también a un requerimiento sobre sus antecedentes personales. Jamás hubo relación alguna -quizá ni de conocimiento siquiera- entre el autor español y el novelista ecuatoriano. De igual manera, lo que vivió el primero, y lo que escribió como poeta o pensador, no tienen nada que ver con el tipo de experiencias humanas del otro, ni con sus apuntes costumbristas y su literatura narrativa. Tampoco las dimensiones de la celebridad de cada uno de ellos -tan excepcionales en don Antonio- son para aproximarles con alguna precisión. Debería decirse, más bien, que sobran los motivos de disimilitud o disyunción entre los dos. Y, con todo, el recordar aquel a esa gran figura de España, cediendo a una irresistible tentación comparativa, no es seña de arbitrariedad ni capricho. Lo es, en cambio, de convencimiento sobre la identidad de conducta austera con que ambos esbozaron sus confesiones propias, para satisfacción de la siempre inextinta curiosidad pública. Sus casos se enlaza, pues, naturalmente en este aspecto. Y sirven, además, para que se enaltezca, a través de dos raros ejemplos, la virtud extremada de castigar engreimientos y nimiedades cuando se habla de uno mismo. Antonio Machado estaba en los cuarenta y dos años cuando reducía a poquísimas líneas su historia fecunda. Luis Martínez había llegado a los cuarenta de edad al proceder en igual forma, por los rigores de su propio temperamento.

Pero cabe aclarar que este intento de parangón resulta apenas un buen modo de comenzar unas cuantas observaciones sobre Martínez, fundador indiscutido del realismo en la novelística del Ecuador, y por lo tanto se debe tomarlo simplemente

como lo que es: una recomendación de la índole honrada, más notoria por lo cortante, con que supo aludir a sus hechos personales y a sus trabajos. Desde luego, se muestran tan fieles y reveladoras sus frases de confesión, que en su brevedad misma uno cree sentir vivo y expresivo el carácter de él. Ni más ni menos que si se lo advirtiera en los enérgicos trazos de un autorretrato. De ahí la necesidad de reproducir dichas referencias como punto de arranque de la explicación sobre lo que alcanzaron a ser este autor y su obra. Léase pues lo que ha confesado Martínez:

<<¿Biografía? Bien corta. Tengo cuarenta años y he vivido ya sesenta, como la mayoría de los mortales. Un cuarto de siglo he luchado furiosamente par la vida. Lo he sido todo, desde peón y jardinero hasta gerente de grandes explotaciones agrícolas e industriales. Desde Teniente Político de la más miserable parroquia, hasta Ministro de Estado, cazador, ascensionista, pintor, escritor, etc. La pobreza y las contrariedades no me asustaron nunca; la prosperidad y los honores no me orgullecieron jamás. Cuerpo de acero y ánimo bien templado, fueron el secreto de mis éxitos. El rasgo dominante de mi carácter, la independencia, salvaje alguna vez. Y, además, amor entrañable a la naturaleza, al arte, a la Patria, a esta última sobre todo, tanto, tanto, que apagó a veces lo más querido de mi alma. Dos grandes crisis, la pérdida de mi esposa, ángel guardián mío, y la ruina de mi salud, han echado al suelo toda mi fuerza, matado mi fe en todo y hecho de un hombre, en la flor de la vida, un valetudinario misántropo y casi nihilista. ¿Algo sobre arte? No pertenezca a ninguna escuela, soy profundamente realista, y pinto la Naturaleza como es y no como enseñan los convencionalismos.

Y bien, cuando uno se detiene a examinar despacio la sinceridad de ese su esquemático testimonio, va encontrando detalles que terminan por sacarlo absolutamente verdadero. Algo más: ambientes diversos, episodios memorables, ya con un reconocido halo de historia cívica, y circunstancias individuales, ceñidas a los ásperos trajines de su condición de aventurero y agonista, a luchador en el sentido unamunesco, logran tomar paulatina y seductora animación a través de

aquel proceso indagatorio. Las labores privativas del biógrafo y los escrúpulos del estudioso que quieran sondar con particularidad en estos y otros asuntos de la personalidad y las peripecias de Martínez, hallarán, pues, una ramificación muy aprovechable alrededor de las palabras que se han acabado de transcribir. Pero aquí no convendrá sino ensayar con obligada parsimonia un recuento de lo que en realidad es indispensable para que se fijen con alguna exactitud los rasgos de su identidad.

Luis Alfredo Martínez nació en Ambato, ciudad serrana del Ecuador, el 23 de junio de 1869. Su padre, el doctor Nicolás Martínez, fue hombre de lecturas. Hizo apreciar el talento de que estaba poseído en el periodismo y en un constante ejercicio de la vida política. Su madre, Adelaida Holguín, vivió entregada al culto hogareño. Que eso era entonces lo usual. Vigiló la formación de sus once hijos. Todos de la misma oriundez ambateña. Hubo entre ellos escritores, geólogos, astrónomas, ingenieros, artistas y exploradores. Pero solamente uno alcanzo la consagración duradera: Luis Alfredo, que en el primer quinquenio del siglo veinte nos deja su novela A la costa.

Fue él en cierto modo un autodidacto, pues que no consiguió sofocar sus arrebatos de autonomía frente a los rigores disciplinarios, a las normas constrictoras del juicio individual, a los hábitos de timidez y mojigatería impuestos comúnmente por la docencia religiosa de aquellos años, según lo estableció el propio Martínez, como desahogo intimo, en varias páginas de querellas y sátiras de su novela. Ocurrió así que solamente llegó a aprobar, en Quito, a donde lo trajeron sus padres, los estudios escolares y de bachillerato. Pero por sobre las reacciones escépticas y descontentadizas que provocó en él esa laya de educación, siempre habrá que reconocer la parte de beneficios que realmente recibió en las aulas del colegio San Gabriel, de los jesuitas. Ahí se le encaminó, por ejemplo, en medio de otros estímulos, hacia el ejercicio del verso. Llego en consecuencia a redactar, pese a las veleidades de su temperamento, algunas composiciones. Que si no fueron muestra de facultades en si mismas auténticas para la creación de la poesía, lo

fueron, en cambio, de insospechadas sensibilidad y disposición para el campo general, no especifico, de lo literario. En cuyo ámbito supo mantenerse posteriormente, con imperio más fuerte que el de las circunstancias exasperadas que dieron carácter a su existencia. De sus tareas y conatos de lirismo estudiantiles seguía acordándose mucho tiempo después. Y aun les consagró referencias, aunque deliberadamente vagas y regocijadas, en uno de sus libros: el de las páginas costumbristas que precedió a su novela. En aquél rememora en efecto, entre alusiones personales que tienen un innegable fondo de verdad, sus tentativas versificadoras de muchacho. Asegura que porfiaba en éstas por obligación, sin poseer ni siquiera el físico particular con que se nos presentan los poetas. Porque, lejos de parecerse a un espectro de cabellos largos, flaco y cetrino, era él << un mocetón como un toro, bastante despabilado, y comía más que un indio mayoral en cocina de patrón rico y generoso>>.

Un muy cercano amigo suyo, el periodista Manuel J. Calle, le describió exactamente con esas mismos rasgos, captados en forma tan vívida como directa: -Era un muchacho alto, musculado, bravío, fuerte como un toro, impetuoso, ágil, reacio a los estudios y a toda disciplina-. Se debe suponer que las frecuentes revelaciones de esa índole desaforada terminaron por desengañar a sus padres, que hubieran querido celebrar, gozosos, el titulo doctoral que jamás le llegó. Desde luego, ninguno que conozca la trayectoria de Luis Martínez en la cultura y la historia política del Ecuador se atreverá a ver ni el más leve signo de frustración en aquel comportamiento suyo, de incomodidad o asfixia bajo la atmósfera de las aulas de su tiempo. Porque hay testimonios evidentes de que aun entre los arrestos juveniles se dio modos para satisfacer un reclamo que pugnaba con igual potencia en sus adentros: el de las lecturas. Y éste vino a ser obviamente -según el orden natural- el estímulo para que fueran tomando forma sus necesidades de pensar y expresarse por escrito. En 1902, al evocar las experiencias de sus veinte años, entre los imprescindibles elementos fantaseadores de los trabajos costumbristas ya aludidos, y pese a ellos, no quiso desceñirse de la verdad cuando confesó que leía <<muchos modelos>>. Que le gustaban los poetas clásicos

españoles, en tanto que no le satisfacían los líricos José Joaquín Olmedo, Llona y Crespo Toral, tan melosamente recomendados en su propio país. Además, con justo desdén e irania fue haciendo advertir la cursilería de los consabidos latiguillos de la lengua romántica. Y dijo preferir por su cuenta los géneros erótico y bucólico. Declaración sincera, si se repasan los rasgos de su temperamento. Sobre todo en la etapa moceril. Hasta es conveniente, como para comprobarlo, que se mencionen sus versos de una tarde en el campo, que destinó al periódico La azucena, del discipulado del colegio San Gabriel.

Debe desde luego observarse que no únicamente las reflexiones de Martínez sobre los temas favoritos de sus versos, a las reservas y reparos que le provocaban las gesticulaciones ramplonas de cuantos intentaban hacerse pasar como parte legítima de la escuela literaria de su tiempo, sino también sus trabajos mismos, se hallaban dentro de la órbita de aquel romanticismo. Precisándolo mejor, es bueno hacer notar que aun las manifestaciones costumbristas (tan de su gusto) nacieron de la pluma de dicha corriente, que estaba por expirar. Lo que advino luego, para aposentarse opulentamente en Hispanoamérica, no sin asimilar algunas tendencias que se vertieron desde Europa, fue el Modernismo, cuyos efectos renovadores duran hasta ahora en los principales de los géneros. Porque, efectivamente, del decenio finisecular y de los primeros lustros de la anterior centuria, que fueron definidamente modernistas, han procedido el cosmopolitismo y la conciencia profesional de la palabra que han caracterizado a las mayores figuras de nuestros días. Pero lo que resulta interesante, y a ello se ha de atribuir esta invocación, es que, a pesar de que en el Ecuador demoraron en dejarse percibir los vagidos iniciales de aquel movimiento, Luis Martínez se adelantó a mirarlo más allá de las lindes nacionales, y aun a sorprender burlonamente, en la casta servil de los malos imitadores del Modernismo, o de sus monederos falsos, el remedo de la expresión y de la actitudes: hecho que nunca falta en la génesis de toda literatura de cambio. A eso obedeció el origen de este zumbón comentario suyo, trazado a modo de remembranza en 1902: <<Todavía en esa época no conocíamos los mozos las neuróticas sensaciones, ni la madre nostalgia nos

sonaba los sesos, ni la palabra bohemia estaba de moda>>.

En suma, los rasgos de Martínez que estamos tratando de esclarecer y acentuar, para que se aprecie su verdadera semblanza de escritor, han ido quizá probando su temprana disposición a los asuntos de la creación literaria y su despejo de juicio para orientarse en el laberinto de las preferencias y las valoraciones. Ello, por supuesto, debió de haber halagado a sus progenitores, bajo cuyo techo convivían el tacto artístico, la austeridad y la inteligencia.

Mas se tiene también que imaginar lo contrario: esto es, el estrago lastimoso que les habrá producido, de su parte, el otro lado de la índole de Martínez, en que se sublevaban la sensualidad, los caprichos desenfrenados, la vitalidad expansiva, a veces irrespetuosa de los recatos morales y religiosos. Y, mientras eso venía sin duda a turbar el remansado aire hogareño y a contristar a sus padres, el joven no se daba ni tiempo para pensar en tales efectos. Tanto que, aun después de corridos algunos años, seguía sintiendo un ímpetu gozoso en la evocación de sus desordenadas experiencias de juventud: comer como cuatro, beber cerveza como alemán, disfrutar del amor carnal con las cholitas simpáticas de barrio, seducir a las chullitas en las tunas de arroz quebrado, emborracharse para "entrar por la noche a la ciudad hecho un torbellino" (todas éstas son palabras entresacadas de sus propias referencias)

Y bien, al fin le llegó la hora de abandonar la capital ecuatoriana, tras los estudios de colegio, y de volver al medio de su provincia. Como cabe sospecharlo, ello fue ni más ni menos que abrirle las puertas hacia el campo para que retozara y galopara con un brío difícil de ser sofrenado: es decir, para que se aventara en el mundo de las aventuras y de los corajes sin destino, cediendo a su habitual impulso huracanado. Se le asoció un muchacho del cual apenas si se ha recogido su nombre -Manuel Páez-, de temperamento tan atorbellinado como el suyo. Galopaban locamente los dos por pueblos y caseríos serranos. Los humildes

chozones de valles y laderas parecía que temblaban entre la trepidación producida, con fuerza pareja, por el galope recio de las bestias y por la conducta bárbara de sus jinetes. Las indiecitas núbiles, casi siempre en total desamparo, trataban de salvar su agitada virginidad, corriendo como gacelas por esas rústicas soledades. Algo más: se ha recordado que una mañana dominguera, de fiesta religiosa, Martínez alborotó a los pobres feligreses de una inglesita de pueblo metiéndose violentamente en su interior, sobre el lomo mismo del caballo, y casi desnudo. Por cierto, pese a la posición social de aquellos jóvenes, y al prestigio de la familia Martínez, pronto se extendía el escándalo. Y con éste, un desatado comentario de condenación. Nuestro autor en ciernes se conmovió automáticamente, y con determinación enérgica, muy suya, mudó de comportamiento en forma radical. Consiguió primero que el Gobierno le designara Teniente Político de la parroquia rural de Mulaló (hágase memoria de su propia alusión biográfica). Se convirtió entonces en el restaurador del orden del lugarejo que antes había trastornado, y en protector de los bienes del campesino. Adquirió luego un pedazo de tierra, de costra dura e improductiva, en la misma desolada comarca, y se puso a trabajarlo con ahincado esfuerzo. Empapándose en bíblicos sudores. Agrietándose las palmas de las manos. Atisbando los secretos de la fecundidad del suelo a través de su personal experiencia. Y tan positivos le fueron los resultados alcanzados, que se dio el gusto de rebautizar a su pequeña propiedad, cambiándole el antiguo nombre de <<El Cangahual>> por el de <<El Alisal>>. Junto a los alisos, poco a poco, levantaron otros árboles sus columnas igualmente colosales. Había Martínez aprendido una nueva satisfacción: la de servirse el pan nuestro de cada día mediante el laborioso oficio de pegujalero. Así se estuvo hasta los veintiséis años de edad -1895-, en que le tocó la hora de empuñar un fusil. De trocarse en revolucionario. Lo hizo con algunos de sus otros hermanos. Les poseía a todos ellos -como a millares de jóvenes del Ecuador de esa época- la pasión del liberalismo. Un caudillo de temple heroico y de ánimo generoso, que estuvo por decenios en las trincheras del guerrillero, hasta ir encaneciendo, pero no desfalleciendo, y cuyo nombre ha celebrado la historia del país -Eloy Alfaro-, traía entre los fulgores de su espada y los retumbos de los cañones los principios de aquella nueva doctrina, que a la postre resultó

significativamente transformadora. Martínez se alistó, pues, en las milicias alfaristas, y quizás estuvo en algunos de sus frentes. Pero recogió una idea de gran desilusión de la contienda. Le pareció vana en mucha parte esa pelea fratricida, y así lo declaró amargamente, a través del protagonista de su novela A la costa. Vale acordarse -por la inintencionada semejanza- que con el mismo escepticismo se pronunció Mariano Azuela sobre la revolución mexicana, en la obra Los de abajo, y por conducto de su personaje Cervantes. La verdad es que nuestro autor volvió a su pegujal de Mulalillo, a trabajar oscuramente, y más desesperanzado que nunca. Alfaro había asumido el mando, pero parece que se le escapó reparar en los talentos de aquel joven voluntario de sus huestes. Siguió él, pues, rumiando necesidades y melancolías en el campo. No obstante, entre sus recias faenas agrarias fue hallando, a modo de alivio, una gustosa y relajadora ocupación, que condecía con su disposición de hombre sensible: la de pintor de paisajes. Carecía de formación académica para ello. Le sobraban, en cambio, talento y voluntad. Y algo más: un desprecio, que no se excusó de confesarlo, hacia los artificios con que pretenden sorprender los autores noveleros que se dejan llevar por el paso fugaz de las modas. Los suyos eran temas que le dictaban los tajos y perfiles hoscos de la cordillera cercana, y que por lo común hacían mella dolorosa en su alma de solitario. Su romanticismo en ese tipo de creación tenía, más bien, mucho de abrupta expresión realista.

Por otra parte, un gesto de habituales desconsuelos se le descubría en el ánimo en medio de esa callada soledad. Que al fin halló término cuando Martínez, entre sus trabajos camperos y artísticos y sus trajines por el ámbito urbano de Ambato, escogió en 1896 la mujer con la que se enlazó conyugalmente: era una muchacha bonita, inteligente y activa. Se llamaba María del Rosario Mera Iturralde. Era la octava hija del famoso escritor ambateño Juan León Mera, que llegó a convertirse, con su novela Cumandá, en el representante mayor del indianismo hispanoamericano. Y también ella amaba el buen gusto y las lecturas. Esto fue una razón más para la fidelidad con que acompañó a su esposo en la existencia accidentada y aciaga que había comenzado a soportar. Les nacieron Blanca y Luis

Edmundo en días en que el pan se les volvía esquivo. Martínez se vio entonces obligado a aceptar, tras dos diputaciones -de 1898 a 1899, que quizás acentuaron más sus estrecheces económicas-, la administración de un ingenio de azúcar. Funcionaba éste en una hacienda del litoral ecuatoriano. Las condiciones salariales y de alojamiento se le representaban atractivas. Lió sus pocas cargas y preparó a su mujer y a sus niños para aquella aventura viajera, que a comienzos de siglo era casi hazañosa. Pues se la realizaba entre breñas, murallas boscosas y ríos interminables. A lomo de mulas y en embarcaciones de espantosa rustiquez. María del Rosario llevaba otro hijo en sus entrañas. Fue tormentoso el itinerario. Habían abandonado la mansedumbre de la serranía amada para descender <<a la costa>>, igual que el protagonista de la única novela de Martínez, que precisamente tiene esa expresión como título. El escritor iba a saborear casi todas las tragedias que pondría en las agoniosas peripecias de su figura novelesca Salvador Ramírez. A tal punto, que ésta resultó su personalidad vicaria.

Pero ni siquiera le había sido posible imaginar lo que le esperaba en su trabajo. La empresa azucarera carecía de brazos. El debió cubrir varios oficios a la vez: de mayoral que empuñaba el machete con sus peones montaraces. De tendero. De maquinista. De tesorero y administrador. Recorría las plantaciones bajo un clima caluroso y húmedo hasta grados intolerables. Desafiaba los peligros de los pantanos, de los insectos malignos, de los reptiles. Su reciedumbre física se fue viniendo abajo, entre las labores y el trato hosco o ladino de la gente montubia, aparte de la inclemencia natural. En ese medio nació su hija Magdalena. Lo más grave fue que un día, de vuelta al cobijo familiar, sintió de golpe que se moría. Le abrasaba la fiebre. Se le partía de dolor la cabeza. El malestar le penetraba hasta los huesos. Le consumía la sed. Y tuvo que tumbarse en la cama porque el cuerpo se le fue paralizando totalmente. <<Caí como herido de un rayo con una enfermedad mortal>>, ha recordado él mismo, y ha añadido patéticos detalles, de los que aquí se entresacan unos pocos: <<Del Ingenio Valdez, lugar donde había sido atacado del mal, fui llevado a Guayaquil, para tener el consuelo de ser

desahuciado por todos los médicos que me vieron>>. <<No podía hacer el menor movimiento, ni tragar una sola gota de agua, ni cerrar los párpados y la asfixia venía a paso de carga. No amanece el enfermo. Tiene dos horas de vida. Va a expirar, decían los médicos. Pero yo no quería morir. Esta fuerza de voluntad, mi organismo de acero y la ciencia, lograron arrancar por esta única vez una víctima a la polineuritis>>. En su novela, Martínez arma este trágico episodio en forma autobiográfica, haciéndoselo padecer a Salvador Ramírez, aunque con el natural y previsible desenlace de su muerte.

Arrancado, en cambio, el novelista, por su acerado vigor, de los imanes de la tumba, y tras cinco meses de postración en Guayaquil, fue llevado a convalecer en el pueblo peruano de Piura, <<esa patria - según él - de la arena y de la sequedad>>. Allá se estuvo un cuatrimestre, atendido por su mujer y un humilde criado de Mulalillo, que hacía de todo. Vivía en <<un mal cuartucho, devorado por las chinches y el fastidio, sin tener relaciones con nadie >> Ambiente, pues, inhóspito para cualquier iniciativa. Sin embargo, en él dictó a su compañera, tan noblemente sufrida, el primero de sus libros literarios: Disparates y caricaturas. Corría el año de 1902.

Los estragos de la enfermedad y la extremada parquedad en el comer, por la falta de recursos, le habían trocado casi en un garabato corporal: encogido, flaco, patojo, tembloroso ,torcido el rostro. Dónde quedaban su robustez de mocetón provinciano, su irrefrenable vocación de caprichos y vehemencias, su rebeldía, su coraje?

Bien, su coraje si parecía que se recalentaba aún bajo las cenizas de esa consunción prematura. Porque no mucho después de regresar a la nativa ciudad de Ambato, en agosto de 1903, pese a su calamitoso estado, aceptó desempeñar el empleo de jefe político de ella. La designación procedía del sucesor, también liberal, de Eloy Alfaro en la presidencia de la república: general Leonidas Plaza. Se debe

suponer que se había ido formando ya un halo de notoriedad en torno de los talentos de Luis Martínez. Había, en efecto, publicado varios trabajos literarios y aun técnicos. Se comentaban lisonjeramente sus pinturas, a las que él atribuía más mérito que a sus páginas: <<Soy poco fuerte en ciencias gramaticales>> - << No me importa una higa la fama que pudiera obtener como literato>>. Cuando eso decía no columbraba siquiera la trascendencia que adquirirían sus letras narrativas. De otro lado, eran bastante conocidos su laboriosidad y su desdén por los sacrificios.

Sin duda, por ella y otras circunstancias, tras un trimestre, le hicieron pasar de las funciones de jefe político a las de subsecretario de instrucción pública. Su ministro era el general Julio Andrade, ahora personaje de singular relieve histórico. La ascensión administrativa no se quedó allí, pues que, transferido éste a un alto servicio diplomático, Martínez lo reemplazó en calidad de ministro accidental. Lo extraño es que, acaso por el egoísmo que nunca falta, o quién sabe por qué laya de desconfianzas, no le cambiaron esa interinidad durante todo su desempeño. Que desde luego fue fecundo. Desde muy temprano se veía su figura por escaleras y pasillos de dicha secretaría de estado. Renqueando el pobre hombre, apoyado en un recio bastón; huesudo y tembloroso, cetrino y desencajado, con el humor tornadizo e irritable, y entre toses y fatigas, iba de un sitio a otro para ordenarlo todo, para controlarlo todo, para corregirlo todo. En fin, para imprimir en la educación los cambios que reclamaba la doctrina liberal. El dio los impulsos primeros al laicismo en la enseñanza. Pretendió además tecnificarla. Volverla pragmática, según las condiciones preponderantemente agrícolas del país. Puso sus ojos afanosos en el magisterio de los campos y trató de privilegiarlo. Se desesperó por llevar las aulas a las remotas regiones de nuestra selva oriental, hasta hay dolorosamente huérfanas de una educación suficiente y apropiada. Y tal fue su obstinación en eso, que quiso unir la sierra con el territorio amazónico mediante un ferrocarril. Realizó entonces sus últimas hazañas, sabiendo que en ellas se le apagaría ya el fuego de su casi extinta energía: se aventuró, en efecto, por los riscos y los desfiladeros de su provincia, y por entre la maraña vegetal, las marismas y los ríos del oriente ecuatoriano, en rumbo hacia el Curaray. Trazó así, con mano propia, el plan de la

vía de hierro. Luego viajó a los Estados Unidos de Norteamérica, en demanda de préstamos y de constructores. Pero, como ocurre con muchos de los sueños y los desvelos de nuestros hombres superiores, aquella suma enorme de esfuerzos personales se vio súbitamente sepultada por una montaña de intereses contrapuestos y titubeos burocráticos, y por la mediocre disolución de las voluntades que ha dado carácter a la vida pública entre nosotros.

El proyecto de Luis Martínez fracasó de manera definitiva. A eso se agregó la terminación de sus funciones ministeriales, por cambio de Gobierno. Regresó entonces, doliente y maltrecho, a su provincia. Pasó a radicar en las afueras de Ambato, en la quinta de su suegro. Pero le aguardaba aún la peor de sus amarguras, que fue la de una viudez inesperada, en octubre de 1905. María del Rosario había sido el complemento que siempre estuvo necesitando, para sus desahogos íntimos, para sus agonías y derrotas, para sus heroicidades y caídas, para su laboreo intelectual y artístico, para sus postraciones, pobrezas y soledades. Estaba, pues, mutilado en su exterior como en sus adentros. Se sentía -él lo confesó- un <<valetudinario>>, un ser casi acabado. Era evidente que había vuelto a saborearle la muerte. No obstante, aunque parezca un imposible, en 1909, halló todavía en si un rescoldo de energía cívica para aceptar la elección de senador ante el congreso nacional. Y otra vez comparecieron, consecuentemente, su físico deformado, de huesos angulosos; su bastón descomunal; su gesto desapacible, y los signos de una tuberculosis que avanzaba, implacable, en la movediza escena política de esos años. Ella, por cierto, duró breve tiempo. Porque al fin se le fue desagotando la última resistencia. Desde Quito escribió a una de sus hermanas diciéndole que <<le devora la fiebre>>, que se le hacen <<eternas las horas>>, y que quiere ir a morirse en Atocha, en la quinta de su suegro, el novelista Juan León Mera. Retornó allá, en efecto, ya únicamente para consumirse, en aislamiento casi absoluto. Encargó a los cuñados la tutela de sus niños. Sabía que no le quedaban fuerzas para nada. Pero obsérvense las rarezas de ésta personalidad: pese a todo desfallecimiento, consiguió aún gestar algo como un postrero resuello polémico. Consistió en una página de imprecaciones y desafío al gran caudillo Eloy Alfaro, que habíale decepcionado por algunas de sus

actuaciones en el desempeño de la jefatura de la nación. Usó palabras que intentaban expresar una suerte de consuelo propio, y que más bien vinieron a resonar como muestra de exasperación vana e impotente. Le aseguraba a Alfaro: <<Usted es un cardíaco, yo soy un tísico; y vamos a ver quién primero muere, y también es el caso que usted es un viejo y yo apenas he traspuesto la cumbre de la vida>>.

Algún antecedente debió de haber habido para tales enojosas advertencias. Que, según es conocido, no coincidieron con lo que realmente acaeció. Pues que Martínez murió primero: muy poco después de haberlas publicado. El caudillo y reformador liberal siguió con su corazón fuerte y activo, en medio de las tempestades políticas. Hubieron de pasar por lo menos tres años para que dejara de existir, y no por enfermedad, sino víctima de una tropilla macabra de asesinos, salidos de entre sus adversarios.

En lo que ciertamente no erró nuestro escritor fue en decir que él <<apenas había traspuesto la cumbre de la vida>>. Porque, en efecto, estaba en los comienzos de su madurez. Y sin las circunstancias a que se han aludido en este trabajo, y que conciernen a su coraje desbocado, a su dilapidación de energías en labores difíciles y bajo climas inhóspitos, a su desprecio de la salud en media de sacrificios y aventuras riesgosas, a su pasión de servicio extenuante en las funciones públicas, seguramente en el tiempo de su final retiro hubiera podido poseer todavía el disfrute pleno de su existencia. Más ocurría lo contrario. Padecía ya de una tisis aguda, por sobre los males que le causó la polineuritis. Le atendía una chola humilde, a la que le tenía ordenado poner el aldabón de la puerta principal en cuanto mediara la tarde. Le habían abandonado el deleite de las pinceladas y las vibraciones de la pluma. Bajaba a veces a la ciudad. Y en su caballo cenizo, de paso agobiado, mostrándose invariablemente huraño y silencioso, semejaba apenas el espectro de aquel mocetón que otrora solía hacer caracolear su potro en las calles de Ambato, o que lo lanzaba, tragándose lo aires, por los pajonales en que se levantaban las chozas de las indiecitas de sexo no profanado. Lo común era que pasara casi todas las horas entre los muros de Atocha, adurmiéndose

constantemente, en una suerte de ensayo de las sombras que cayeron sobre él para siempre el 27 de noviembre de 1909. Había alcanzado a cumplir solamente cuarenta años de edad.

Sus Creaciones Literarias

La exposición precedente, que ha tendido a iluminar los aspectos biográficos y las interioridades de un hombre tan singularmente caracterizado, llevará sin duda a preguntar cuál es la significación de sus escritos, comentados aquí, según se ha visto, como uno de los temas de mayor relieve. ¡Qué validez y qué actualidad tiene, pues, la obra escrita de Luis A. Martínez? Para responder es probablemente necesario poner los ojos en el espacio de la literatura del Ecuador, de su época y la nuestra, y en el de la hispanoamericana también.

Quedó establecido que su trayectoria de escritor comenzó con unas tentativas de creación en verso, nacidas entre obligaciones y entusiasmos estudiantiles. El propio Martínez hizo fisga de ellas. Jamás se propuso acrecerlas, depurarlas y agavillarlas. Se perdieron como tantas de sus volanderas experiencias de muchacho, pero, de cualquier modo que sea, en su caso se repitió por enésima vez aquello de que la poesía es el primer amor de todo autor de vocación. Por eso será siempre difícil sacar en clara cuál ha llegado a ser la deuda de los prosadores, incluido Martínez, con los esfuerzos líricos de su iniciación.

Téngase en cuenta que los intentos suyos de aquel carácter estuvieron corroborados par su afán de lecturas de poemas clásicos durante su etapa de colegio. Y conózcase, además, que alcanzó a hacer breves traducciones de Horacio.

Corridos algunos años, y reintegrado ya a su Ambato nativo, pareció no volver a profesar la más leve afección por la literatura. Le dominaba –como ya lo dijimos- el

torbellino de los azares y los caprichos, que fue cesando no por hastío o fatiga de su parte, sino por el duro contrarresto de la exigüidad de medios para alimentarse. Pudo entonces buscar un trabajo que se ajustara a la jerarquía de sus estudios de bachiller y a las condiciones sociales de su familia. No lo hizo. Prefirió convertirse en un labriego, por puro amor a la tierra. Amor que no se le apagó nunca. Y que, a más de los provechos obtenidos de un espléndido cultivo de árboles, que tenía las apariencias de un pasmoso milagro vegetal, dada la condición raída y misérrima del suelo que poseía, le rindió otro bien, acaso inesperado: el de impelerle en momentos de tregua a retornar también la pluma. Pero en esta ocasión, no para desahogos de intermitente lirismo, sino para algo totalmente pragmático: enseñar a los productores, a través de las resultados de sus propios sudores de labrador - en una especie de docencia virgiliana - cómo suavizar los terrones del surco en que se fecunda la semilla para brindar luego, maternalmente, sus frutos. De esa generosa impulsión a transmitir experiencias del trabajo de la tierra surgieron sus opúsculos de La agricultura ecuatoriana (1903) y de Catecismo de agricultura, que no publicó en forma completa. No hay duda sobre que sirvieron sus lecciones. Hubo autoridad en ese campo que las recomendó en lenguaje laudatorio. Y hasta se ha perennizado en su provincia la memoria de Martínez como hombre que sentía pasión por las labrazas, y por la pedagogía de las labranzas, fundando una escuela agrícola que lleva su nombre.

Deberíamos hacer notar que en todo este período de la vida de él, en que preponderaron, ya la decisión del rebelde y del miliciano liberal; ya el ánimo arrebatado por la temeridad inútil y los reclamos imperiosos de la sensualidad; ya la entrega tenaz a las faenas rudas de la producción del suelo en la sierra nativa y en el litoral a medio desbravar, ya, en fin, sus lecturas con agudo ojo crítico: en todo ese período -insistamos- en que mas bien señoreaban en él las fuerzas del coraje, la inconformidad y la acción, sus creaciones literarias. se revelaron infrecuentes y escindidas par la disimilitud. Aunque no sea con el propósito de probarlo, y si, en cambio, con el de enunciar aquello que de veras lo merece entre la parvedad de sus escritos, creemos que vale la pena recordar tres de ellos, antes de entrar en la consideración de sus creaciones mayores, las narrativas. Consistieron esos

escritos en dos conferencias leídas en la Sociedad Jurídico-Literaria, de Quito, y publicadas en su revista entre enero y junio de 1905, y en un haz de crónicas que apareció un bienio atrás, bajo el título de Cartas de Viaje.

La primera de las aludidas disertaciones, fervorosamente destinada a los jóvenes de la nombrada sociedad, de la que él era miembro honorario, aborda el terna indígena con una visión que se mantiene actual pese a los cambios legales de ahora. Y eso por la formulación de su convincente alegato en favor de los indios, que son a la verdad los seres más destituidos del amparo de autoridades y de jueces; los más violenta o arteramente explotados en los campos de la serranía ecuatoriana; los más ofendidos y vilipendiados en el común trato social. A favor, pues, de los parias.   Hacia el tiempo de los parias de los parias. Hacia el tiempo de las páginas de Martínez no había aún germinado en su país la corriente narrativa indigenista, que sólo a partir de los años treinta de esa centuria comenzó a conquistar una posición cenital en las letras del continente, merced a las obras de Jorge Icaza. Había, si, el antecedente de una breve página querellosa, de estilo magistral e irrefragablemente conmovedora, que publicó Juan Montalvo en sus ensayos de El espectador, y entre cuyas expresiones están aquellas, tan recordadas, de que <<si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado El Indio, y haría llorar al mundo>>. Nuestro autor subraya admirativamente esta insinuación de Montalvo, dejando advertir una solidaridad intelectual hacia él que viene a contrastar visiblemente con el contumaz antimontalvismo de su propio suegro, el ultramontano Juan León Mera. Pero hace notar que el insigne prosista del diecinueve, coterráneo de los dos, no se decidió a investigar despaciosamente la realidad de nuestras depauperadas mayorías indígenas, en media del marco de horror de las haciendas serranas, en tanto que él -casi un hijo de la gleba por algún tiempo- si consiguió palparla en sus crudas reconditeces, y dolerse y exasperarse por ella. Precisamente el tema de su conferencia es el de la institución legal del concertaje, que para entonces se practicaba todavía contra el indio campesino. La acción reformadora del liberalismo no había llegado, como llegó más tarde, a derogar semejante monstruosidad, y por lo mismo, según Martínez, no teníamos opción moral de considerarnos nación civilizada. El concertaje era un ignominioso

contrato mediante el cual el indio hacía << el trabajo que se le ordene y en el lugar que se le mande>>, a cambio de misérrimos anticipos de un salario infeliz, o de raciones de alimentos. Esa forma de pago servía mañosamente para endeudar al trabajador y obligarlo a una servidumbre que no terminaba sino al fin de su existencia. En frases vibrantes Martínez aseguraba que aquella era una manifestación disimulada de la esclavitud, con la que el indio <<concierto>> -o sometido al concertaje- perdía no únicamente la libertad, pues que <<pierde la dignidad de hombre, pierde la pequeña dicha que pudo caberle en el mundo; deja de ser un ente racional para convertirse en cosa, en algo menos que un caballo de raza o un par de bueyes de labor>>.

La segunda disertación, menos elocuente en la forma que la anterior, descubría a su vez otro de los obstinados desvelos de él, que era, de acuerdo con lo que oportunamente se expuso, el de tender una línea férrea entre los Andes y la selva amazónica del Curaray. Su itinerario personal por las inextricables marañas forestales del oriente ecuatoriano, y sus estudios y proyectos, le permitían recomendar ansiosamente la construcción de esa vía, que de emprenderla no tendría más extensión que la que hay entre la ciudad de Ambato y la salida al mar Pacífico por el puerto de Guayaquil. - Una y otra vez aclaró que el propósito que alentaba en sus viejos esfuerzos era el de colonizar un territorio más grande que el de la sierra y la costa unidas, y el cual se estaba desmembrando trágicamente por el asalto militar o la codicia taimada de los países vecinos. Los hechos han ido demostrando que resultó profética la vehemente posición de nuestro autor al advertir los peligros del despoblamiento y la disyunción de esas inmensas comarcas, patrimonio legítimo de su nación durante varias centurias.

En lo que atañe a las Cartas de viaje, éstas se divulgaron antes de que se las conjuntara bajo dicho título, que quizá fue una derivación del primitivo de La sierra y la costa, con que se publicaron sucesivamente en la <<Semana Literaria>> del periódico “El nuevo régimen”. A ello alude Manuel J. Calle, contemporáneo suyo, y su crítico más enterado. Y desde luego encomia tales páginas al calificarlas de <<ensayos sorprendentes>>, por <<la agilidad del lenguaje>>, <<la sal del ingenio>> y <<el brillo de las observaciones>>. Que en verdad son atributos que se

deben reconocer. Sobre todo si se repara en que eran novedosas dentro de su tiempo y en que Martínez había ido adquiriendo desenvoltura expresiva y una mayor agudeza en sus modos de mirar la realidad y de tratarla. Por momentos, con destellos de ironía o ánimo festivo. La génesis de las descripciones que compuso, más para satisfacción íntima que para sorprender a los lectores de la referida <<Semana Literaria>>, arrancó de uno de sus caprichosos vagabundeos por sitios cordilleranos y de la zona tropical. Había dominado las difíciles nieves del volcán Tungurahua, y en otra ocasión había dominado hacia la población ardiente de Babahoyo, atravesando espesuras, ríos y pantanos. Y las imágenes con las que se poblaron sus ojos ávidos, de pintor y de contemplativo pertinaz, terminaron por parecerle dignas de ser comunicadas, aprovechando la hoja periodística que se le ofreció, en sus apuntes viajeros de La sierra y la costa. Reveladores éstos de ignotos detalles, y amenos en sí mismos, injusto sería no señalar su mérito. Pero también lo sería el dejar de advertir que resultaron limitadamente persuasivas las bondades de su realización literaria. Por eso, lo más significativo de ellos fue quizá el convertirse en insoslayable precedente de la fuerza descriptiva de su única y celebrada novela, A la costa.

Se puede, pues, decir que el camino hacia esta obra había comenzado a insinuarse con mayor claridad. En seguida advino una producción que pareció preludiar con más eficacia otro de los atributos que habrían de particulizarla, y que en esta vez perteneció, si no al genero novelesco, propio de A la costa, al mismo ámbito de lo narrativo. Fue el libro Disparates y caricaturas. Su filiación correspondió a la de la corriente costumbrista, cuyos atractivos potentes jamás dejarán de contar con un buen número de adeptos. Sobre todo entre los países de nuestra habla. Luis Alfredo Martínez amó esa guisa de creaciones, que se avenía muy bien con la perspicacia de su ánimo inquiridor, con su amenidad en la sabiduría de contar episodios de la vida lugareña, con el toque de ironía para presentarlos sin atuendos eufemísticos: esta es, en cueros vivos y en irrisión total y vergonzante.

Las páginas de Disparates y caricaturas dieron a su actor, gracias a excelencias muy evidentes, una indisputable ubicación en lo cimero del costumbrismo de

Hispanoamérica. Que desde luego cuenta con figuras que han conquistado relieve y permanencia. Como el argentino Luis Victoria Mansilla y los colombianos de la generación de <<Mosaico>>: Emira Kastos, José Caicedo, José David Guarín, José Manuel Marroquín y Tomás Carrasquilla. Todos los nombrados, con excepción del último, nacieron durante los tres primeros decenios del siglo decimonónico. Y algunos, por la intención crítica y los efectos de su agudeza, permitieron descubrir tempranamente que uno de los destellos que les sedujo fue el de los artículos de costumbres de España. De manera primordial, el de aquellos con que Mariano José de Larra conmovió a los madrileños. Pero se debe aclarar que en nuestros países había una atmósfera propicia para el desarrollo de esta suerte de literatura. Los habían inclinado hacia ella los viajeros de Europa que ensayaron descripciones y remembranzas personales de su propio itinerario americano en obras cuyo acento irónico hacía alianza con la objetividad del detalle. Posteriormente, había venido a absorber ese mismo interés el apego nativista o terruñero del romanticismo. Creían sus escritores que debían poner los ojos en lo que más de cerca les concernía. En medio de aquella época en que, tras la independencia política, adquirían significación profunda los rasgos de las nacionalidades. Y, por fin, cuando la tendencia romántica, que tan aceleradamente creció y se robusteció entre los horizontes hispanoamericanos, tuvo que experimentar - como todo lo humano- los estertores de su extinción, surgió el afán de salvarla. Los románticos pensaron dejar el hábito de transfigurar sentimentalmente sus contemplaciones del rincón propio. Y pretendieron entonces arrimarse a las presencias vulgares y concretas que sostienen el mundo antes denegado de lo real. De ahí, precisamente, de ese trance de agonía y nuevo nacimiento que caracteriza a las corrientes estéticas: de ese tránsito -diciéndolo con claridad- de lo romántico a lo realista, alcanzó a tomar su origen entremezclado el costumbrismo.

Por eso no es difícil comprender la doble filiación de románticos y costumbristas que exhibieran varios autores famosos: en Colombia Jorge Isaacs; en el Ecuador Juan Montalvo y Juan León Mera.

Los ecuatorianos Montalvo y Mera, y otro compañero de su promoción literaria, llamado José Modesto Espinosa, nacieron en los comienzos de la década de los treinta, en el penúltimo siglo. Lo que significa que pertenecieron a la misma generación hispanoamericana a que hemos hecho referencia. El primero fue uno de los prosadores más eximios de la lengua castellana, y se adelantó a los otros dos en trazar cuadros costumbristas en determinadas páginas que asumieron las características de la narración corta, y naturalmente en los pasajes de su novela Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. El otro, Mera, vio pasar varios lustros desde la publicación de su abra indianista Cumandá antes de preparar la aparición de sus Novelitas ecuatorianas, de inspiración y corte netamente costumbristas. Valdría la pena que el juicio critico reconociera con la debida ponderación el grado de importancia de estos relatos. Y, por último, de los tres autores del Ecuador que aquí se han mencionado, conviene observar que José Modesto Espinosa fue el que con mayor vocación produjo artículos dentro de esa corriente. A tal punto que se descubre él con las mismas señales claras de identidad que los más destacados de los extranjeros. Pero, por ventura, aún hubo posibilidad, dentro de los límites temporales del costumbrismo, para que cobrara prestigio otro de los discípulos de éste: el guayaquileno José Antonio Campos. Sus columnas de periódico le revelaron como poseedor de mucha maestría en la fidelidad de los trazos descriptivos, en la animación de caracteres lugareños auténticos, en el manejo del buen humor.

Como se ve, aquel movimiento ha tenido entre nosotros una literatura de innegable significación. El rastro conseguido por sus autores no ha sido borrado ni por los años ni por la incesante mutación de tendencias, para algunas de las cuales ya casi no hay <ismos> dentro de las que situarlas.

Ahora bien, no obstante, la estimación crítica especial que reclaman las obras de ellos, lo que Martínez rindió en la narración de costumbres, con su libro Disparates y caricaturas, exige también, cuando menos, una exaltación de iguales proporciones. Y aunque él se complaciera en dar la impresión de que desdeñaba la fama literaria, asegurando que ésta <<no le importaba una higa>>, hay que

suponer que siempre buscaba esforzarse inteligentemente en lo que pretendía escribir. Y que además sabía hacerlo con vigilancia muy consciente, haya cometido o no sus confesadas tropelías gramaticales. Asimismo, aunque él se declaraba rebelde al influjo de las escuelas, fue inevitable que mantuviera activo el ejercicio de su curiosidad intelectual. Era, pues, un lector que acertaba en enterarse oportunamente de los cambios que se iban ofreciendo en la amplia perspectiva de las letras. Y ello probablemente le incitaba a asimilarlos, no sin escrúpulo, en los puntos que le satisfacían. Cuando hicimos mención de su actitud burlona frente al brote pernicioso de los falsos continuadores del Modernismo, establecimos ya, sin duda, su propósito de actualización literaria. Por consiguiente, en lo que atañe al movimiento costumbrista, la posición de Martínez no sólo fue la del conocedor común de la pluralidad de trabajos que de éste se desprendían, pues que fue también la del gustoso aprovechador de las atrayentes notas que los caracterizaban. Advirtió que ellas se ajustaban a una íntima disposición propia y a un deseo pleno de reírse, según el estilo costumbrista, de los hábitos cursis. de su medio nacional.

Pero en este género quiso ser explícito en la confesión de sus preferencias y conexiones literarias. Así, cuando elaboró su cuadro costumbrista titulado El doctor, precisó que se había inspirado en Mi compadre Facundo del colombiano Emiro Kastos. Y hasta es probable que con él se sintiera emparentado por afinidades de temperamento y por una extremada profesión de franqueza. Pues Martínez podía haber dicho de sí lo que Emiro Kastos: que era <<un salvaje en la sinceridad>>. Véase, en efecto, la similitud de ánimo que manifestó cuando redactó estas palabras: <<Puede ser que mis Disparates sean picantes y mal intencionados. Ni quito ni pongo rey; pero advierto que los tipos y escenas son casi totalmente copiados del natural>>. El resultado de esta inclinación suya, si bien se mira, fue que tanto las imágenes del ambiente como el movimiento de sus personajes pusieron al descubierto un duro martilleo satírico. De modo que promovió -aparte las reacciones consabidas de burla una inevitable repugnancia hacia varios tipos de la sociedad: el gamonal pueblerino, el político arribista, el

pobre diablo, hijo de ricos, recientemente llegado de Europa, los frailes que hacen vida de ocio, de holgura, y de placeres nocturnos en que no falta la fornicación con sus colaboradoras parroquianas.

Para aceptar el sabor entre amargo de sus Disparates y caricaturas es bueno recordar que Martínez escribió aquellas páginas en sus dolorosos meses piuranos de convalecencia, en habitación miserable y con la "inspiración" que podían comunicarle <<la parálisis, el polvo, el calor y las mordeduras de las chinches>>. Esto fue en 1902.

Evocados así, hasta este punto, los pormenores de su vida, anhelante y quizá patética, e intentada a la vez la aproximación crítica a sus creaciones literarias, en la perspectiva del Ecuador y de Hispanoamérica, bien será hacer notar que lo uno y lo otro constituyen la suma de antecedentes para entender el significado de su obra culminante y última en su rápida trayectoria de escritor: A la costa. En consecuencia, se debe asegurar que ella está fuertemente articulada con la experiencia de las páginas que anteriormente había elaborado, y con las circunstancias en que se desenvolvió su singular destino personal.

Casi cien años han corrido desde la aparición de dicha novela. Pues se publicó en 1904, en Quito. No obstante, se la lee todavía con interés, con atracción que crece a lo largo de sus capítulos: con un espíritu, en fin, estimulado hacia las cambiantes reacciones de curiosidad, agrado, indignaciones, desalientos, desasosiegos, ardores y melancolías que el poder comunicativo del autor prende en nuestra intimidad, a través de casi todo el conjunto, paradójico como la existencia, de los episodios de su narración. Porque ella, obviamente, va cobrando entidad al amparo de las descripciones fieles del mundo exterior y de varios cuadros locales; de la movilidad acertada de las escenas; del flujo de los hechos que determinan acciones y actitudes de los personajes, suficientemente contrastados; de la dialéctica social que éstos o el narrador desenvuelven, y en que el sentido analítico y el juzgamiento duro prevalecen. Se imaginará cualquiera que esta laya de novela ya ha sufrido una grave minusvalía, por estar demasiado enyugada a la normación

ortodoxa. Y que en consecuencia el pretendido interés por ella tendrá que haber sido inexorablemente derogado por el tipo de novela moderna, en que ocupan lugar subalterno precisamente las descripciones objetivas, la urdimbre episódica, la animación exterior de los personajes, las lucubraciones de enjuiciamiento de las circunstancias sociales a políticas. La llamada antinovela, de nuestros días, ha desvanecido esos componente al consagrar en forma excluyente los buceos introspectivos, la capacidad reveladora del monologo, los despliegues intelectuales, la aventura del trastorno de la conciencia, la abdicación de las concepciones tradicionales del tiempo y del espacio, y desde luego de la estructura narrativa.

Pero ocurre que en la obra A la costa se descubren también, en esa temprana iniciación del siglo, el ondear confuso, tan característico, de las manifestaciones de la subconciencia, y el tormentoso poder de las incursiones y vuelcos del instinto, como manadero, todo ella, de la conducta secreta de las criaturas novelescas. Nadie negará, por ejemplo, que desde atrás de la línea de su conciencia, y de un simple proceso memorístico, y excitado más bien por un nudo de impresiones que se le habían metido muy adentro, desde hacia algunos años, el personaje doctor Jacinto Ramírez se pone a reanimar las trágicas imágenes de la erupción del volcán Imbabura, que le dejó sin techo, sin padres ni hermanos, y le perdió para siempre en un inundo de retraimientos y de hipocondría. Lo cual a su vez constituyó una parte principal de la ruina que sobrevino a la familia que logró formar. No únicamente hay un aura de modernidad en eso, sino también la prueba de un superior dominio de técnica narrativa. E igualmente nadie desconocerá. que se resuelven en un haz de reacciones freudianas los padecimientos de histeria de la joven heroína de la novela y la busca erótica con que trueca a su desprevenido enamorado en amante subitáneo de una hora. Y, por cierto, también la posterior entrega de su cuerpo bello y ardiente a un fraile predicador, al que le transfigura por acción del embeleso y la ensoñación previos -mientras oye su sermón en el templo- en la imagen viva de aquel amado a quien había brindado su doncellez. Pero es preciso aclarar que A la costa, gracias a respectos que son harto notorios,

pertenece a la escuela realista. Y justamente la crítica se ha apresurado a reconocerla dentro de esas lindes. Aunque hay que advertir que no ha obrado así, por excepción, el gran maestro Enrique Anderson Imbert, quien la consideró más bien como muestra del naturalismo. Probablemente, él pensó en la tesis zolesca de la herencia, digna acaso de ser aplicada a la misma joven sensual, pues que Luis Martínez puso como motivación de sus arrestos la porción de ancestro negro que decía había en ella.

Aparte este pronunciamiento individual, repetimos que lo común ha sido afirmar que la novela A la costa se cuenta entre la abundante literatura hispanoamericana del realismo, algunos de cuyos autores -igual que Martínez- han solido enlazar en sus trabajos elementos realistas y naturalistas, y aun románticos. Sin duda, por ello, Un grupo de estudiosos de la literatura de este continente han preferido, para estos casos, el uso del término compuesto <<realismo-naturalismo>>. Han juzgado necesario, en efecto, hacer notar que la visión critica de la realidad y también la de aquello que cobra énfasis imperativo en lo más impresionante, feo y execrable de la realidad -grados de percepción de ésta que distinguen de algún modo a las dos corrientes- comparecen en algunas de las creaciones de Hispanoamérica a que estarnos aludiendo. Y bien, entre éstas destacan las del chileno Alberta Blest Gana y de los mexicanos Manuel Payno e Ignacio Manuel Altamirano. Todos nacidos mucho antes que el ecuatoriano, cuya novela tiene que ser legítimamente considerada con las de ellos.

Pero habrá que hacer otra advertencia insoslayable, y es la de que el fundador del realismo en este lado del mundo, y aun dentro del habla castellana, fue Blest Gana. Balzaciano sólo en parte, pese a su confesado afán de acercamiento al creador de la escuela en Francia, él escribió con sobra de talentos de narrador una obra extensa y fascinante, cuyos encantos no han experimentado marchitez. Y a eso hay que agregar la circunstancia excepcional de que su Martín Rivas, con que se inició el realismo en este continente, apareció en 1862: esto es, nueve años antes de que dicho movimiento ocupara la escena literaria de España, con La fontana de

oro, de Benito Pérez Galdós.

Y Martínez, por cierto, también fue un fundador dentro de las narraciones de dicha índole. Lo fue en un ámbito más reducido, aunque no exento de significación: el de la literatura del Ecuador. Eso en sí mismo ayuda a mirar los atributos de coraje Y lucidez, de reciedumbre autonómica y de percepción neta de los cambios que se registraban en otros medios, que hemos ido señalando en su historia y en su comportamiento intelectual. Lleva, además, a exaltarle en su condición de padre fecundo del realismo ecuatoriano. Los sucesores se le parecieron, dejando observar su indiscutido parentesco. Que aun -algunos- lo han confesado altivamente. Pero el mérito del adelantado escritor cobra un relieve de cierta solitaria notoriedad por el tiempo que corrió desde que dio a los que le siguieron su claro ademán de orientación. Efectivamente, hubo de pasar un cuarto de siglo desde el nacimiento de la novela A la costa hasta la aparición de las obras de sus continuadores, que fueron los realistas de los años treinta. Hay algo más que recordar, y es que la promoción de herederos <<martinecistas>> fueron alcanzando una difusión internacional y una aceptación patria que jamás las obtuvieron otros en el país. Como lo demuestran los ejemplos del celebrado indigenista Jorge Icaza, autor de Huasipungo, del gran creador de Nuestro pan -Enrique Gil Gilbert-, que ocupó el segundo lugar en un concurso latinoamericano de novelas de 1941; del admirable José de la Cuadra, maestro de la narración cuyos cuentos se hallan -para el que ejercita un juicio serio y bien fundado- en el mismo nivel de los de Horacio Quiroga, Juan Rulfo, García Márquez y Vargas Llosa. Gilbert ha puntualizado bien la deuda que su generación -la de los realistas del año treinta- tiene con Luis Alfredo Martínez, el pionero de 1904. A él en verdad le debieron el amor hacia la llamada literatura comprometida, y la sensibilidad e inteligencia para enzarzarse en los problemas de la descomposición social, de las inicuas adversidades económicas, de las confrontaciones entre conservadores y partidarios de un nuevo orden político nacional, de las inhibiciones e intransigencias en la educación (más acentuadas en los días de Martínez) y de las prácticas fanáticas y los abusos de la frailería. También a él le debieron su fuerza

telúrica, gracias a la poderosa ambientación que dio Martínez a sus personajes, al ponerlos a reaccionar y moverse en regiones de la sierra y de la costa, trasladadas en forma vivida a la novela.

LUIS A. MARTÍNEZ

A LA COSTA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Aquella mañana de agosto, clara y llena de sol, el doctor Jacinto Ramírez habíase puesto a trabajar en su escritorio antes de la hora acostumbrada. Sentado en un viejo sillón de vaqueta estampada, teniendo delante varios legajos de papeles amarillentos, y con su rostro enjuto, pálido y sombrío y su larga barba gris, se asemejaba a los alquimistas de la Edad Media. Un rayo de alegre sol que entraba par una ventana abierta, iluminaba vivamente la figura del doctor, y dejando en una espesa penumbra lo demás de la habitación, daba a todo ese pequeño cuadro un aspecto casi fantástico.

Profunda preocupación o tristeza contraía frecuentemente el rostro impasible del doctor. Algo como una idea penaso y pertinaz atormentaba su cerebro, porque a cada instante dejaba la pluma, volvía a tomarla, trazaba algunas palabras en el expediente que tenía delante, para volver otra vez a suspender el trabajo. Al fin abandonó el sillón y púsose a pasear lenta y maquinalmente por la larga y oscura

sala, acariciándose con una mano la larga barba, los ojos distraídos y como sin vista clavados en el pavimento, señales todas de una grave preocupación. Un instante paróse en el cuadro de luz que entraba por la ventana y fijó sus ojos en un ennegrecido retrato de cuerpo entero que se difumaba en el fondo de la sala, contuvo un involuntario suspiro, y algo como una lágrima brilló en la mejilla iluminada vivamente por el sol. Volvió a inclinar la cabeza sobre el pecho, metió las manos en los bolsillos del largo paletó que llevaba, y continuó el interrumpido y monótono paseo.

¿Qué era lo que atormentaba al doctor Jacinto Ramírez, abogado de Quito, en aquella mañana clara y soleada del mes de agosto? El recuerdo de una catástrofe espantosa, cuyos detalles rememoraban uno a uno como si se complaciera en ellos, era lo que le traía tan preacupado y abatido…

El 16 de agosto de 1868, veintidós anos antes, Jacinto Ramírez era estudiante de quinto año de leyes en la Universidad de Quito. Para esa feha había ya rendido con buena votación sus exámenes, y preparábase a marchar, para pasar las vacaciones, a Ibarra en donde vivía su familia, numerosa y considerada en la capital de Imbabura. Aquella noche dejóse sentir en Quito un terremoto fortísimo, que agrietó casas y echó al suelo algunas construcciones viejas y mal equilibradas: lo que fue temblor fuerte en Quito, en la rica provincia de Imbabura fue cataclismo formidable. A la tarde del 17 de agosto circuló en esa ciudad la inverosímil noticia de la destrucción de los numerosos pueblos de Imbabura. Ramírez, intranquilo ya desde la víspera por la suerte de los suyos, con la noticia traída por un chagra de Otavalo, púsose violento y resolvió salir esa misma tarde para su tierra natal. Como concibió la idea, la realizó. Al anochecer del 17 galopaba en un mal caballo de alquiler, camino del Norte. Confusamente recordaba el doctor los detalles de ese viaje, tenía idea de casas resquebrajadas o ruinosas que bordeaban el camino y de grupos de gentes azoradas que a cada instante detenían la marcha de su caballo. ¿Caminó toda la noche? No lo

recordaba, pero si tenía aún en sus oídos el aullido de un perro vagabundo, en una loma; y en su retina, el resplandor de una hoguera, en alguna choza cercana…

En la mañana del 18, después de pasar, no sabía cómo, los rios sin puentes y los caminos convertidos en precipicios, dio vista a la provincia de Imbabura, a la que diez meses antes había dejado tan risueña y próspera. Como un alucinado, sin hacer gran caso de los pueblos y caseríos, arruinados, y sin conmoverse con los alaridos salvajes de los sobrevivientes, caminaba, caminaba, dando largos rodeos, con una especie de instinto maravilloso para salvar los abismos que a cada paso cortaban el camino. Al anochecer dio por fin vista a la llanura inmensa de Ibarra. ¿Por qué no enloqueció entonces? Lo que tenía delante de sus ojos era algo peor que las visiones terribles de la pesadilla. La gran campiña, sembrada antes de ciudades, pueblos y haciendas, estaba allí a su espantada vista, informe, monstruosa, como si en todo el territorio hubiera estallado una mina inmensa. Las casas eran montones fragmentarios de piedras, tejas pulverizadas y maderas reducidas a astillas. Algún arco de iglesia resquebrajado se levantaba todavía como gigante solitario. Los árboles mismos, los copudos nogales, las palmas, los sauces verdes, que daban a Ibarra un aspecto oriental, como si hubieran sido asolados por un ciclón furioso, estaban allí tronchados o arrancados de cuajo, las raíces al aire, asemejándose a tentáculos de pulpos gigantes. Las llanuras, ayer verdes, unidas, tersas como alfombras de terciopelo, surcadas estaban por anchas grietas de las que manaba, como la podredumbre de la tierra, un lodo viscoso y hediondo, y las tendidas lomas que por sus redondeces abultadas parecían antes los pechos de una naturaleza generosa, ahora estaban desgarradas por el azote, mostrando quebradas y precipicios rocas y peñascos, vacíos de la tierra fecunda.

Y luego, en medio de ese cuadro digno de las visiones del Apocalipsis, como natural cortejo de un mundo lacerado y herido de muerte, alaridos salvajes de los sobrevivientes que huroneaban los escombros; gritos ahogados entre las ruinas, pidiendo socorro; el ruido sordo de un lienzo de pared mal equilibrado que se

desploma levantando nubes de polvo; algún perro enflaquecido, el pelo erizado, los ojos brillantes, aullando por el perdido dueño; y en los más remotos confines de ese carmpo de catástrofe, balidos temblorosos de reses espantadas...

Todavía a la memoria del doctor acuden en confuso tropel, detalles vivos y horripilantes... Brazos y piernas sangrientos asomando entre las ruinas y sirviendo de pasto a miriadas de moscas; algún rostro exangüe y contraído por la visión última, saliendo entre dos fragmentos de muralla; alguna tela de vívidos colores, como florescencia de ese campo de destrucción. Y en todo el ambiente un olor de carne corrompida, olor de cementerio, de campo de batalla, de cataclismo. La desesperación, la locura, el idiotismo, pintados en los rostros de los sobrevivientes vestidos de harapos. Y la naturaleza, en tanto, como burlándose del dolor humano, haciendo lujo de nubes coloreadas, de cielo azul, de calma majestuosa y solemne; y el Cotacachi, eterno e impasible, resplandeciente con el último rayo de sol de la tarde, dominando la inmensa llanura cubierta ya de las tintas de la noche.

En la memoria del doctor hay un vacío. No recuerda cómo encontró el sitio donde antes se levantaba el hogar de sus padres, ni de qué modo pudo orientarse en ese mar de ruinas informes que impedían el paso. Cuatro indios melenudos de caras siniestras y miradas sombrías le acompañaban, de muy mala voluntad, sin embargo de haberles dado en pago todas las pocas monedas que llevaba. Tampoco tenía una idea clara de los trabajos emprendidos en medio de los escombros para encontrar los cadáveres de los suyos. ¿Todos habían perecido? ¿Alguno estaba vivo aún después de tres días de estar sepultado? ¿O andaba vagando por ese caos? Pronto lo supo. Como si la víspera hubiera presenciado la escena, el doctor recordaba, que al separar una enorme viga apareció el cadáver del padre con la cabeza partida y horriblemente desfigurada, y con una mano en actitud de separar el pesado madero. El mismo, el hijo, con una indiferencia estúpida, había ayudado a mover el obstáculo y él mismo levantó trabajosamente el cadáver y lo colocó sobre los escombros. Siguió la faena, y a poco fue encontrado el cadáver de la madre, abrazado al de una

niña de pocos años. Ambas mostraban rostros horriblemente contraídos por la suprema angustia de la asfixia ¿Cuántas horas esas dos criaturas agonizaron pidiendo un auxilio imposible? Mas lejos, el cadáver de un niño, de un hermano del doctor, casi destrozado y convertido en un montón de huesos triturados y de carnes laceradas… Y luego, más cadáveres más horrores. toda la familia, en fin, sorprendida por la muerte en medio del sueño tranquilo y dulce. Después el doctor no recordaba ni cómo ni en dónde enterró, en confuso montón sin duda alguna, a todos las seres más queridos. ¿Cuánto tiempo tardó en llenar esa faena horrible?... Luego vino otra noche, pasada, tal vez, que él no lo recordaba, al abrigo de una muralla en pie todavía, viendo circular por entre las ruinas, las lucecillas que iluminaban la labor de los vampiros, de los merodeadores que escudriñaban las ruinas en busca de infame botín; oyéndose algún sordo alarido de los infelices todavía vivos bajo los escombros; el mugido de un vientecillo helado entre los rotos arcos de un templo cercano; el aullido incesante de un perro extraviado; sintiendo que por el aire vagaba algo como el saplo de la muerte y del estrago… No enloqueció aquella noche horrible, no murió; pero sí al día siguiente había envejecido medio siglo. El alma fue herida como con un cuchillo agudo, las facultades se embotaron y la noción del tiempo desapareció de su conciencia. Aún después de veinte y dos años, un horroroso estremecimiento conmovía todas sus fibras; el corazón le latía apenas, y a sus oídos llegaban los ruidos siniestros de aquella noche, y en el aire puro de la mañana que iluminaba la mesa del trabajo creía escuchar ese algo desconocido que anonadó entonces sus facultades como el soplo de un inmenso ángel de exterminio...

Después, lo recordaba, sin saber cómo, fue a parar a un campamento improvisado por los sobrevivientes, con pedazos de puertas y con harapos arrancados de las ruinas. Allí comió unos granos de maíz tostado en una teja, con avidez salvaje, porque hacía cuatro días que no habia comido, o a lo menos no lo recordaba. ¿Cuántos días pasó en ese campamento? no lo sabía; pero con lucidez rememoraba la venida de los socorros traídos por García Moreno, la actividad devoradora de éste,

su energía sobrehumana para vencer los obstáculos de toda naturaleza, su caridad inmensa. ¿Acaso ese hombre era el mismo de Jambelí?…

Años después había vuelto el doctor a su tierra natal. Los edificios se levantaban por todas partes; donde fue la casa de sus padres había otra, habitada por desconocidos; los árboles volvían a dar a Ibarra el aspecto de ciudad oriental; el césped de los campos estaba verde y unido; y las lomas, redondeada otra vez por las lluvias y los vientos, asemejábanse a los pechos de una naturaleza fecunda; y allá en el fin de la llanura, el Cotacachi resplandeciente con su corona de nieve eterna, dominaba impasible y mudo la risueña provincia de Imbabura. Todo volvía a su antiguo estado, sólo el alma del doctor había quedado entenebrecida para siempre y tocada por una ponzoña incurable: la hipocondría.

CAPÍTULO II

El tiempo es el gran médico de las enfermedades del alma; atenúa, cuando no borra, las peores heridas. Ramírez sintió esa benéfica mano tan suave, tan insensible en la manera de obrar, y pasados dos años del terremoto, en el cual había perdido familia, fortuna y gran parte de su vigor moral y de la fe en el porvenir propio, fue relegando a un rincón de su memoria los penosos recuerdos de entonces. A poco del cataclismo, regresó a Quito a continuar los interrumpidos estudios, único porvenir que le quedaba; pues el patrimonio con que antes contaba la familia, una tienda de comercio, había desaparecido en la catástrofe. Difíciles fueron los días que atravesó en Quito; con una mensualidad de diez pesos mandada por un cura, pariente lejano que vivía en un pueblo de la Costa, era necesario vivir; con esa exigua suma pagaba el miserable cuartucho y la ruín comida que le daban en un figón, y muchas veces faltaba la hedionda vela de sebo para poder estudiar las lecciones. Haciendo prodigios de economía y guardando centavo a centavo, podía comprar la pobre ropa que necesitaba para poder salir a la calle y asistir a los cursos. Todas las

expansiones propias de la juventud le estaban absolutamente vedadas y los amigos que podían ayudarle en algo y ser a veces un recurso inapreciable para las luchas de la vida, eran para Ramírez de pura etiqueta; pues él cohibido con la pobreza y su carácter huraño y triste, nunca intimó con nadie. Concluyó, empero, los estudios: atenta su notoria pobreza y teniendo en cuenta la aplicación y aprovechamiento notables, los derechos de exámenes y grados le fueron dispensados. ¡Con cuánta emoción recibió del pariente cura una pequeña suma de dinero destinada a comprar la levita y el sombrero de copa para el grado! Este fue lucido y obtuvo una votación sobresaliente. ¡Cuánta vergüenza tuvo el nuevo doctor, al no tener con que comprar una mala botella de vino para invitar a los profesores y condiscípulos, como es de costumbre en estos casos! Solo, huraño, avergonzado con la muerte en el alma, dirigióse, concluído el examen, a su pobre cuartito, testigo de tantas miserias y amarguras y de tanto tesón y buena voluntad, sin tener a quien comunicar el triunfo obtenido, sin que hubiese una madre llorosa de placer ni un padre emocionado de contento que acogieran al nuevo abogado. Esa noche, que para tantos otros estudiantes, es de alegría, de goces mil, de esperanzas, fue para Ramírez de lágrimas.

Poco a poco ganó algunas sumas de dinero en pleitos de asuntos de menor cuantía, hasta que la defensa qué hizo ante un consejo de guerra de un pobre artesano acusado de conspirar, dióle con el triunfo, merecida fama de elocuente y conocedor de la ley. Luego vinieron otras causas más complicadas; en el despacho de los juicios anduvo acertado, y su reputación de abogado ganó bastante terreno. Estaba pues, libre de la miseria y con el porvenir asegurado.

¿Cómo se enamoró el joven abagado por primera vez? ¿Sintió acaso esa necesidad del corazon que se traduce en el deseo de entregarse a otro, o fue una simple impulsión de la materia despertada tarde, después de un sueño causado por la hipocondría y el trabajo incesante, o por haberse negado tenaz a los deseos que le atormentaban? Vio a Camila Quiroz, con motivo de un pleito en que él la defendía,

relativo a una herencia y se enamoró de ella. No mediaron amores románticos, ni exageraciones; vióla conveniente para hacerla mujer y, sobre todo, vióla fácil de conseguirla sin tener necesidad de largas esperas y de dilaciones; se casó con ella, mitad por necesidad del alma y mitad por necesidad del cuerpo, pues Camila sin ser bella, tenía ese atractivo especial de las cuarentonas, que encienden los deseos de esos hombres calmosos y tristes como el doctor Ramírez. A poco del matrimonio, el carácter de Camila descubrióse tal cual era; una mezcla informe de pasiones, ardientes y de frialdades extrañas; de entusiasmos momentáneos y cálculos ruines; y dorninando en todo, un exagerado espíritu religioso, un fanatismo elevado al último extremo; enfermedad muy común en las mujeres de esa complexión física, enfermedad de herencia española aumentada por generaciones dominadas por los sacerdotes. Enfermedad agravada por nuestras costumbres, nuestro cielo triste, nuestro paisaje agreste. Todos estos factores han hecho de la mujer ecuatoriana y muchas veces del hombre, un ser débil, de poca iniciativa, y una víctima de las enfermedades nerviosas. Debido a esta idiosincracia nacional, toda innovación se ha considerado como un peligro, toda ambición de mejora social y política, peligrosa y toda expansión, criminal.

El doctor Ramírez por temperamento, por afición, por educación era religioso, profundamente religioso, intransigente con todo lo que no estuviera amoldado a las prácticas más severas. Nunca aceptaba una vacilación, una ligera duda en asuntos de fe. La catástrofe que en una noche le había quitado familia y fortuna; la soledad y aislamiento en que vivió antes de casarse; su mismo carácter apocado y triste, obraron de consuno para llevarle sin esfuerzo a ese estado psicológico, o más bien fisiológico, tan común en hombres de iguales o parecidas complexiones, que encuentran alivio en los pesares de la vida en las prácticas religiosas exageradas. Además, el medio ambiente social de entonces más que ahora, era absolutamente favorable para la vida religiosa, un tanto cercana al mistıcismo. Quito era una ciudad absolutamente católica. Nadie, a lo menos muy pocos de sus habitantes, dejaba de oír la misa diaria en los múltiples templos de que está adornada, los que apenas

alcanzaban a contener la multitud de fieles. Todo el año había ya en una, ya en otra iglesia, ejercicios espirituales, o jubileos. Hombres y mujeres, niños y viejos, pertenecían a las cofradías y congregaciones, y era muy raro el ejemplo de que algún hombre de posición social dejara de practicar todos los preceptos religiosos señalados prolijamente por los clérigos y frailes, porque luego le caía la tacha de masón y hereje, suficiente causa para despertar las sospechas de la policía garciana. Poco o nada han cambiado estas costumbres religiosas y medioevales, pues a través de más de treinta años se conservan las mismas, con ligeras e insignificantes modificaciones. Cuando la piedad es extremada; cuando la religión es una máscara fúnebre para disfrazar el vicio y el crimen; cuánto lado asqueroso, cuánta podredumbre, cuánta porquería se ocultan en los rincones de sacristías y conventos. ¡Cuánta miseria, hambre y lágrimas en medio de los cánticos de las procesiones paganas, y del incienso oloroso de las pompas sacras!

El matrimonio Ramírez era de un catolicismo ferviente y bajo la disciplina de los preceptos más estrictos de la Iglesia educaba a los dos únicos hijos, sin permitirles la más leve e inocente trasgresión de lo dispuesto en ese complicado y absurdo código llamado moral católica. Salvador, el primogénito, al cumplir los ocho años, entró de interno al colegio de los jesuitas, y Mariana, la segunda y última, apenas cumplidos los siete años de la pobre vida fue también de interna al colegio de las monjas de los SS. CC.

El niño nunca había saboreado las delicias inherentes a los primeros años de la vida. De índole mansa y pasiva, poco comunicativo con los de su edad, nunca se entregó a esos múltiples juegos que hacen el encanto de los niños. Las fuerzas físicas que principiaban a manifestarse pronto, y con ellas el carácter futuro, atrofiadas por la falta de ejercicio y de aire, apenas se esbozaban en un cuerpo delgado y débil y en un rostro pálido con grandes ojos azules dulcísimos, sombreados por cabellos finos color oro. Salvador a los doce años demostraba apenas ocho y tenía ese algo

inexplicable, como anuncio cierto de los que han de morir jóvenes y que sólo están en el mundo como de paso.

Mariana, por uno de esos fenómenos bastante frecuentes, era el reverso de su hermano: bulliciosa, enérgica y atrevida. El tipo físico anunciaba un temperamento ardiente, porque era morena de ojos negros, labios abultados, pelo negro y ensortijado, tipo exacto de la cuarterona, como si en los antepasados de su familia hubiera circulado la sangre africana. Doña Camila no podía soportar los impetuosos arranques de su hija, y a todo trance quería aplastar o moderar ese carácter para hacerlo silencioso y triste como el de Salvador. Pronto lo consiguió pues la chiquita apenas de seis años hízose callada, huraña y aprendió antes de tiempo el supremo arte de las mujeres: el disimulo. Sólo con su hermano tenía confianza y ambos se amaban con ese amor de niños solitarios, rodeados de algo como murallas que impedían las legítimas expansiones de la edad. A hurtadillas de los padres, se atrevían hasta a reírse a carcajadas con ese ritmo sonoro e inimitable que brota de la garganta de los niños, como del instrumento más delicado. Hacían proyectos para ellos irrealizables: paseos y carreras por los campos verdes que divisaban desde las ventanas de la casa, o de juguetes que deseaban tener y que nunca lo, consiguieron. Salvador deseaba con vehemencia un caballo de caucho que había visto en la vidriera de un almacén, y Mariana una muñeca de china, de esas de una peseta que un día vio en manos de una chiquilla hija del zapatero de la esquina.

La casa parecía desierta, casa grande y oscura como aún se ven muchas en Quito, como reliquias de principios del siglo pasado. Las ventanas daban a una muralla de un convento de monjas, y apenas, al fin de la calle que terminaba en callejuela sinuosa y estrecha, se alcanzaban a ver las breñas del Pichincha lamidas frecuentemente por las nieblas. Esta vista era la predilecta de los niños y les eran familiares los mil pequeños detalles del chaparro, de los pajonales de las cimas o de las oscuras quebradas que desgarran los flancos de la montaña. Largas horas se pasaba Salvador viendo esos detalles del paisaje, haciendo volar la pobre fantasía

de niño, por las nieblas blancas, por las cerros escarpados, como si tuviera un secreto impulso de carrera por el aire libre y sorprender así lo desconocido que adivinaba en su fantasía, tras la inmensa mole de la cordillera.

Don Jacinto, con su carácter huraño y su eterna cara de murria, aunque bondadoso, no inspiraba ninguna confianza a sus hijos, y menos aún Doña Camila, displicente por educación y por naturaleza, y agriada por su enfermedad incurable propia de su sexo. Niñez sin aire, sin luz, sin cielo, azul no es niñez. Niñez sin risas, sin besos, sin esas sanas expansiones de un espíritu que está en su aurora, no es niñez. Quitad al niño todo aquello que hace su dicha, como a la planta el agua y al ave el espacio libre, y ¿qué le dáis en cambio? ¿Religión, piedad, obediencia pasiva y automática?... ¡Pobres seres aprisionados física y moralmente, aves cortadas de las alas, arpas rotas las cuerdas, plantas gigantes contenidas en una maceta! ¿Y después? ¡entregadlas al mundo que nunca perdona la debilidad y el candor, y aplasta todo lo que no puede o no sabe defenderse en la lucha de la vida, o los avienta como débiles pajas de una era a destinos inciertos y lúgubres!

En el colegio, Salvador cambió de cárcel. De índole suave, aplicado al estudio y de aptitudes notables, distinguióse desde el primer día. Querido de los profesores, fue odiado par los compañeros. En los colegios la superioridad intelectual, nunca es perdonada, si no va acompañada de un carácter de acero. La fuerza física, la desvergüenza insidiosa y cruel triunfan y causan la admiración de los niños. Salvador hacía lo posible por conquistar el aprecio de sus compañeros de internado, porque era de esas naturalezas dulces para los cuales el cariño de los que les rodean es una necesidad; en vano ponía de su parte la mansedumbre, el espíritu obsequioso y su prudencia precoz. La distinción de que era objeto de parte de sus profesores, aumentó la envidia y el encono de los muchachos entre los que se distinguían algunos hijos de las familias nobles, torpes y díscolos, necios y cobardes. Poco a poco huyó de todas las relaciones que hubiera podido estrechar, y como un derivativo o un oonsuelo en su aislamiento, entregóse con frenesí al estudio y a la

devoción. Así pasaron algunos años, apenas modificándose el carácter de Salvador y ganando pocas y frías amistades entre los condiscípulos. Los paseos semanales a los alrededores pintorescos de la Capital, despertaron en él una nueva afición: la de la vida contemplativa en la soledad de los campos, en medio de goces ignorados y apenas presentidos en sus sueños místicos.

En las vacaciones salía en junta de la familia a una pequeña propiedad que había comprado el doctor. Allí la vida de la casa poco o nada había cambiado. Siempre el padre con la eterna murria y la madre displicente y devota. Salvador y Mariana, convertida ya en una señorita, vagaban juntos por los llanos y caminos como ansiosos de recuperar una libertad de que habían estado privados en su niñez.

Mariana prometía ser muy hermosa, con esa belleza típica y espléndida de la mujer destinada a ser madre algún dia. La amplitud de un cuerpo desarrollado a maravilla, a pesar de las inícuas costumbres de esas prisiones insanas llamadas colegios de Señoritas, anunciaba una naturaleza robusta, propia para luchar en las batallas de la vida.

En Mariana nacían ya dos principios contrapuestos y hostiles: la naturaleza fisiológica la impulsaba al ruido, al movimiento, a la alegría, al triunfo en las lides del amor, la educación del hogar y del colegio, a la quietud, al anonadamiento de las facultades, a la contemplación. Sospechaba que más allá de las paredes de su casa y más allá de la vida piadosa había un mundo lleno de tempestades y de rugientes pasiones, y quería verlo, navegar en él, dominarlo acaso. Al mismo tiempo, tenía cierto secreto temor de desafiar las iras de ese mar, pues, según las enseñanzas del colegio, en él se encerraban los enemigos del alma y, por tanto, de la soñada ventura eterna. Salvador, con algún mayor conocimiento de la vida, adquirió en la lectura de los libros que había leído en la biblioteca de los jesuitas, quería guiar a su hermana en la confusión de ideas que atormentaban ese cerebro. Trabajo inútil. La fantasía de

la muchacha caminaba más ligero que las ideas de Salvador, era un verdadero caballo desbocado al que quiere guíar un jinete novel y cobarde.

Esta era la familia Ramírez, en la mañana aquella de agosto clara y de sol, cuando el doctor hacía recuerdos de la catástrofe de Imbabura, paseándose en su despacho de abogado.

CAPÍTULO III

Cumplía Salvador los diez y ocho años, cuando concluídos sus estudios de colegio con gran lucimiento, iba a graduarse de Bachiller en Filosofía.

Fue un acontecimiento en los fastos del colegio, pues Salvador era muy querido de los Profesores, por su aplicación y buena conducta escolar y religiosa, como rezaban los certificados de los siete años de enseñanza secundaria, documentos que el joven puso en manos de los examinadores con imperceptible gesto de vanidad, muy justa por cierto.

El Tribunal estaba compuesto por los mismos Profesores del examinado, encasquetados los inseparables bonetes y colocados sobre una plataforma situada en el fondo del largo y desrnantelado salón de actos. El futuro Bachiller, sentado en una incómoda silleta que casi desaparecía entre los faldones de la levita, estrenada ese día, y haciendo frente a los exarninadores, destacábase muy bien en la penumbra de la sala, porque recibía de lleno la luz de una ventana abierta.

Hacia la puerta de ingreso, se veía un grupo de estudiantes, y sentado en un rincón oscuro y poco visible, al doctor Jacinto que había venido a presenciar el grado de su hijo.

El Decano sonóse ruidosamente en un pañuelo de cuadros, una caja de rapé circuló entre los padres, oyéronse pisadas cautelosas en el entablado del salón, producidas por los estudiantes y curiosos que entraban, y principió el examen. La Filosofía rompió los fuegos y los sostuvo casi las tres partes del tiempo destinado al exarnen: Hilomorfismo, materia y forma, potencia y acto, futuros condicionales, el Syllabus, el liberalismo: niego, concedo, distingo y otras palabras de rúbrica y términos técnicos, cruzábanse entre el examinado y los examinadores, los que debían estar muy satisfechos del antiguo discípulo, porque con sonrisas amables repetían: <<bien, muy bien>>. Con un problema de álgebra terminó el acto, recibiendo Salvador el título de Bachiller en Filosofía, previas las un tanto ridículas formalidades usadas para esta ceremonia.

Los profesores y condiscípulos felicitaron al bachiller, y don Jacinto, emocionado hasta las lágrimas y sin pronunciar una sola palabra abrazó al estudiante. A la mernoria del doctor acudieron los recuerdos de otros días felices y ya lejanos, cuando él, joven como Salvador y como Salvador aprovechado, diera el grado de bachiller en ese mismo salón y recibiera de su padre, que había venido de Ibarra para el acto, un abrazo estrechísimo, ese padre que un dia volvería a ver bajo un mar de escombros con la cabeza partida...

Eres todo un filósofo, —decía un profesor dirigiéndose a Salvador—, tienes conocimiento bastante completo de Santo Tomás, y con este angélico doctor, el arma más poderosa para derrotar la impiedad.

–Lo que me ha gustado, decía otro, es lo bien que ha cornprendido a Sardá y Salvani, que es un autor precioso: ¡tunda como la dada por el chapetón a los liberales!...

—Eso de los futuros libres tiene sus bemoles.
—El atomismo de Descartes es un absurdo...

Y entre profesores y estudiantes, se entabló una discusión sobre muchos puntos del pasado examen. Cuando los últimos salieron a la calle siguieron todavía divididos en grupos, la eterna discusión, citando a Santo Tomás, el Padre Suárez, a Locke y más filósofos, pues, es antiguo achaque de los estudiantes de filosofía, el preocuparse de estos asuntos sutiles y completamente inútiles. La educación de nuestra juventud ha seguido ese camino trazado desde el tıempo de la Colonia: mucho de filosofía especulativa y nada de las ciencias prácticas de la vida. Salvador salía, pues, del colegio de los jesuitas convertido en un verdadero filósofo y con esa filosofía rancia y caduca que mata la franca acción del hombre, iba a conquistar un porvenir.

CAPÍTULO IV

La fortuna de la familia Ramírez era apenas mediana, y el doctor con gran acopio de trabajo en su profesión de abogado, difícilmente alcanzaba a subvenir las necesidades de los suyos, bien moderadas por cierto. Los bienes consistían en la casa grande y vieja donde vivían, arruinada en parte, y en una quinta en el valle de Chillo que absorvía más dinero que el producido por las menguadas cosechas de maíz. El gran problema de la vida, de todo padre de familia sin patrimonio, acongojaba al doctor ya tan propenso al abatimiento y al pesimismo. En su imaginación fecunda para concebir ideas funestas, veía muy negro el mañana; veía que el pan, el triste pan del pobre, acaso faltaría con la muerte del encargado de suministrarlo cuotidianamente. Y sus fuerzas y energías iban disminuyendo, su voluntad era ya rebelde y su organisnıo de hombre lo había ya tal vez gastado en una lucha de escasos resultados. Si él faltaba, ¿podría D. Camila afrontar valerosa la responsabilidad que recaería sobre ella sola? Imposible; él la conocía débil de carácter, inepta para la lucha, devoradas sus escasas energías por el misticismo embrutecedor y por esa enfermedad incurable. ¿Salvador?, seguía exactamente las huellas del padre; estudiaba jurisprudencia, carrera que para pocos está sembrada

de flores y para los más, ¡ilusos! es una vía dolorosa, por la que se marcha en compañía de la escasez y dejando en todas partes girones de la dignidad y el honor, Salvador, modelo de hijos y de estudiantes, ¿podría afrontar las responsabilidades y ladear los obstáculos inherentes a la dirección de una familia? El mismo padre, el doctor, lo había engendrado débil de cuerpo y cobarde de alma, llevando en su ser la herencia del temor inexplicable, y la madre habíale dado con la sangre, el espíritu místico y quietista y la complexión linfática. Educado luego, con lujo de rigor, para impedirle el conocimiento saludable de la vida y sí el de ciencias absolutamente ineficaces y abstractas, nunca podía ser el sostén y defensor valiente y abnegado de una familia, ni menos sería capaz de ganar el pan para su madre enferma e inútil para su hermana que, con la pubertad, recibió como un bautismo funesto, los ataques histéricos.

Pensando todos estos factores; el doctor terminaba par envidiar a los padres que tienen hijos fuertes, enérgicos y valientes, a los que no amedra ninguna arnenaza y que se lanzan a la lucha por la vida armados de punta en blanco y que vencen casi siempre, sin acobardarse por los descalabros. ¡Cuánto envidiaba a los artesanos y labradores que enseñan y educan a los hijos, para que sigan manejando la herramienta o cultivando la tierra, para que ganen el pan seguro de cada dia!

El doctor temía la muerte, sin embargo de las firrnes ideas de bienaventuranza eterna que había aprendido desde la niñez. Y temía la muerte, porque a pesar de su caracter huraño y taciturno adoraba a sus hijos, únicos puntos claros en la tenebrosa noche de una hipocondría incurable. No quería ni figurarse que algún día la muerte tocaría las puertas de su pobre hogar, acompañada de su invariable séquito de hambre, desnudez, prostitución y crimen.

¿Acaso él no había visto cuadros y escenas horribles? ¿Acaso no sabía que el hambre más que los malos instintos lleva a las jóvenes al burdel y a los muchachos a la cárcel o al patibulo? El, como abogado, había varias veces examinado las

asquerosas llagas de la sociedad quiteña; él había visto que el sórdido interés o la necia vanidad se disfrazaban de caridad evangélica; había visto que el huérfano, la viuda anciana, el inválido de las luchas civiles, el débil, en fin, eran arrinconados como trastos inútiles a un rincón al cual, de vez en cuando, se arrojaban piltrafas como si fueran ¡perros hambrientos, en tanto que para el fraile ocioso o corrompido, tumor de la sociedad moderna había hasta el vino de la orgía! El, con un espíritu justiciero, había deplorado la gran desigualdad social de la pretendida República, donde el indio infeliz, el cholo humilde y sufrido, el artesano honrado, eran vejados, aplastados, robados acaso, por cuatro felices de la suerte llamados caballeros. El había visto con horror, que la justicia era inflexible para el pobre, el miserable, el desvalido; que al delincuente del pueblo, se lo torturaba, se lo encadenaba, se lo mataba como a un perro rabioso, y que para el rico, el propietario, el clérigo de campanillas; el noble sin ejecutorias, esa justicia era un maniquí ridículo y que para el gran criminal había aplausos, honores y ventura. El con ser tan profundamente religioso, ¿acaso no palpaba que la religión, era una pompa teatral, al abrigo de la que medraban la ignorancia, la concupiscencia, el orgullo y la avaricia? Y erı ese escenario de lodo y de lágrimas debían quedar abandonados sin fuerzas para la defensa, una mujer enferma e inútil y dos niños inexpertos y cabardes; para que fueran presa segura de todas las maldades que en su cerebro hipocondríaco, veía desfilar en filas compactas, como batallones de fantásticas quimeras.

CAPÍTULO V

En la Universidad conoció Salvador a un joven provinciano, descendiente de esa hermosa clase media, que no pica muy alto en asuntos de nobleza y que sin embargo, por el talento, las aptitudes y el patriotismo, es la primera de la República. Una simpatía irresistible y antes nunca sentida, llevó al joven quiteño a entablar amistad con Luciano Pérez, amistad única y primera en su vida. Pérez asimismo simpatizó con Ramírez y desde entonces, los dos formaron una asociación

inseparable, aun cuando en lo físico y lo moral eran dos entidades absolutamente contrapuestas. El uno era la fuerza y la energía, el otro la debilidad y el temor; el provinciano parecía por su estatura y esbeltez un boxeadar yankee, y el quiteño rubio, pálido y débil, una señorita enfermiza; Luciano era un huracán, Ramírez un céfiro. El gigante estaba destinado a vencer en todas las luchas de la vida, el chico a perecer en el primer combate. Pérez era una voluntad incontrastable, Ramírez una inteligencia luminosa, pero sin movimiento, y en el mundo el triunfo las más veces es de la primera.

En seres tan contrapuestos ¿por qué nació inconciente una amistad intima? Fenómeno bastante común, pues las nejores amistades nacen en dos caracteres opuestos. Luciano vio en Salvador un ser débil, inofensivo, bueno; admiró en ese cuerpo raquítico una alma, limpia de la roña del disimulo y de la envidia, que se debatía solitaria, presa de mil desconocidos deseos y ansiosa de otra más fuerte en quien confiarse, y Luciano amó a Salvador con el cariño del hermano mayor al menor, con el del fuerte y seguro de sus fuerzas al débil; amor sin envidia, sin interés, arnor siempre noble y sin ernbustes. Salvador vio en Luciano, al hombre gigante dominador de la materia y de la voluntad, futuro conquistador de gloria acaso, y le adrniró, le temió luego, y después amóle con entusiasmo. He ahí el secreto de la amistad de Luciano y de Salvador.

Pérez estudiaba leyes, pero era un estudiante mediano. Los confusos cimientos del derecho y las formalidades eternas de las leyes, no eran del gusto de ese carácter haracán. Necesitaba una inmensa palestra para la lucha y la del foro parecíale miserable e indigna, las sutilezas de la ley mezquinas y cobardes. Concibió en su intelecto una idea muy elevada de la justicia, a la cual se arrastraba por los cabellos, con demasiada frecuencia, sirviéndose para ello del código y de los jueces. Esta idea y la natural sumisión a los profesores y reglamentos le eran insoportables. La ciudad misma, los petimetres que en ella abundan, ociosos; la ropa incómoda que le quitaba toda la libertad de los movimientos que exijía una naturaleza nerviosa y activa,

hacíale echar términos más o menos enérgicos. Salvador quería calmar esa perenne excitación, remitiendo a menudo con aire convencido:

—Paciencia, Luciano, paciencia...
—¿Paciencia, quieres que tenga paciencia? La virtud más estúpida y negativa. ¿Y he de tenerla viendo el garbo de los chullalevas, el orgullo y necedad de los jovencitos nobles, la mar de viejas beatas vagando por todas partes, y frailes, y rezas, y procesiones, y campanas? Luego la porquería de estos códigos y la majadería del viejo profesor, esa lumbrera de la jurisprudencia que más parece farol de chichería que lámpara del saber, como quieran hacerle creer los adulones. Todo esto me carga… ¡ajo!… y el día menos pensado me voy con la música a otra parte, por ejemplo, a sembrar papas, a ordeñar las vacas en el pegujal de mi padre.

—Bueno, ¿y qué dirá tu papá?

—¿Mi padre?: ha de tronar un rato, me ha de amenazar, se ha de hacer el bravo y luego se ha de amansar. ¿Acaso no lo conozco? Después se ha de alegrar de ver a su hijo trabajando y no de abogado tramposo como los que hay ahora por todas partes.

—No digas disparates. ¿Y el titulo? ¿y la sociedad?

—Valiente cosa es la sociedad nuestra. Si, ¡son tantos las gozos que proporciona! Picardías por todas partes. Frailes y monjas ociosos a millares; las casas reducidas a conventos, las mujeres preocupadas de lo místico y no de la olla de caldo; los hombres congregantes y unos demonios para las picardías...

—¡Qué posimista te has hecho!, no es todo así, algo hay de malo, pero hay mucho de bueno en nuestra sociedad que es tan sencilla…

—Y tú ¿qué conoces, Luisito Gonzaga que te ruborizas cuando ves una mujer u oyes un ajo? Precisamente, lo bueno que hay en la sociedad es desconocido para tí, y eso bueno son las buenas mozas que abundan en esta tierra de Mariana de Jesús. Y a propósito, ¿hasta cuándo desempeñas el papel de casto José?…
—Vaya, que estás ahora con el pico caliente, quien te oyera por primera vez, creería que eres un perdido, y eso no está bueno, es necesario que ya te formalices.

—iFormalices? ¡Disparate! Tengo 21 años, soy por tanto ciudadano, dueño de mis acciones y hago lo que me da la gana. Además soy sano y robusto. Mi padre me manda puntualnente las remesas; mi madre me llena el cuarto de mil golosinas. Soy, pues, feliz. Si el cuerpo me pide una trasnochada, o un paseo a Chillo o Cotocollao, le doy gusto ¿Y por qué no lo he de dar? Luego en mi tierra, un pogujal al que he de ir tarde o temprano a trabajar y allí podré entregarme a lo que me gusta: ejercicio al aire libre correr a caballo, jugar toros o cazar venados. Tú no sabes lo bueno que es ésto, porque toda tu vida te la has pasado sobre esos sucios librazos que nada enseñan y arruinan la salud. El día que haya una revolución yo he de ser el primero en tomar el chopo para desterrar del país esos estudios tontos.

—¿Quieres revolución y para qué, señor feroz?

—Para todo. Quizá en ella se limpie tanto lodo y se acabe tanta farsa. Quiero revolución, porque estoy cansado de oír que esta tierra es colonia del Papa y que los ecuatorianos somos vasallos de ese vejete… ¡Ajo Me hierve la sangre con ésto. ¿Has leído a Montalvo? ¿A qué no? ¿Por qué lo han prohibido los frailes?

—Vaya, hoy estás exagerado, parece que te van gustando las malas doctrinas del liberalismo.

—Algo más, señor mío, no sólo me gustan las doctrinas, sino que soy liberal hasta los tuétanos. Sólo los viejos rezadores son de la escuela conservadora.

—Entonces vas reñido con la Iglesia católica, la que en el Syllabus y en varias encíclicas condena esa doctrina, la cual segun Sardá y Salvani...

—No me nombres a ese farsante, que por hacerse gracioso es un necio insoportable; ni me importan una higa el Papa, el Syllabus y el Padre no se quién. ¡Viva el liberalismo!

En esta conversación está sintetizado el carácter de los amigos y la pasión dominante en la clase directiva: la politica religiosa. Ambos amigos defendían con entusiasmo sus respectivas ideas: a veces Luciano se sufuraba con la calma de Salvador, pero siempre acababa la escaramuza con una larga risotada del primero.

CAPÍTULO VI

Doña Camila, a causa de su carácter displicente, se había captado muy pocas amistades y éstas eran escogidas entre gentes de sacristía y beatas. En la iglesia de la Compañia gozaba de gran autoridad, porque era presidenta de una de las muchas congregaciones que han establecido los jesuítas, como la mejor manera de ganar prestigio y autoridad en los pueblos.

Los jesuítas, por su carácter insinuante, maneras cultas, talento innegable y conocimiento del mundo, se llevan las simpatías de las mujeres y hacen el monopolio de la mejor y más encumbrada clase social; como directores espirituales, y desde el confesonario dirigen aún los asuntos de interés privado.

La amiga más íntima de doña Camila era doña Rosaura Valle vieja solterona, de aspecto acartonado, larga nariz, ojos miopes rodeados de párpados sanguinolentos; una de esas frutas secas del celibato, una figura repulsiva en la que sin dificultad se

adivinaba la enemiga acérrima de la belleza, de la alegría y de la juventud. Nada hay más repugnante que estos tipos, restos dejados de las generaciones jóvenes en la sociedad, como deja el oleaje los maderos de los bosques destruídos en la playa.

Rosaura nació fea, de padres plebeyos, artesanos que renegaron de la herramienta y adoptaron la vara y la balanza comercial; al por menor. Seducida por un estudiante de provincia y abandonada después entregóse primero a la prostitución de menor cuantía, asquerosa y repugnante; luego que el vicio y los años acabaron la poca simpatía que inspiraba a los libertinos, hízose alcahueta y por ultimo, sin renunciar del todo al oficio, entregóse al misticismo, adquiriendo en la iglesia amistades con señoras de la más alta clase social; pues, para muchas personas nobles y honradas la devoción es la mejor ejecutoria para aceptar en sus casas gentes de antecedentes muy dudosos. Pronto fue Rosaura comensal obligado de muchas nobles casas, aconsejando a todos la piedad, halagando la vanidad de los ricos y el fatuo orgullo de los nobles.

A todas las señoras llamaba **hijitas**. Sabía de corrido muchas oraciones en latín; era diestra en hermenéutica; pitaba de filosofía aprendida al Padre Lacámara, y con todas estas habilidades gozaba de gran prestigio en todas las casas y conventos. El fondo del alma de la beata era hediondo cieno. La envidia y la soberbia le roían las entrañas, si es posible que mujer como Rosaura las tengan.

Cierta similitud de caracteres físicos y morales había estrechado la amistad de las dos mujeres. Probablemente en lo más recóndito de sus almas había un poquillo de odio mutuo, pero en estado embrionario que algún día podría estallar formidable y violento.

Rosaura odió a Mariana desde el día en que la conoció, porque Mariana era bonita y de carácter vivo, sin embargo de las tentativas incesantes de doña Camila por cambiarlo; y ser hermosa y alegre eran para la beata motivos de inquina que apenas

disimulaba. Cuando la joven sufría, de tarde en tarde, los terribles asaltos del histerismo que la desfiguraban de atroz manera, el gozo de Rosaura era casi visible, aún cuando aparentaba un sentimiento contrario. Para alma tan ruin la perspectiva de una muerte próxima o la idiotez, era halagüeña ilusión acariciada todos los días.

Poco tiempo despúes de haber entablado amistad con la familia Ramírez la beata principió una campaña con doble objetivo: hacer sospechosa la conducta de Salvador ante sus padres por la estrecha amistad del jovencito con Luciano, y convencer a todo trance de las ventajas de la vida monástica con el fin de que Mariana tomara el velo en un convento de monjas.

Sentadas un día doña Camila y la beata en el cuarto de la primera, arreglando unas flores de papel y ceras labradas para una próxima fiesta de la congregación de que las dos eran cofrades, lanzó la beata un largo suspiro.

—¿Por qué ese suspiro mi querida Rosaura?

—¡Ay hijita!... hay tántas cosas que le afligen a una...

—Ud. es sola y no encuentro qué cosa pueda preocuparla. No yo con hijos y...

—¿Yo? Cierto que soy sola y no tengo sino a mi Dios. Pero sufro por mis amigas, sufro por tantas cosas, sobre todo por la sociedad que va caminando a la herejía y yéndose a la impiedad.

—Razón tiene Ud. amorcito, mal camino llevamos, pero... ¿Ud. ha sabido algo de nuevo?

—No hijita; pero veo que la juventud va perdiéndose por la falta de religión; y el liberalismo está cundiendo como mala hierba, y no está lejano el día en que la religión se acabe y nosatras las creyentes seamos martirizadas.

—¡Ay no sé!... no es tanto misia Rosaurita. Al contrario, la piedad de la juventud de Quito en la última cuaresma fue edificante.

—Así es, pero hay algunos jovencitos de pésimas ideas religiosas, y como Ud. sabe bastan esos pocos para corromper a los demás. Los estudiantes guayaquileños, son toditos impíos y hasta los chagras de las provincias se hacen los masones y descreídos. Sin ir más lejos, aquí entre nos, ese tal Pérez amigo de Salvador es un perdido. ¿Acaso oye misa, acaso se saca el sombrero cuando tocan la elevación las campanas de la Catedral? ¿Cree Ud. que saluda siquiera a los sacerdotes? El tal Luciano es una calamidad…

—Hola, con que ¿esas tenemos? No he sabido yo tanto. Desde ahora ese caballerito que no me ponga los pies en mi casa. Con razón se hace el mimoso con Salvador, ha de tener proyectos de ganarlo a la impiedad.

—Eso sí le ruego que no le diga a Salvador que yo le he informado a Ud. de estas cosas porque el hijo de Ud. **muere** por ese chagra tan grandote y tan antipático.

—Al que voy a avisar es a mi marido, para que tome sus medidas y evite quıén sabe que.

—Además le voy a contar a Ud., amiga mia muy querida una cosita algo más grave que creo no le ha de gustar. Pues he oído en la calle que el tal Luciano se jacta de ser novio de la Marianita. A lo menos, esto me dijo una persona muy formal, cuyo nombre no puede decirse.

Doña Camila levantóse del sillón donde estaba sentada, pálida, temblándole los escasos músculos de su cara, abriendo las ternillas de la nariz, con los ojos centellantes, mostrando en toda la apergaminada fisonomía los signos de salvaje cólera, tan frecuente en esas naturalezas débiles y misantrópicas.

—¡Mi hija pretendida por ese pillo, por ese chagra, por ese azota calles!... No. No. Dios mío, Virgen Santísima del Quinche, dénme paciencia y conformidad. Por eso han sido los cariños del chagra a Salvador, a ese tonto de mi hijo; por eso eran las visitas de todos los días, los regalitos y nosotros ciegos y lelos sin ver nada. Y este canalla, hijo de quién también será, quién sabe si el padre sea un chagra de pie en suelo...

Doña Rosaura sí sabía que el padre de Luciano no era el que creía su amiga, pues él fue el que la sedujo cuando era estudiante, por uno de esos caprichos de la vida estudiantil. Odiaba de muerte al antiguo amante y este odio se extendía a Luciano, verdadero retrato del que veintiséis años antes la conquistó después de una cortísima campaña.

Satisfecha la ruín beata de haber producido el efecto deseado con ese chisme, continuó impertérrita en la odiosa faena.

—Sí hijita, vea lo que es el mundo. Salvador, el joven que en Quito ha sido modelo por su piedad y devoción, es el íntimo amigo de ese tal Pérez, que ya es muy conocido, por todos, como joven de pésimas ideas religiosas. Ojalá sólo haya sido amistad que han tenido los dos. Aquí entre nosotras, le diré, misia Camilita, que yo me temo mucho por la inocencia y castidad de Salvador y que ya este pobre joven sea perdido para Dios y su santa Iglesia.

—Ni para pensar semejante horror. Si mi hijo se hiciera liberal, lo desconociera como mi hijo. Yo, ¿oye? Yo misma, la madre que le parió, sería capaz de matarlo, porque primero verlo muerto que de radical.

—Volviendo a otra cosa. Sabrá Ud. que esta mañana fui al locutorio del Carmen y pude hablar con la madre Transfiguración del Señor. El alma salta de gozo conversando con esa santa. Pondera la monjita las delicias de la vida del claustro. ¡Quién como ella que tiene segura la salvación eterna! La verdad que las monjitas escogen la mejor parte.

—Yo también soy de la misma opinión. La dicha más completa debe ser la del convento. Yo erré mi vocación, y eso que mi tío, el canónigo Quiroz, quiso facilitarme todo, y por tonta no acepté. Pero si yo no logré esa dicha quiero que la tenga mi hija. Todos los días le predico sobre este punto y creo que he de conseguir, porque mucho le pido a Dios y a la Virgen. Usted también ayúdeme a esta buena obra… y con eso allá esté el chagra hecho el enamorado.

CAPÍTULO VII

En la monótona vida de ia familia Ramirez, fue un verdadero rayo de sol la amistad entablada con Luciano. Don Jacinto fue pronto conquistado por ese carácter vehemente, alegre y generoso. La eterna murria del abogado desaparecía siquiera un instante, como si el inalterable buen humor del provinciano fuera contagioso e hiciera concebir al doctor alguna halagüeña esperanza de algo muy hermoso pero desconocido. Comprendía que bajo la aparente superficialidad del joven, se escondía una alma grande, capaz de las más atrevidas concepciones y conquistadora hasta de lo imposible.

Doña Camila, al principio fría y ceremoniosa, cedió poco a poco merced a la invencible simpatía de Luciano y más que por eso, por la innata afección que tiene la mujer a lo muy hermoso o a lo muy fuerte, y el joven era uno y otro.

Mariana lo vio la primera vez con un secreto temor, casi con antipatía, como si el instinto le advirtiera que, en caso de lucha, él sería el vencedor. Joven ella, hermosa, poseedora de una naturaleza impresionable, con una vehemencia de carácter que en vano había querídose eliminar o atenuar con el rigorismo religioso, era un combustible presto a ser encendido. Faltaba la chispa y Luciano fue esa chispa. Trató algún tiempo de resistir, de engañarse a sí misma, imaginándose que ella estaba cubierta de imperfecciones y él de antipatías; que era un disparate amar a un provinciano de oscuros antecedentes, que pronto se iría él a su aldea o pueblo para no volver más; pero la ficción duró poco y cayó como caen esos engañosos sofismas del corazón y terminó al fin por convencerse íntimamente que amaba a Luciano. Por lo demás, era él el único joven que conocía con alguna intimidad. Habiendo vivido antes tan retirada, le parecía que el provinciano era el tipo ideal formado en sus ensueños de muchacha romántica, cuando leyó en el colegio alguna rara novela burlada a la vigilancia de las monjas, o cuando oyó hablar de amoríos a sus condiscípulas más expertas en los lances del mundo. ¿Hermoso? lo era sin duda alguna. ¿Inteligente? parecía serlo; y sobre todo tenía ese misterioso poder tan raro en el hombre: el poder seductor instantáneo. De él se desprendía algún desconocido efluvio que mareaba pronto; los ojos sobre todo eran temibles. Los triunfos de Byron, del duque de Rivas y de otros célebres seductores eran debidos, según se dice, a esa rara propiedad física si se quiere, pero innegable.

Mariana era un **sujeto apto** según el lenguaje hipnótico, muy adecuado para sufrir con resultados positivos esas impresiones. Su organismo fisiológico era un factor importantísimo. Engendrada por un padre poseído siempre de una idea única y lúgubre; concebida y amamantada por una madre mística, salió ella un producto híbrido, delicado, soñador, apropiado para la alucinación mística o los furores del

libertinaje desvergozado y sistemático. En el cambio de la niñez a la pubertad, el histerismo se había presentado con tremendos ataques, que con dificultad combatía la medicina empírica y sólo atenuaba algún tanto: porque de tarde en tarde asomaban más terribles, causando perturbaciones profundas en el organismo y debilitando la voluntad con visiones de ángeles y demonios.

Luciano, por su parte, pronto sintió en su corazón joven el nacimiento de una verdadera pasión. El también estaba bien organizado para el amor, él también era vehemente y a veces soñador y poeta. Y ¿quién no lo es a los veinte años si se tiene talento, salud y el alma no está marchita por vicios o desgracias precoces? El instinto le advirtió que Mariana le amaba, y luego sorprendió miradas elocuentes, frases aisladas, entonaciones extrañas, rubores súbitos, indicios todos suficientes para poder ver algo en el corazón de una mujer joven.

Pero, aunque enamorado, comprendía que Mariana no podía ser su mujer: los obstáculos eran muchos; le constaba la intransigencia de los Ramírez en asuntos religiosos y políticos, intransigencia notable ya en Quito como la más absoluta, y él nunca, por más enamorado que estuviere de Mariana, podría cometer la farsa de aparentar simpatía a ideas y principios que le eran odiosos. ¡No, nunca, él, Luciano Pérez, por honradez y dignidad, haría esa claudicación! Luego los Ramírez, con razón o sin ella, pisaban muy alto en asunto de sangre y estaban orgullosos de ser quiteños y tener amistades en la alta clase social, para la cual los provincianos son chagras y cholos despreciables e indignos de pretender casarse con las señoritas nobles de Quito. Sin embargo, él hacía lo humanamente posible para llevarse a Mariana, pues no era hombre que hiciera gran caso de los obstáculos así fuesen religiosos o sociales.

Ambos estaban persuadidos de su mutuo cariño y con todo, nunca pudieron tener una conversación a solas en la que pudieran decirse lo que ambos sentían. Ambos

eran amantes vergonzosos, por tanto los más apasionados, pues la vergüenza nace de la pasión exagerada y no tibia y mentirosa.

Así estaban las cosas, cuando la beata hizo la denuncia de las pretensiones de Luciano que ella había podido ver merced a su larga experiencia en las malas artes.

Doña Camila, excitaba hasta la rabia, tavo una conferencia con su marido. Don Jacinto aunque muy intransigente, era más humano y conocedor de la vida, y comprendió el amor de los dos jóvenes y trató de calmar a su mujer, aconsejándole prudencia y dejando al tiempo la resolución del problema. Doña Camila, resuelta a proceder de lleno en todo, desobedeció a su marido, al que llamó cegatón y necio, y, airada, dio un formidable empellón a la puerta y llamó a gritos a su hija.

—Ven acá —díjole, tan luego como Mariana penetró asustada por los gritos—, ven acá, repitió, quiero tener una explicación contigo. Y se irguió con su alta estatura delante de la muchacha que acababa de tomar asiento delante de su madre.

—¿De qué se trata mamá? ¡Me asusté con los gritos!

—Necesito que me hables la verdad como al confesor. Cuidado mientas. ¿Qué impresión te ha causado Luciano Pérez?

—¡Mariana, sorprendida así tan de repente, no atinó a concertar la respuesta, balbuceó alguna cosa que su madre no alcanzó a oír, púsose pálida, luego roja de vergüenza y bajó los ojos...

—Hola, hola, eso tenemos —dijo doña Camila con acento burlesco—. ¡Qué pudorosa estas hijita mía! Contesta sí o nó. ¿Quieres a Luciano Pérez?

La muchacha, repuesta ya un tanto de la primera sorpresa y haciendo lujo de valor y franqueza, como si otra alma nueva hubiera sustituído a la antigua tan cobarde y tímida, levantó los ojos, clavóles en los de su madre como en señal de desafío y contestó marcando bien las palabras.

—¡Sí amo, sí le quiero a Luciano! ¿Acaso sólo yo no debo querar alguna vez?... ¿es crimen amar a un hombre como Luciano?

—Atrevida, cínica, aulló Camila, levantando el brazo como si quisiera golpear a su hija—, ¿te atreves, desvergonzada, a decir que quieres a ese perdido, a ese impío, a ese azota calles, a ese chagra hijo de no se qué patan?... Te equivocas mucho, mala hija, si esperas que nosotros tus padres, aprobemos nunca esos amoríos… ¡Quiero verte muerta, antes que mujer de ese bribón!... ¿Para eso has recibido la educación en el mejor colegio de Quito? ¿Este es el fruto de nuestros sacrificios? Dime, ¿esas son las ideas católicas que no me he cansado de inculcarte?

Mariana, la humilde Mariana, sintió que algo extraño, algo anormal invadía su ser, una oleada de rabia ciega le ahogaba, la sangre africana que había en ella se rebeló en ese momento. Levantóse del asiento pálida, con los ojos sanguinolentos, los dientes apretados, con los ojos de bacante enloquecida y con voz sorda que salía de una garganta estrangulada contestó:

—¿Quiere Ud. que hable? pues hablaré la verdad ¿Oye? la verdad. Sí, sí, sí quiero a Luciano Pérez, al chagra Pérez, al hereje, al azota calles y estoy resuelta a casarme con él si él quiere y si no, a ser su querida. No puedo ni deseo estar por más tiempo en una casa que es una sepultura. No quiero quedarme de vestidora de santos. ¿Comprende? ¿De cuándo acá es un crimen amar a un hombre? Dígame Ud. Ya estoy hasta la corona de llevar una vida que no es otra cosa que una muerte lenta. Estoy cansada de rezar en las iglesias y de ver sólo frailes y beatas... A Salvador,

Uds., sólo Uds., le han echado a perder, porque Salvador, mal que les pese, es un hombre inútil, un bonachón bueno para fraile, incapaz de hacer nada por…

—¡Insolente... infame, canalla! —dijo a gritos doña Camila, echando espuma por la boca, y lanzándose contra su hija.

—¿Qué es eso? —dijo una voz grave... Era la de D. Jacinto que oyendo los gritos, entraba al cuarto.

—Ya ves Jacinto, ¡qué ha de ser, sino que Dios nos castiga! Oye lo que dice esta canalla... ¡óyele y mátala!…

—Papá... papacito... dijo Mariana lanzándose donde su padre. Defiéndame Ud., mamá me quiere pegar porque hablo la verdad... Oigame ¿es malo querer? ¿he cometido alguna falta? Ud. también para casarse con mamá le ha de haber amado y sólo para mí es un delito!...

Todas estas preguntas que encerraban verdaderos reproches, entrecortados por los sollozos, las decía Mariana con aire de convencimiento, oculta ya la ira en el fondo de su alma. Quedaba la joven sencilla y cándida, obediente, enferma de histerismo; el que no tardó en presentarse en terrible acceso, acompañado de ronquidos, gritos y espumarajos sanguinolentos que salían entre labios contraídos y lívidos, como si fueran los estertores últimos de una bestia agónica.

Doña Camila, rabiosa, poco caso hacía del atroz espasmo y en lo más oculto de su alma de beata envidiosa y cruel, sentía algo como satisfacción, sentimiento que ella encontraba monstruoso, pero que era tan pertinaz que no podia desecharlo.

Don Jacinto, pálido, la vista clavada en su hija moribunda, caída en un sofá como masa inerte de la que se escapaban silbidos como de serpiente en celo, pensaba...

¿en qué pensaba? en la obsesión de siempre, en el viejo Ramírez aplastado bajo una enorme viga y en la madre asfixiada, en los horrores de aquel día inolvidable. Después veía el hogar que él había formado, un hogar frío, sin afecciones, sin goces; una esposa de mal carácter, una hija herida ya por una enfermedad incurable y el primogénito, el amado de su alma, con el inexplicable estigma de los que han de morir jóvenes. Y sus ojos ya no vieron a la hija acurrucada en un sofá, ni a la mujer que fruncido el entrecejo dirigía la vista a algo imaginario, sino a cuadros lúgubres que se dibujaban precisos y ricos de detalles en una imaginación enferma e hipocondríaca.

CAPÍTULO VIII

La hacienda <Huaico> una de las más productivas de la provincia, está situada en un rincón pintoresco de la cordillera. Mucho terreno de pan sembrar, potreros bien regados y abundante ganado en los páramos, hacen que esa propiedad sea codiciada por muchos agricultores vecinos.

Desde el primer cuarto del siglo pasado, el <Huaico> es el patrimonio de la familia Pérez y por una rara casualidad, la ha sabido conservar sin menoscabo y antes bien, notable aumento; porque los desmontes de los pajonales están ya situados en los últimos extremos a donde puede llegar la cebada, y los chaparros de las laderas han desaparecido para dar lugar a las hierbas forrajeras. Por el cuidado de los potreros, por la abundancia de alfalfares y por mil otros detalles se conoce a primera vista que el dueño es agricultor y amante de la tierra. Efectivamente, don Lorenzo Pérez Escobar es uno y otro; y las tres cuartas partes del tiempo pasa en el campo y apenas a la vecina capital de provincia va de tarde en tarde, aún cuando en ella tiene casa grande y bien aperada.

Don Lorenzo es un hombre fornido, alto, rabosando salud por todas partes, llevando los 45 años de vida como llevan muchos los 25; pues, en la conversación, en las aficiones, en los movimientos rápidos, en la destreza en ejercicios de fuerza, pueden envidiarlo los mozalbetes más avisados y varoniles. En don Lorenzo se ha cumplido exactamente la ley atávica. Su abuelo y fundador de la familia, el General Eustaquio Pérez, nativo del Cauca, fue uno de esos titanes que acompañaron a Bolívar en la sublime calaverada de libertar media América. Ahogar un caballo bajo las poderosas piernas; colear un toro y arrojarlo al suelo, o lancear como hizo en Boyacá en junta de Rondón, ocho dragones españoles, eran para el soldadote, hazañas fáciles y algo como juego de ninos. El retrato que se conserva en la sala del Huaico, pintura de Antonio Salas, representa al General en cuerpo entero. El aspecto es el de un león en reposo. Cabeza poderosa cubierta de abundante pelo ensortijado, ojos negros, cejas pobladas, barba afeitada cuidadosamente, nariz grande y una boca que se frunce en señal de desdén al peligro, dan al rostro del guerrero un aspecto de héroe, tan común en los hombres de esa época. El uniforme de que está vestido consiste en un estrecho pantalón rojo, bota rodillera, casaca de peto rojo con cuello alto bordado de oro, lo mismo que las mangas; grandes charreteras en los hombros: la una mano en la empuñadura de la espada y la otra metida a medias en la abertura de la casaca. El único hijo del General, Antonio, otro coloso por el tamaño y un león por el valor, hízose militar por afición y murió en Huaspud heroicamente, dejando un hijo de pocos años, que era Don Lorenzo, padre de Luciano, estudiante entonces en Quito.

Aun cuando Don Lorenzo no había tomado nunca las armas, era valiente y esforzado, y a falta de soldados enemigos a quienes vencer, y de penalidades de campañas que arrostrar, contentábase con la cacería de venados en los páramos, con la lidia de toros feroces o la doma de potros cerreros. Mas no por estas aficiones varoniles había descuidado el entendimiento, pues aunque no un sabio, era suficientemente ilustrado en varios conocimientos humanos y muy culto y cortés. En la ciudad era querido por todos, por lo acusioso y caballero. Huía de la política y

nunca tenía que entenderse con gobierno y revoluciones, aun cuando su casa, cuando había revuelta, estaba abierta a los dos bandos contendientes.

Si hay felicidad en este mundo, el hijo mimado ha sido Don Lorenzo. Muy joven casóse, perdidamente enamorado, con Lucía Ibáñez, hermosísima muchacha de la ciudad, que en fortuna y linaje era igual al novio. Este matrimonio ha sido, sin duda, el más feliz de todos los de la ciudad, porque doña Lucía reunía a la hermosura la bondad y el talento, cualidades tan raras de encontrarse unidas en una mujer. El primogénito fue Luciano, tipo perfecto de la familia en lo físico y lo moral. Después de muchos años de aparente esterilidad y cuando habían perdido la esperanza de tener otros hijos, nació una niña, un verdadero juguete de porcelana, fino y delicado, que se llevó el amor de los padres y del hermano. En la época a la cual llega esta historia, Don Lorenzo tenía 45 años aun cuando aparentaba menos; doña Lucía 38, siendo todavía muy hermosa; Luciano 21 y Eugenia 5 años; fortuna más que mediana, trabajo, salud cumplida y una hermosa hacienda con las comodidades de la vida civilizada.

Este tipo de familia no es raro en las provincias de la sierra del Ecuador. De esas familias salen los mejores ciudadanos, adictos a la patria, valerosos soldados en la guerra y fecundos trabajadores en la paz. Esas familias son la gran clase media, la llamada a llenar en no lejano día el mundo, derrotando con sus prácticas virtudes, con el trabajo, con el patriotismo, las mil necias preocupaciones religiosas y sociales, que hoy hacen gemir a la humanidad en un calabozo estrecho y hediondo.

Cuando Luciano concluyó en el colegio de provincia la enseñanza secundaria, con el escaso provecho con que se hacen entre nosotros esa clase de conocimientos, fue mandado a Quito, a estudiar leyes; porque Don Lorenzo, como todos los propietarios, tenía en mucho la Jurisprudencia y en su honrada sencillez, creía que el título era honrosísimo y el pasaporte que le abriría todas las puertas del porvenir a su hijo.

El muchacho veía las cosas de otra manera y estudiaba de muy mala gana. Para su carácter franco, abierto y audaz, no era apropiada la ciencia de la ocultación de la justicia en el mar revuelto de las leyes, que no otra cosa es en definitiva la Jurisprudencia.

Cuando estudiaba Luciano en el colegio de la ciudad natal, no tuvo tiempo ni edad para enamorarse. Con juicio sólido, el joven veía que nada es más ridículo que esos platonismos en los chiquillos, amoríos nacidos las más veces por el espíritu de mitación, ya que no por precoces apetitos sensuales no saciados. Pero con los veinte años esa manera de apreciar las cosas cambió por completo. El consideróse hombre. Sus facultades psicológicas y fisiológicas pregonaban esa transformación. Su energía era grande, nacida de un corazón valiente que en esta situación busca la nota que falta para vibrar, y esa nota la encontró en Mariana, mujer de carácter aparentemente diverso del suyo, pero que en el fondo, tenía algo que cautivaba: porque en ella había un inexplicable y secreto poder de seducción nacida de la carne mórbida y turgente de la cuarterona; seducción que brota de los ojos lánguidos, de los labios un tanto abultados, propios para los besos de la lujuria; de los movimientos flexibles y voluptuosos de caderas amplias y de pechos prominentes y duros Esas seducciones no se sufren impunemente a los veinte años, cuando se tiene una organización vigorosa, no gastada aún por las caricias de las meretrices.

El semi misterio de la vida doméstica de los Ramírez; el misticismo del que Luciano nunca pudo tener ni remota idea en la casa de sus padres; la fama de la honradez y dignidad del doctor, pregonada en todo Quito; la actitud severa del mismo, manifiesta en toda ocasión; la rabia mística de doña Camila; la bondad infinita y el gran talento de Salvador; el principio de los ataques histéricos de Mariana, y otros pequeños detalles de esa familia, eran, reunidos, otros tantos sólidos e invisibles lazos, que poco a poco le arrastraban a caer en una de esas pasiones tan raras de encontrarse en la vida real y sólo descritas en las novelas del trasnochado romanticismo. Luciano no estaba aun tan ciego para no comprender lo que pasaba en su ser. Vio que las

cadenas eran sólidas y que sólo se romperían con un doloroso olvido. ¿Olvido? Lo hay, cierto, en el gran almacén del tiempo; pero es medicina que produce efectos muy lentos aunque seguros.

En ese estado se hallaban las cosas, cuando el chisme de la beata hizo saber a doña Camila, el amor de su hija para el joven provinciano.

CAPÍTULO IX

Para Salvador fueron más grandes aún las consecuencias que produjo el chisme de la beata. Tímido por educación y raza, formalista, sin tener la energía del no, suprema virtud de los caracteres bien templados; érale insoportable la idea de un rompimiento con Luciano, único arnigo que había podido conseguir en la edad en que es tan fácil para otros encontrarlos. El provinciano era para Salvador el ideal del hombre, y en lo más profundo de su alma había levantado un altar sagrado, como si fuera un ídolo, fenómeno frecuente en corazones como el de Salvador, vacíos de afecciones por el sexo bello. Ahora a ese ídolo, a esa única afección de su vida tan triste, había que arrojarlo del altar, borrarlo de la memoria, pues así lo exigían los padres a quienes Salvador obedecía siempre con absoluta disciplina. ¿Y por qué? ¿porque amaba a Mariana? ¿porque era provinciano? ¿porque sacudiendo absurdas y viejas ideas era liberal? ¿Acaso no era Luciano generoso y honrado? ¿Acaso, la diversidad de ideales políticos, ideales abstractos, si cabe, son causa para matar una amistad? ¿Acaso los impulsos del corazón hay que contenerlos cuando se dirigen a otro corazón que es de uno que no piensa como nosotros? ¿La amistad, el amor, la dicha de la vida, el honor mismo, hay que perderlos, hundirlos, anonadarlos, por tristes preocupaciones de raza o de reiigión?

Todas estas ideas bullían en el reflexivo cerebro de Salvador, mezcladas, informes a veces, netas otras, sin que el pobre joven encontrara una respuesta, solicitada en

vano a una alma tímida, irresoluta y pasiva. La ley suprema para él, así le habían enseñado en la casa y en el colegio, era la obediencia ciega, total, incondicional a las órdenes v deseos de los superiores. Acostumbrado, connaturalizado a ella desde la cuna, no comprendía los impulsos generosos de una voluntad rebelde a esas trabas de la educación o del instinto, que muchas veces prohiben seguir el camino de lo bueno y de lo justo. Esa educación de los colegios jesuíticos había acentuado más y más cada día, esa abjuración de la voluntad; considerada la independencia como un mal por la filosofía absurda y mezquina que él había estudiado, nunca hubiera podido encontrar en el fondo más oculto de su naturaleza, ni la remota idea de resistencia, para oponerse a la injusta exigencia de sus padres.

La amistad con Luciano habíale producido un gran bien. Fue Salvador como reflejo de la energía indomable, de la confianza ciega en la vida; de esa saludable despreocupación de las absurdas leyes de una sociedad enferma y raquítica; junto al vigoroso joven, sentíase capaz de conquistar un puesto en el banquete de la vida; sin él, el desaliento le abrumaba. ¿Cómo iba a encontrar estímulo pala la lucha, viendo la hipocondría de don Jacinto, el misticismo entristecedor de doña Camila, o la debilidad de Mariana?

¿Cómo rompería con Luciano? ¿Hablaríale la verdad? Era cobarde para ello y luego nunca quisiera rebajar a los suyos a un nivel tan vulgar; y a su juicio rebajarlos era, contar a un extraño las debilidades y preocupaciones que corroían a los de su casa. Vaciló mucho, mucho. No durmió aquella noche, levantóse con la cabeza pesada, el cerebro vacío, la voluntad nula, y sin tomar una resolución definitiva que él creía encontrarla en el acaso, dirigióse a casa del amigo único al que debía olvidar para siempre.

Encontró a Luciano que acabábase de tomar un baño; el pelo ensortijado caíale en ondas hacia la frente, el amplio cuello mostraba una estructura de Hércules, las mejillas rojas, indicios de la abundante sangre que circulaba en ese cuerpo robusto.

Estaba hermoso, con esa hermosura del hombre en la plenitud del desarrollo físico, con la hermosura del eterno vencedor en la lucha por la vida.

—Salvador... ¿Y por qué tan temprano? diablo, has madrugado, son recién las siete. ¿Quieres café? pues tengo uno bueno y listo... ¡Muchacho! ya el café, y otra tasa para Salvador. Pero siéntate, hombre. ¿Qué te ha pasado? —dijo, después de una pausa y frunciendo el entrecejo, como cuando se examina a un enfermo— estás pálido más que nunca y con unas ojeras...

Salvador con la muerte en el alma, cobarde, irresoluto, murmuraba algunas vulgaridades y tartamudeando... <Nada… no tengo nada.. venía sólo a verte>.

—Hola, hola, parece preocupado mi hombre... dilo pues... no tengas miedo, siempre eres un chiquillo. ¿Hay alguna novedad en tu casa? ¿ya le han torcido el pescuezo a algún fraile, o se ha casado alguna monja?

—Pues, no... pero tengo que hacerte una súplica.

—Hazla pues, pero sin tantos melindres. ¿Acaso te voy a comer? Pero tomemos el café para poner fuerzas, porque creo que nunca vas a acabar.

Sentados los dos amigos frente a frente, se notaba el contraste: el uno rubio, blanco, débil como una señorita; el otro moreno, robusto, gigante. Salvador pálido, preocupado, los ojos tristes y como acobardados de mirar de frente; Luciano, sanguíneo, de grandes ojos pardos, de mirada firme y generosa. El uno representaba una raza mal configurada para la vida que pronto sería eliminada; el otro, la generación nueva, fecunda, incontrastable.

Salvador parecía al fin, que había tomado la para él heroica resolución. Levantó los ojos a Luciano, le miró fijamente y con voz un tanto ronca y confusa dijo:

—Sabes que te quiero y te he querido como a un herrnano... Tú has sido, te juro por lo más santo, el único afecto que he tenido en mi vida... Pero... cuántas cosas en las cuales yo no he tomado la menor parte y de las que soy irresponsable, me obligan, con dolor de mi alma, a romper contigo.

Como si hubiera agotado toda la energía, cerró los ojos, más pálido aún, y un visible temblor nervioso invadióle todo el cuerpo.

Luciano sorprendido, levantóse del asiento, largo rato quedó en silencio, fijos los grandes ojos en Salvador, que anonadado y exangüe estaba como caído en la silla.

—¿Puedo saber la causa, de esta ruptura tan brusca? Veo en mi conciencia, ¿oyes? que no tengo la más leve mancha para esta resolución tuya. —Levantando luego la voz y con aire imperativo agregó—: como caballero que eres, te exijo ahora mismo que me digas el motivo.

Salvador, pasado el primer paso y el más difícil, recuperó algo de sangre fría y contestóle con voz algo más firme y con acento de profunda amargura:

—Pues, como caballero te voy a contestar... ¿Tú conoces a mi madre? pues, aun cuando te jactes de ello, no puedes nunca imaginar hasta dónde va en sus odios: y ahora tú eres el odiado, porque alguien le ha contado que tú estás enamorado de...

—¿Mariana...? Sí, es cierto, mil veces cierto, que amo a tu hermana; lo digo con franqueza, con nobleza, como caballero. ¿Y por eso me odia tu madre? ¡Qué! ¿soy apestado, criminal, perdido, para que se vea en mi cariño un delito? Vamos a ver, dímelo: ¿por qué ven en mí un marido imposible para Mariana? ¿Soy pobre? a tí te consta o a lo menos has tenido motivos de saberlo, que no lo soy; ¿tengo mala fama? tampoco, aunque no un Luis Gonzaga, soy morijerado. Sin duda en tu casa

buscan para marido de Mariana un príncipe o un santo. Debes saber, Salvador una vez por todas, que yo, yo adoro a tu hermana, que yo... Luciano Pérez, he de cometer aunque sea una barbaridad para hacerla mi mujer; y luego veremos... ¿Esto era lo que tánto trabajo te causaba para decirlo?

—Es que mi madre me exige que pelee contigo y me separe.
—Pues dale gusto y Dios con todos. No nos veremos más y acabóse. Te he llegado a querer y a estimar; pero si soy un motivo para el odio infundado de tu madre, rompe conmigo.

—¿Me guardarás rencor? — preguntó cándidamente Salvador.
—¿Yo, rencor? qué poco me has conocido, sin embargo de estar juntos algún tiempo. Cierto es que mi amor propio sufre en este inmotivado rompimiento; pero veo que en tí sólo hay debilidad de carácter, impropio de un hombre, y no mala voluntad.

—Adiós Luciano, dijo con voz insegura.
—Adiós, o mas bien hasta la vista, contestó el provinciano con voz grave.

Separáronse los dos amigos dándose un estrecho abrazo. Salvador llegó a su casa y encerróse en su cuarto, sin querer ver a nadie ni ocuparse de nada. Su débil organismo moral estaba roto en mil pedazos; veía que el porvenir, siempre tan incierto para él, ahora era lúgubre. Con inmensa amargura comprendía que la separación aquella era eterna, algo como si de su alma se le hubiera arrancado un pedazo, porque el amigo era la única afección de ella.

Más doloroso era el recuerdo, cuando analizaba la absoluta falta de razón de su madre, a la cual el capricho enfermizo y la santidad mezquina del fanatismo habían impulsado, para así matar el porvenir de Mariana, conduciéndola al estéril y triste celibato. Y así, de idea en idea, cada vez más y más envenenada, recordó Salvador una a una las escenas de su vida, sondeando con su naciente pesimismo la miseria

social, la asquerosa llaga de las familias sin patrimonio, pero sí vanidosas y necias; vio la llaga de la estúpida intransigencia política y religiosa, que amarga nuestras incipientes sociedades; vio que la llaga era también la educación insuficiente y cobarde que se da a la juventud a pretexto de piedad; y ya harto de esas visiones siniestras, fruto de la hipocondría heredada, levantose de su asiento, los ojos brillantes, el pelo enmarañado y dando un puñetazo en el espaldar de una silla que cayó con estrépito en el entablado del cuarto, masculló una blasfemia, primera rebelión contra su mismo carácter apocado y cobarde.

CAPÍTULO X

Rosaura era asidua visitante de la familia RamÍrez. Con mucha frecuencia era invitada a la pobre mesa y no perdía ocasión de sostener con doña Camila interminables conversaciones, en las que hacían gasto frailes, monjas, cofradías, sermones y en general asuntos de iglesia, como si la vida de la humanidad y los intereses del mundo entero, dependieran exclusivamente de ellos. Además la beata era maestra en aquello de historias escandalosas, de las que eran héroes, gentes de la alta clase social.

—Hijita, —decía una ocasión—, vamos a la carrera a parar en la peor corrupción imaginable, y lo que es cierto, también, a la impiedad; pues así lo dice el padre Justiniano. ¿Le oyó el último sermón? ¡Ay, hijita! ¡qué elocuencia, qué unción, qué santidad! ¡Y tan bueno, y tan buen mozo! Yo me sé de ciertas señoritas que se privan por el padre; pero él no las hace caso.

—¿Se **llegó** Ud. el sábado al confesonario?

—¡Qué hubiera podido! Con esta **fiera** de la Chana Gómez, que se llegó primero y se estuvo una eternidad. No sé lo que se confesará esa mujer, sin duda lo que es...

—¿Cuándo principiarán los ejercicios del Tejar?

—Muy pronto, según me dicen, y este año serán magníficos. Van a predicar el padre Luis, el padre Leandro y sobre todo el padre Justiniano.

—¿Y Ud. piensa entrar?

—Mas yo... imposible que pueda faltar, ya tengo hablado con el padre guardián: ¿y Ud. Camilita?

—Por desgracia, esta vez no puedo, pero quiero que entre Mariana, y está bueno que Ud. le acompañe. Veremos si los ejercicios le enfrían los cascos...

—Dígame, ¿no ha vuelto por acá el tal Pérez?

—¿Cómo quiere Ud. que vuelva ese chagra sinvergüenza? Con mi hijo le hice decir cuantas son cinco, para que ese pillo no nos ponga los pies.

—Bien hecho, muy bien hecho. Marianita se ha salvado de cometer un disparate. ¡Ella, hija de una familia tan honorable y católica, querer casarse con un chagra desconacido y de malísimas ideas religiosas! No podía ser; y pues, ¿qué dice élla?

—¿Qué va a decir? Se ha encerrado en su cuarto y no quiere salir desde el día en que descubrimos por Ud. el pastel, y lo peor es que la dan unos ataques horrorosos. Si la viera Ud. Rosaura, se espantaría porque da unos alaridos que parecen de endemoniada, se retuerce como si fuera una culebra, hace pedazos la ropa, en fin, parece un energúmeno.

—¿Tal vez esté endemoniada? ¡Ave María! bien pudiera ser... ¿Veremos al padre Justiniano para que la exorcise?

—No es mala la idea; pero primero veamos cómo le sientan los ejercicios del Tejar.
—¿Y qué dirá el doctor?

—Diga lo que dijere, y además, aquí entre nos, le diré que Jacinto no se preocupa mucho; pues, desde hace algún tiempo le noto medio **no sé que laya**, muy caído, muy preocupado…

—Y Salvador ¿qué dice de todo esto?

—El también está hecho el bravo conmigo. ¡Cómo estaba íntimo del chagra!

—¿Querrá recibirme Marianita? quizá logre yo calmarla.

—Vaya por Dios; eso mismo le iba a rogar para que le convenza a esa caprichosa.

Dirigióse la beata al cuartito que ocupaba Mariana en un extremo de un largo corredor, habitación oscura, desmantelada y que anunciaba, a primera vista, la estrechez, si no la miseria. Ninguno de esos mil cachivaches de tocador o de adorno que se encuentran en las habitaciones de las jóvenes, había allí y menos aún esas muestras del solícito cuidado de la madre o del cariño del padre o de los hermanos, los que se complacen en reunir poco a poco y con cualquier pretexto, esas baratijas y juguetes que dan al cuarto de una niña el aspecto de un museo sencillo, pero que es la historia de las afecciones más caras y ternísimas de la familia. Un estrecho catre de hierro sin colgadura, un lavatorio de hierro blanco, un velador con algunos libros místicos o con algunas de esas empalagosas y cursis novelas de que es tan pródiga la literatura católica de ultramar; dos bancas viejas para la ropa y tres sillas

de esterilla, completaban el mobiliario, más adecuado para la celda de una monja que para habitación de una joven hermosa y de ardiente y generoso carácter.

Rosaura, sin hacer ruido, entreabrió la puerta, y antes de entrar dirigió una mirada escrutadora al interior. Vio a Mariana sentada en una silla los brazos caidos, el pelo mal peinado cayendo en ondas negras sobre la espalda y con los ojos fijos en un punto indeterminado del espacio que se divisaba azul y puso por la ventana. A sus pies estaba caído y abierto un libro: la <Imitación de Cristo>, libro sublime si se quiere, pero desolado y sombrío como inspirado por una imaginación enferma de nostalgia eterna; libro propio para matar la esperanza de una felicidad lejana y compensadora de las desgracias humanas. Y Mariana necesitaba de otros consuelos: los de la vida, los de la realidad, encarnados en amor humano, y no los de una divinidad pintada implacable y severa por el gran místico de la Edad Media.

Entró la beata, y aunque en su alma de mestiza degradada y envidiosa, sentía gozo viendo sufrir a una mujer joven y hermosa, aparentó piedad, esa piedad que insulta y que hiere más que el peor insulto.

—Amor mío, buenas tardes, —gangueó la beata con meliflua voz, y sin esperar contestación y lanzando un suspiro, tomó asiento junto a Mariana.

—Buenas tardes señora, contestó con voz seca y colérica. ¿Qué se le ofrece en mi cuarto?

—Nada, hijita, tu mamá me dice que estás algo enferma y he venido...

—No necesito de nada.

—¡Dios mío parece que estás enojada conmigo!

—¿Yo? nó.

—Entonces ¿por qué estás tan terca?

—Pues, si se empeña en preguntarme le contestaré: **porque me da la gana**.
—Si no tengo, hijita, culpa alguna en el disgusto que parece has tenido con tu familia.

Lo único que hago, y eso por deber de conciencia y porque así me ordenó el confesor, es avisar a tu mamá que Luciano Pérez había dicho en una casa que era novio tuyo; y como ese mocito es un…

—¡Calle Ud., vieja deslenguada, chismosa, traga hostias, infame! —rugió Mariana, poniéndose instantáneamente de pie—. Calle y no quiero que ensucie en su boca el nombre de ese joven a quien Ud. odia, tal vez, porque Ud. es vieja y fea. Cállese, ¿oye? cállese, agradezca que no le saco a empellones de mi cuarto...

La sangre hacía su efecto, la sangre vulgar que tiene aptitud para el insulto sangriento. La rabia desfiguraba el rostro de la joven, los ojos inyectados como de fiera, los labios contraídos, por los que se escapaban las palabras como latigazos, indicaban la estirpe negra, ardiente y vengativa, que a través de un siglo, revivía en esa niña que se había criado en otro ambiente, diverso de la cabaña del esclavo martirizado por el látigo y embrutecido por el alcohol y la lujuria.

Luego tomóle a la beata por los hombros con manos férreas, y clavando los grandes ojos negros en los de Rosaura, balbuceaba: ¿El confesor le aconsejó? el confesor, algún cholo, algún patán con sotana... ¿Y sabe Ud. quién es Luciano Pérez? ¿sabe?... dígame ahora mismo vieja infame... pero ya, ya... Luciano es bien nacido, de buena familia... y nosotros, los Ramírez ¿qué somos? Sí, nobilísimos chagras de no sé qué pueblo del Norte, y luego tan ricos, riquísimos... Tanto orgullo, ¿y de qué y por qué? ¡Lindo orgullo!... Y Ud. vieja chismosa, ¿quién es? ¿también es noble y

riquísima? o tal vez alguna vagabunda arrepentida a la vejez, que se anda metiendo en las casas honradas… Salga afuera, afuera, pero pronto… ¡asco!

Y sacudiendo a la beata que en vano forcejeaba por zafarse, y sin dejar de verla con los ojos de animal salvaje rabioso, la sacó del cuarto... Vino luego una crisis de lloro a gritos, de lamentos, de blasfemias. Acudieron el doctor, doña Camila y Salvador, y lograron calmarla con bastante trabajo. Ya al anochecer, Salvador, haciendo lujo de su inalterable bondad, consiguió más que sus padres. Acariciándola suevamente, arrullándola como si fuera un niño, hablándola de cosas que podían serle gratas, venció completamente el acceso y salió del cuarto de su pobre hermana cuando la dejó dormida, tranquila, soñando tal vez en dichas que ella nunca saborearía.

CAPÍTULO XI

Los negocios del doctor iban cada día peores. La profesión de abogado, suficiente un tiempo para hacer frente a los gastos de la familia, ahora apenas producía una miserable ganancia. La clientela había disminuído en mucho. Nuevos abogados de más fama, aunque menos honrados que don Jacinto, acaparaban el despacho de la ciudad entera; y luego el carácter sombrío del doctor, la intransigencia política y religiosa que le dominaba y el descuido enfermizo en las causas, le quitaron poco a poco la clientela. Preocupado con un porvenir cada vez más sombrío, buscaba en su intelecto un medio menos precario de vivir. El problema era de difícil resolución y en vano torturó la imaginación días y noches, rabelde a las concepciones atrevidas que a veces dan buenos resultados.

Las fuerzas morales, escasas de suyo en el doctor la voluntad débil e irresoluta, el organismo físico degradado por un principio de hepatitis, mal podían sugerirle algún tópico para vencer en la lucha por la vida, que absorbe un mundo de fuerza y de energía.

Tres caminos se le presentaron para trabajar: la agricultura, el comercio y la magistratura. Para los dos primeros faltábanle aptitudes y capital, cosas que aun cuando buscaba en mil locas combinaciones de su fantasía, no podía encontrarlas nunca. En vano solicitaba una hacienda en arrendamiento, o una casa comercial que hiciera anticipos de mercaderías a largos plazos y en condiciones ventajosas de pago, peor con sólo la garantía de su palabra de hombre honrado. Agotados los medios, recorridos los pasos, tragando un mar de desiluciones y desengaños, trató de acudir al tercer expediente: un empleo en la administración pública. En el fondo, el carácter del doctor estaba compuesto de orgullo y timidez, dos pasiones contrarias, juzgando de ligero, pero que con frecuencia se hermanan en nruchos caracteres. Por orgullo no quería pedir favor a nadie, ni confesar su pobreza, ni menos rebajar una línea su nombre de abogado independiente y honrado. La timidez hipocondríaca y la desconfianza en el éxito, eran por otra parte cadenas que le ataban a la inacción.

La necesidad venció. Veía la casa ruinosa, casi desmantelada; la mesa pobre, los guardarropas de la mujer y de los hijos desprovistos de lo necesario, él mismo vestido de una raída levita, prenda que oculta más miserias que el poncho del cholo. Veía cerca, muy cerca, la pobreza sucia, despreciable, deshonrosa, esa pobreza que no quiere confesarse, y oculta a medias por la ropa. Veía venir la miseria que quita dignidad, honor, independencia y la que hace parecer odiosa la sociedad.

Y, luego, ¿qué hacer, a quién pedir ayuda? ¿Bienes? no los había: dos años antes vendió la haciendita de Chillo en una bicoca, y de la venta, nada quedaba. ¿Parientes? no los tenía, y si alguno se encontraba, seguramente estaba en la miseria. ¿Apoyo moral o material de los suyos, de su mujer y de sus hijos? menos aún. Camila era ya la beata insoportable, fanática, descuidada, capaz de sacrificar el pan de sus hijos para contribuir a la compostura de un altar. ¿Mariana? buena era Mariana para ayudar a sostener la casa. Su sexo el desheredado del trabajo en el país, y por tanto, ¿en qué se ocuparía? ¿En ser maestra de escuela, para así ganar

un miserable sueldo y servir de pasto a la lujuria del cura o del juez o de algun caballerete innoble que comercie con la miseria? Salvador entonces. Sí, su hijo, bondadoso, intachable en su conducta, estudiante aprovechado de segundo año de Derecho pero ¿en qué podría ganar el pan antes de recibirse? ¿En un empleo? Sí, en un empleo, desde tan joven, amulándolo para el trabajo independiente, haciéndole adquirir el hábito de la empleomanía, que se pega al hombre como el vicio de la embriaguez.

Sin encontrar solución posible, agotados los esfuerzos, resolvió recorrer la más dolorosa vía crucis: la solicitud de empleo, que para un hombre como el doctor, delicado y tímido, venía a ser una ascensión al Calvario.

¿Quién podía contar las largas esperas en los corredores del Palacio de Gobierno; las súplicas disfrazadas, hechas a los empleados subalternos y ministros, las esperanzas acariciadoras de largos días, caídas al suelo en un instante, y las horas de mortal angustia del padre de familia, que sin poder evitarlo, ve venir a su casa la miseria y el abandono? Sentirse inteligente, honrado, apto para el desempeño de un cargo en el que se serviría al país y se conseguiría el pan, y verse pospuesto a la intriga baja, a la ineptitud, al crimen mismo. ¿Por qué esa preferencia y por qué esa injusticia? ¿Por qué ese prurito de insultar y condenar al hombre hambriento que pide pan en cambio de una labor inteligente y honrada?

¡Cruel burla, atroz sarcasmo! los que se hacen del hombre sin empleo. ¿Se sabe por ventura que en el pecho de ese hombre hay un mar de lágrimas represo? ¿Se sabe que tras ese viejo. hay mujeres y niños hambrientos y desnudos, esperanzados sólo en ese triste apoyo?

¡Oh, la sociedad cristiana! ¡oh, la caridad católica, la civilización moderna, qué grandes farsas encierran, qué mentiras pregonan!

En vano el doctor agotó los medios decentes para conseguir el empleo que podía traer a su casa lo necesario para la vida. En vano sus escasos amigos pusieron su influjo en el Gobierno. Ciertas y nada más que ofertas consiguieron los interesados. Ya se vería después del próximo Congreso; tal vez iba a quedar vacante una plaza en el Trilbunal de Cuentas; que pronto se le mandaría de Gobernador a una provincia; pero nunca llegó el día del nombramiento, aun cuando vació la plaza en el Tribunal de Cuentas y hubo algunas Gobernaciones disponibles. Algunos candidatos más relacionados que el doctor, aunque a él inferiores en aptitudes y honradez, fueron preferidos.

Convencido al fin de que todo sería inútil, encerróse dentro de sí mismo en una sombría tristeza, agravada por su enfermedad hepática; el rostro púsose cetrino, envejeció en poco tiempo diez años; descuidó casi por completo el ejercicio de su profesión, y a duras penas, haciendo verdaderos milagros y vendiendo casi todo el menaje de la casa, se pudo vivir, si vivir es estar viendo todos los días que la miseria avanza a largos pasos.

Salvador hacía lo que estaba a sus alcances, para poder ayudar a los mezquinos gastos de la casa. Robando horas al sueño podía seguir los estudios de Derecho, con el aprovechamiento de siempre. Durante el día dictaba clases a domicilio para cuatro o cinco jovencitos de la aristocracia para enseñarles algo del poco francés que sabía. Con su buena letra ganaba también pequeños recursos, copiando memoriales y alegatos. Estas verdaderas piltrafas arrancadas al egoísmo y a la avaricia de nobles y letrados, iban a parar íntegros en manos de doña Camila, la que, triste es decirlo, las gastaba en socorrer iglesias pobres o para fondos del Papa.

Mariana, cada día más enferma y misántropa, empleaba el tiempo en aquellas múltiples obrillas de mano que enseñan en los colegios de monjas. Tres o cuatro semanas de constante labor, apenas si daban para la comida de un día. La pobre muchacha era, sin duda alguna, la que más sufría en la casa. Presente a toda hora

en su memoria la imagen de Luciano, al que adoraba con más fervor que nunca; sin amigas de su edad a quienes confiar sus cuitas; recatando la pobreza de su casa cuidadosamente; reprendida a diario y con aspereza por su madre, asediada por los impertinentes consuelos de Rosaura, que era la única persona extraña que visitaba la familia, la vida para Mariana era un tormento sin fin; una noche sin luna, sin esperanza, perdida con Luciano, la única posibilidad para salir de ese infierno. Salvador era el único amigo, el consuelo, el confidente; pero aún él, con la desgracia, iba perdiendo el carácter dulce y tornándose huraño y displicente.

¡Qué hambre tenía, la pobre, de libertad, de luz, del aire de países claros y soñados en sus recuerdos de la infancia! ¡que deseo de volar como las aves migratorias hacia un desconocido suelo! Y en tanto, ¿qué era de su Luciano? ¿dónde estaba? ¿qué hacía? ¿se acordada de élla? Nada sabía desde algunos meses, dos cartas incendiarias y apasionadas, eran las únicas que recibió de él, burlando la vigilancia de doña Camila. Las tenía consigo, de su pecho no se separaban, y antes de acostarse las leía íntegras, queriendo adivinar en cada una de las letras, la sensación que experimentó el amado al escribirlas.

CAPÍTULO XII

Por las explicaciones que tuvo con Salvador, en aquel día de la separación, comprendió Luciano que su amor a Mariana había despertado resistencias y encontrado obstáculos, con los que nunca contará en sus ardientes proyectos, nacidos de una naturaleza voluntariosa y entusiasta. En el fondo de su pecho nació, como en el de todos los enamorados, la desconfianza en el propio esfuerzo y luego el desaliento. Vio caer al suelo el alto edificio que levantó su férrea voluntad, unida a un amor primero; vio que la causa única para la oposición que a su amor hacia la familia de Mariana, era parte: de ese necio orgullo de esa mentida buena sangre de que alardean muchas familias quiteñas; de ese lastimoso o más bien ridículo prurito,

que les hace ver como a inferiores, a las gentes que no nacieron al pie del Pichincha. Vio en fin, al fanatismo político-religoso, levantando una muralla casi infranqueable entre dos naturalezas enamoradas y robustas, capaces, al unirse, de encontrar un pedazo de felicidad. Luciano, analizando, profundizando estos factores, sintió un movimiento instintivo de rabia contra todas las ruines preocupaciones de una sociedad en pañales y ya herida de muerte por los vicios que dominan las más caducas y corrompidas. Y después vino una reacción saludable: sintióse orgulloso de verse fuerte y valeroso, desafiando esas mentidas mascaradas sociales, haciendo caso omiso de las ideas que más atormentan a la humanidad: el miedo a la muerte y el miedo a la miseria, ideas engendradas por una educación ruin en la que ha tomado parte principal la Iglesia católica. Sintió pues ese orgullo santo, el de haber roto joven esas prisiones del carácter y de la dignidad humana.

¿Y qué eran los Ramírez por ventura? ¿Acaso él no sabía que la cuna de esa familia se meció en una hacienda del infernal Chota, y que el látigo habrá desgarrado muchas veces las espaldas de los antepasados de Salvador? Luciano lo sabía; pero maldito el caso que hizo de ese abolengo cuando trabó amistad con los Ramírez, pero ahora que él había sido rechazado de esa casa, comparaba la alcurnia de ellos con la de los Pérez, alcurnia blasonada por el prócer Eustaquio y después por el mártir de Guaspud y luego por don Lorenzo, caballero honrado y sin mancha. Pero ninguno de ellos vivió en Quito, ni fue bautizado en la Capilla Mayor, ni se educó en el Colegio de los Jesuítas, sino que vivieron en el campamento o cultivando la tierra, y recibieron las aguas del bautismo en la modesta iglesia de la capital de una provincia.

Y ahora, el bisnieto del general Eustaquio, condecorado con la medalla de las batallas de la Independencia; el nieto del heroico soldado de Guaspud e hijo del patriarca y honrado propietario del Huaico; tipo del gentil hombre, era como indigno de ser esposo de una Ramírez.

Del orgullo nacía el capricho, el deseo de vencer, de humillar a esas preocupaciones estúpidas, de saltar los obstáculos, de anonadarlos, para a través de todo, lograr la posesión del objeto amado, escupiendo, si era posible, al rostro de una sociedad meticulosa y ridícula. ¿No querían que Mariana fuera su mujer? Pues la haría su querida, desafiaría las iras de todo el mundo para hacerla suya; y si era necesario cometer escándalo, lo cometería sin vacilar. ¡Bueno era él para pararse en niñerías ni en los díceres de las gentes!

Escribió pues, cartas apasionadas, en las que se retrataba el carácter vehemente de enamorado; cartas que produjeron en Mariana el efecto de una mecha en un polvorín; la enloquecieron y aumentaron, si cabe, el histerismo que roía el sistema nervioso de la muchacha, hasta ponerla en un estado de excitación difícil de calmar Era muy capaz de entregarse íntegra y sin reserva al hombre que por primera vez había despertado sus sentidos. ¿Qué le importaba a ella lo que dijera el público, del cual tenía una idea confusa? Después de Luciano, el mundo dejaba de existir; y la idea del bien amado llenaba su inteligencia y sus recuerdos. La sangre de cuarterona hervía en deseos desconocidos aunque adivinados, y a todo trance deseaba conocer ese desconocido amor, ese algo que se escapaba de su comprensión de virgen claustrada y de temperamento sensual. Sin resistir por más tiempo a esa falta de expansión, escribió una carta a Luciano, carta sin prudencia, sin esa frialdad estudiada de mujer: carta en la que sín rebozo pintaba una pasión frenética, y rogaba y suplicaba la sacara de esa casa-tumba, según su expresión, para que la llevase donde él quisiera e hiciese de su alma y de su cuerpo lo que se le antojase.

Luciano cuando leyó esa inesperada misiva, pensó con alguna madurez y allá en lo más secreto de su alma, divisó algo como un principio de disgusto; algo como una mancha que oscurecía la hermosa imagen de Mariana. Disminuyó un tanto el amor puro y romántico y aumentó en mucho el deseo sensual de poseer ese cuerpo que adivinaba ardiente y voluptuoso. Luego vino la reflexión calculadora de las consecuencias, indicio seguro del enfriamiento de la pasión moral; pues el amor no

reflexiona nunca en ellas. Soy joven, decía, muy joven, principio a vivir, hay una mujer joven y hermosa que me adora, que quiere entregarse a mi pasión. ¿Me conviene casarme con esa mujer? Mi familia, sobre todo mi madre, ¿vería gustosa este matrimonio? ¿Acaso la vida es tan fácil y tan baladí para agotarla por el capricho de un instante? Pero Mariana es encantadora, es un pedazo de cielo y la amo; si, <la amo>. Y presa de estos encontrados sentimientos, cavilaba sín tomar una resolución, como temeroso de ella.

Una mañana que acababa de dejar el lecho, se abrió sin ruido la puerta de su cuarto y dio entrada a una mujer bien tapada con una manta negra. Sorprendido, pálido, dirigióse sin pronunciar palabra hacia la tapada, sin adivinar en la penumbra del cuarto que tenía cerradas aún las ventanas, quién podía ser la persona que desafiando todo había entrado a su cuarto; cuando Mariana arrojando al suelo el manto se lanzó hacia él con los brazos abiertos, pálida por lo que se podía ver en la media luz, casi loca de miedo, la respiración anhelante, los ojos casi extraviados…

—Perdóneme Ud. Luciano, dijo con voz queda y entrecortada... ¡Por Dios!... no sé lo que he hecho... pero vea, al pasar por delante de su casa, yéndome a misa no pude resistir... y una fuerza invisible me ha traído... ¿No está Ud. enojado?... ¡Por Dios! perdóneme… ya me retiro...

Luciano, con el corazón que le latía atrozmente, la boca seca, tembloroso, casi no podía hablar.

—¿Yo?… ¡le juro Mariana que estoy loco por Ud., que la amo!... pero no puedo expresarme... la adoro... amor mío... la adoro más que antes...

—¿Deveras?… ¿me quiere Ud.?… ¿y por qué no contestó mi carta?... Se olvidó ya de mí, ya no me quiere... pero yo sí le amo, las mujeres tenemos mejor corazón...

Vea Luciano, en mi casa ya no puedo aguantar más tiempo, es un panteón; peor que un convento. Sin verle a Ud. era la muerte. He llorado...

—Amor mío... no tengo yo la culpa de sus lágrimas. En la casa de Ud. nadie me quiere ya, y aún Salvador está enojado conrnigo; pero créame, no le olvidaba ni un instante y, antes de que Ud. entrara, estaba yo pensando en la manera de unirnos...

—Entonces ¿es cierto que Ud. me quiere?

—Sí amor mio, sí, le juro. Vea, sería capaz de quemar el mundo si alguien se opusiera a nuestro amor!…

Este diálogo lo tenían en el cuarto iluminado apenas por la escasa luz que se filtraba por las ventanas mal cerradas, sentados en un diván y muy cerca los dos amantes. Luciano, vencida la primera sorpresa, volvió a su acuerdo; sintióse enamorado corno nunca lo había estado. Allí al alcance de sus manos, en su cuarto de soltero, estaba ella, la hermosa Mariana, encantadora, enamorada y tierna.

Por él, sólo por él, había dado ese paso tan falso y decisivo; por él echaba a un lado el pudor de virgen y el respeto social; por él desafiaba los rigores de una madre furibunda y ensuciaba la honra de la familia. Ella sabía amar, lo estaba probando. La mujer débil, recatada, cobarde, había dado un paso a que él nunca, con ser hombre, se habría atrevido, si las consecuencias fueran para él iguales a las que arrostraba Mariana. El pensaba en el disgusto de su familia, en que era aún muy joven; ella en nada: en que amaba; y nada más que escudada de esta idea desafiaba el ludibrio social. El, ¿qué perdía? nada. Ganaba en la consideración de las gentes como conquistador y seductor hábil; ¿ella? perdía todo. Como relámpagos cruzaron estas ideas por la imaginación ardiente de Luciano y amó a Mariana con la furia del macho. Veía que ese amor ensuciaba al objeto amado, comprendía que era villano lo que maquinaba; pero una fuerza inmensa, la fuerza de la vida, le llevaba como una paja

en la tempestad. Mariana recostada a medias en el diván, lánguida, con un color de marfil, los labios gruesos ligeramente abiertos, los ojos que le brillaban en la penumbra del cuarto, el pelo negro ensortijado que le caía en desorden por el cuello, era capaz de tentar a un santo y Luciano no lo era. Luego, la hora matinal, la oscuridad tenue de la habitación, el misterio, eran factores terribles. Una nube de lujuria, de macho fuerte y brutal le envolvió; el animal robusto, vencía al hombre; la vida cobraba sus derechos; el villano vencía al caballero. Sin poderse contener más tiempo, rodeó a Mariana con sus brazos hercúleos, la devoró a besos; era una tempestad de ósculos sonoros que repercutían en el cuarto apenas aluınbrado. Ella loca, desmayada, se debatía apenas con fatigosas manos, después dejó libre su cuerpo al deseo de Luciano...

CAPÍTULO XIII

El doctor Ramírez de regreso de Guaillabamba, a donde fue para una inspección ocular, sintióse repentinamente enfermo. Ligeros calofríos, dolor fuerte del higado, peso en la cabeza y una ligera fiebre, eran los síntomas generales, poco graves según él mismo, pero que a poco le obligaron ir al lecho. Llamado por precaución un médico, uno de esos galenos de trastienda, ignaros y presuntuosos, tan abundantes en todas partes, declaró después de un ligero examen, que la enfermedad que había atacado tan repentinamente al doctor, era una congestión aguda al hígado. Recetó un menjurge, cobró un sucre por la visita y haciendo reverencias ridículas, fuese. Tres horas después. el enfermo entró en período de terrible agitación. Arrojaba las mantas que le cubrían como si se ahogara de calor, la respiración era fuerte y fatigosa, se incorporaba a medias y fijaba una mirada vaga como la de un ciego, en un lugar indeterminado, sin conocer a doña Camila ni a sus hijos, que temerosos y apesadumbrados rodeaban el lecho sin saber qué medidas tomar ni qué medicamento administrar para aliviar al paciente.

Una vela de sebo, hedionda y con pavesa negra, titilaba delante de un San Antonio de bulto, dejando casi toda la hábitación en una semi-oscuridad miedosa, menos el rostro de Mariana en el que se pintaba una angustia indecible.

Salvador, muy preocupado del estado de su padre, salió presuroso en busca de un médico entonces de mucha fama en Quito. No tardó en regresar acompañado del doctor B., anciano venerable, encanecido sobre el libro y el lecho de los enfermos a los que curaba con verdadero cariño. Llegóse donde el enfermo. Salvador alumbraba con la vela, esperando, presa de terrible ansiedad, el resultado del examen, pues, adivinaba que la enfermedad de su padre era gravísima.

El médico examinó al enfermo con escrupuloso cuidado, sin dejar traslucir en su impasible rostro de sabio, ninguna señal de esperanza o desaliento; al fin levantó la cabeza calva y con voz breve preguntó a Salvador:

—¿Su padre ha estado últimamente en algun lugar caliente, como el Chota o Guaillabamba?

—Si doctor, está recién llegado de Guaillabamba.

—¿Recién llegado?

—Sí doctor, y desde entonces se sintió mal.

—¿Y qué ha dicho el médico que primero lo vio?

—Que no era cosa de cuidado; puesto que era una congestión del hígado, órgano que siempre ha tenido afectado papá.

—¿Del hígado?... ¡hígado! ¡Pues bien, ese mediquillo, es un bruto... Su padre tiene perniciosa que ha cogido en ese famoso Guaillabamba. Pronto… una inyección de quinina... por si acaso.

Con gran prontitud preparó el médico la jeringuilla y la inyección fue hecha.

—Temo que esto sea sin efecto, dijo a media voz el anciano, pues me han llamado muy tarde. En fin ya veremos.

El enfermo descansaba boca arriba, los ojos cerrados, fatigosa la respiración, y a ratos chasqueaba los labios como si tomara agua. Doña Camila sentada en la cabecera del lecho limpiaba con un pañuelo el copioso sudor que empapaba el rostro del enfermo, murmurando oraciones y jaculatorias. Salvador de pie, pálido como un muerto, no separaba la vista de la cama donde agonizaba el doctor, y en un rincón, acurrucada sobre un baúl, Mariana, cubierta el rostro con un pañolón, sollozaba presa del remordimiento de haber manchado la honra del anciano que allí rendía la jornada de la vida. Un pequeño reloj de mesa marcaba con el monótono tic-tac el tiempo, rompiendo el silencio de la habitación; la calle estaba desierta y callada; a ratos se oía el presuroso paso de algún transeúnte rezagado o el pito lejano de un policía.

El doctor B. espiaba atento los síntomas que produjera la inyección; volvió a hacer otra y esperó preocupado. Hacia la una de la mañana, el enfermo hizo un violento e inesperado esfuerzo; sentóse arrimado a las almohadas, abrió unos inmensos ojos, pero sin vida, pasó una mano por la frente; lanzó un prolongado suspiro como si estuviera fatigado y volvió poco a poco a resbalarse de las almohadas. El médico tomóle el pulso, pusóle la mano en la región del corazón, después en la frente, quedó un instante pensativo como si murmurara una plegaria y luego dirigiéndose a doña Camila y a los jóvenes dijo con voz grave y emocionada:

—¡Amigos míos! valor, el doctor Ramírez, acaba de expirar.

¿Para qué describir la escena que siguió a la frase del médico, la más terrible que pueden oír oídos humanos?

<¡Acaba de expirar!....> Es decir, el que ayer fue, el que un momento antes era una máquina magnifica, el padre, el hermano, el hijo, el amigo, hoy no es, dejó ya de moverse, de pensar, de amar. Abismo enorme, insondable, encierra ese <ya no existe> que oímos todos los días.

La muerte siempre es terrible cosa; pero cuando visita el hogar pobre, es hasta cobarde. En el hogar pobre la preocupación de que el muerto era el sustento de la familia, el pan cuotidiano, la ropa que cubre la desnudez, envenena más la herida. Al pobre le agobia el hoy y el mañana, le avergüenza la falta de medios necesarios para honrar el cuerpo del muerto con las ceremonias e indumentarias: que exigen las preocupaciones y vanidades del mundo, preocupaciones y vanidades que absorben dinero.

Muere el rico, la familia sabe que ha desaparecido un ser amado; pero sabe también que su desaparición de este mundo no traerá como séquito el hambre y la desnudez. Allí están los parientes y numerosos amigos para consolar con frases y discursos a los deudos. allí está la iglesia que mediante una suma de dinero, despliega en las ceremonias fúnebres gran pompa teatral, consolando la vanidad que es muchas veces, el mejor lenitivo para los dolores humanos

Salvador ayudado del anciano médico, llenó el más triste de los deberes: vestir el cadáver del padre y amortajarlo con una sábana vieja. Doña Camila arrodillada delante de la imagen de San Antonio, rezaba en voz alta interminables oraciones, entrecortando el rezo con sollozos. No podía aún creer que estuviese viuda; parecíale que el muerto no era su marido, con el que había vivido un cuarto de siglo.

A ratos divagaba, olvidándose del muerto y de la escena que acababa de presenciar; prescindía de que a tres pasos de donde ella estaba arrodillada amortajaban a su esposo, para pensar en que al dia siguiente había en la Iglesia de la Compañía comunión general de terciarias y que por la tarde confesaría el padre Leandro. Luego la realidad, como un golpe brutal, le hacía ver el cuadro, y medir la desgracia que se desplomaba sobre su familia.

La más desconsolada era Mariana. Deseaba morir, aniquilarse, hundirse en algún misterioso caos. Recordaba con fidelidad pasmosa, infinitos detalles que eran otras tantas muestras del cariño calmado, pero profundo, del muerto hacia ella. ¿Acaso las amarguras que habían envenenado la vida del doctor, no eran causadas por el deseo de mantener y educar a allos, a los hijos? Ahora cuando no había ya remedio, cuando delante de ella velábase a la luz de cuatro gordos cirios el cadáver del padre, tenía atroces remordimientos por los disgustos causados a ese oscuro mártir de las preocupaciones sociales. Pero lo que exasperaba más su dolor era el recuerdo de su caída. Un recuerdo mezclado con ideas de dicha lograda, que en vano quería desecharlas como monstruosas. Estaba manchada, impura, era una de tantas sacerdotizas del amor prohibido, sin honor, sin virginidad, arrancada con las caricias lúbricas de un hombre. Y el muerto fue engañado vilmente en los últimos y penosos días de su existencia. El creyóla, pura, virgen, honrada, mientras ella se entregaba con deleite a un hombre. Tenía miedo de que el muerto se levantara airado, después de saber en la otra vida, el engaño de que había sido víctima, y delante de todo el mundo le lanzara el anatema de prostituta.

Presa de dolor, de remordimiento, de miedo, lloraba lanzando alaridos de espanto: el pañuelo con que enjugaba las lágrimas, rompióle en mil pedazos entre los dientes, y perdida ya la idea de la existencia y de la realidad cayó al suelo convulsionada por un ataque furioso. El médico, doña Camila y Salvador, olvidando un instante al muerto acudieron a socorrer a la enferma. Debatióse largo rato echando a rodar muebles y formando informe grupo con los que la contenían en sus terribles

convulsiones. Cesó la lucha e incorporándose rápidamente quedó sentada en el pavimento, la vista alelada, fija en el médico, el pecho anhelante, el rostro congestionado. De tiempo en tiempo con un movimiento rápido, escupía saliva manchada de sangre, produciendo con los labios amoratados un chasquido, seco.

CAPÍTULO XIV

Luciano, como la mayor parte de los jóvenes de su edad, era un perpetuo contraste. A los impulsos generosos del deber y del honor, nacidos de una naturaleza fuerte y bien equilibrada, acompañaban en él eclipses en los que palidecían la nobleza de una alma varonil, para dar lugar al egoísmo y a otras pasioncillas pequeñas. Si su vanidad de hombre y amante se hallaba satisfecha con el triunfo obtenido sobre el pudor de Mariana la nobleza y generosidad nativas estaban heridas, y en el fondo más recóndito de su ser, había un vago pero tenaz remordimiento por haber perdido a su novia, a la hermana de su amigo, a la que en sus ansias amorosas que todo lo subliman, consideró siempre como un dechado de pureza.

En vano el egoísmo se empeñaba tenaz en hacerle ver como la cosa más natural del mundo y aún muy meritoria, el triunfo obtenido. ¿Acaso no se ve a diario jóvenes seducidas a causa de la miseria, del amor y hasta por los impulsos de la carne que nunca abdica sus derechos eternos? Luciano, con verdadera fruición, reconstituía la escena: Mariana entrando a su cuarto de soltero, enamorada, voluptosa, provocativa; allí cerca el lecho, tibio aún; la soledad, el silencio de una mañana brumosa. El, robusto, ardiente, loco por la muchacha; luego el temor, la seguridad más bien de que ese cuerpo espléndido no sería acariciado por él, con el pasaporte que da la Iglesia; los abrazos, los primeros besos quemantes; el contorno de un cuerpo escultural, adivinándose tras las ropas; y por último ese inmenso poder del deseo, que hace olvidar todas las conveniencias sociales y atropella leyes y prohibiciones

sagradas. Y recordando todo esto, se le encendía más la sangre, deseaba poseer ese cuerpo por una eternidad y no por un instante.

Pero volvía la reacción severa y fría. Su conciencia de caballero le echaba a la cara los epítetos de villano, cobarde e infiel al honor. ¡Hermoso, noble cariño a Mariana! cariño que le quitaba la única riqueza que posee una mujer pobre. ¿Acaso él mismo, no experimentaba una notable disminución del puro y antiguo amor a ella? Ahora la deseaba como querida y no como esposa. Todos los velos que envolvían al objeto amado, convirtiéndola en un ídolo, el los había desgarrado brutalmente, él había roto el encanto para dar con la carne ardiente. ¿No valía más, por ventura, conservar ese ideal, acariciar una esperanza, la del hogar honrado y casto con la esposa amante, y no el placer de un momento, ciego y brutal, proporcionado por la querida?

Recordaba después al doctor, tan honorable, tan desgraciado; a Salvador, amigo fiel y cariñoso, desinteresado, débil, y que tenía el culto de la hermana y del amigo. A ambos había engañado; manchando el honor del viejo y extinguiendo la fe en el joven; y ni el viejo ni el joven podían pedirle cuenta de su doblez!

La noticia de la muerte del doctor, le impresionó dolorosamente. Dejó a un lado romordimientos y olvidó temores y siguiendo el impulso de su amistad no borrada aún dirigióse a la casa del duelo.

En el desmantelado salón de la vieja casa y sobre una mesa, estaba el pobre ataud mal barnizado de negro; cuatro Cirios alquilados a esos tristes negociantes de la muerte; llamados contrastistas de pompas fúnebres, colocados junto a los ángulos de la mesa, titilaban dando luz sucia y amarillenta. En las ventanas habían colocado algunas cortinas de indiana negra, el luto más pobre que puede encontrar la miseria. La casa estaba silenciosa y como si encerrara en sus múltiples y abandonados departamentos algún misterioso arcano, y a los oídos de Luciano vinieron ecos de sollozos lejanos y apenas perceptibles. Salvador, materialmente agobiado de pena,

sentado en una silla a la cabecera del muerto, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos lacios y colgantes y la mirada vaga, como flotando en un mar insondable de tristeza, era una imagen del dolor supremo y único. Tres viejos, vestidos de raídas ropas negras, antiguos y fieles amigos del muerto, verdaderas ruinas humanas, cuchicheaban graves y sañudos en un rincón del cuarto, mal iluminado por la luz de la única ventana. Dona Catalina y Mariana no estaban allí. Luciano hizo una reverencia a los viejos que continuaron cuchicheando, dirigióse hacia Salvador, y pálido, con un nudo en la garganta y sin decir una sola palabra, estrechóle entre sus brazos pues comprendió que toda frase sería impropia, ineficaz, fría, para consolar un dolor tan grande. Y en tanto que abrazaba al desgraciado amigo, la conciencia, importuna siempre, decíale: <¿Ves el cadáver de ese pobre hombre? pues bien, tú manchaste su honor en los últimos días que le quedaban de vida. A ese joven que abrazas tan estrechamente, le has robado lo que le hacía fuerte en medio de su debilidad, la fe en la virtud de su hermana>. Mentalmente prometió de corazón reparar el daño. Promesas que nunca se cumplen, pues nacen de raros impulsos que se desvanecen en seguida.

Para el entierro regresó Luciano a la casa del duelo. Pocas personas quisieron acompañar hasta el cementerio al cadáver del doctor. Era el muerto un pobre abogado sin clientela, sin amigos, y no dejaba fortuna; circunstancias suficientes para hacer el vacío en un funeral. Un cleriguillo, cholo recién ordenado, desempenó su papel en un instante: cantó o salmodió con voz gangosa y maquinalmente, como un autómata; roció con el hisopo el ataúd, y el pequeño cortejo se dirigió al cementerio. Luciano y cinco amigos o antiguos clientes del abogado, cargaron el humilde féretro.

Atrás, en la casa que parecía más vacía y espaciosa, quedaban acultas en un rincón oscuro de la habitación más retirada, tres personas estrechamente abrazadas, inundadas de lágrimas: la viuda y los dos huérfanos.

CAPÍTULO XV

Desde el siguiente día de la muerte del doctor, el problema de la diaria subsistencia quedó planteado esperando una solución que necesariamente debía ser pronta y decisiva, ya que la viuda y los huérfanos no contaban con ningún recurso para hacer frente a las necesidades de la vida. La situación era casi desesperada, porque los pequeños y casi insuficientes honorarios que trabajosamente ganaba el abogado, habían sido los que mantenían en pie todavía un hogar que amenazaba ruina por todas partes. El funeral, aunque modestísimo, costó algún dinero absorbido por los derechos parroquiales y pagos a cura, monaguillos y alquileres de ceras y paños mortuorios; y aún ese dinero fue conseguido en préstamo, con interés usurario.

En la vieja casa nada quedaba susceptible de ir a una casa de empeño; sin embargo, los escasos libros del doctor fueron a parar en manos de un librero de viejo, en cambio de dos o tres pesos. Algunas pobres prendas de vestir, propiedad de doña Camila y de Mariana, fueron también vendidas, y la antigua cama de metal, último resto de cierta antigua comodidad de la casa, fue comprada por una tendera enriquecida.

Doña Camila, aunque tarde, comprendió que su marido había sido el único pilar del carcomido edificio. Caído él, todo se derrumbaba en torno, convertido en ruinas. Algunas raras y antiguas amistades de la casa, desaparecieron con el muerto; las queridas beatitas, amigas íntirnas de la viuda, poca o ninguna ayuda podían prestarle en trance tan amargo, porque las beatas son gentes a más de inútiles egoístas; y en vez de consolar a los desgraciados, se ocupaban en habladurías, indignadas de que doña Camila no hubiese hecho confesar a su marido en la última y rápida enfermedad, por lo cual, la viuda, sólo ella, era la causa de que el doctor estuviera condenado a las horribles penas del infierno.

Rosaura iba muy de tarde en tarde, y no seguramente a consolar a los dolientes, sino a indagar si ellos sentían al muerto como es debido; para tener así un hermoso pretexto de andar por otras casas censurando la poca sensibilidad de la viuda y de los huérfanos, que no se habían puesto, según decía la beata, ni un luto riguroso, ni mandaban decir una misa por el descanso y alivio del condenado doctor.

Salvador quedó, pues, saportando todo el gravísimo peso de la situación. El debía ser ahora el padre de familia y resolver el problema económico, que no admitía dilación alguna. ¿En qué industria, ocupación o empleo, buscaría lo necesario para la vida de los suyos? He ahí lo primero que debía encontrar. El era un magnífico estudiante de Jurisprudencia, pero para graduarse de abogado y ganar algún dinero con la profesión, le faltaban aún dos largos años de Universidad y uno de repasos y grados. Las lecciones a domicilio dadas a algunos caballeritos, le producían bien poca cosa, y esa miserable ganancia misma venía envuelta en amargura, porque los descendientes de los estúpidos nobles de la colonia o de comerciantes enriquecidos con la quiebra o el agio, se complacían en herir el amor propio y la delicadeza de Salvador, con bromas burdas o con desprecios ruines a su pobreza. Buscar protectores entre los antiguos amigos del doctor, era imposible, porque esos amigos eran pobres menestrales o abogados indigentes sin clientela, hambrientos también y acobardados, anulados por la falta de éxito. Un día dedicóse a averiguar en todas las tiendas y almacenes de la ciudad, si en alguna de ellas necesitaban un dependiente: nada consiguió por ese supremo recurso de los jóvenes pobres, porque o no había necesidad de empleado en esas tiendas, o los sueldos eran tan pequeños y el trabajo y responsabilidad tan grande, que acobardaban a cualquiera.

Despechado Salvador, aguijoneado por la idea terrible de que en su pobre casa iba a faltar el pan, dirigióse a uno de los Ministros de Estado, antiguo amigo de su padre. Trance durísımo el que pasó entonces, al confesar al Ministro la miseria de la familia del antigno condiscípulo, y la urgente necesidad de un empleillo para conseguir con él un pedazo de pan. El Magistrado, hombre de corazón sano, comprendió la amarga

crisis porque atravesaba el joven pretendiente, y el mismo día quedó Salvador empleado con un sueldo de treinta sucres.

Al fin algo, era, no había ya necesidad de pedir limosna; ya había un recurso seguro aunque pequeño; su madre y su hermana podían hacerse ropas de luto para guardar el duelo del muerto. Por esos cambios tan frecuentes en la vida y en el carácter, Salvador pasó del colmo de la desesperanza a un ensueño casi venturoso. Olvidó un instante el pesar de la pérdida sufrida, la amargura de los anteriores días, creyóse hombre fuerte, y el horizonte tan sombrio dejó ver un rayo de sol claro y prometedor.

Ya vería el Señor Ministro lo bien que desempeñaba el empleo el nuevo amanuense; vería que era la exactitud y laborosidad encarnadas. Además, por las noches, robando horas al sueño, podría dedicarse a algún trabajo extraordinario capaz de aumentar en algo el presupuesto. Los estudios de Jurisprudencia tan brillantemente seguidos hasta entonces, podría no hay duda, concluirlos; y con el título de abogado en el bolsillo, ya sería otro, pues la clientela sería rica y abundante. Después se haría capitalista y su madre estaría bien cuidada y Mariana encontraría un buen marido. Aún iba más lejos en el camino de las halagüenas esperanzas. Con el dinero le sería fácil aplastar la vanidad de los nobles de pega que tantos sinsabores le habían hecho tragar desde el colegio...

Con el rostro radiante y el corazón contento regresó a la vieja casa. Desde la puerta del zaguán gritó:

—Mamita, una buena noticia...

—¿Qué noticia puede ser buena para nosotros? dijo doña Camila, envejecida notablemente desde la muerte del doctor.

—Pues sabrá Ud., que estoy empleado en el Ministerio y con treinta sucres mensuales.

—¿De veras, hijo?

—De veras mamá...

—¡Bendito sea Dios! Tu papá que ha de estar en gloria, vería nuestras necesidades y ha alcanzado de la Virgen este milagro...

—Ahora lo primero, es lo primero. Voy a comprar unas varas de merino negro para trajes de ustedes.

—¿Merino, dices? No, hijo, no lo compres; eso es muy caro; busca más bien zaraza negra. ¿Y ya tienes dinero?

—Sí mamita. El señor Ministro hizo que me adelantasen alguna cosa en la Tesorería. Aquí está...

Y diciendo esto, puso en manos de dona Camila, un paquetito de billetes de Banco.

—¿Y tú, hijo mio, no tomas nada? tuyo es este dinero.

—No necesito nada, porque ya ni fumo; he dejado el vicio.

Mariana aparentó participar de la alegría de los suyos, dirigiendo a Salvador algunas forzadas palabras de aliento. La confianza entre los dos hermanos había desaparecido, y no ciertamente a causa de Salvador siempre bondadoso, sino de ella. Un secreto guardado, una falta cometida, hacían de la antes expansiva muchacha, una mujer reservada y silenciosa.

Luciano no había vuelto desde los funerales del doctor. En esa crítica situación, habíase portado como un verdadero amigo de la pobre familia, pero no como amante o pretendiente de Mariana. Ella no se quiso dejar ver, pretextando una grave indisposición, que no fue creída desde luego por Luciano, para quien la única causa verdadera, era la vergüenza de la antigua novia y reciente amante. El deseaba vivamente tener una entrevista, quería verle, hablarla, enamorarla nuevamente, porque no podía olvidar las delicias de aquella mañana pasada en su cuarto de estudiante, cuando Mariana se le entregó. Luciano la deseaba, y era capaz de casarse con ella a trueque de conseguirla otra vez. No podía conformarse con que otro hombre, otro amante, fuera el que robara los besos de los labios de Mariana; no podía transigir que él, el primero que la había poseído en medio del sobresalto de una posible sorpresa, no fuera el dueño absoluto y único poseedor de esa voluptuosa cuarterona. La sangre robusta y altanera de los Pérez se sublevaba y era capaz de cometer alguna barbaridad para recuperar lo que consideraba absolutamente suyo.

Al revés de tantos y tantos enamorados, la posesión del objeto amado y el cabal logro de deseos alimentados largo tiempo, no había calmado el amor de Luciano, sino exaltándole más, si cabe; y este aumento nacía del íntimo convencimiento que abrigaba del amor de Mariana, la cual, aunque pobre, era una muchacha encantadora, de carácter ardiente a veces y sencillo las más. ¿Acaso no podía ser esa mujer una esposa inmejorable? ¿No se le había entregado?

Mariana seguía adorando a su Luciano. La conciencia se la caída iba borrándose, y al remordimiento de los primeros días, sucedió una especie de orgullo mezclado de un tanto de íntima vergüenza. Se había entregado ella sin reserva, sin esperanza alguna de rocompensa; habíase anulado para siempre, pues comprendía que nunca podría ser esposa de otro hombre, porque con la virginidad desapareció la conciencia de su pudorosa dignidad. Y dignidad, pudor, porvenir todo lo había sacrificado al ídolo, a Luciano.

………………………………………………………………………………………………

Una tarde entró Rosaura al cuarto de la muchacha, y después de las galanterías acostumbradas por la beata díjole:

—Amor mío, estamos de plácemes, mañana principian los ejercicios del Tejar, van a predicar muchos sacerdotes y entre ellos el padre Justiniano. No hay que perder esta preciosa oportunidad, amorcito, porque esto no es de todos los días, y luego, ¡el gran negocio de la salvación del alma!; mas, Ud. misiá Camilita, ¿no entra esta vez?

—No hijita, no puedo... ¿qué haría Salvador solito en la casa? Pero le aseguro que iría de buena gana.

—¿Entonces Marianita?

—¿Qué dices hija?

—¿Y Ud. qué opina mamá?

—¿Yo? Lo dejo a tu voluntad; pero si quieres ir, me agradaría mucho.

—Entonces, señora Rosaura, cuente conmigo.

—Bueno amorcito, no podía esperar otra resolución de una mujer católica. Vas a oír sermones admirables. El padre Justiniano predica y esto basta para ponderarte lo que serán los ejercicios de este año. Ya verás el gran fruto que sacas de las pláticas espirituales.

—Entonces es cosa hecha. ¿Mañana a qué hora entramos?

—Tarde, sí, tarde; de cinco a seis, para no perder la prirnera plática

Efectivamente, poco antes de la hora indicada, un indio cargador llevaba un atado con la cama de Mariana; ésta y Rosaura le seguían camino del Tejar, vasto edificio de aspecto de prisión celular, triste y sombrío, que linda con el cementerio del mismo nombre, al pie del abrupto Pichincha. La tarde era nebulosa; los chaparros y quebradas desaparecían en parte, bajo grandes girones de nieblas oscuras; un rayo del moribundo sol iluminaba bruscamente las tumbas y monunentos del cementerio, haciendo destacar el blanco duro de esas construcciones funerarias sobre el plomizo fondo de los cerros. Las campanas de la pequeña iglesia tañían lúgubres por algún muerto que acababan de enterrar, y en el fondo de la estrecha barranca que atraviesa la cercana campiña, murmuraba monótono un pequeño torrente. No hay duda que el Tejar es un sitio muy adecuado para producir en las naturalezas imaginativas o místicas, un deseo de oración y recogimiento.

Mariana y la beata entraron al claustro. Una vieja apergaminada, de rostro afilado y vestida de negro, recibió a las recién llegadas; con un gesto de mal humor; y después; de medir con la vista a Mariana, hechó a andar guiándolas a las respectivas habitaciones. Por los claustros discurrían algunos grupos de señoras y señoritas, hablando a media voz y con aire de pesar o aburrimiento, indios cargadores entraban jadeantes a dejar camas o baúles de las ejercitantes; por un corredor paseábase una anciana a menudos y lentos pasos, leyendo un libro de forro negro; más allá, asomada a una ventanilla del claustro alto, estaba una joven con la mirada fija en el negro nubarrón que enlutaba la áspera serranía del Pichincha. De vez en cuando cruzaba por el patio un hermano lego vestido de blanco, brindando sonrisitas santurronas a las beatas que encontraba y haciendo sonar reciamente el enlosado con los grandes y cuadrados zapatos que llevaba. Chirridos de puertas que se cierran, algunos martillazos al armar algún catre, toses que retumban en las bóvedas de los claustros, cuchicheos confusos, y a ratos el clamor lejano, como oleaje de marea creciente del rosario en la iglesia.

Mariana estaba cohibida y un tanto confusa en medio de este cuadro tan nuevo, tan propio de ese lugar y no de otro. La impresionable y enfermiza naturaleza de la muchacha sufría una sacudida nerviosa. Algo como opresión del pecho la obligaba a suspirar de continuo, como si esperara ser de un instante a otro acometida de algún peligro próximo, pero desconocido.

Bajaron a la iglesia. Alumbrábanla a medias algunos cirios de llama sucia y mortesina que dejaban adivinar confusamente entre la penumbra a los fieles y a los cuadros y estatuas de altares y paredes. Un gran Cristo exangüe y de rostro horriblemente contorsionado se destacaba en el fondo del altar en medio de negros cortinajes. Concluído un rosario que hacía rezar con voz acompasada y un tanto gemebunda, un fraile viejo, subió al púlpito el predicador, anciano de gran cráneo calvo, de ojos chispeantes y de voz majestuosa. El sermón fue algo como la paternal corrección del maestro sabio y experimentado al discípulo novel en las luchas del mundo. Las oyentes no perdían una sola palabra, un gesto del predicador; una discreta tosecilla o un suspiro largo y fuerte se oían de vez en cuando.

Concluído el oficio con un hermoso canto de la letanía, las ejercitantes volvieron al convento. Algún raro farolillo iluminaba apenas los largos y estrechos claustros; modesta lamparilla encendida delante de un cuadro del infierno, rojo y negro, hacía visibles las horribles figuras de los condenados, luchando con los tormentos eternos. Al fondo de un largo corredor y entre dos cirios, un blanco esqueleto destacábase vivamente en el aire sombrío que lo rodeaba. La vecindad del cementerio, el esqueleto, el cuadro de réprobos, un gran letrero con la sentencia **vanitas vanitatis**, la hora, el ambiente brumoso y mil otras pequeñas circunstancias hábilmente escogidas por los directores de los ejercicios, hacían pensar en la pequeñez de nuestra vida y en la inmensa eternidad.

La celda destinada a Mariana era un pequeño cuarto desmantelado, oscuro, con la blanqueada pared llena de descarches y manchas. Por muebles, un catre de madera, tosco y desvencijado; una silla y un lavatorio de hierro blanco. En un candelero de lata, ruin vela de sebo puesta como ex-voto delante de un cuadro de la Dolorosa, pintado por alguno de esos desconocidos artistas de Quito, sin pizca de gracia ni arte, alumbraba a duras penas la estancia.

La primera noche de ejercicios fue muy penosa para Mariana. A la exaltada imaginación de la joven venían mil y mil ideas descabelladas e incoherentes; era un mar sin límites, en medio del cual asomaban ya la imagen del padre agonizante, ya la escena aquella del cuarto de Luciano, al que volvía a verle con claridad de alucinada, impetuoso, brutal si se quiere, pero hermoso y atrevido como un ángel del mal; ya, en fin, esa casa de ejercicios donde ahora estaba, llena de temor y buena voluntad, deseando encontrar en su alma robelde un poco de fuego capaz de encenderse en llama inextinguible de amor divino. A ratos se indignaba contra su misrna imaginación, que en vez de pintarle los tremendos sufrimientos del alma privada de Dios, le mostraba cuadros de vivos colores en los que la figura de Luciano y la escena de la mañana aquella, era lo más saliente. Agitada, temblorosa, llena de temor a fantasmas y aparecidos, iba contando las horas de la noche que parecía inacabable.

Por fin el lejano reloj de la Merced dio lentamente las cuatro de la mañana. Sin poder estar más tiempo en la estrecha cama, levantóse a esperar la hora de misa. Una beata, con voz gangosa y haciendo sonar los viejos zapatos en los desiertos claustros, iba de puerta en puerta, diciendo el **Benedicamus**; llegó delante de la celda que ocupaba Mariana, tocó la puerta con los nudillos, repitió la eterna palabra, y siguió hasta que la distancia no permitía oirla más.

Cuando Mariana salió de la celda para dirigirse a la iglesia, todavía no principiaba la luz de la mañana. Los farolillos de los claustros estaban ya apagados, menos uno, que con fulgor próximo a extinguirse, alumbraba apenas el esqueleto.

El frío propio de esa hora en Quito y el temor, hicieron castañetear los dientes a Mariana. Apresúrose en huír hacia la iglesia, donde estaban ya reunidas todas las devotas, envueltas en negros mantos como si fueran seres de otro mundo inmóviles y silenciosos.

Con las primeras luces del alba, concluyóse la misa y ocupó el púlpito un predicador. Era el padre Justiniano, célebre por su elocuencia en toda la ciudad. Hombre hermoso, joven, robusto, de mirada segura aunque lánguida, boca graciosa, atrayente, simpático, he ahí el padre Justiniano. La voz tenía modulaciones de tenor, de amante apasionado, de susurro de viento en medio de los bosques. La acción era natural, valiente, dramática. Todas esas dotes, hacían del fraile el ídolo de las devotas, el escogido como confesor de la aristocracia y el más escuchado cuando ocupaba el púlpito.

Mariana nunca le había conocido hasta entonces, porque era de un convento lejano del barrio en que ella vivía; pero en la muchacha ejerció el fraile desde el principio algo de poder magnético, pues no pudo la pobre separar un instante la vista del predicador, en tanto que duró el sermón, que versó sobre la ingratitud de la criatura hacia Dios. El fraile en verdad, estuvo hermoso cuando pintaba el amor divino, el que era un deliquio inenarrable, la unión íntima, absoluta de Dios y del alma enamorada, un fuego inacabable y dulcísimo que consume y aniquila al ser puro y que lo sublima hasta lo infinito. La voz, el gesto, el rostro mismo del fraile, eran los de un amante apasionado y romántico lamentándose ante la mujer adorada.

Mariana estaba suspensa de las palabras del predicador. No perdía un gesto, una inflexión, un acento. Se compenetraba de las frases y de las ideas, las que caían

sobre su alma dolorida como un rocío dulce y embriagador. Después de las luchas de la vida, después de su caída, de sus pesares, después de los temores de la noche en la celda del convento esa palabra suave, persuasiva, armónica, propia de un amante soñado allá en los albores de su temprana adolescencia, le hacía un bien inmenso, y del agradecimiento fue a la admiración y de la admiración a la inmensa simpatía por el predicador.

En ese hombre, en ese fraile, creyó encontrar un santo de aquellos que pintaba el año cristiano, o una novela que leyó en su niñez, lleno de unción, caridad y ciencia celeste, uno de esos seres que consolaban los dolores humanos y los curaban con solo la imposición de manos.

Concluyó el sermón. Las últimas palabras parecían que revoloteaban aún por el oscuro ambiente de la iglesia, como las postreras vibraciones de una arpa encantada. Poco a poco las penitentes abandonaron el templo.

El día despuntaba brumoso; las nieblas pesadas de abril cubrian las colinas que dominan el cementerio, y al pie mismo del pardo cortinaje, un labrador araba el campo negro ayudado de una yunta blanca, que lenta, pausada y arrojando tenue nube de vapor de las mojadas pieles, hacía la labor del día. Mariana vio ese pequeño detalle, y a su exaltada imaginación vino la visión de las lejanas tierras del Sur, donde a esa hora, tal vez, en un rincón de la cordillera altiva, Luciano respiraba el aire frío y aromático de los campos patrimoniales. Luego, vióle tal cual era: fuerte, joven, hermoso, tomándole a ella casi brutalmente aquella mañana inolvidable, sintió ese su hálito de macho en celo que le quemaba el rostro aunque le emborrachaba de placer y comparóle al padre Justiniano, tan fino, tan… no podía explicarse, tan atrayente; y luego el uno era ya el hombre conocido, el que podía amar a las que quisiera, el otro era un muro inexpugnable de pureza y castidad; el uno era hombre; el otro un santo, un arcángel... Alternaban en la calenturienta imaginación de la

muchacha las dos imágenes; al fin, la del predicador quedó como la única dueña y la de Luciano se perdió en las profundidades insondables del corazón de una mujer.

El día transcurrió lento, monótono y aletargado. Las prácticas piadosas siempre iguales quitan la noción del tiempo. Al medio día, sermón doctrinal seguido de meditación en medio de la triste semi-oscuridad de la iglesia entenebrecida adrede con paños negros colocados en las ventanas. Por la tarde, y parte de la noche, otro sermón, meditación, rosario y canto de letanía y a veces flagelación voluntaria.

Llegó la tarde dedicada al sermón del **Infierno**. Un fraile franciscano, flaco, de ojos hundidos, barba prominente y aire dominador ocupó el púlpito. Paseó la mirada casi amenazadora por todos los ámbitos de la iglesia; apoyóse en el borde del púlpito con las secas manos, y principió el sermón con voz sorda y pausada. Poco a poco las palabras hiciéronse más recias y huracanadas; ya era la pintura del eterno fuego que consumía a los réprobos, ya los alaridos inextinguibles de las almas condenadas, ya la descripción espantosa de los suplicios que castigaban la carne pecadora. Describía con voz conmovida y terrible, la desesperación infinita de los que pudiendo salvarse no quisieron, y citaba ejemplos espeluznantes. Y esos cuadros y escenas de horror desfilaban por la imaginación enfermiza de pobres mujeres nerviosas, mal alimentadas y tal vez neuróticas. Se oyeron gritos, suspiros, sollozos desesperados, golpes de pecho, voces de perdón, y de arrepentimiento. En todo el auditorio había un verdadero frenesí de terror. Luego de haber producido ese efecto, el fraile con voz tonante increpó a los pecadores, llamó a los felices del mundo, a los reyes del placer, a los que habían gozado con el cuerpo en détrimento de la pobre alma, los llamaba a todos a una inmediata conversión, a una abjuración completa de los errores, a una renuncia de los vicios, para así librarse del infierno que tan horrible había pintado en su sermón.

Mariana, aterrorizada, oculta la cara en los pliegues del pañolón, lloraba a gritos. Lloraba su falta, su pecado; estaba impura, estaba deshonrada. Para ella el infierno,

para ella los tormentos para ella la desesperación infinita. Parecía que el pecho se le rompía en pedazos, que una cuerda la estrangulaba; atormentábala una imperiosa necesidad de gritar y de confesar su falta a todo el mundo. ¡Con qué placer desgarrara esa carne manchada por la lujuria, valiéndose de hierros candentes para así librarse del fuego eterno! Sí, el fuego, ahora lo veía por todas partes; brotaba del piso de la iglesia, de las paredes, de los confesonarios, de los mismos altares; ya no era la iglesia, era el infierno y en medio de las llamas estaba Luciano que la requería para ocupar un lecho de brasas... Sí, era el mismo Luciano...

—¡Dios mío! ¡Perdón! ¡Virgen mía!... estoy... gritó con voz aguda y cayó desvanecida al suelo, arrojando por sus entreabiertos labios espumarajos sangrientos y dando ronquidos como de res herida.

Tres o cuartro devotas se aproximaron a la desmayada muchacha, a prestarle los usuales cuidados; las demás, horrorizadas, enloquecidas casi con el sermón que acababa de terminar, temblándoles las carnes, abandonaron en tropel el templo. No era la primera vez que un sermón del infierno predicado por franciscano, causara desmayos. Se han visto hasta casos de locura, según decir, de personas que de estas cosas tienen pleno y cabal conocimiento.

Vuelta a la razón, Mariana paseó una mirada embrutecida y vaga por toda la oscura iglesia. La lamparilla del Santísimo iluminaba apenas el altar en el que se adivinaba un Calvario con un Cristo exangüe y una Dolorosa desesperada.

Con verdadera dificultad pudo ponerse en pie y tiritando como si tuviera fiebre, ayudada de dos mujeres, salió de la Iglesia. En medio de su casi desvanecido cerebro, y destacándose en el confuso recuerdo de la visión del infierno, estaba la figura del padre Justiniano como el rayo de luz que rompe la espesa tiniebla. Vióle resplandeciente, persuasivo, casi acariciador, predicando el amor de Dios y el de las criaturas; vióle hermoso como un ángel, y Mariana amóle con amor sobrenatural,

según creía, cuando no era esa pasión insólita, sino el fruto de un misticismo heredado y un oculto fuego de cuarterona lasciva...
………………………………………………………………………………………………

Después de una noche de fiebre, terrores y pesadillas innúmeras, la mañana calmó al fin los exaltados nervios de la muchacha. Era un principio de día magnífico. Todo el vasto horizonte que se descubre del Tejar, estaba iluminado por un sol suave y acariciador. Algunos girones de niebla se retiraban perezosos de las colinas del Ichimbía. Los blancos campanarios de las iglesias de la ciudad se destacaban inmaculados en el aire diáfano y cristalino. Ligeras columnas de humo se escarmenaban en los pardos tejados; y allá, en la inmensa distancia, sobre un trono de nubes de plata y riscos azulinos, el Antizana, como un animal gigante en acecho, resplandecía con los rayos del reciente sol. A la iglesia resbalaban desde las ventanas juguetonas haces de luz que hacían brillar algún dorado capitel, un candelabro de bronce o el barniz de los reclinatorios. Cuando Mariana penetró en el templo, la misa matinal había concluído y el padre Justiniano iba a predicar el sermón del **Juicio**...

Subió lento y majestuoso al púlpito. Un delgado rayo de sol acarició la hermosa frente del fraile, bajó luego por la blanquísima alba y dióle por un instante el aspecto de uno de esos arcángeles que pintan en los cuadros de la Anunciación. Todas las recogidas estaban silenciosas y suspensas, no se oía el más ligero ruido en el ámbito del templo, y aún la palpitación de los corazones de esas mujeres de varia edad y condición parecía haber cesado. Mariana clavó sus enormes ojos en el sacerdote como si quisiera coger en el aire las palabras que iban a salir de los labios del predicador para no desperdiciar una sola. ..

El sermón, como se esperaba, fue admirable. Era un lenitivo poderoso para calmar los terrores y desesperación de esas pobres almas de reclusas voluntarias. Era algo

como una reacción benéfica hacia ideas más dulces y consoladoras después de la horrible descripción de la víspera.

Pintó a Dios juez justísimo y magnánimo; a la Virgen, bondadosa y consoladora intercediendo por los pecadores juzgados en el último juicio. Describió con colores admirables, la gloria de los elegidos que en regim ┐ pTyp È pCmd ◘←&l+002A ^ US
Letter ┐ @ ┐ äáHÿî ÿ÷\)┐ R └☼\) EMU1┐ À ┐ pTyp
pCmd ◘←&l+002A ^◘ US
Legal ┐ @ └ Ê33ÿî ÿû33┐ R └ ë33 EMU1┐ À ┐ pT
yp • pCmd ◘←&l+003A ^◘ US
Legal ┐ @ └ Ã™šÿî ÿ÷™š┐ R └ ç™š EMU1┐ À ┐
pTyp ┌┼ pCmd ◘←&l+003A ^◘ US
Legal ┐ @ └ Âffÿî ÿý ┐ R └ í EMU1┐ À ┐ pT
yp È pCmd ◘←&l+003A ^◘ US
Legal ┐ @ └ ¼áHÿî ÿ÷\)┐ R └ ç\) EMU1┐ À ┐ pTy
p pCmd ano.

Mariana era la más emocionada. Su fantasía soñadora le hacía ver el cielo... Pero en el cielo resplandecía más que la figura de un arcángel, la del predicador hermoso. Con él sólo comprendía la gloria, sin él, todo era vacuo, incompleto, y triste. Sólo a él y no a otro confesaría su falta; por medio de él, bajaría del empíreo el perdón, porque sospechaba que entre las dos almas había una simpatía misteriosa e innata tal vez, pues dos o tres veces el padre durante el sermón le había dirigido la mirada con insistencia... ¡Oh! que feliz sería ella cuando se prosternara ante ese verdadero arcángel y le pidiera en medio de un río de lágrimas el perdón del pecado, de ese pecado repugnante que le había manchado con estigmas de impureza!…

CAPÍTULO XVI

Los campos de la admirable meseta andina, estaban entonces cubiertos de tiernas mieses. Las albundantes lluvias de Abril habían dado un nuevo impulso a la fertilidad de la incansable tierra. En las filos y cuchillas más altas de las cordilleras blanqueaban las primeras nieves del invierno andino y el suelo de los recientes desmontes, negro con la lluvia, dejaba escapar como si fuera la respiración de la tierra, un ligero vaho que flotaba indeciso entre los pliegues... El verde pálido de la cebada en flor, ondeando a la brisa de la mañana, formaba el cinturón alegre de los cerros coronados de paja, ora aceitunada, ora gris, ora amarillenta. Allá en un oscuro barranco boscoso, escarmenado girón de nieblas blancas, se desvanecía lento el beso del sol matutino, y de las chozas y caseríos que animan el inmenso territorio, se levantaban ligeras columnas de humo que se evaporaban y confundían en el cielo azul y profundo de la mañana.

Al medio de este paisaje, la hacíenda Huaico, recostada en una tendida ladera cubierta de maíces en florescencia parduzca y trigos y cebadas, de un verde profundo, indicio de fertilidad generosa, limita con el pajonal y las peladas rocas del páramo enhiesto.

Una gran cortina de eucaliptos y capulíes defiende los vientos reinantes la blanca casa de la hacienda, y a los árboles que forman una isla ascura, hacen marco los potreros alfalfares cubiertos de ganados…

Luciano había llegado a ese pedazo de edén andino la víspera por la noche, cansado ya de una vida ociosa para la cual no tenía disposición alguna, y resuelto a dejar para siempre un estudio ingrato, impropio de su naturaleza activa y generosa, más adecuada para la existencia libre del campo en el cual pasó la infancia. Aún cuando había salido de Quito, con la inmensa ilusión de la nueva vida que seguramente llevaría en el hogar de sus padres, con todo, en el fondo de su alma sentía Luciano la

añoranza de Mariana, pues annque logró la posesión de la joven, posesión que trae las más veces el desengaño, amábala demasiado, con un amor híbrido de novio y de amante no saciado.

Don Lorenzo no había seguramente mirado con buenos ojos la desaplicación del mozo, del cual pensaba hacer un abogado notable; pero después de refunfuñar un rato y echar tres o cuatro truenos, aceptó lo irremediable. Además él, aunque muy fuerte y activo, necesitaba un colaborador desínteresado para que le ayudara en la explotación que tan en grande escala había emprendido en el Huaico. Doña Lucía contentóse desde el principio con la resolución tomada por su hijo. La eterna pesadilla de la señora, un matrimonio desigual hecho a hurtadillas en Quito, con cualquiera de esas muchachas de medio pelo, quedaba desvanecida. Ahora su Luciano, ese muchachote robusto y hermoso, era suyo, enteramente suyo. Ya hacía mucho tiempo que manos mercenarias e inhábiles cuidaban de él; ahora ese cuidado le tocaba a ella y ya compararía el gigante el mimo con el interés.

Pero nadie estaba más contenta con la venida de Luciano como la chiquilla, ya entrando en el sexto año, con un caudal de hermosura y simpatía prodigiosa.

Llegó pues Luciano, como se ha dicho antes, una noche ya muy avanzada la hora y después de una larga caminata a caballo. Inútil es describir la escena íntima de familia, cuando el mocetón haciendo sonar las espuelas en la grada de ingreso se precipitó a los brazos de los autores de sus días. Esa misma noche con una bujía en la mano, recorrió todas las habitaciones de la inmensa casa, mirando con atención las mejoras hechas en su cuarto durante la ausencia de tres años, mejoras y adornos que delataban la ternura y el cuidado minucioso de una madre. Después de charlar un rato con don Lorenzo sobre política, estudios y cosas de la Capital y contestar las preguntas de la chiquita que averiguaba si en Quito había muñecas, retiróse a descansar, recibiendo como en señal de despedida un beso de doña Lucía, beso que le supo a gloria. Aquella noche durmió Luciano el mejor sueño de su juventud.

¡Qué despertar el de la mañana que siguíó a esa inolvidable noche! Oír entre la dulce somnolencia que produce el propio lecho el canto de gorriones, mirlos y tórtolas, el manso mugido de las vacas en el cercano corral de ordeño, el murmullo casi cantante de una acequia, al pie de la ventana y acompañando a todas estas armonías salvajes, el incesante y monótono sonido del torrente que bate el molino inmediato. Cuando, soñoliento aún, Luciano abrió de par en par la ventana que daba al campo, dióle en la vista un torrente de sol alegre y de aire purísimo y ernbalsamado. De allí se divisaban las mieses floridas, los potreros de tonos verdes, los caseríos, las arboledas de otras haciendas, y allá dominando esa campiña, la enhiesta y formidable muralla de páramos, envuelta en girones de nieblas opalinas que el sol rompe a trechos para hacer brillar ya una retorcida hilera o ya una cascada rugiente y espumosa... Luego esta hermanita que asoma su cara de cielo azul, por la puerta cerrada a medias, entre curiosa y avergonzada, llevando en una mano un pedazo de pan del que acababa de arrancar un bocado con sus dientecillos menudos, y en la otra la muñeca favorita que quiere presentarla al hermano recién venido. Tras la nina viene doña Lucía trayendo **ella**, y no una criada, el desayuno de café con leche humeante... Vio Luciano rápidamente estos detalles y comprendió por primera vez en su vida, lo que es el hogar propio, la casa propia, con pan, el hogar formado por un hombre como don Lorenzo, enérgico y activo y una mujer laboriosa y amante. Comparó este hogar con otros que él había conocido en Quito, en lucha perpetua con la miseria, las preocupaciones diarias y los mentidos deberes sociales. Vio al obrero, al empleado de menor cuantía y al menestral, casi hambrientos, sacrificando en aras de la necesidad, los últimos restos del honor. Como consecuencia de esto recordó también al doctor Ramírez muriendo en una situación cercana a la miseria después de una vida laboriosa y honrada; recordó a Salvador tan bueno y noble, abatido casi por el diario combate; y por último a la Mariana púdica y enamorada de los primeros tiempos de su pasión, y luego vióle ya entregándose a él aquella mañana brumosa en medio de un transporte de lubricidad enfermiza…

En tanto que rápidos como cuadros de kaleidoscopio, pasaban por la mente de Luciano estos recuerdos, la chiquitina venciendo al fin la vergüenza, pidió que conociera a su Paca y la sirviera de padrino de bautizo. Doña Lucía, afanosa, veía si algo faltaba en la habitación de su hijo, al gue miraba con frecuencia, suspendiendo el trabajo que hacía en el tocador o en el ropero, como admirada y confusa de ser madre de este gigantón de bozo negro, ella tan pequeña, fina y joven.

Don Lorenzo con el clásico traje de montar de los agricultores interioranos, apareció en el cuarto gritando con voz jovial.

—¡Hola!... señor mío, parece que allá no te has hecho dormilón, porque ahora aún no son las ocho... Y buero, ¿cómo has dormido?...

—Admirablemente, papá... ¿Sabe que estoy encantado de que me hayan dado este cuarto, porque esta vista es admirable?

—Sí, es bonita, dijo don Lorenzo, que poco caso hacía de las vistas... ¿Viste ya de tu ventana el famoso desmonte que estoy haciendo en el páramo?

—Pues no me he fijado...

—¡Oh! si eso es una gloria. Mira entre el girón de niebla esa mancha oscura que sube hasta el pie de la peña… Ya ves que es una enormidad; lo menos hemos de sembrar trescientas mulas. Ya te irá gustando la chacarería y verás que nada es mejor que cultivar la tierra.

—Seguramente... Prefiero sembrar papas a lidiar con el Código Civil y los otros librotes...

—Bueno, bueno... y ahora dime... ¿qué tal van por Quito de frailes? muchos, ¿no es cierto?

Antes de que Luciano contestara, doña Lucía dijo entre risueña y enojada...

—Dale Lorenzo con la cantaleta... frailes, frailes... déjalos allá en sus conventos, allá se avengan. Tú también...

—¿Dejarlos? Si, eso se quisieran esos ociosos. Cuando venga Alfaro le he de pedir unos veinte frailes para **minga**, porque, toditos son indios alzados...

Luciano sonriéndose oía la disputa de sus padres. Don Lorenzo aparentaba tener sus ribetes de libre pensador... pero oía misa todos los domingos, y era prioste de San Isidro Labrador, en el pueblo cercano a la hacienda.

—Basta de frailes... Ahora, hijo, vamos a ver el ordeño antes que termine. Ahora tengo ciento veinte vacas en el rejo y son un primor.

Adelantóse don Lorenzo, a largos pasos, alto, erguido, musculoso, demostrando en todos los movimientos, agilidad y fuerza.

Luciano, en tanto que por dar gusto a su padre, visitaba los diversos trabajos de la hacienda, comparaba mentalmente la vida sana y fecunda del hombre que cultiva la propia heredad, con la artificial y un tanto amarga e improductiva del empleado, o rentero de las ciudades. Nació entonces en el joven la idea de la dignidad e independencia que proporciona únicamente el dinero obtenido en la diaria labor, sin el temor de catástrofes políticas o cambios de suerte Vio con claridad la senda que debía seguir para que su vida fuera útil y no una carga social.

Los días siguientes, contribuyeron para hacerle ver lo bien que había hecho al abandonar los estudios de Jurisprudencia, para los que nunca tuvo inclinación. La actividad, el ejercicio violento del cuerpo, el aire puro del campo, la contemplación del agreste paisaje, dábanle cierta duplicada energía moral, de que antes nunca había gustado. Además, en esa casa, en diario contacto estaban la madre y la hermanita para la cual tenía mimos desconocidos y una ternura de gigante bonachón y sencillo.

La imagen de Mariana enamorada y provocativa, poco a poco iba borrándose de su recuerdo; y si alguna vez pensaba en ella, ya no era la casta novia de los primeros años de estudiante, sino la querida apasionada y voluptuosa que se le entregaba con transportes de hembra en celo. A este recuerdo, la carne de veintidós años se exaltaba, aún cuando el violento ejercicio físico era suficiente para agotar las energías corporales, y pensaba y preguntábase ¿qué podía hacer casándose tan joven con una muchacha desconocida, sin fortuna, sin mundo, agotando de una vez en un largo trago el porvenir de una vida destinada a ser fecunda y útil?... Principiaba, pues, la medicamentación del alma herida por un accidente. El buen elemento de la sangre nativa triunfaba. Los Pérez, gente práctica y sólida, no podían haber fallado en Luciano, y él afrontó la nueva situación con fe, esperanza y buenos deseos de victoria.

Algunos días veníale la nostalgia de los primeros tiempos de estudiante. Caía entonces en ciertas vacilaciones y tristezas a las que combatía con largos paseos a pie por el vecino páramo. Cargando un pesado rifle de caza y haciéndose acompañar de un perro de aguas y guiado por un indio, recorría durante largas horas las soledades andinas. En esas alturas, rodeado de la inmensa poesía de los páramos, era otro hombre, otro ser diverso, más imaginativo, más valiente, si cabe, y más dueño de sí mismo. Nada le gustaba tanto como trepar a uno de esos picos resquebrajados por las intemperies de los siglos, y dominar desde allí, sobre un dosel de nieblas, la confusión sublime de cordilleras, valles solitarios y gigantes

nevados. En cada lagunilla, en cada mancha de bosquecillos negros, en cada roca, en cada hilera encontraba la poesía de la verdad, la poesía de la naturaleza; y no esa fingida y académica cantada por poetas enfermos de vaciedad e impotencia. Luciano tenía ¡cosa rara! para su organismo moral fuerte y atrevido, una innata afición a los paisajes solitarios y agrestes en medio de los cuales su imaginación encontraba goces múltiples y desconocidos.

CAPÍTULO XVII

Con la Semana Santa concluyeron los ejercicios espirituales de aquel año. Las revistas curiales cursis y empalagosas, no faltaron a la costumbre establecida. Pusieron en las nubes el catolicismo y piedad ejemplares de que, una vez más, había dado pruebas el pueblo quiteño. El fruto sacado de los ejercicios era inmenso, según decían, y las bendiciones del cielo iban a caer sobre la República del Corazón de Jesús.

En tanto el Ecuador entero ardía en el fuego revolucionario. La guerra civil iniciada por el asunto del <Esmeralda>, había tomado inmenso desarrollo y las quiebras andinas y las llanuras de la costa retumbaban con las descargas de los combates. La sangre, ese bautismo de toda revolución, empapaba las campiñas patrias. El Gobierno desprestigiado, daba las últimas boqueadas, después de debelar a cañonazos la inicua sublevación de un cuerpo de línea en las calles de Quito. Cordero, renunciando la Presidencia, dejaba frente a frente no dos partidos políticos, sino dos ideas, dos edades: la edad media y la edad moderna; la República y la Colonia; la juventud libre, altanera y generosa y la vejez caduca, servil y sectaria; la razón clara como el sol de la ciencia y la fe estúpida del fanático; el liceo contra el convento; la inercia contra la energía; la luz contra la tiniebla, el trabajo y la vigilia contra el sueño y la pereza.

¡Oh ideales generosos y nobles! Si la revolución triunfante no los realizó, preciso es confesar que fuimos muy desgraciados!

La juventud de la Costa, la de la Sierra, toda, levantóse entusiasta y viril para luchar por la realización de los sueños acariciados durante años. Había, por fin, llegado el momento psicológico para el elemento joven del país, amordazado con una filosofía infame y con el Syllabus. La juventud del Sagrado Corazón de Jesús, la juventud educada no en el temor de Dios sino del Papa; la juventud amamantada con las añejas prácticas católicas; la juventud formada cuidadosamente para la esclavitud, rompió en un día todas las trabas, saltó las murallas, despedazó las cadenas en un movimiento de titán y quiso ser parte de un país libre y varonil, sin tutela de obispos fanáticos y de políticos hipócritas y serviles. Ser joven es tener ideas limpias y determinadas sobre la verdad; la juventud no quiere que otro piense por ella; no necesita de pilotos apocados y miserables para guiarla en la vida.

En Quito, la noticia del pronunciamiento de Guayaquil el 5 de Junio, cayó como un terremoto. El clero comprendió que el limitado poder del que había gozado durante siglos, iba a derrumbarse como un edificio viejo y desportillado; que sus representaciones místico-teatrales iban a servir de risa como espectáculos anticuados; que el veto absoluto sobre las conciencias iba por fin a serle arrancado tal vez, para siempre; y agotó todos los medios para atajar y, si era posible, vencer la invasión. Los sermones, pastorales, novenas y triduos, armas todavía poderosas, se pusieron en juego. Armóse un ejército numeroso de fieles, y muchos jóvenes quiteños alistáronse en él, jóvenes católicos, fervientes por herencia y por costumbre.

Salvador que en el desbarajuste del semi-Gobierno, había perdido el pobre empleo, vióse de la noche a la mañana sin centavo y el hambre volvió a rondar la vetusta casa. Doña Camila dedicóse con furia a conquistar soldados para defender la causa de la Religión, y todo el día pasaba fuera de la casa solitaria, ocupada en correrías y conciliábulos ridículos con otras beatas. Mariana quedaba sola en un retirado

cuartucho, a solas con sus atormentados pensarnientos, siendo la imagen del padre Justiniano la que llenaba por completo el cerebro de la joven. Con el elocuente sacerdote se había confesado el último día de los ejercicios, y desde entonces, dos veces por semana iba al confesonario del fraile. Poco a poco, sin sentirlo ella misma, encontróse enamorada del confesor; pero con un amor loco y frenético, mezcla informe del misticismo y de mal determinados deseos de caricias lascivas. Las confidencias íntimas en medio del silencio y oscuridad de la iglesia, las dulces amonestaciones del fraile, hechas con aire paternal y con voz lánguida y enamorada; los reproches que ella misma se hacía en el confesonario, por haberse entregado a un joven estudiante: reproches y arrepentimiento que brotaban espontáneos en medio de lágrimas y suspiros, produciendo en el fraile visibles celos; todo reunido, contribuía para avivar más y más esa pasión que ciertas mujeres sienten por los hombres de cogulla...

Un día Rosaura penetró misteriosamente al cuarto de la muchacha y díjole después de mimos y embelesos:

—Hijita, ¡qué feliz eres! pues es necesario que tengas una gracia o don especial, con el que consigas el amor de todos. Sabrás que el padre Justiniano; me ha ponderado la simpatía que siente por tí. Dice que de todas las hijas de confesonario tú eres la preferida.

—No diga eso Rosaura... ¿qué méritos tengo yo para causar simpatía en ese santo?

—No sé cómo sea, picarona, pero sí te diré en confianza, que el padre está verdaderamente enamorado y loco por conversar contigo.

—Para mí fuera una dicha muy grande, si el padre me viniera a visitar de vez en cuando. Dígale Ud. que venga.

—Imposible, hijita, ¡tan bueno para venir, él que es tan recatado y digno! Tiene mucho temor a las malas lenguas, y más ahora que se viene la herejía.

—Entonces, ¿cómo haremos?...

—¿Para

ve:2;}Å{=qual,0:2;=qual,1:1;Å:3;}}||=pmod,2,=pmod,3,=pmod,9{&|=M2PC,0,=M2PC,8, =qual,0:1;Å:2;}=pmod,6:1;||=pmod,4,=pmod,7,=pmod,8:1; /|||=pmod,6,=pmod,4, **=pmo**d,7,=pmod,8:300;Å:eDCX; œ=mtyp,0:1;=mtyp,1:1;=mtyp,2:1;=mtyp,3:1;=

yp,2:1;=mtyp,3:1;=mtyp,4:0;=mtyp,5:0;=mtyp,6:0;=mtyp,7:0;=mtyp,8:1;=mtyp,9:1;=mt

1;=mtyp,12:0;=mtyp,13:1;=mtyp,14:1; -
~kINK:0;=qual,2:1;&&=qual,1,l2sd,zdup:1;Å:0; §=mtyp,0:0;=mtyp,1:0;=mtyp,2:1
0;=mtyp,3:16;=mtyp,4:14;=mt**yp,5:17**;=mtyp,6:17;=mtyp,7:17;=mtyp,8:9;=mtyp,9:5;=
mtyp,10:14; el padre Contreras. Y ¿Salvador no va con las tropas?

—No sé nada; está muy preocupado, porque ya no tiene empleo.

—Pues hay que animarle para que se vaya a defender la Religión... Bueno, hasta mañana a la una...

—Hasta mañana, señora Rosaura...

Poco tiempo después entró Salvador, pálido y distraído como el que acaba de tomar una resolución suprema...

—¿Sabes, Mariana, dijo con voz grave, que estoy de militar? Acabo de darme de alta en un batallón que llegó ayer del norte. Me han hecho Teniente, y esta misma tarde salimos para Riobamba. Hazme el favor de arreglar una requeña maleta con alguna ropa.

Para la joven, ningún afecto igualaba al que sentía por el hermano, y ante la perspectiva de verle partir a la guerra, de la que no todos vuelven, sintió un calofrío, y sin contestar una palabra, levantóse del asiento y llorando a lágrima viva, abrazó largo rato a Salvador. El joven con una emoción que en vano trató de ocultar, y con los ojos llenos de lágrimas, besó en la frente de Mariana, la única amiga y el único amor de su vida.

Con voz insegura Salvador preguntó:
—¿Y mamá?
—No viene todavía de la calle...

—Mejor... asi nos evitamos una despedida dolorosa... Mariana, toma estos veinte pesos que he podido conseguir. Si puedo, les mandaré de la campaña algunos recursos; si no puedo... en fin, Dios quizá les ayude... Adiós, amor mío, mi Mariana... Adiós.

La joven, abrazada de su hermano y llorando, no quería dejarlo salir, hasta que por fin suavemente Salvador logró desasirse y bajar a saltos la grada y salir a la calle.

Era la primera separación de los dos hermanos, después de una vida común, en la que los escasos gozos y las perpetuas amarguras habían experimentado juntos. Cuando salió Salvador y se encontró sola Mariana, la casa parecióle más vieja, más triste, más vacía. Meditabunda y con la obsesión de una catástrofe probable, sentóse tras los vidrios de una ventana, desde la cual logró ver que allá al fin de la callejuela que desembocaba frente a la casa, se movía un cordón de gente: era la tropa que partía en medio de llantos y gritos de mujeres. En un grupo divisó a Salvador, jinete en un caballito castaño, flaco y **desmedrado**…

Ese mismo día, y casi a la misma hora, Luciano dejaba el **Huaico**, bien montado y armado de punta en blanco, para ir a incorporarse en una columna revolucionaria que estaba acantonada en un pueblo cercano.

Don Lorenzo, entre alegre y emocionado, dijo al despedirse al joven en la puerta del patio:

—Hijo mio, portate bien, no arriesgues el pellejo tontamente... hasta la vista.

Doña Lucía y las criadas rezaban en el oratorio, pidiendo a la virgen el amparo del que iba a correr los peligros de la guerra. Eugenia arrimada en un pilar, la carita

asustada, la muñeca favorita caída a sus pies, indagaba sin duda en su pequeño pensamiento, la causa del viaje del hermano querido...

El sol en tanto se ocultaba tras un alto repecho de la cordillera brumosa, cruzaban por el cielo bandadas de tórtolas, en busca de los nidos; balaban las ovejas que volvían a los rediles levantando nubes de polvo. Cantaba algún enamorado mirlo en el chaparro del camino; y allá lejos, el tembloroso tañido de una campana anunciaba la hora del Angelus.

Don Lorenzo, las manos a la espalda, la cabeza sobre el pecho, regresó a la casa, a pasos lentos, repitiendo entre dientes:

—Sí señor... que vaya... que vaya...

CAPÍTULO XVIII

Algún tiempo quedó Mariana tras las vidrieras del balcón, con la mirada fija en la bocacalle por donde había pasado la tropa en marcha; era una mirada de esas que nada ven y que pintan mejor que todas las palabras los combates del pensamiento. La partida de Salvador a correr las peligrosas aventuras de una guerra, quitaba a la joven el único consuelo para sus enfermizas tribulaciones. Salvador había sido el confidente íntimo, el amigo, el consejero y el hermano. Recordó ciertas pequeñas minuciosidades de la vida anterior, y en todas encontró la nobleza y la bondad del ausente, destacándose en medio de las miserias y privaciones. Vióle generoso, honrado y prudente, luchando incansable para conseguir un triste pan para ella y la madre; vióle débil de cuerpo, enfermizo, agotar energías de titán para llevar como trofeo de victoria un miserable sustento; vióle mal vestido y renunciando hasta el tabaco, para llevar a la madre y a la hermana pobres trajes de luto. Y luego los

desprecios injustos, las humillaciones inmerecidas, amontonadas sobre él por la clase pudiente y aristocrática, cuando él queria ganar alguna cosa erseñando a los ignaros de levita. Los estudios abandonados, el porvenir agotado en un empleo de mala muerte, sin esperanza de mejorar, no habían alterado la bondad del joven. Y Mariana, haciendo esta breve recapitulación, lloró como nunca había llorado, encontróse sola, completamente sola, ya que su madre nunca pudo inspirarle ni esa ternura que hace de la vida un rincón de cielo, ni la confianza que hace de un hogar un templo sagrado. Ahora esa madre, la mayor parte de los días andaba fuera de la casa; preocupada, profundamente preocupada, de los asuntos políticos. Era la mejor propagandista de pastorales, papeluchos insulsos y del <Clarín>, sucio pasquín que se redactaba en la Curia quiteña contra los hombres de la revolución. El antiguo y tranquilo hogar del doctor Ramírez era ya una ruina; la casa caíase de vieja; muchos días no se encendía fuego en la oscura y desmantelada cocina; el hijo, el sostén, acababa de irse a la guerra; la madre, enloquecida por la manía político-religiosa, enfermedad común en la mujer ecuatoriana de cierta clase social, era un factor nulo, y por último Mariana, enferma, hipocondríaca, mística a veces, soñadora siempre, era la única y débil manifestación del movimiento de ese hogar, como si fuera el último resplandor de una lámpara que se consume en una habitación solitaria. El recuerdo de sus ya muertos amores, la estremecían a veces; porque en el fondo de su espíritu entenebrecido por el pesar, había aún restos indestructibles del amor primero y único de su vida. Pero comprendió que aquello era muerto para siempre, y la imagen del adorado, era ya una silueta mágica y borrosa que se perdía en la niebla de sus recuerdos de histérica…

—Buenas tardes Marianita, dijo con voz melosa Rosaura presentándose en la puerta. Mariana sintió un estremecimiento nervioso y un calofrío; de golpe vínole el recuerdo de la cita prometida la víspera. El instinto advirtióle, que la beata iba a cometer con ella, algo malo y desconocido; pálida y con la voz insegura contestó el saludo.

—¿Y Camilita, y Salvador?

—Mamá acaba de salir para oir la plática que hay en la Catedral. Salvador fuese ayer tarde...

—¿A dónde?

—Pues a la guerra… Va de oficial del cuerpo que marchó ayer al Sur.

—Cuanto sufrirían ustedes con la marcha de ese ángel... pero consuélense, porque va a defender la religión sacrosanta; y si se da la desgracia de que le maten, el alma ha de subir derechito al cielo. Ayer el padre Justo, en un sermón lindísimo, dijo lo mismo; y que los herejes eran las viles raposas que quieren destruir la vida del Señor. Cómo deseaba que ustedes estuvieran allí para que le oyeran!... !Bueno, ahora, amor mio, ¿recuerdas lo que me ofreciste ayer?

Confusa Mariana no supo qué contestar y bajó la vista.

—¡Qué! ¿ya te arrepentiste de lo que ayer prometiste? ¿Acaso el padre Justiniano te va a comer? Además, yo voy a estar presente...

—No es por eso... Pero tengo repugnancia de salir de casa, y vergüenza de verme con el padre.

—Qué chiquilla eres: ¡disparate al igual! Coge pronto tu manta y vamos.

La insistencia de la beata venció la repugnancia de Mariana, y salió, al fin, a la calle, acompañada de Rosaura.

La casa a donde iban, situada en uno de los casi solitarios arrabales, era vieja, construída a medias, informe; mitad fábrica abandonada, mitad tugurio infecto; casa adecuada para albergar el crimen y el vicio, nido ruin de borrachos, rateros y

prostitutas. En la parte más retirada de la callejuela estaba situada la habitación de la beata, con piso de estera vieja, paredes blanqueadas con cal, de las que colgaban muchas estampas de santos y diplomas de congregaciones. Por muebles, una cama sucia, dos mesas con urnas encerrando santos, un sillón de balanza, una banca de madera y un baúl de gran tamaño forrado de cuero y claveteado de tachuelas de cobre. Desde muchos años antes, Rosaura vivía en ese cuarto ejerciendo el inmundo oficio de alcahueta; ya que ella por su vejez y fealdad, no encontraba amantes, a no ser en los artesanos borrachos o en los soldados.

Mariana, bien tapada con la manta y sudando de angustia y vergüenza inexplicable, atravesó los sucios patios y entró al cuarto. Allí estaba ya esperándola, sentado en el sillón de balanza, el padre Justiniano, hermoso, limpio y perfumado. Levantóse del asiento y saludó a las dos mujeres con cortesía irreprochable. Mariana avergonzada, pero ya un tanto tranquila, sentóse en la banca, la conversación principió con gran embarazo.

Rosaura, maestra en artes infames, pretextó alguna cosa y salió cerrando la puerta por fuera con llave.
………………………………………………………………………………

Casi a la noche volvió la beata y abrió la puerta. Desde el umbral lanzó una mirada burlona sobre el padre y sobre Mariana que, de pie en un rincón de la habitación mal alumbrada con la escasa luz de la tarde, dejaba escapar ahogados sollozos. Si la beata hubiera podido ver el rostro de la huérfana, hubiera leído en él la cólera. la vergüenza, el despecho y también un poquillo de satisfacción o más bien orgullo. El infame fraile turbado, pálido, no sabía decir una palabra.

A los ojos de lince de la vieja no se le escapó un solo detalle: la silla volcada, las mantas de la cama en el suelo y por allí tirado un pedazo del cordón de Mariana. Comprendió entonces que la muchacha había luchado desesperada, pero que al fin

la fatiga, la vergüenza, la excitación de los sentidos despertados por manos hábiles y la enfermedad misma, habían terminado por vencerla y entregarla a la lascivia del fraile.

Cobarde, pero no arrepentido, abandonó el cuartucho que olía a estupro, sin dirigir una palabra a Mariana y sí algunas a media voz a la vieja que le acompañó hasta la calle. Volvió la beata y acencándose a la infeliz huérfana trató de reanimarla con palabritas dulces y con mimos. Ponderóle el inmenso amor que el padre Justiniano, ese lujo de los conventos, ese orador sin rival, sentía por ella. Trató de despertar la vanidad diciéndole que el fraile había desechado antes a muchas señoras de lo principal que le requerían de amores; atacó también el lado de la conveniencia, pues en el fraile tendrían ella y doña Camila, un apoyo eficaz para vivir con cierta holgura, y que peor que ser la manceba de un sacerdote de gran renombre, futuro candidato a uno de los obispados, era ser esposa de un mata perros radical y hereje como era Luciano, antiguo novio.

Mariana, siempre acurrucada en el rincón y bien tapada con el pañolón, no respondía una palabra. Pensaba en otras cosas y su imaginación exaltadísima le hacía ver el abismo a donde había rodado. Estaba perdida, deshonrada, violada por un fraile, por un sacerdote, y había un testigo presencial de su caída y deshonra. Cuando, llevada de un vehemente amor, se entregó a Luciano, nadie lo supo, pues el caballeroso joven, guardó un silencio absoluto; tenía entonces la ilusión de lo nuevo, del amor joven y reciente; y luego, el tiempo casi había borrado el recuerdo de ese involuntario desliz, que si no fue reparado por el joven provinciano, culpa fue del necio capricho de una madre tonta y fanática. Recordó entonces, las ilusiones forjadas en esa época: un hogar digno y lleno de honor, y comparó ese recuerdo con la realidad brutal, con lo que acábaba de pasar allí, en ese auarto oscuro e infame. Esta rápida comparación produjo una reacción instantánea, la que sufre toda mujer que fue pura cuando ha sido manchada; tuvo un rapto de ira salvaje contra la infame vieja, contra esa harpía del vicio que le había entregado con sorpresa a la lujuria de un sátiro

disfrazado de ángel; a la ira sucedieron la vergüenza y un arrepentimiento atroz por lo irreparable. Para ella, para la hija del doctor Ramírez, sólo se abría un camino: el de la mujer pública que pasa de los brazos del primer amante, a los de cualquier desconocido que tiene dinero para pagarla.

Y el que había abusado de su debilidad física y moral, el que la había manchado con torpes cariños y besos impuros, el que la había violado casi, era el padre Justiniano, el mismo que días antes, allá en el Tejar predicaba que la castidad era la primera de las virtudes. El que esa tarde había hecho gala de su destreza en artes infames, era el mismo asceta que días antes, describía con colores magníficos las delicias de la gloria celestial!

Mariana no quiso abandonar el cuarto de la beata, hasta que la oscuridad de la noche fuera completa. Tenía vergüenza de sí misma, no quería verse, ni menos que otros ojos viesen en su rostro, como ella creía, las señales de los besos impuros. No dirigió a la beata un solo reproche; no quiso aceptar una copa de anisado que le ofreció la vieja, para que se **le pasara el susto**, según dijo con risa burlesca.

Para regresar a su casa esquivó las calles concurridas, y, jadeante, entró por fin en élla. Una indiecita criada, cubierta de harapos, era la única persona que guardaba la vieja casa. Ni una luz encendida, ni nada que indicara un hogar; silencio absoluto, pues doña Camila no había aún regresado de la Catedral, en donde se seguía una serie de ceremonias religiosas con el fin de alcanzar de Dios la destrucción de los liberales...

La ciudad estaba silenciosa; un vientecillo helado bajaba por las calles, arrastrando papeles viejos y moviendo a compás los faroles del alumbrado; y el viejo Pichincha desaparecía envuelto en un inmenso sudario de nieblas grises preñadas de lluvia.

CAPÍTULO XIX

La marcha de la descubierta había sido fatigosa. Los soldados costeños, aptos para marchar ágiles en las llanuras nativas, difícilmente pudieron hacer una pequeña caminata por entre los ásperos cerros y profundos barrancos de la cordillera. Muy entrada la tarde, parte del ejército liberal ocupó San Miguel de Chimbo. Los jefes y tropa cansados, hambrientos, temblando de frío, se albergaron como mejor pudieron en las casas del pueblo, buscando en ellas un poco de calor del que tanto necesitaban los hombres de clima cálido transportados de súbito al hielo de las sierras andinas.

Los setecientos hombres que formaban la descubierta, eran nativos de todas las provincias ecuatorianas; serranos y costeños venían reunidos, impulsados por esa fuerza ciega y misteriosa que se llama revolución; ideal que como una bola de nieve, arrastra consigo para la guerra hasta los timoratos y cobardes.

Los mozos interioranos, fuertes, rojos, colmados de ánimo, hacían contraste con el montuvio recio, nervioso y petulante, que, a pesar del frío para él penoso y desacostumbrado, encontraba aún en su alegre carácter, alguna andaluzada típica que hacía reír de buena gana a los atrevidos compañeros.

Llegó la noche, y el silencio y calma del pueblo, turbados por la entrada y alojamiento de la tropa, volvieron a reinar. Las avanzadas fueron colocadas en las afueras; algún oficial rezagado entraba por la calle principal al lento paso de su cansada cabalgadura y pequeñas partidas de soldados discurrían por las silenciosas callejuelas. En algunas tabernas de mala muerte, algunos oficiales se divertían y mataban el tiempo bebiendo copas de mallorca y tocando una vihuela, a cuyos acordes recordaban el ausente hogar y las personas queridas.

En la mejor casa del pueblo alojóse el Estado Mayor, formado por jóvenes decentes cuando no acaudalados; entre ellos estaba Luciano, que tenía el grado de Capitán. Muchos de los mozos, alegres por temperamento, cantaban y reían, o los de imaginación fecunda contaban proezas imaginarias o reales, y entre costeños y serranos, discutían amigablemente sobre las ventajas de la Costa sobre la Sierra o las de ésta sobre aquélla.

Al fin cesaron risas, cantos y conversaciones, y cada uno buscó un rincón donde extender el molido cuerpo y dormir algunas horas, que nunca la juventud pierde su derecho al descanso.

La noche era oscurísima, el aire calmado y frío; y en el ambiente y en la tierra brumosa, parecía que algo de amenazante y trágico circulara como un fantasma invisible. Allá, a lo lejos, se oía las voces de alerta en las avanzadas, o el relincho de un caballo hambriento, y en una distante loma que se adivinaba en la sombra, aullaba con eco lastimero un perro abandonado.

Todos los jefes sabían que el enemigo estaba en Guaranda y que de un momento a otro podía atacar a la vanguardia, por eso se notaba cierta intranquilidad entre los jefes y oficiales, los que salían de los alojamientos de vez en cuando, iban hacia las avanzadas, y luego con pasos presurosos que resonaban en las desiertas calles, volvían al lugar de donde habían salido.

La mañana despuntó nebulosa, fría y con un tinte plomizo en cielo y tierra. Las caras pálidas y ojerosas de los que se asomaban a las puertas de las casas y tiendas, probaban que pocos habían podido dormir. Los frecuentes bostezos eran indicio de sueño, cansancio y preocupación...

De repente resonó allá, en el fondo de una pequeña quebrada, un tiro, con ruido seco, casi como el chasquido de un látigo; pocos segundos después otro más

cercano y perceptible y luego muchísimos. Del fondo de la pequeña quebrada, levantóse una ligera y azul humareda... Este fue el principio del sangriento y heroico combate de San Miguel de Chimbo, uno de los choques en que más lujo de bravura ha hecho el soldado ecuatoriano.

Toda la tropa liberal tomó las armas; se repartieron las guerrillas de combate por las calles, casas, solares y campos vecinos, buscando las mejores posiciones... Los oficiales, novicios en su inmensa mayoría, corrían presurosos a pie y a caballo, a ocupar sus puestos, pálidos, pero resueltos y heroicos… Después de media hora de fuego, las avanzadas revolucionarias eran rechazadas en desorden hacia el pueblo. Entonces principió la formidable carga de los cuatrocientos soldados conservadores. Las pequeñas colinas que rodean al pueblo, fueron asaltadas; las volutas de humo de las descargas de los rifles de repetición, subían lentas entre los árboles y los setos, y, a ratos, ocultaban algunos puntos del paisaje. El fuego del lado del pueblo era espantoso; parecía una horrenda tempestad de rayos y truenos que repercutía en el fondo de un estrecho valle. Las descargas se hacían casi a boca de jarro, a ratos dominaba al clamor sordo y terrible del combate el toque agudo de una corneta que no se sabía en dónde sonaba. Los asaltantes, dejando entre las granjas, alfalfares y campos tendida la tercera parte de la gente, entraron al pueblo como una avalancha furiosa. De cada casa, de cada tienda, de los techos, de las zanjas, llovía sobre ellos una tempestad de plomo; la plaza era un infierno; pero heroicos, brutales, magníficos, si se quiere, los invasores, se apoderaron de todo el pueblo.

Luciano, acobardado un tanto al principio del combate, tomó luego bríos; la sangre de los Pérez y Escobar hacía efecto. Aun cuando era oficial, tomó desde el principio un rifle, y abandonando el caballo que montaba, se unió a una partida de oficiales y soldados que se encargaron de defender la plaza. Muchos de los defensores cayeron en esa plazuela muertos o heridos; al fin, los asaltantes, dando vivas a la Religión y a carrera tendida, se presentaron en las calles de entrada, y en seguida se lanzaron sobre los pocos defensores. Trabóse un combate espantoso; el humo no

permitía ver nada y Luciano con cinco compañeros, únicos que pudieron huír, se encontraron sin saber cómo dentro de una casa. Corrieron locos buscando una salida al campo, dieron al fin con ella, y muertos de fatiga, roncos, sin sombreros, la ropa desgarrada pero ilesos, pudieron incorporarse al fin a la heroica columna <Bolívar>, única que en esa refriega no fue rota por los conservadores.

Era el medio día. El combate había concluído, algunos tiros se oían por el pueblo y los alrededores, por las lomas y las breves llanuras se veían guerrillas dispersas, casi fugitivas. En algunos lugares vacíos de cultivos o matorrales, algunos bultos oscuros, inmóviles, indicaban los muertos de la jornada. El desaliento había cundido, los batallones estaban reducidos a la nada, los oficiales abatidos y echados de bruces, no se movían ni tomaban alguna disposición que pudiera salvar los restos de la vanguardia. Parecía, pues, la jornada irremediablemente perdida.

Luciano que estaba de pie, mirando el carnino que conducía a la Costa creyó divisar en él algo extraño. Se le animó el semblante y gritó con voz estentórea: ¡Ya viene la retaguardia! Por las serranías occidentales, venían en efecto, largas filas de hombres, y los rayos del sol hacían brillar, como breves centellas, los cañones de los fusiles y las bayonetas. De un grupo pequeñísimo, separado del resto de las filas, se elevó una columna de humo; después de algunos segundos se oyó un estampido sordo y majestuo so que el eco repitió entre los valles un largo minuto.

—¡El cañón, el cañón, son los nuestros!, gritaron los oficiales que estaban con Luciano. —¡Ahora muchachos, los fregamos!... ¡Adentro, pues, adentro!

Siguieron los cañonazos. Electrizados con el estampido de las piezas de artillería, los decaídos combatientes de la mañana volvieron a requerir las armas. Principió otra vez el fuego de fusilería. A paso de carga, unidos los soldados de la retaguardia, veteranos en su mayor parte, con los de la descubierta, entraron al pueblo. Si el ataque de los conservadores, durante la mañana, fue tremendo, el de la tarde, hecho

por los liberales, fue irresistible. Los vencedores del principio atacados por todas partes, rodeados, abrasados por las descargas a quemarropa tocaron retirada, dejando en las calles del pueblo y en los campos vecinos, las dos terceras partes de la gente.

En la plaza, y al pie de una gran cruz de piedra, un pequeño grupo de oficiales y soldados no pudo retirarse. Llovió sobre ellos una granizada de balas, tres o cuatro cayeron de bruces. Luciano, que estaba entre los asaltantes, creyó ver entre la humareda a Salvador que, pálido pero enérgico, quería aún hacer fuego con un rifle roto. Comprendió con la rapidez del rayo, que el amigo estaba perdido; olvidando prudencia y sentido común, corrió hacia el grupo ya reducido a cinco hombres, que perdidas las esperanzas de defensa pedían perdón. Un zambo atlético que acompañó a Luciano en la carrera, hombre o más bien bestia feroz, con ojos sanguinolentos, labios colgantes como de dogo de presa, sacó de la vaina un gran machete para intimar a Salvador que se había adelantado de los otros rendidos. Luciano lanzó una blasfemia y con rapidez inconcebible levantó su pesado **manglicher** por el cañon y lo dejó caer como una maza sobre el zambo. Tambaleóse un instante como ebrio, giró los sanguinolentos ojos y al fin el montuvio atlético cayó de bruces... Luciano, sin la mejor conciencia de esa muerte, abrazó a Salvador gritando:
—Nadie le toca a éste; ¡ajo!, ¡nadie le toca!

Los demás prisioneros estaban también en salvo, rodeados de jóvenes pundonorosos y heroicos.

Luciano, emocionado, no supo ni pudo decir una palabra al amigo que acababa de salvar a costa de una vida.

CAPITULO XX

A la mortecina luz de una vela de sebo que alumbra a medias la sucia taberna, están agrupados al ruedo de una pequeña mesa, seis jóvenes de los que durante el día combatieron en el memorable encuentro. Sobre la mesa sin mantel hay algunos panes negros, unas latas de sardinas, un trozo de queso y una botella de anisado. Todos los comensales tienen en sus rostros algo de anormal. Los ojos brillantes, las frentes oscurecidas por la preocupación, los cabellos en desorden, muestran elocuentemente que la terrible sacudida nerviosa ocasionada por el combate no ha cesado todavia. El más ligero ruido que viene de afuera, les hace estremecer, hablan en voz muy baja como si estuvieran en la habitación de un enfermo y, aun cuando están todos en ayunas desde la noche anterior, de muy mala gana llevan a la boca algunos bocados de la pobre comida.

La conversación versa sobre los lances de la jornada. Enumeran los amigos y conocidos que fueron muertos en el combate; refieren los peligros que cada cual ha corrido en el día, y todos confiesan francamente que tuvieron, si no miedo, a lo menos recelo al principio de la lucha; pero que todos cumplieron con su deber. No hay frases duras para el enemigo valiente que si fue rechazado, costó ríos de sangre.

Entre los comensales se distingue, por la alta estatura, Luciano, que fuera de su habitual carácter está taciturno y preocupado. Al frente está Salvador más pálido que nunca y sin darse cuenta exacta y cabal del tiempo ni del lugar; pues los lances del día y la última escena de la tarde al finalizar el combate, han herido profundamente su organismo moral y aún no vuelve el equilibrio saludable. Recordaba que los primeros disparos, le enloquecieron de miedo, él que tan cobarde había sido, que

trató de ocultarse, de huir, de anonadarse, pero luego una mezcla de vengüenza de sí mismo, y algo de despecho de ser cobarde, le obligó a desafiar el peligro. Siguió después, como un sonámbulo, disparando un rifle que nunca supo cómo vino a sus manos. Tenía recuerdos inciertos de fogonazos, estruendo, humo, sangre, una mezcla confusa de rostros congestionados o lívidos, de toques de corneta; pero no sabía decir en qué momento pasó una escena, la única de que guardaba recuerdo claro, cuando un soldado que caminaba cauteloso delante de una guerrilla, dio un alarido salvaje, soltó el rifle y cayó de bruces con la frente rota por una bala. Y después... sin saber cómo, estaba allí, en una tienducha desconocida y junto a Luciano; sí, el mismo amigo de mejores días, a quien no había visto algunos meses. Viendo a Luciano vínole el confuso recuerdo de la escena aquella del zambo que, machete en mano, iba a victimarlo.

¿Estaba prisionero? No lo sabía; pero sí observó que ninguno de los jóvenes estaba armado ni había centinelas afuera. Estaba pues, libre. Vernaza Jefe de la fuerza vencedora, dio libertad la misma noche a los prisioneros y Luciano, en junta de otros jóvenes, había tomado a Salvador por su cuenta para llevarlo a comer un pedazo de pan en la tienducha donde estaba en ese momento.

El de más edad de los comensales, antiguo oficial de un cuerpo de línea, despreocupado, y para quien las sensaciones eran de pequeña duración, notando la tristeza y silencio de los jóvenes tomó la botella y repartió sendos vasos de anisado. Salvador apuró el suyo de un solo trago. Al segundo vaso, principió la conversación más animada que antes. Poco a poco envueltos en los vapores del alcohol fuéronse los recuerdos del día, y vinieron otros más gratos y dulces: la casa ausente, la madre, la novia, la esperanza del triunfo de la revolución, el deber cumplido, el país regenerado y feliz. Luego vinieron los cuentos alegres y salpimentados y las carcajadas sonoras. Salvador seguía taciturno, recordando que su madre y hermana estaban en Quito, sin dinero, sin protección, en una casa en ruinas, desmantelada, rica sólo de recuerdos de mejores días. Preguntóse luego: ¿por qué vino a esta

guerra infame? ¿Por qué? ¿Para qué? Ya había saboreado esa misma mañana, la pretendida poesía de la hecatombe humana, en la cual muchos padres de familia y muchos jóvenes, es decir, el sustento y apoyo presente y futuro de sus hogares, estaban tendidos y abandonados, fríos cadáveres en los campos, sin que en la agonía, tal vez dolorosa y horrible, hubiesen tenido una persona amiga que les consuele o una mano caritativa que les humedezca los labios sedientos con un poco de agua. Y allá, en los bosques y a las orillas de los dormídos ríos de la Costa, o en las nebulosas breñas de la Sierra, en la cabaña pobre, o en la casa de la ciudad, habían a esa hora viudas, huérfanos y madres sin hijos, ignorantes de la pérdida de los ausentes, esperando aún volverlos a ver, sin adivinar que esas prendas del alma, dormían el eterno sueño en el pobre cementerio de un pueblo lejano!

¡Sí, la guerra, hecha por defender la Religión y la libertad, dos fantasmas engañosos que han tragado generaciones mil, sin haber podido nunca, ni la una ni la otra, enjugar las lágrimas de la humanidad!

Salvador, excitado por el alcohol, se hacía estas reflexiones, y sonrióse inconscientemente con esa sonrisa amarga del desengaño.

Luciano, que le espiaba un tanto inquieto, díjole:
—Hola, parece que ya estás reaccionando; pues te ríes, ¿y de qué?

—¿De qué me preguntas? Pues me río de ti, de mí, de ustedes jóvenes, de todos los que hoy día hemos combatido como energúmenos. Me río, porque somos ¡unos necios, unos brutos!... Díme ahora tú, ¿por qué nos hemos roto lo crisma?

—Vaya pues, ociosa pregunta. Yo he peleado por la Libertad, por la Idea; ¿ y tú...?

—¿Por la Religión?... Perfectamente. Pero sí debe decirse que ni ustedes con la Libertad, ni nosotros con la Religión, hemos de mejorar la miseria humana. La

Religión, es socapa para cuatro pillos que nos han mandado al sacrificio, mientras ellos están seguros esperando el triunfo, para caer sobre el país como buitres. Ustedes, lo mismo, han arriesgado el pellejo, para que tres o cuatro aprovechen del festín, del que a ustedes no les ha de tocar sino migajas.

—Bueno, ¿y la idea?...

—No hay idea que valga. Los clérigos de las curias, no ven en la idea sino el medro personal, el acatamiento estúpido de un pueblo explotado, ignorante y fanático. Los liberales tratan de quitar a los curas la presa para devorarla a su vez. Mientras tanto, el que tiene hambre no es satisfecho, el que está desnudo no es vestido, el ignorante no es enseñado. El rico burla la justicia, el noble escupe al plebeyo, el potentado aplasta a todos. La Libertad no existe, la Religión es una vana pompa teatral y la Caridad es orgullo, y la tal República del Corazón de Jesús es una galera de forzados hambrientos, azotados por frailes y soldados

—Basta, basta, por Dios, dijo Luciano risueño. Eres un Cicerón. ¡Ajo! No te creí tan elocuente. ¿Y tus bien fundadas ideas conservadoras?

—Se fueron hace tiempo al demonio. La realidad de la vida, los furibundos ramalazos de la suerte, las amarguras y humillaciones diarias, la ruina de mi hogar y de mis modestas aspiraciones, la falta de trabajo honrado para con él ganar un pobre pan para los míos, esa educación pésima que nos han dado a todos, a pretexto de catolicismo, todo eso reunido contribuye para el cambio o contradicción que ahora hallas en mí. Soy, pues, socialista; aún más, anarquista de corazón; porque me sublevo contra tanto vicio, contra tanta farsa, contra tanto lodo y podredumbre!...

Levantóse del asiento, la mirada enérgica y con un brillo sobrehumano, el rostro pálido, el ademán imperativo. Era la representación de esos locos y soñadores que hacen guerra al mundo, la vanguardia de la nueva idea que asomaba a fines del

siglo, en un rincón de los Andes, después de un día de carnicería, como la flor nacida en un fango sangriento.

Luciano, admirado del cambio y las palabras de su amigo a quien conoció paciente y manso, tuvo la visión de futuras catástrofes, de cataclismos que reducían a polvo el viejo edificio de la sociedad cristiana.

……………………………………………………………………………………………………

De repente llegaba hasta el oído de los jóvenes, el alarido de los pobres mártires de una idea confusa, que agonizaban en el campo, relinchos lejanos de caballos hambrientos, y allá en una loma perdida en la sombra, un perro, el mismo de la víspera tal vez, aullaba con eco lamentable. Y por el aire brumoso, por ese cielo sin luna, volaba un soplo de horror inexplicable y de infinita angustia…

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Inmenso es el panorama que se descubre desde aquel sitio del camino. Atrás queda la Cordillera de los Andes, la sierra abrupta e informe, arrugada por mil cerros, picachos, quebradas y despeñaderos; allí los múltiples sembríos de cereales, coloreados ya de verde tierno, ya de anaranjado, ya de pardo. Algunas laderas muestran el terreno recién labrado, negro por la lluvia, haciendo contraste con el arnarillo pálido de los pajonales del páramo. Y en las quiebras, las lomas, en las orillas de los pequeños torrentes y en el fondo de los estrechos valles, las casas aisladas, los pueblos y las haciendas; parecen rocas rodadas desde las cimas de los Andes. Un cinturón inmenso de picos abruptos y negros, y como broche magnífico la

mole resplandeciente del Chimborazo, envuelto a medias en nubes grisáceas, cierra ese paisaje único tal vez en el Ecuador andino: la provincia de Bolívar.

Hacia el ocaso se descubre otra zona, otra naturaleza, un mundo nunca imaginado por el habitante de las cordilleras. Los cerros que, como una avalancha petrificada, se separan de la Sierra, se aplanan y casi se hunden en un abismo. El bosque trepa afanoso hasta las más altas cimas; las quiebras pierden las tonalidades y recortes duros de las rocas desnudas, para adquirir toques azulinos y vaporosos; y al fin, cerros, colinas, barrancos, se confunden, disfuminan, desaparecen casi en medio de un velo glauco, para convertirse en una llanura infinita como el mar, la que se pierde hallá en el horizonte en un cielo de nácar, en el que flotan algunas nubes de color de rosa y oro. Y en esa inmensa pampa brillan aquí y allá algunos puntitos como diamantes de un manto regio, puntos que indican curvas de inmensos ríos; se levantan algunas ligeras y casi fantásticas humaredas, y un aire caliente y denso baña ese gigantesco paisaje, en el cual los colores son todos suaves como los de un sueño medio olvidado en un rincón de la memoria. Hacia la izquierda del observador se levanta de la llanura una altísima cordillera azul turquí; es el último contrafuerte de los viejos Andes, que avanzan hasta el Pacífico. Esa tierra vaporosa, esa llanura infinita, es la Costa ecuatoriana.

.....…………………………………………………………………………………………

Un joven caballero en una mula, quedó largo rato quieto en el punto culminante del desfiladero desde el cual se divisan esos dos admirables y diversos panoramas. Lanzó una última mirada al Chimborazo, y dando un foetazo a la cabalgadura, principió la larga bajada de la cordillera. Al bajar observaba el continuo cambio del paisaje. Al principio la vegetación era humilde, achaparrada y de colores sombríos, como si el artífice fuera la niebla oscura y sempiterna de las altas cimas. Luego eran árboles de apretado follaje que mostraban en las musgosas ramas orquídeas admirables o que estaban cubiertos de enmarañada red de bejucos y enredaderas;

más abajo, las palmeras de grandes y movibles penachos anunciaban las puertas de la tierra caliente.

Entre los claros de los árboles y bajo los pies del viajero, el verde tierno de los cañadulzales, y las tupidas hileras de plátanos cercando las nuevas sementeras, anunciaban la **tierra caliente**, esa tierra en la que soñamos cuando niños con ensueños confusos pero más coloreados y poéticos que la realidad.

El viajero seguía y seguía la bajada, distrayendo la fatiga con la contemplación de un paisaje enteramente nuevo, y sin hacer caso de las grandes recuas de mulas que salían a la Sierra sudorosas, jadeantes, llevando en los lastimados lomos inmensos fardos. Arrieros con los pantalones levantados sobre las rodillas, medio asfixiados por el sol y la dura cuesta, arreaban incansables las pobres bestias, lanzando silbidos, gritos guturales y apaleándolas sin descanso…
……………………………………………………………………………………………

Ya muy entrada la tarde llegó el viajero a Balzapamba, el primer pueblo, o más bien caserío de tierra caliente, en el camino que de Guaranda va a Babahoyo.

Al fin del valle en que está encerrada la población, se ponía el sol, un sol rojo de sangre, flotando entre nubes de fuego. Cerros, árboles, matorrales y peñascos tomaron un tinte color de cobre derretido; luego sólo los cerros más altos y las cimas de algunas gigantescas palmeras brillaron con resplandores de hoguera; después el cuadro quedó borroso, azulino y la noche llegó...

Desmontóse el viajero delante de una casita mal llamada hotel. El arriero que llevaba el equipaje en un caballito flaco y lanudo, descargóle, y subiendo la empinada escalera, pidió para el **patrón**, cuarto y comida. Un hombre pálido, mal encarado, con las señales evidentes del paludismo, condujo al huésped a un zaquizamí para que guardara el pobre equipaje.

Esperando la anunciada comida y sin tener ya de qué otra cosa preocuparse tendióse el huesped en una hamaca suspendida de dos postes del corredor que daba a la calle. La noche era muy oscura; mil luciérnagas revolaban por todas partes; se oía el murmullo del cercano río, el incesante crac-crac de los sapos y la algarabía de los grillos, obligada armonía de tierra caliente. El aire era tibio y ligeramente perfumado por las emanaciones de un florido bosquecillo de floripondios, o por ese olor especial y propio sólo de la tierra tropical, imposible de encontrar en otra parte. En la vecina cabaña, un arriero arrancaba al rondador una tonada monótona y triste, trayendo, sin duda, a la memoria del viajero que reposaba en la hamaca, recuerdos de cosas ya muertas, porque dio un involuntario suspiro.

Un confuso tropel anunció que llegaba al pueblo una partida de viajeros. Efectivamente, delante del hotel, en la oscuridad mal rota por un farolillo, que colgaba del pasamano, se dibujaron varias siluetas confusas de jinetes y de bestias cargadas.

—¡Hola patrón!, gritó una voz, ¿hay posada y hierba para las bestias?

—Pregunta también, dijo otra voz, con tono ligeramente imperioso, si hay comida para nosotros. ¡Ajo!, ¡no sólo han de comer las mulas!

El posadero salió al corredor con una vela en la mano, hizo con la otra algo como pantalla tratando de ver mejor a los recién llegados, frunció el entrecejo y con aire displicente dijo:

—Sí hay lo que buscan, con tal de que se acomoden.

Oyóse luego ruido de espuelas, de frenos tascados por las hambrientas e impacientes mulas, relinchos ahogados, interjecciones de arrieros, resoplidos,

manoteos, hasta cuando se presentó en la galería un mocetón en traje de viaje, gritando:

—A ver, patrón, ante todo un trago de cogñac o de mallorca o de demonios...

El viajero que estaba en la hamaca, levantóse vivamente oyendo la voz, y gritó:

—¡Luciano!…
—Salvador…

Y ambos se abrazaron estrechamente, contentos, emocionados…

—Vaya, ésta sí es casualidad. ¿Cuándo iba a imaginar encontrarte por estos infiernos?

—Yo tampoco... Bueno, ¿a dónde vas? ¿A Guayaquil?

—Algo más lejos, voy a Europa, ¿y tú?

—¿Yo?, a meterme en una hacienda situada en no sé qué infiernos.

—¡Qué gustazo el que he tenido al encontrarte, después de cuatro años, tiempo en el cual nada he sabido de ti.

—Así es, cuatro años, desde el combate de San Miguel. Y este lapso supongo que tanto tú como yo…

—Bueno, tenemos de aquí a Guayaqull tres días para estar juntos, lo cual ya es algo... ¿Pero, ya comiste?

—No, esperaba la comida cuando llegaste.

—Entonces comeremos juntos, aun cuando supongo que lo será un bodorrio lo que nos den aquí. Felizmente de casa han mandado toda una tienda de golosinas, y hasta hierbas medicinales; y algo debe haber todavía en el equipaje…

Pidióse éste y sacaron paquetes de comestibles y una gorda botella de vino tinto.

—Tú sí viajas como gente, dijo Salvador con una sonrisa no exenta de cierta amarga envidia; traes hasta buen vino, porque supongo que el de la botella no será campeche.

—Si hubiera sido por mí, poco o nada traería, porque lo más cómodo es viajar con poco equipaje; pero mamá y mi hermana piensan de otro modo en este asunto, y poco ha faltado para que mandaran conmigo todo un almacén.

Sirvióse la comida poca y mal preparada. Los fiambres del equipaje hicieron el gasto. mientras comían, Salvador examinaba a su amigo y lo encontraba más fuerte y varonil, dejando adivinar en el curtido rostro la confianza en la vida y la satisfacción de vivir.

Luciano, aunque poco observador, notó también en el joven quiteño un aire de melancolía y amargura.

La botella de vino fue vaciada. Salvador, de cabeza débil, sintió los primeros síntomas de la embriaguez, manifestados en el deseo de charlar y en esa charla traspasar a su compañero lo que pensaba su cerebro agitado por el licor, en hacerle confianza de sus pesares y de sus cuitas. El siempre pálido rostro del joven, coloreóse con manchas rojizas, brilláronle los ojos como si estuviera febricitante, y sintió en los pies cierta desazón que le impulsaba a moverlos incesantemente.

Luciano, con el calor de la noche tropical y el vino, sintió también que en sus venas circulaba la sangre con más actividad y el deseo de hacer confidencias íntimas sobre los acontecimientos sucedidos desde el día en que se encontraron cuatro años antes, después de un día de combate. Pero aunque el deseo era común, ninguno de los dos jóvenes se atrevía a principiar, como sucede siempre cuando hay temor o vergüenza de hacer confesiones que se sospechan penosas.

Al fin Luciano levantó los ojos y los clavó enérgicamente en los vacilantes de Salvador, y preguntó.

—Vas, según me acabas de decir, ¿a trabajar en una hacienda?

—Sí, voy a ver si allí formo un pequeño capital, ya que en Quito eso es imposible.

—¿Tienes ya conseguida alguna colocación, o vas a ciegas?

—Valiéndome de un antiguo cliente de mi padre, he logrado conseguir la plaza de mayordomo en una hacienda de cacao.

—Pero dime, ¿te crees apto para ese trabajo? ¿Te crees con la suficiente rdbustez para desafiar ese clima que dizque es infernal y postra hasta a los más robustos?

—Pues te diré francamente que poco o nada entiendo de trabajos del campo. La educación que he recibido no es muy apropiada para ganar un centavo. Con la filosofía y latín no se come, y en vano he querido sacar provecho de esos ramos del saber. Entre robar para comer y desafiar el clima que tú dices infernal, he optado por lo segundo... Pero hace mucho calor, ¿tienes más vino?

—Sí hay... Mariano, otra botella de vino.

Descorchada la cual, y servido el rojo líquido en los vasos, vació Salvador el suyo de un trago, causando verdadera sorpresa a Luciano, que siempre le había conocido detestador del vino.

—¿Te causa sorpresa el que ahora beba un licor que entes no lo cataba?, pues te diré: nada iguala al vino para hacer olvidar las penas, y yo las he tenido muy buenas, pues; tú nunca puedes imaginar lo que he sufrido en estos tiempos. Quiero enterrarme en una montaña para olvidar a Quito, a toda la Sierra y a sus habitantes, porque, salvo muy pocas, poquísimas personas, las demás son perversas... sí, perversas...

¿Sabes Salvador, que tengo verdadera curiosidad de saber algo de la vida que has llevado en estos últimos años?

¡Oh! eso es muy fácil. En pocas palabras puedo sintetizar lo que tú has llamado vida. Lucha desesperada por encontrar trabajo, y con él, un pedazo de pan... y resultados nulos, sí, absolutamente nulos. En todo he buscado y he empleado mi actividad en varias cosas. Fui revolucionario, mayordomo de hacienda, comerciante y nunca encontré en estas profesiones ni lo más indispensable. No sé qué fatalidad me persigue, y si no tuviera aun algunas creencias religiosas, ya hubiera buscado solución al problema de la vida, quitándomela; pues no soy el mismo muchacho cobarde que tú conociste en la Universidad.

Luciano, admirado, no sabía qué contestar; nunca imaginó que el tímido estudiante hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. Salvador, después de una pausa y de beber otro vaso de vino continuó.

—Hubo tiempo en que tuve la debilidad de arriesgar el pellejo a pretexto de defender la Religión. Dos años viví en Colombia tratando de ser uno de los defensores de la Iglesia y del partido político que dizque la representa. Allí vi en toda su ruindad la

humana condición. En tanto que algunas docenas de ilusos moríamos de hambre en los pueblos colombianos de la frontera, y arriesgábamos a diario la vida, ciertos señorones de dicho partido, imitadores ridículos de los emigrados franceses del siglo pasado, estaban lejos de todo peligro, bien comidos y vestidos, muy contentos con las publicaciones que hacían de folletos y periódicos majaderos, preñados de ridículas amenazas. Para esos príncipes destronados eran las oraciones de las monjas y el dinero enviado por los frailes; para ellos las alabanzas y aplausos de los conservadores ecuatorianos y lo mismo de los colombianos; para nosotros hambre, balas y desprecios. En Cabras escapé por milagro; oculto tras un mogote del terreno vi la matanza de mis compañeros... Después de una época aciaga en la cual muchos días no llevaba a la boca un bocado, logré venir a Quito, loco del deseo de ver a mi madre y a mi hermana, de las que estuve separado más de dos años. Mejor hubiera sido para mí la muerte a la ausencia... Nuestra vieja casa estaba ya en poder de otro dueño; gran parte del dinero que produjo la venta, fue dispuesto por mi madre para comprar rifles y cápsulas y enviarlos al Norte. Ahora no tiene ni un centavo, y vive pegada a una beata rica.

—Y tu hermana ¿qué es de ella? preguntó Luciano con voz un tanto emocionada.

—¿Mi hermana?, bien quisiera no contestar a tu pregunta; pero tú eres el único amigo que me queda, y luego nada importa que hable la verdad, ya que en Quito todos la saben. Pues Mariana, mi buena Mariana, mi ídolo, la joven a la que tú también amaste, es hoy una perdida; y lo peor, corrompida por un fraile que tenía fama de santo. ¿Figúrate mi rabia cuando un día pude ver a Mariana en la calle pública, sucia, desgreñada, llevando en sus brazos un niño, hijo del fraile infame?

Tuve ímpetus salvajes de patearla allí, en pleno día; pero ella me vio y llena de vergüenza huyó a la carrera.

Mi madre, idiotizada por el fanatismo, no ha hecho, según creo, ningún caso de la pobre muchacha, y más se preocupa de chismes políticos y de frailes y beatas.

Levantóse luego de la silla, y dando un puñetazo en la mesa, soltó una carcajada sardónica y siguió: ésas son las gangas de las purísimas costumbres de los frailes, y ésa su santidad. Asco, asco, lujuria, orgullo y cobardía... asco... a ver, otra cosa qué hacer pues!...

Luciano, conmovido, dolorosamente impresionado, no contestaba, y fingía golpear la mesa con los dedos. Buscaba la palabra precisa para consolar al amigo, y no la encontró.

—Luego me puse a buscar trabajo. En las oficinas de Gobierno era imposible: yo había sido enemigo declarado de la Adiministración. ¿Comercio? Tú sabes lo que es comercio en Quito. Con todo, entré de dependiente de una tienda de mala muerte, ganando **diez sucres mensuales**; figúrate si un hombre vivirá con diez sucres! El dueño, un cholito enriquecido, tenía ínfulas de nobleza y una avaricia exagerada. Mi triste situación me obligaba a soportar estúpidas exigencias y desaires que herían grandemente mi amor propio. Un día, me olvidé de dar los buenos días a la señora, una ex-prostituta, y bastó para que me arrojaran del almacén. Mis antiguos condiscípulos, viéndome mal y pobre, no me saludaban, fuime a la Curia en busca de algún auxilio, me lo negaron, sin embargo de haber dicho que por defender la Religión estaba pobre... No olvidaré nunca el día en que no comí ni un pedazo de pan. Anduve por los extramuros rabioso, triste, pensando corneter barbaridades contra una sociedad egoísta y mal organizada. Vínome esta idea con el recuerdo de mi padre, honrado, noble y leal, la idiotez de mi madre, la prostitución de mi hermana; y lloré, amigo mío, lloré, te lo confieso. ¿Creías tú, que en Quito, la ciudad católica, la ciudad de los conventos y de los ricos que se dicen nobles, hubiese gente que no tiene un pedazo de pan para llevarse a la boca, gente que es robusta y con voluntad de trabajar? Y en tanto hay en los conventos algunos centenares de frailes

ahitos y ociosos, algunos de ellos corrompiendo a las muchachas como mi hermana...

—Ahora estás, querido Salvador, con ideas mucho más exageradas que las que antes reprobabas en mí, ¿lo recuerdas? Los tiempos pasan, yo he calmado mucho de mis furores revolucionarios, y tú vas camino de la anarquía.

—Ajá... Ya lo creo. Tú siempre has sido revolucionario teórico, porque la fortuna te hace buena cara. Tienes familia honrada, bienes de fortuna, independencia y ves el día de mañana tranquilo y confiado. Yo tengo seguridad de terminar en anarquista, porque para mí, la Providencia no existe, o fue una madrastra cruel. La conciencia me dice que he sido bueno y honrado, que mi primera juventud la pasé limpio de toda mancha, que me privé aún de los más inocentes placeres. Mi educación fue como para hacer de mi un asceta o un filósofo; y ahora todos estos méritos, si lo son, no me dan un pedazo de pan para acallar el hambre. ¡Cuán diversa fuera mi situación, si mis manos se hubieran ejercitado a manejar el escoplo o el martillo!

—Dime, Salvador, ¿has amado alguna vez?

—¡Nunca! ¿A qué tiempo? Tú sabes que cuando estudiante, era un Luis Gonzaga. Huír de las mujeres según la estrecha filosofía escolástica, es sabiduria, porque las hijas de Eva son un vaso de podredumbre. La vida de campaña echó al traste con mi castidad, y trajo luego el desengaño del amor. Creo que el platonismo es un absurdo, y que tras de las ansias y suspiros del alma enamorada, está la materialidad del amor brutal; que los bellos encantos de la jovencita apenas púber, se transforman en prosaicos desperfectos físicos de la mujer madre, y en ansiedades y dolores inacabables, productos de la lucha por la consecución de la triste comida diaria. ¡Poesía del amor! No hay tal cosa: es un torpe instinto disfrazado de oropel! Además, ¿acaso el pobre como yo tiene derecho para enamorarse? Quizá en la Costa pueda atrapar alguna zamba con plata, porque el dinero es todo, y por él sería capaz de

todas las infamias, ya que la honradez y buena íc no me lo han dado. Con dinero aplastaría a tantas gentes que me han despreciado injustamente; pues te confieso que tengo venganza contra la sociedad entera. ¡Oh! nuestros nobles de pergaminos comprados, con sangre híbrida de negro y mestizo, son tan egoístas y cobardes!...

—¡Dame otra copa, porque me ahogo de calor!... ¡uf!...

Ebrio ya Salvador, se dejó caer pesadamente en la hamaca, y pronto quedó dormido con el pesado sueño del borracho.

La noche era tibia, el aire se saturaba más de perfumes acres, y los mil ruidos innombrados del bosque tropical, rompían el angusto silencio. En la calle se adivinaba el grupo de caballos y mulas que comían el nocturno pienso, produciendo acompasado run run, y una partida de mariposas de grandes alas revolaban en silenciosa danza al ruedo del farol.

CAPÍTULO II

Tenue neblina envolvía en transparente velo el estrecho y montañoso paisaje. Las cimas más altas dibujábanse vagas y confusas, dejando adivinar borrosas siluetas de árboles de anchas copas, y de dentelladas palmeras. De las humedecidas hojas caían algunas gotas de agua depositadas por el rocío, y en todas las hierbas brillaban a los primeros resplandores del naciente día, infinitas partículas acuosas. De todas las casuchas del pueblo se levantaban ligeras columnas de humo perezoso, como aplastado por el aire pesado, denso, que parecía encerrar gérmenes de paludisrno.

Los dos jóvenes abandonaron las harnacas donde habían descansado. Salvador, con la cabeza pesada a causa del vino tomado la víspera, sentía en todo su

organismo una flojedad desacostumbrada, algo como el principio de **murria** o de malestar indefinible. Este desagrado aumentóse, aun cuando nunca fue envidioso, al ver el gran tren de viaje de su amigo. Ocho rollizas mulas de carga y silla seguían al viajero y a los tres pajes que le acompañaban. Comparó ese lujo con su pobre equipaje, compuesto de un baulito viejo forrado de cuero y una canasta, llevados por un caballo de pequeña alzada, flaquísimo, y teniendo por arriero a un indio medio idiota. El traje de montar era viejo y alquilado, y la cabalgadura pésima. Hecha de una ojeada la desfavorable comparación sintió primero algo de envidia, y luego vergüenza de acompañar tan mal aperado a un viajero elegante y rico, y más todavía cuando los pajes, después de dar una mirada despreciativa al jinete y la cabalgadura, cuchicheaban algo desagradable y depresivo para él. Esta pequeña circunstancia que para cualquier otro hubiera pasado tal vez desapercibida, produjo en el alma de Salvador una loca idea: la de hacer fortuna a través de todos los obstáculos y saltando sobre todas las conveniencias sociales para, por medio de esa fortuna, aplastar a su vez a los desheredados de la sociedad.

Comprendió entonces la razón del anarquismo, de ese a primera vista absurdo sistema social, que en día no lejano aniquilaría a la vieja sociedad, con todos sus vicios y errores. ¿Por qué él, Salvador Ramírez, inteligente, honrado, bueno, según el criterio social, era pobre, pero pobre en lo absoluto y desgraciado, y otros como Luciano eran no sólo acomodados, sino ricos capaces de gastar hasta en lo superfluo? ¿Por qué él y millones de personas más, dormían en lechos duros, caros para pocilgas, un sueño turbado por la visión del hambre del día siguiente? ¿En donde estaba esa Providencia en la cual le habían enseñado a creer, a amar, a esperar?...

Meditabundo, distraído, casi inconsciente, seguía maquinalmente el camino, sin darse cuenta de los admirables paisajes que se sucedían como en un maravilloso kaleidoscopio.

El **ceibo** colosal, orgullo y monumento del valle de Balzapamba, sacóle un momento de su distracción, y pudo, así, admirar a ese gigante del reino vegetal, solitario, erguido, lanzando sus enormes ramas a los cuatro vientos, como una cúpula elevada por los genios de las selvas para señalar algún lugar de cita misteriosa. La imaginación, cuando es herida por lo bello, deja de **cavilar** en las tenebrosas cavidades del odio o del excepticismo, y goza con un rayo de sol hiriendo una nube, con una gramínea nacida al pie de una roca, con una gota de agua que centella suspendida en una hoja, o con el murmullo de un torrente, o el lamento de la brisa entre las selvas.

La cañada pintoresca y tortuosa que seguían los viajeros desde la mañana, se iba ensanchando poco a poco y separando las **fauces** de despeñaderos y agrestes colinas. Las cordilleras se abrían a derecha e izquierda, como plegados cortinajes de un inmenso teatro, en el fondo del cual se divisara el infinito. En dirección del Occidente, el cielo tomaba un tinte rosáceo pálido, como lo es del alba en las regiones andinas. Los cerros que huían, si así decirse puede, hacia el Norte y Sur, eran de azul violeta pálido mientras más lejanos, y los bosques inmediatos de un verde brumoso y suavísimo. Nada de contrastes, nada de colores hirientes, nada de durezas. El vapor de la atmósfera, mágico sin rival, suaviza todo cuadro de esas regiones con progresión delicada, insensible, infinita; casi sobrenatural. Algunos árboles que habían quedado en pie en antiguos desbosques, parecían fantasmas flotantes en un elemento desconocido. El verde de los prados de janeiro con tintes de maravillosa acuarela, algún lejano caserío o hacienda, perdidos en ese océano de verdes glaucos, mostrando los tejados azulinos y pardos, y allá, muy lejos, una columna de humo del incendio de un desbosque. eran las notas vivas de ese panorama no soñado. Y en un rincón del horizonte inconmensurable, hacia el noroeste, los vivos resplandores del cielo, cubierto a trechos por nubes de nácar, anunciaban que allí principiaba otro infinito: el Pacifico de azules olas.

Salvador tenía la intuición de haber vivido, no sabía decir cuándo, en ese paisaje, de haber formado parte de esa naturaleza, de haber sido parte de esa vida. ¿Dónde vio esto? ¿Tal vez en esos sueños de la infancia que son realidades, según dicen, vistas en una vida anterior? ¿Fue acaso en la imaginación de niño privado de las delicias del aire libre, del sol, del verde de los bosques, que ideó después de leer algún libro, acaso Pablo y Virginia, admirable idilio de sabor exótico? No lo recordaba; pero cada detalle del cuadro inmenso despertaba reminiscencias más o menos acentuadas.

En todo el organismo sentía un bienestar indefinido, inexplicable, algo como el principio de la embriaguez de vinos generosos. El calor tórrido del medio día, en vez de causarle mortificación, causábale placer intenso, la sangre circulaba más ardiente, el cerebro era un mar de ideas nuevas; y un loco deseo de moverse, de gritar, de agitarse, invadió todo su ser. La sangre africana, templada al sol de fuego de la antigua Libia, rejuvenecida por el viento seco y ardiente del Chota, despertóse en Salvador al encontrar un medio igual al que la formó siglos antes.

Atrás dejaba la bruma plomiza, el cierzo destemplado, la desnuda y triste cordillera, el gemido melancólico del viento entre rocas peladas o en las gramíneas marchitas del páramo atrás dejaba un pasado de disgustos, de privaciones, de luchas desesperadas, de ruinas; dejaba una madre idiota, una hermana prostituta; y en un olvidado rincón del cementerio, los huesos de su padre.

Delante tenía un cielo claro y espléndido, la llanura infinita, la brisa suavemente acariciadora que entona armonías mágicas al circular juguetona por medio de los bosques inmensos. Y en el fondo de ese horizonte sin fin, le esperaba la libertad, tal vez la dicha hasta entonces desconocida; le esperaba el trabajo que produce independencia, y, ¿quién sabía, si allí, en un átomo de esa inmensidad azul y verdosa, había tal vez un corazón esperando al de Salvador?

Todas estas comparaciones, esas ideas ya tristes, ya consoladoras, atravesaron en un instante por el cerebro de Salvador con una lucidez maravillosa, produciendo, como en las grandes crisis de la vida, un calofrío, quién sabe si de esperanza y deseo, o de desencanto y temor …………………………………………………………
…………………………………………………………………………………………

El sol del meridiano caía a plomo desde un cielo sin nubes. Las hojas de los plátanos, de las guaduas, de los árboles de pan y de otros infinitos vegetales que bordeaban la recta e inacabable carretera, caían lacias sobre las ramas, como si estuvieran agobiadas por el exceso de luz y de calor. Ni un soplo de aire refrescaba la caldeada naturaleza, la que parecía haber caído en el sapor del sueño. El paisaje, en la tierra caliente, pierde a esa hora los detalles y apenas se adivinan, como tras de un velo de humo, algunos puntos culminantes: la copa de alguna palma real, que sobresale de todos los otros árboles de los bosques, o un tronco descascarado y desnudo de follaje que ha quedado en pie en un antiguo desmonte, o el humo negro que asciende en compacta columna, indicando el incendio de alguna lejana **roza**.

La rica agricultura de la zona tórrida cantada por Bello, estaba allí. El sombrío cacaotal de troncos tortuosos y alineados simétricamente, mostraba a los ojos admirados de Salvador calles oscuras que terminaban en una lontananza azulina y vaporosa. Los cañadulzales del ingenio <San Pablo> alegraban con el claro tinte del follaje, la inmensa llanura, grisácea a esa hora, al fin de la cual se divisaban las negras chimeneas de la fábrica escupiendo al cielo torrentes de humo negro. El plátano, ese orgullo de los vegetales, en apretadas hileras, sombreaba con sus inmensas hojas desgarradas por el soplo de las brisas nocturnas, grandes y nuevas plantaciones de cacao o café. Junto a las pintorescas y casi aéreas cabañas, el mango de copa redonda, compacta y **polícroma**, el árbol del pan, de hojas maravillosas y siempre verdes, las humildes plantas de piña con enormes frutas, los **frondosos** y rastreros bosquetes de los yucales, y más lejos las praderas de janeiro

color de verde mar, manteniendo innúmeras reses de pelajes claros que sestean a la sombra de grandes árboles, que son otros tantos islotes en ese océano de hierbas.

Toda esa tierra de promisión, rodeada de un cinturón de bosques azulinos, casi diáfanos, silenciosos a esa hora, inacabables bosques que esperan la acometida del hacha para caer dejando su puesto al plátano o al cacao, el rey inamovible de la agricultura costeña.

Sí, allí estaba la vida, esa exuberante vida, prodigiosa, mágica, nacida al beso amoroso del sol fecundo que incuba millones incontables de vegetales gigantes y de seres que se mueven por todas partes. Sí, allí estaba la vida, la creación incansable que no deja una pulgada de tierra abandonada por el hombre sin cubrirla con una planta, ni una hoja sin un insecto. Pero allí estaba también la muerte, que no es más que una transformación de la vida. La creación y la destrucción, la vida y la muerte activas, incansables, eternas. Y en ese teatro, el hombre combate contra lo infinitamente pequeño del paludismo, del tétanos y de la tisis; desafía el colmillo de la serpiente equis, desafía a la misma selva, pulpo de mil brazos invisibles que devora en un mes lo que le hizo perder el hacha y el fuego en un año.

Por el teatro, pues, del grande y eterno combate, atravesaban Salvador y Luciano, agobiados por el sol de fuego, sedientos, sudorosos, callados y casi inconscientes, pues las ideas eran confusas y vagas como si el sol volatilizara el pensamiento...

Al fin de la inacabable carretera y en un fondo verdoso, color eterno de la tierra caliente, asomaron varios puntos blancos y grises: eran los tejados de Babahoyo. Esta aparición es algo como el espejismo del desierto, porque aun cuando se camina largo tiempo, nunca se llega a la población. El cansancio no permite admirar el conjunto del paisaje ni sus principales detalles. El viajero sólo ansía descanso, la sornbra de un techo amigo, la frescura de las brisas, y la noche que apaque ese sol ardiente y deslumbrador…

Por fin llegaron los dos jóvenes a la ciudad, cita de todos los arrieros de la Sierra, emporio de mercaderías europeas y de productos nacionales. Ciudad donde el indio melenudo y silencioso de los páramos, se codea con el montubio de aire desafiador y petulante; donde el chagra sudoroso y de cara congestionada, envuelto en el grueso e incómodo poncho, hace contraste con el mulato vestido de cotona y pantalón blancos; donde los sacos de papas, manchados todavía con la tierra negra del páramo, están arrimados a los sacos de cacao, marcados con letras negras y recientes. Aquí se oyen los sonidos aflautados del rondador, arrancados por un indio borracho, rodeado de otros ccmpañeros ebrios; allá en una oscura taberna, bailan una danza desacompasada unos cuantos negros semidesnudos, a los chillones acordes de un piano de manubrio.

Recuas de mulas que entran y salen de la población, silbidos y gritos de arrieros, martillazos en las casas de consignación al clavar los cajones que van a ser expedidos, y chillidos atronadores de una partida de loros que vuelan a gran altura oteando una sementera donde abatirse para devorarla. Un vapor que pita al salir de la balsa donde estaba amarrado; otro que pita también en la curva del río, al divisar la ciudad; canoas y balsas que atracan o salen en medio de los gritos de los remeros Calor tórrido, actividad febril, aire denso, pesado, que se palpa y que hace sudar a chorros, luz deslumbradora, paisaje netamente tropical; he ahí, en pocos rasgos, la descripción de la Capital de la provincia de Los Ríos, a la que acababan de llegar los dos amigos. Ambos, por primera vez en su vida, conocían una población de tierra caliente; ambos estaban habituados a la calma y silencio de las de la Sierra, por lo cual todo les era nuevo y de sabor exótico. Ambos encontraban simpática y pintoresca esa ciudad casi cosmopolita, llamada a ser con el tiempo una capital rica y civilizada. La contemplación del paisaje que rodea a Babahoyo, produjo en los jóvenes gratas impresiones. El río de aguas puras, verdosas y tranquilas, curvea majestuoso a los extremos de la población. Las orillas están cubiertas de árboles corpulentos y de palmeras de coco, cuando no de ricos platanales y potreros y a la

vera de las ondas se levantan pintorescas haciendas de tejado de zinc y de corridas galerias. Lejos, muy lejos, hacia el Oriente, una muralla gris violado, indica las primeras cuestas de la gran cordillera.

Después de haberse sepultado el sol en medio de un prodigioso amontonamiento de nubes casi negras, franjeadas de oro, se levantó una débil brisa capaz de refrescar el caldeado ambiente. Los dos jóvenes, aligerados ya de los trajes de montar, dirigieron sus pasos, a fin de soltar las piernas maltratadas por el largo viaje a caballo, por la orilla del río o Malecón, aguas arriba. Al fin de esta avenida, y casi borrosa en la sombra, se divisaba una casa rodeada de oscuros mangos y cocoteros. Algunas luces iluminaban las ventanas y todo el edificio tenía aire de paz y de la calma de un hogar honrado y dichoso. Al verla se adivinaba que a esa hora el dueño, algún comerciante o agricultor, estaba rodeado de los suyos, descansando de las rudas faenas del día. Esa casa feliz, ese edificio que respiraba la paz de los campos, era <La Elvira>, la famosa Elvira de los fastos de nuestras hecatombes civiles, donde años antes la sangre corrió a torrentes empapando el suelo que pisaban los dos jóvenes interioranos. Allí se oyó el tronido formidable de millares de disparos de rifle y de cañón; allí mil ecuatorianos vociferaban ebrios de furia por última vez; allí Jado, el intrépido, asaltando las trincheras, pistola en mano, escribió con sangre generosa una epopeya; allí mismo, ese león negro, llamado Otamendi, debió estar soberbio de ira y de crueldad, desafiando la muerte que volaba en alas de un huracán de plomo.

Salvador evocó aquella escena del 3 de Mayo de 1845, y en la imaginación reconstituyó los detalles del furioso combate. El contraste del recuerdo aquel y de la calmada noche, era completo. En lugar de los estallidos de fusiles y cañones, se escuchaba al murmullo quejumbroso del oleaje o el chapuzón de algún pez, el canto de las ranas, el de los grillos, los mil suspiros innombrados de la noche tropical; y en una habitación de la misma casa testigo del drama, las interrumpidas melodías de un piano del que se arrancaban los acordes de la <Serenata> de Schubert.

En vez de los fogonazos que iluminaban el aire caótico de un día de combate, la luz misteriosa y fosforescente de millares de luciérnagas que volaban tranquilas por los campos; y en el confín del paisaje, detrás de los grupos sombríos de los mangos, y acompañada de plateadas nubes, se levantaba plácida la luna...

Entonces Salvador volvió a comprender lo estéril y baladí de las luchas civiles, lo inútil del sacrificio, lo vano del heroísmo que ellas engendran. Nada, nada se había alterado en el orden inmutable de la naturaleza. La vida, siempre la vida triunfaba de la muerte, a pesar del hombre que, enfermo de ira desde la cuna, hace esfuerzos desesperados por destruírla. La historia misma, apenas había escrito en sus páginas los nombres de tres o cuatro mártires; los demás no existían: borrados de toda página, de toda leyenda y de todo recuerdo, y aún las lágrimas que se vertieron y las coronas que se depositaron en las tumbas, se habían ya secado para siempre. Y el viento de medio siglo arrobató ya todos los átomos hacia el infinito del pasado.

CAPÍTULO III

El **Chimborazo**, vapor fluvial que hace la carrera entre Babahoyo y Guayaquil, dio la larga pitada de prevención. Los cargadores del muelle embarcaron presurosos los últimos sacos de cacao; los pasajeros rezagados apresuráronse a embarcarse, y el Capitán del vapor, con gorra galonada y americana con botonadura de militar, dio con seriedad extremada como si estuviera al mando de un gigante de los mares, las últimas órdenes de partida. En la cala se escuchaba una algarabía formada por los sirvientes del vapor que estivaban los fardos. De la chimenea salía a borbotones humo negro, la máquina rugía como impáciente; y al fin, a una señal del Capitán, fue soltado el cable que ataba el barco a la balsa y poco a poco, en medio de blancas nubes de vapor escapado rugiente de las válvulas, ganó el canal. Principiaba el

reflujo de la marea que sube hasta Babahoyo, y el buque aprovechaba esta circunstancia para principiar la marcha.

Eran las ocho de la mañana. El sol brillante parecía regocijado alumbrando las aguas azules del río, el verde esmeralda de los potreros de janeiro cubiertos de vacas pintadas, y sombreados a trechos por grupos de guaduas o de árboles de copas en forma de **parasol**, y haciendo centellar, ya un remolino de una curva del río, ya una **charca lejana**. El sol de la mañana da el paisaje de la tierra caliente tonos de exquisita y discreta suavidad, sobre todo, si están a gran distancia del observador.

Una brisa fresca, cargada ya de las emanaciones marinas mezcladas a las de una tierra siempre joven, hinchaba las olas del río, movía gallardamente los grandes penachos de los cocoteros y ensayaba suspiros entre la tupida vegetación herbácea de las orillas.

Sentados en dos sillas de tijera, colocadas en la proa del vapor los dos amigos contemplaban por primera vez el admirable paisaje que iba por grados desenvolviéndose ante su admirada vista. Ambos estaban absortos, sin perder nada de los mil detalles que la naturaleza de los trópicos, generosa y fecunda, ha amontonado en esa parte del territorio ecuatoriano.

El río que en Babahoyo es más bien un canal estrecho de aguas azules, está bordeado por orillas **idílicas**, en las cuales la casa-palacio de la hacienda de rico propietario, obra maestra de la carpintería artistica, se levanta a pequeña distancia de la casa **montuvia**, salvajemente pintoresca, con su techo de cade y galerías de cañas, sombreada por mangos, aguacates, plátanos y otros árboles de pomposo follaje. El sambrío huerto de cacao, da lugar a las dehesas de janeiro, limitadas en el horizonte por bosques azulinos, cortados a trechos por tortuosos y dormidos esteros o por grupos de cañas que parecen plumajes verdes y pomposos, que emergieran de un océano de hierbas.

Los bosquecillos de frutales, de color verde negro, el tejado azulino de las haciendas, el blanco mate de los esteros y charcas, el gris claro de las cabañas ocultas a medias entre las frondas, los bosques eternos y lejanos que cierran el cuadro como en un marco de tul verdoso, las canoas esbeltas y ligeras que surcan las aguas; alguna blanca vela que asoma en una curva distante, las bandadas de garzas que vuelan perezosas sobre las charcas, las parejas de informes alcatraces que vienen desde el océano a exp!orar la tierra; las humaredas parduscas de los incendios de los chaparros; el cielo nacarado que domina toda esa inmensidad sin límites; el azul turquí de algunas colinas y cerrillos que arrugan la planicie inacabable, y, por último, el sol, ese sol propio de la tierra tropical, que baña todo con lluvia de luz mágica y acariciadora, he ahí el cuadro que se presenta desde la proa de un vapor que navega en el río Guayas; río admirable, sin rival tal vez en el mundo, por su belleza y fecundidad; río que es arteria por donde circula a torrentes la vida de un pueblo viril. ¡Río Guayas! el de las orillas paradisiacas; el de las aguas fecundas, el inspirador de Olmedo, el que enloquece a los amantes de lo bello, el que hace suspirar de nostalgia al que alguna vez navegó por sus ondas encantadas.

El vapor favorecido por la vaciante bajada rápida, espantando con los anhelosos resoplidos de la máquina a las partidas de caimanes que, perezosamente acostados en la arena de la orilla y recibiendo el sol radiante del medio día, parecían viejos troncos arrojados allí por las crecientes invernales del río.

Después de un almuerzo compuesto de potajes puramente costeños, en los que el arroz, el plátano y el pescado fresco dominaban, volvieron los jóvenes amigos a la proa. El calor era tórrido, el río centellaba con los rayos perpendiculares del sol del medio día; las lontananzas borrosas se dibujaban como tras un sutil velo de polvo amarillento. Las orillas se separaban más y más; el bosque ralo de las orillas, perdía la pompa de las selvas del pie de la cordillera, indicando la región marítima de terreno salino y bajo. Las colinas que defienden a Guayaquil por el Norte se divisaron

por fin coloreadas de azul violeta. Las llanuras inacabables perdían el verde tierno para tomar el tinte amarillo verdoso de las hierbas agostadas por la sequía de un verano sin chubascos. Las haciendas de ganado eran ya más numerosas; el cacao y el café habían ya desaparecido para dar lugar a los bosquecillos de cocoteros y de mimosas de copas abiertas y de ralo follaje. El río tomaba el aspecto de un brazo de mar, con aguas turbias y mugrosas sobre el cual volaban con cansado vuelo alcatraces de largos picos y alguna gaviota blanca. Las grandes canoas de piezas y las lanchas veleras eran ya numerosas, y costeando las orillas bajaban grandes balsas de guaduas cargadas de montones de **tagua**.

En <Barranco blanco>, el río se ensancha más. El Daule le trae un inmenso contingente de aguas azules. Las orillas quedan a gran distancia del vapor que sigue afanoso la lucha con la creciente que ha principiado ya. La cordillera de Chongón, a la derecha, cubierta de árboles agostados, y a la izquierda, los cerros de Durán indican que allí termina el último oleaje pétreo que conmovió la Costa en las épocas geológicas. Al fondo de esta antesala de cerrillos de redondas cumbres, y como saliendo de las aguas del río, asoma Guayaquil, con sus esbeltas torres, las chimeneas de las fábricas, los claros y alegres edificios, los buques amarrados a los muelles, los grandes vapores del Pacífico anclados en la mitad del río, penachos de humo negro que sale de las fábricas y vapores, grupos de palmeras entre las casas, y un sol de oro, el sol de las cuatro de la tarde que hace centellar el río ilumina mágicamente la ciudad, las nubes, las islas poéticas de Santay y que da tintes cobrizos a la columna de humo de un gran vapor que dobla la curva más lejana del río, en viaje al Sur.

Poco a poco avanza el **Chimborazo**, luchando contra el oleaje fuerte producido por el Daule. que se rompe contra <Las Peñas>, barrio pintoresco en donde están escalonadas las casas, desde la cima del cerro del mismo nombre, hasta las aguas del río. Luego asoma el Malecón, de una legua de largo, con casas lujosas, bodegas, oficinas y muelles de los pequeños vapores fluviales; hacia el Sur el esqueleto

informe del muelle fiscal, el mercado de frutas, el Astillero en fin, donde hay cerros de madera y esqueletos de buques a medio construir. Los botes, canoas y lachas, **pululan**; los remolcadores, verdaderos escarabajos, recorren el río a gran velocidad remolcando grandes lanchones. Las gentes, en la orilla, vestidas de colores claros, corren afanosas, activas, incansables, en medio de las carretas, tranvías y trenes de la Aduana que, lanzando pitadas estridentes, acarrean las mercaderías desembarcadas, a las bodegos del Fisco; cargadores semi-desnudos, de constitución hercúlea, que embarcan y desembarcan grandes bultos atravesando a la carrera los pasadizos o puentes de los muelles; golpes incesantes del martillo clavando cajones de mercaderías; gritos de los muchachos anunciando los diarios de la tarde; olor a cacao, a gas de alumbrado, a bodega repleta, a lodo de estanque, a sudor de una población atareada y alegre que todo lo hace a la carrera y gritando: y luz, luz a torrente, luz que ciega, que emborracha, que hace reír o que emboba. He ahí Guayaquil para los que como Luciano y Salvador la ven por vez primera desde la proa de un vapor fluvial que acaba de atracar a su muelle.

Si en Babahoyo experimentaron los dos amigos verdadera sorpresa, causada por lo anormal del paisaje y de las escenas, más todavía la experimentación en Guayaquil, ciudad diversa en un todo de las calmadas y silenciosas poblaciones serranas.

En medio de canoas y lanchas, y lanzando por las válvulas chorros de vapor, el buque llegóse a la balsa que le servía de muelle. Una turba de cargadores, mulatos en su mayor parte, robustos y bulliciosos, invadió todos los compartimientos del pequeño barco en busca de carga y equipajes para saltarlos a la orilla.

Los dos amigos entregaron el suyo a los importunos faquines; desembarcaron en el estrecho muelle, y aturdidos con los gritos y las ofertas de los dulceros y vendedores de periódicos, se dirigieron a un hotel del Malecón. Conducidos a las respectivas habitaciones, sofacados por el calor, rendidos y estropeados, buscaron en el vaivén

de las hamacas de **mocora** un rato de descanso y un soplo de aire que refrescara a la atmósfera de fuego.

Salvador sentía cierta invencible somnolencia, cierta disminución de la voluntad; algo como la duda de su propia existencia. Vacilaba en creer que él era el mismo Salvador Ramírez de otro tiempo. No se convencía de que estaba en Guayaquil, ciudad que siempre había creído inabordable para los hombres de iguales condiciones a las suyas. Con todo, sí estaba en Guayaquil en la ciudad de la muerte, según fama; y estaba, cosa rara, con entera confianza, como si la fiebre amarilla y esas otras enfermedades terribles de las que tanto se ocupan en la Sierra cuando hablan de la Costa, fueran desconocidas o muy leves. Estaba, pues, en Guayaquil, en la Capital de la Costa, en la ciudad soñada por todos los desheredados de la esquiva fortuna; estaba en la tierra, donde tantos otros como él habían llegado llenos de esperanzas en busca de pan, huyendo de la estéril Sierra, y encontraron sólo la muerte o una lucha más desesperada y abrumadora. Esa era la ciudad del oro, del trabajo, de la actividad; pero él, Salvador Ramírez, ¿podria alguna vez ser alguno de esos mimados de la suerte que llegan pobres y mueren ricos y considerados?... El porvenir sólo podría contestar esta pregunta, y el porvenir es una esfinge impenetrable cuando no sañuda…

CAPÍTULO IV

Tres días pasaron los jóvenes en Guayaquil, y en esas horas apenas se separaron cortos instantes con motivo de los preparativos de viaje de Luciano, que debía salir en un vapor de la línea inglesa, vía de Panamá.

La despedida de los antiguos condiscípulos fue muy triste, pues ambos creyeron, por uno de esos presentimientos a que el hombre es tan propenso, no volverse a ver más. Salvador, que debía salir esa misma tarde, aprovechando la marea, para la

hacienda a la que iba de mayordomo, acompañó a Luciano hasta el viejo muelle fiscal, lugar donde después de darse un largo abrazo se ernbarcó el provinciano en un bote en el que estaba ya amontonado el equipaje. Los remeros dieron un fuerte impulso al pequeño esquife y pronto se separó largo trecho de la orilla, en la cual quedaba Salvador de pie, los brazos cruzados y con la mirada en el bote que disminuía de tamaño. Al fin el bote acoderó al gran vapor que ya lanzaba por las dos negras chimeneas torrentes de humo. Luciano subió la escalera y desde lo alto del barco divisó a Salvador inmóvil, como quedó cuando salió el bote; sacóse el sombrero y lo agitó largo rato, sin que el amigo a quien dirigía esa postrera despedida, hiciera igual o parecida manifestación. Comprendió entonces el joven provinciano, que el alma de Salvador vagaba por otro mundo de angustias nunca imaginadas, y sintió en los ojos algo como lágrimas que salían atropelladas, de un corazón lastimado por la desgracia ajena...

Salvador quedó, pues, largo rato en el muelle abstraído en una visión... El Chimborazo, el gigante de hielo, el centinela de la Sierra, asomaba como un blanco fantasma sobre un dosel de nubes de plomo... Voló su imaginación a la ciudad natal donde estaban a esa hora, una madre miserable y casi idiota, y una hermana que buscaba tal vez, en ese instante, el estipendio de la prostitución baja y embrutecedora... Cuando se acordó del amigo, había ya desaparecido en ese pueblo flotante que estaba en medio río levantando el ancla para abandonar las aguas del Guayas y lanzarse al infinito del océano. Cabizbajo, las manos a la espalda, abandonó el muelle y se puso en camino por la calle más bulliciosa y cosmopolita de Guayaquil.

La canoa de piezas en la cual debía subir el río para trasladarse a la hacienda, estaba esperándole. Embarcó su pobre equipaje, y sin pesar abandonó Guayaquil, en donde no tuvo tiempo de adquirir una amistad, ni llevar un recuerdo. Tomó asiento bajo la estrecha e incómoda caseta en la cual debería vivir algunos días.

A favor de la marea que traía en su turbio oleaje plantas acuáticas y maderas arrancadas allá, en las islas del golfo, soltó las amarras la canoa y se abrió a medio río. La tripulación se componía de un patrón y de tres bogas, gente de mala catadura, poco comunicativa con el extranjero y díscola. Con ellos debía vivir durante tres o cuatro días en contacto íntimo, pues la estrecha embarcación no permitía otra cosa.

Cuando llegó la noche, Guayaquil quedaba ya lejos, y en un cielo de fuego, se dibujaban los perfiles de la cordillera de Chongón tras de la cual se extiende la ciudad.

—Alerta **Rana**, mira que la vuelta del Ceibo está fregaá.

—No hay miedo **Pachay**, tú no manejas el timón como esta mano. Dale duro, **Corvina**.

—¿Oye, don Salcedo, el blanco va de mayordomo al Bejucal?

—Así oigo... ya veremos qué hace este rubio... ¡Mas con don Fajardo!... Diablo de zambo...

—...Oigá... ¿Quién le manda al blanco? iPué... pué... yo no sé, será tal vez el dueño de la hacienda, don Velázquez...

—... Sabrá trabajar este buen mozo... Estos serranos son flojos para el monte...

Salvador recostado entre unas cajas que habían estibado dentro de la caseta, oía la conversación de los bogas que ni se cuidaban de bajar la voz.

—Oyé blanco, ¿quiere comer?

—Bueno, tengo alguna hambre...

—Corvina, traéte pa cá, algo caliente para el blanco.

—Y ustedes quieren un lapo de coñac?...

—Vaya, ya lo creo... el coñac es la mano de Dios pa no coger fiebre en estas aguas.

—Salud blanco.

—Salud muchachos...

La comida en común y los vasitos de coñac entablaron alguna confianza entre el pasajero y los bogas.

—¿Y navegamos por la noche?

—Sólo hasta que baje la marea. Así como principie la vaciante nos plantamos donde quiera, amarrados a un árbol.

La noche era oscurísima, apenas se veían las orillas del río informes y borrosas, y no se podía adivinar dónde principiaba el cielo y acababa la tierra. En alguna vuelta del río se divisaba alguna lucecilla que se reflejaba en las aguas negras como deben de haber sido las del caos. Era alguna cabaña, o alguna canoa que bajaba el río. A gran dıstancia entrevióse un instante el penacho de chispas de un vapor en viaje a Babahoyo y se oyó una pitada angustiosa y entrecortada. Hacia el oriente, algunos relámpagos silenciosos iluminaban contornos de nubes negras o de cerros desconocidos. Las aguas mugían mansamente, algún pescado grande hacía chasquear el agua con un rápido chapuzón, se escuchaba por no sé dónde el balido porfiado de una vaca, y allá, muy lejos sin duda, tal vez en una cabaña de

carboneros, o en la solitaria casa de un vaquero, un perro ladraba con voz acompasada y monótona.

Salvador, sañoliento y ayudado de uno de los bogas, preparó un lecho improvisado, y colocó sobre él un mosquitero, indispensable para conciliar el sueño; pues las miriadas de zancudos insaciables no permiten dormir al raso ni aún a los montuvios más curtidos en las inclemencias y plagas de las tierras tropicales...

Cuando Salvador despertó con los primeros albores del día, ya la canoa, amarrada la víspera a un árbol de la orilla hasta esperar la marea, estaba bogando aguas arriba, a impulso de la creciente y de los dos remos.

El nombrado Rana empuñaba como la víspera el timón, y gritó

Ahora chiquillos, dar fuerte, que entramos al Vinces... tú, **Corvina**, ajusta... tú, **Pachay**... no seas **remolón.**

Salvador, afuera ya de la caseta, presenciaba los esfuerzos de los bogas para subir el río... Dobló la canoa el recodo y abandonando las aguas del Guayas, entró por la boca del Vinces, uno de los principales afluentes, a orillas del cual, y casi al pie de la cordillera, estaba la hacienda Bejucal a donde se dirigía Salvador, y a la que pertenecían la canoa y el cargamento.

CAPÍTULO V

Cuatro días duró la fatigosa navegación. Cuando la natural elevación del terreno hizo ya imposible la ayuda de la marea, el trabajo de los bogas tuvo que ser redoblado. Con largos bicheros de caña que apoyaban en el fangoso lecho del río y costeando

la orilla, impulsaban la pesada canoa. Este trabajo, bajo el sol ardiente, hacía sudar a chorros a los mulatos que desnudos de la cintura arriba mostraban torsos hercúleos.

Salvador durante esas eternas horas, pasó acostado bajo la cubierta de la **ramada**, embobado con el calor tórrido y con el monótono arrullo de las aguas y los acompasados golpes de los bicheros en los bordes de la embarcación. Tres veces diarias, Rana, patrón de la canoa, le entraba la comida compuesta del invariable arroz seco y del plátano asado al rescoldo de un fogón que sobre un cajón lleno de tierra había en la popa del pesado esquife. Cuando encontraban algún caserío o hacienda saltaba Salvador o uno de los remeros para comprar mallorca, o algunos víveres.

El paisaje con ser tan hermoso, cansaba ya la vista. Siempre orillas cubiertas de bosquecillos inacabables, de cacao y café; plantaciones de plátano, de grandes hojas colgantes; o en las tierras inundadizas, inmensas pampas de janeiro cubiertas de ganado. Las cabañas de caña picada y cubierta de cade, tenían más o menos el mismo aspecto, y en todas, la hamaca suspendida de los pilares de la galería sustentaba al montuvio semi-desnudo y de facciones cobrizas y acentuadas. Cuando los bogas anunciaban que se iba a pasar por delante de una hacienda, Salvador abandonaba la estrecha casilla y desde la proa veía esas alegres y casi aéreas construcciones de las casas de madera, típicas en la Costa, con galerías forradas de ligeras persianas y cubiertas de zinc, material que ha derrotado casi en lo absoluto a la teja y el cade. La palma de coco, el mango de follaje polícromo, los grupos de naranjos cargados de frutas amarillas, el papayo que sustenta enormes frutas y los rústicos cenadores cubiertos por trepadoras badeas rodeaban con la pompa de follajes varios, esas pintorescas y riquísimas haciendas productivas de todos los dones que generosa brinda al hombre la naturaleza en esas regiones. A la vera de las aguas azules, y atadas a los pequeños y rústicos muelles flotantes fabricados del esponjoso palo de balsa, las canoas de varios tamaños indican que en esas regiones la ligera embarcación es indispensable. En algunos lugares, en donde la vegetación

arbórea de las orillas era baja, se alcanzaba a divisar las colinas boscosas, primeros escalones de la cordillera lejana …………………………………………………………… …………… ………………………………………………………………………………

CAPÍTULO VI

Al fondo de una gran curva que hacía el río, se divisó al fin la hacienda del Bejucal. Por la variedad de las construcciones, que ocupaban una buena área de terreno, bien podía pasar por un pueblo. Algo retirada de la orilla arenosa y de suave pendiente, se levantaba la casa principal de dos pisos, construída con gusto artístico, toda de madera, cubierta de zinc y pintada de rojo. En los tres lados del gran cuadrilátero que, a manera de plaza, rodeaba la casa del dueño, se levantaban otras muchas, asimismo de dos pisos y cubiertas de zinc, pero de paredes de guadua **picada**, como dicen los montuvios a la caña partida, material que en la Costa es una providencia para improvisar grandes o pequeñas construcciones. Estas varias casas estaban destinadas a servir de bodegas, tiendas de mercaderías surtidas, oficinas y habitaciones de empleados... Buena parte del patio o plaza estaba ocupado por los **tendales** o secaderos de cacao, construídos también de la universal guadua. En la orilla del río estrecho en ese lugar, se había construído un muelle flotante de balsa, a fin de facilitar la cargada de cacao en las canoas o de los vapores fluviales que en la época de lluvia suben hasta la hacienda.

Algunas viejas palmas de coco, asomaban tras de las casas, y luego, sin transición, el inmenso cacaotal que cubría centenares de hectáreas con su sombra densa; cacao tal famoso en toda la región, por ser todo sembrado en líneas paralelas y no en desorden como son los bosques nativos del precioso árbol, bosques llamados por los montuvios **almacigales**. En el Bejucal, el cacao es el rey absoluto, todo está subordinado a él y apenas algunas **mangas** de janeiro donde pastan las mulas destinadas a **argunear** la cosecha, rompen la monotonía del bosque oscuro y de

calles rigurosarnente paralelas, con el alegre verde de gramíneas endebles y soleadas. Algunas cercas de cañas atadas con bejucos, defienden del atropello de los animales, algunos pedacillos de terreno en los cuales se cultiva la yuca y alguna hortaliza. El plátano, pan generoso de la tierra caliente, está lejos, en las nuevas huertas retiradas de la hacienda y empleado como sombra de los nuevos arbolillos. En las orillas del río algunos naranjos cuajados de frutas amarillas, caimitos de hojas lustrosas, mangos de copas esféricas y apretadas, zapotes frondosos y maméis de frutos rojizos, se levantan haciendo bello contraste con la diversidad de sus follajes, de la monótona muralla de cacaoteros de troncos tortuosos y divergentes.

El Bejucal es una de las haciendas de cacao más distantes de Guayaquil, y por tanto la más cercana de la cordillera. En terrenos del fundo asoman ya las primeras lomas de pendientes suaves, cubiertas, como si fuera un altar de verdura elevado a un dios desconocido por los genios de la selva, de follajes de varios matices delicados, en los que sobresalen, como en un ramillete, los claveles y azucenas, palmas de especies desconocidas, o las balsas de anchas y aéreas copas, y troncos rectos y blancos, dibujando netamente los contornos de las hojas en los cielos nacarados que cubren la Costa.

El Bejucal necesita de un centenar de peones para cumplir las faenas que requiere la producción del cacao. El número de empleados, también es competente; todos bajo las órdenes de un Administrador, ya que el dueño, sólo una vez al año visita la hacienda.

Cuando la llegada de Salvador, el Administrador era un tal Fajardo, mulato de formas hercúleas, de maneras más que groseras, de gran ignorancia en todo lo que no fuera sembrar, cultivar y cosechar cacao. De peón, merced a la salvaje energía de un carácter indomable y avezado a dominar a peones indisciplinados y capaces de cometer un crimen con la mayor frescura, ascendió al alto puesto que ocupaba en la hacienda, puesto desde el cual ejercía una autoridad sin límites sobre todos los

empleados y peones. El castigo, en forma de prisión en un cepo, el descuento de los jornales y a veces el palo, era el único código de Fajardo. La ley suprema, capricho ignorante; el capricho del mulato enorgullecido. Los ernpleados y peones le temían y sólo por el temor podían obedecerle.

El odio al blanco, esa idiosincracia del antiguo esclavo, estallaba con cualquier motivo; y tanto se dejaba llevar de esa pasión, que en el Bejucal todos los empleados y peones, salvo el mayordomo Gómez y tres o cuatro trabajadores, eran mulatos o verdaderos montuvios descendientes de los aborígenes. Y bajo el caprichoso mando de un Administrador de ese carácter, iba Salvador a trabajar en una hacienda separada de las poblaciones, sin ninguno de los halagos de la vida civilizada, rodeado de facinerosos, que no eran otra cosa los peones; escapados muchos de ellos, de las cárceles en donde purgaban asesinatos, robos y violencias mil. Allí iba a trabajar en faenas que nunca conoció, bajo un sol de fuego, devorado de día y de noche por los mosquitos que se ceban en carne nueva.

Desde el instante que desembarcó de la canoa que le trajo de Guayaquil, comprendió que la situación nada tenía de halagadora, y que necesitaría de una paciencia y abnegación sin límites para no desmayar. Los empleados, agriados por una vida llena de privaciones y disgustos, hicieron al recién venido una acogida fría y ceremoniosa. Fajardo leyó con suma lentitud la carta que le traía Salvador como apertoria y presentación. Concluída la lectura, el mulato vestido de cotona y pantalón ancho de cáñamo azul, ceñida la cintura con un cinturón de cuero de serpiente del que pendía un largo machete Collins, retrocedió algunos pasos como si estuviera sorprendido; clavó en Salvador los ojos, velados por espesas cejas, y díjole con aire displicente:

—Está bien. Dende mañana Uteé saldrá al campo con una cuadrilla. Como supongo que Uté no sabrá cosa de provecho en cacao, el guía de la cuadrilla le enseñará...

—Ya aprenderé...

—… ¡Si Uté cree que trabajar de agricultor es cosa fácil, etá equivocao! No es lo mismo que quemarse pestaña sobre libros. ¡Qué familia!

Dio las espaldas a Salvador, caminó unos pasos, paróse en seco y gritó:
—Chimbote…
Un muchacho medio desnudo, asomó.

—Hola, Chimbote... dirige a éste… a la casa que ocupó Don Rojas… ¿Quemaste el azufre para quitar la fiebre que dejó ese condenao, antes de irse al otro mundo?

—Sí quemé, Don Fajardo, contestó el muchacho, como cantando.

—Bueno llévalo pue... Dende ahora, come con los empleados. Di a la Iguana que cuente esta nueva boca.

Salvador creía que soñaba, pues nunca se imaginó en las peores horas de desaliento, que algún día debía estar a las órdenes de un hombre como Fajardo.

Maquinalmente siguió al muchacho bautizado con el nombre de Chimbote, en marcha hacia la casa donde había muerto de fiebre, Rojas.

Llegó el muchacho delante de una pequeña casita construída sobre postes de incorruptible guayacán, con galería alta, a la cual se subía por una escalera en esqueleto. Las puertas de los dos cuartitos que contenía la casa estaban abiertas. Penetró Salvador al primero y lo encontró vacío absolutamente vacío de muebles; pasó al segundo, creyendo que en él habría alguna mala cama o siquiera una hamaca que nunca falta en la casa del más pobre montuvio y tampoco encontró nada. Paredes de caña picada, mal unidas; piso de tablas torcidas y con una gruesa

capa de mugre. Del techo pendían como trofeos, una infinidad de murciélagos negros, colgados de las uñas que tienen en sus alas membranosas. Por las junturas asomaban miriadas de sucias cucarachas y por un calendario viejo, trepaba trabajosamente un alacrán…

—Díme, ¿ésta es mi casa?, preguntó Salvador al muchacho.

—Ya lo creo... así manda don Fajardo.

—¿Pero cómo voy a vivir en esta cueva de sabandijas? Luego no hay ni una silla, ni un catre, ni nada...

—Esas cosas las compra y trae el que viene a vivir… Los muebles eran de don Rojas el mayordomo que murió con fiebre, y los compró don López… él los tiene.

Salvador, en el pobre equipaje que trajo desde Quito, apenas tenía alguna ropa y ni una sábana o manta. ¿Cómo se arreglaría para pasar la noche que ya se anunciaba con el grito de la **valdivia** y el vuelo de los murciélagos que salían en bandadas de las junturas de los techos dando chillidos? ¿Podría conciliar el sueño, tendido en el sucio pavimento, sin un mosquitero para defenderse de las nubes de mosquitos, del sucio contacto de las cucarachas y de la peligrosa compañía de alacranes y tal vez culebras, huéspedes que ocupan las casas abandonadas? ¿Y a quién recurrir, a quién pedir un techo? Todos eran desconocidos y le habían recibido con una especie de sordo rencor. ¿Fajardo?, menos; el administrador no le inspiraba ninguna confianza. Entonces se vio más abandonado que nunca, solo, sin encontrar un rostro amigo o siquiera que demostrara bondad, o deseo de servir en algo a ese joven extranjero en su propia patria... Y apoyado de codos en el repecho de la galería que daba al oriente, divisó entre las nubes plomizas y pesadas un pedazo de la Sierra abrupta y dentellada, tras la cual estaban los campos idílicos de la tierra propia adurmiéndose al beso de la noche... y sintió el corazón oprimido, y sin sentirlo casi,

algunas lágrimas quemantes y suspiros incontenibles, brotaron como la manifestación más hermosa de la nostalgia ……………………………………………
………………………………………………………………………………………………

Por el patio delantero de la casa pasó un hombre de pequeña estatura, formas musculosas, rostro atezado por el clima y no por la raza, barba negra y abundante. Salvador no lo había visto antes entre los empleados, sin duda, porque el desconocido estaba aún en las faenas del campo. Tan luego como vio al hombre, sintió en su alma cierto consuelo, algo como confianza, como simpatía misteriosa; y llevado de ese impulso inconsciente, como el del que se ahoga al buscar con las manos trémulas de angustia algún leño, llamó:
—… Hola, amigo…

El desconocido paróse, frunció el entrecejo como si tuviera dificultad de visión, porque ya había muy poca luz, luego a pasos cortos aproximóse al pie de la galería y contestó con tono calmado y obsequioso:

—Mande usted señor...

—Ramírez, para servir a usted, Salvador Ramírez, que hoy llegó recién a esta hacienda...

—¡Ah!, ¿usted es el nuevo mayordomo?

—El mismo, ¿y el nombre de usted?

—Roberto Gómez, ayudante del administrador.

—Dígame señor Gómez, ¿es usted serrano?

—Sí señor, soy de Riobamba, pero hace años que vivo en la Costa.

—Me hiciera el servicio de subir un instante.

—Con mucho gusto ………………………………………………………………………

—Ahora dígame, señor Gómez, si será posible que se pueda dormir en estos cuartos que han destinado para mí.

—Imposible, aquí no duermen ni los puercos. Es una barbaridad dar esta pocilga a un recién venido... Aqui falta todo y lo peor que esto está infestado...

—¿Y ahora qué hago?...

—Una cosa muy sencilla. Vamos a mi casa. Allí siquiera, aunque no una gran cama, tendrá un toldo para defenderse de los mosquitos.

—Pero es molestar a usted.

—No es molestia sino un gusto de servir a los paisanos, pues, lo somos todos los de la Sierra. Bueno, carguemos su equipaje y andando...

—Consuelo tenemos un paisano, gritó Gómez desde la escalera de la casita que él ocupaba, casi junto a la del administrador.

Como la noche había cerrado, en uno de los pilares estaba encendido un farol, y a la luz de él, en una hamaca se mecía una mujer vestida de blanco, la cual al oír la frase de don Roberto, se incorporó rápidamente abandonando la hamaca.

—Hija, aquí te traigo un paisano, el señor Ramírez, que viene de Quito para desempeñar el cargo de mayordomo en la hacienda.

Salvador, sombrero en mano, acercóse donde la joven y saludó ceromoniosamente...

—Bueno, ya nos conocemos, dijo don Roberto; ahora es necesario que prepares en el cuartito de la grada, una cama para el señor Ramírez, pues no tiene donde dormir esta noche. ¡Querer que duerma en la casa que habitaba Rojas!... Pero, antes de irte a preparar la cama, tráenos un trago, porque usted, paisano, sabe que en <tierra caliente, aguardiente>, como decimos en la Sierra.

Salvador en tanto, examinaba como al descuido a la muchacha y la encontró bonita. Tenía un tipo interesante; y la floja bata de gaza blanca que llevaba, hacía hermoso contraste con los cabellos negros anudados en moño sobre la nuca, y los ojos grandísimos, también de pupila negra sombreados por pestañas largas y voluptuosamente arriscadas. El cutis era de un tinte amarfilado como lo es siempre el de la raza blanca en los climas ardientes. Sin sentirlo, Salvador forjóse en un instante una novela para el porvenir, y tuvo el presentimiento de que esa muchacha algún día desempeñaría importante papel en su existencia.

—Usted sentirá sin duda mucho calor, preguntóle la joven que, después de traer el mallorca, volvió a la hamaca.

—Si señorita, estoy sofocado, pero ya me acostumbraré.

—¿Y a los mosquitos?

—A esos matadores de la tranquilidad es imposible que pueda acostumbrarse. Ahora mismo, estoy ya devorado.

—Es que encuentran sangre nueva; pero ya verá usted que para el invierno no le hacen mucho caso; y en esa época sí hay zancudos.

La voz de Consuelo era suave, y el lenguaje tenía esa peculiar entonación de la gente costeña…

Don Roberto había entrado al cuarto que le servía de secretaría, y Salvador quedó solo con la joven.

—¿Cuánto tiempo está usted en la Costa señorita?

—¿Yo? Pues desde muy niña, porque aunque papá y mi difunta mamá son serranos, yo soy montuvia como dicen ustedes a los que nacen en la Costa.

—Y aquí en el Bejucal, ¿cuánto tiempo están establecidos?…

—Apenas dos años. Antes estuvimos en el <Ingenio de las Balsas> donde papá era ayudante, como es ahora aqui.

—Y usted, señorita, ¿se acostumbra a vivir en estos campos sin sociedad alguna? Porque, supongo, que aqui no habrá nadie con quien conversar un rato de cosas racionales.

—Yo estoy contenta en donde está papá... pero le diré que en esta hacienda la vida es muy triste. Los peones son muy altaneros y malos, y los otros empleados muy tercos…

Algo más conversaron los dos jóvenes, contentos al parecer de haberse conocido.

Consuelo que no tenía en la hacienda con quien hablar, pues las otras mujeres eran montuvias rústicas y groseras, encontró a Salvador muy educado, cortés y de conversación interesante.

Salvador olvidó las lágrimas de la tarde y ya no le pareció el Bejucal un infierno en el cual debería desesperarse un santo; algo había de bueno, y ese bueno, eran don Roberto y su hija.

—Usted, don Salvador, debe ya tener sueño y es necesario dormir, porque mañana hay que trabajar desde la madrugada. Vamos, pues, al cuarto, dijo don Roberto, apareciendo en el dintel de la secretaría con una vela en la mano.

Despidióse Salvador de su nueva amiga y siguió a Gómez.

El cuartito era una jaula coquetona y aunque de tabiques de caña partida y piso de tabla, como todos los de la hacienda destinados a los empleados, tenía un aspecto decente y pulcro. De las paredes estaban suspendidos algunos grabados de periódicos ilustrados, dos o tres fotografías de personas desconocidas para Salvador y una Virgen de la Silla, pintada al óleo, por un discípulo de Salas. El lecho de hierro con sábanas blanquísimas y una sobrecama de algodón, blanca también, asomaba entre el amplio y vaporoso mosquitero de gaza. Media docena de sillas de bejuco llamadas de Viena, un canapé de la misma clase y un lavatorio de hierro blanco colocado sobre un trípode de fundición, completaban el mobiliario de la habitación de Consuelo, ahora destinada a albergar al joven quiteño...

Salvador, cansado, se metió en el lecho teniendo cuidado de cerrar perfectamente el mosquitero. Antes de dormirse, acarició en su fantasía excitada por el calor de la noche y los tragos de mallorca, la imagen de Consuelo vestida de blanco como una desposada... y luego se durmió con un sueño de plomo, acariciado por los mil ruidos de la noche tropical.

CAPÍTULO VII

El canto de las **colembas** y de los **olleros** en el cacaotal vecino, saluda al nuevo día que asoma en el oriente, rompiendo las parduscas brumas que envuelven a medias la cordillera azul. Algunos girones de nieblas blancas como pedazos de gasa de alguna ninfa de los bosques, se enredan en las cimas de las cercanas lomas cubiertas de árboles.

Al patio inmenso de la hacienda van llegando los empleados y peones para correr lista delante de la secretaría, en la cual Fajardo y Gómez, sentados delante de una mesa van anotando en los registros a todos los que dan el nombre.

Los empleados y mayordomos vestidos del clásico traje montuvio compuesto de **cotona** y pantalón de cáñamo, polainas de hule, sombrero **machito** de paja y el gran machete a la cintura, recorren el patio metiéndose entre los grupos de peones, para confrontar las listas y dar órdenes. Los trabajadores vestidos con una indumentaria igual a la de los empleados, llevando en la mano el **garabato**, y el machete Collins, instrumento universal de la agricultura costeña, se agrupan en la respectiva cuadrilla; algunos afilan en las piedras de asperón que hay delante de la oficina la herramienta que volvió bronca la víspera. Todos llevan suspendidas de la mano izquierda o a la espalda las **cosvas**, especie de recio calzado de suela, con el cual defienden el pie de la mordedura de la serpiente o del agudo espino oculto entre la maleza.

Salvador, que ha madrugado, está de pie en la puerta de la oficina esperando órdenes, pues, no sabe el trabajo a que le destinarán, y le coge de nuevo el movimiento de mayordomo y peones y la jerga que emplean unos y otros para designar los objetos o las faenas.

Al fin Fajardo abandona la oficina y llama.
—¡Rana!…

El peón así bautizado, conocido ya de Salvador, acude.

—Oyes Rana... Tú vas de guía de la cuadrilla que va con el nuevo mayordomo... Como no sabe ná de campo, tú le enseñarás.

—A dónde vamos?

—Pué, a la **socola** de Sabaneta, y cuidao ese trabajo lo hagan mal, que estos ojos lo verán. ¡Qué familia!

Luego repicó reciamente una gran campanilla: era la señal de marcha. Cada cuadrilla tomó la dirección señalada, y desaparecieron todas en el sombrío cacaotal.

—Ahora, paisano, dijo Gómez, vamos a almorzar a la carrerita, porque a las ocho todo el mundo debe estar dándole duro con el machete.

Salvador fue al comedor de los empleados. Todos estaban allí sentados a la mesa devorando el almuerzo compuesto del eterno arroz seco, de yucas y plátanos cocidos, un trozo de carne y una taza de café con leche.

—Ahora, niños, dijo Fajardo poniéndose en pie, y encendiendo un cigarro negro y larguísimo, a caballo, que hay que hacer.

Los caballos y mulas estaban ensillados y atados a una cerca de alambre de púas. Cada mayordomo cabalgó en la suya y salieron.

Gómez acompañaba a Salvador para dejarle en el sitio donde trabajaba la cuadrilla de Rana.

Entraron en el cacaotal interminable, en el que no era raro se extraviaran los mismos montuvios, porque la semejanza de esas calles inacabables, sombreadas por el tupido follaje de los árboles, y con el suelo cubierto de una capa de hojas muertas, no deja señal alguna. Después de largo rato de trotar por el cacaotal, con el cuerpo inclinado sobre el cuello del caballo, a causa de las ramas entretejidas, de embocaron en una inmensa llanura cubierta de **gramalote**, pero vacía de árboles. Al extremo de la gran pampa se divisaba una faja de negro bosque.

—AIlí está la cuadrilla de usted, dijo Gómez, y para llegar hay necesidad de conocer mucho la pampa, porque hay muchas fosas bien profundas.

—Dígame, amigo, ¿en estos lugares habrá muchas culebras?

—¿Culebras? Ya lo creo, las hay muy buenas. Lástima que usted haya salido sin polainas.

—Luego hay peligro, preguntó Salvador con la curiosidad miedosa de los serranos.

—Sí lo hay, y en todos Ios años tenemos algunos peones mordidos, y no es raro que alguno muera...

Como mediaba el verano, la pampa estaba seca, y se podía cruzar sin peligro de hundirse en los pantanos.

Llegaron al **linde** del bosque. La selva tropical en toda su salvaje belleza estaba allí. La tierra fecundada por el sol y la lluvia tenía furia creadora. El matapalo informe, de troncos múltiples soldados en uno solo, la palma real, el inmenso ceibo, la balsa de copa horizontal como la de los pinos de Italia, y mil árboles más, desconocidos para Salvador, todos de dimensiones monstruosas, desacostumbradas en la sierra, estaban allí afanosos por vivir, por crecer, por multiplicarse, tomando por asalto el

poco de luz que divisaban entre las gigantescas copas de los reyes del bosque. Y en el suelo, en los troncos, en las ramas, otras plantas de hojas inmensas crecían, se enredaban, se aferraban con furia de vida y lujo de verdor. Los bejucos y enredaderas, trepaban por todas partes como serpientes, enroscándose a todas las anfractuosidades de los troncos. Las **manchas** de cañas o **guaduas** de tallos rectos y magníficos y de follaje aéreo, rompían la monotonía del bosque de troncos enormes y ramas tortuosas...

…………………………………………………………………………………………………

La cuadrilla, **socolaba** el monte. Al rápido golpe de los afilados machetes, manejados por brazos incansables caían los helechos, los arbolillos, los matorrales y los bejucos, que al ser separados de la fecunda tierra quedaban balanceándose, suspendidos de los árboles como las rotas cuerdas de un navío.

Rana animaba con frecuentes iniciativas a los peones, que sudando a chorros habían ya empapado la delgada ropa de trabajo. Salvador sin desmontarse de la mula, por temor a las culebras, las que no eran un mito, pues dos o tres habían sido muertas por los peones, contemplaba nada más, el trabajo de sus gentes, porque no tenía idea de la bondad de una **socola**. Su imaginación volaba a otras tierras, a otros paisajes, a otras escenas; a las de la infancia en la ciudad natal, y principió a sentir en su alma los asaltos de la nostalgia. ¡Fenómenos del corazón humano! ¡tenía nostalgia de una vida llena de privaciones y de pesares. El recuerdo de Consuelo animó un tanto el cuadro sombrío, y la esperanza de ver a la muchacha después de pocas horas, dibujó en sus labios una imperceptible sonrisa...

—Cuidado con las avispas, gritó Rana, sacando a Salvador de su ensimismamiento. Fue tarde el aviso: una nube de avispas alborotadas por un imprudente, se abatió sobre los trabajadores. Salvador, apenas tuvo tiempo de ocultar la cara, pero en la cabeza y en el cuello recibió varias picaduras de los venenosos animales. Casi todos los peones lamentaban también la invasión.

Los dolores vinieron luego, acompañados de destemples y calenturas. La hinchazón de las partes donde habían internado las avispas su envenenado aguijón, tomaron tintes purpúreos. Salvador, desesperado con los ardores y la oomezón, sintió una rabia ciega contra el clima que crea esos bichos infames, y en vano solicitó de los peones algún remedio o calmante.

—Aquí, blanco, el único remedio es tener paciencia, porque no hay con qué calmar, en faltando alcohol. En la hacienda se curará Ud. ……………………………………
………. ……………………………………………………………………………………

Ya avanzaba la tarde, Rana, previa consulta con Salvador, levantó del trabajo la gente, para dirigirse a la hacienda de la cual estaban separados por una distancia que requería más de una hora para recorrerla. Como el nuevo mayordomo no conocía el camino, tuvo que hacerlo al paso de los peones y cuando el sol se ocultaba entre nubes rojas y negras y principiaba el canto de las lechuzas y el chillido de los murciélagos, Salvador, temblando, con la fiebre causada por las avispas, desmontóse delante de la casa de Gómez, ya que no había tenido tiempo de asear y amoblar la casita que fue de Rojas...

CAPÍTULO VIII

Pasaban los días y Salvador no podía arreglar la casita y seguía ocupando en la de Gómez el cuarto de Consuelo. La falta de tiempo y la de dinero, eran dos causas poderosas para ello, pero también había que convenir en la amistosa porfía de dorı Roberto que varias veces dijo a Salvador.

—¿Por qué su afán de ir a ocupar esa casa sucia? Acaso le estamos sacando a usted de la nuestra? Ya ve, aquí tenemos más espacio del que necesitamos

Consuelo y yo, y luego usted viene sólo a dormir. Y francamente estamos contentos con tener una persona educada con quien hablar, pues ya le consta a usted, amigo Salvador, que las gentes de aquí son intratables…

Salvador no se hizo de rogar, pero creyó necesario hacer un reparo a don Roberto.

Oiga, don Roberto, usted sabe lo que es la calumnia y el que vivamos bajo un mismo techo con Consuelo, puede dar lugar a habladurías y nunca quisiera ser yo…

—Déjese de historias. no me importa lo que digan, y más, todos éstos que viven mal; pues sabrá que en estas haciendas, raro es el que vive con su mujer legítima...

Entonces haremos una cosa ya que usted bondadosamente no permite mi salida de esta casa. Pagaré una mensualidad para lavado de ropa, etc.

—Bueno, lo que usted guste y sólo para que no sufra su delicadeza.

—Además, le diré a usted en confianza, ya que usted y Consuelo han sabido inspirármela; la vida aquí para un interiorano es muy amarga, y sin ustedes la mía fuera insoportable; porque yo no sé qué ojeriza me tienen el administrador y los otros empleados; hacen lo posible por despecharme, y es necesario tener la paciencia de Job para aguantar las groserías de esos tipos...

—Paciencia; usted poco a poco se hará a las armas, y ya verá cómo se arregla uno a todo. ¡Si yo le contara lo que he sufrido en esta tierra!
…………………………………………………………………………………………………

Las faenas de la hacienda en esa época del año, requerían, para ser fructuosas, el redoblado trabajo de mayordomos y peones. Varias cuadrillas de trabajadores se ocupaban en limpiar los cacaotales, podar los árboles y preparar así una abundante

cosecha de la preciosa almendra. Otras **picaban** las **mangas**, es decir, cortaban en los potreros de janeiro, toda la vegetación adventicia. Por último, la cuadrilla de Salvador guiada por Rana, había para entonces concluído la **socola** de cien cuadras de bosque, y principiaba la **tumba** o corte de los árboles que, por sus dimensiones colosales, no habían caído al filo del machete. Veinte robustos montuvios, armados de afiladas hachas Collins, echaban al suelo en cada obrada un gran pedazo de bosque. Los matapalos, las balsas, los ceibos, las palmeras, orgullo de la selva en la cual dominaron durante siglos, caían al suelo aplastando con su mole a los arbolillos y resalvas. El campo presentaba el aspecto informe de una ciudad destruida por un terremoto. Troncos inmensos, ramas destrozadas, amontonadas al acaso, algunos árboles todavía en pie, pero mutilados, con las antiguas ramas tronchadas, de las cuales cuelgan como rotas cuerdas de un mástil de buque desmantelado por la tormenta, lianas y enredaderas. Las copas de los grandes árboles parecen rotas columnas de un templo que ha perdido la cúpula.

Al finalizar Octubre, las cien cuadras de bosque, estaban convertidas en un campo yermo de ramas y hojas secadas por el sol implacable del océano. La incansable tierra hacía brotar entre la confusa mole de troncos, algunas enredaderas que manchaban con el tierno verde de las hojas, el pardo de las agrietadas cortezas. El **bijao** asomaba también trabajosamente bajo la informe red de ramas secas y calcinadas. El verde oscuro y la frescura de la selva hacían grato contraste con el grisáceo campo del desbosque.

Salvador, aún cuando en su vida no había manejado una herramienta, quiso aprender prácticamente el uso del machete, instrumento universal de la agricultura costeña. Sus manos pequeñas y delicadas pronto se cubrieron de ampollas dolorosas que manaban sangre. Y bajo un sol de plomo, rodeado de una nube de mosquitos, asediado de miriadas de hormigas, con el temor de las culebras venenosas, trabajosamente, acezando de fatiga y cubierto de sudor que le empapaba la delgada ropa de algodón, podía a duras penas hacer un trabajo

pequeñísimo, en medio de las chanzanetas, algunas veces groseras de los peones, que no comprendían otra superioridad sino la fuerza y la destreza. El amor propio exaltado hizo el prodigio de que a las dos o tres semanas de dolorosos ensayos, pudiera el joven manejar el machete con cierto desembarazo, recibiendo por esto los parabienes de Rana.

Las tardes, abrasado de sed, molido de cansancio con la ropa mojada por el sudor del día, con las manos y el rostro acribillados por las dolorosas picaduras de los zancudos o de las avispas, y teniendo el alma casi desesperada, porque veía un porvenir de fatigas horribles y sin recompensas; regresaba a la hacienda en donde le esperaba el ceño adusto del administrador y la displicencia de los otros empleados.

¿Y cuál la compensación de esas fatigas?, ¿cuál el lenitivo para esos eternos días de miseria? ¿En dónde estaba la poesía del trabajo tan cantada por poetas que nunca lo conocieron? ¿Sería en un escritorio, cómodamente sentados, a cubierto de la intemperie y explicando en bellos versos penalidades que nunca las sintieron?

Salvador veía que la vida de mayordomo en esa hacienda, era una prisión sin esperanza de libertad, un embrutecimiento del espíritu, una lucha sin tregua contra el clima, los bichos venenosos y los hombres.

El administrador Fajardo no perdía ocasión de mostrar al nuevo mayordomo inquina o antipatía. Un retardo a la lista, una faena interrumpida durante algunos minutos para dar descanso a la gente de la cuadrilla, el justo temor a las culebras; bastaban para una reprimenda grosera ya que no hiriente. Salvador, a duras penas, aguantaba la insolencia del administrador, pero un día no pudo hacer lo mismo con otro empleado, que como insulto, lanzóle a la cara el apodo de **serrano**.

—Oiga, majadero, le contestó, debe saber usted, que si vuelve a insultarme, le abro de un machetazo. Los serranos no somos **aguantadores** de insultos de **monos**. ¿Comprende?

Gómez y su hija eran los únicos que estaban de parte de Salvador. Los peones, a excepción de Rana, con ejemplo del administrador y de los otros empleados, eran otros tantos enemigos gratuitos, llenos de ese odio profundo del negro o mulato al blanco, antiguo amo que desgarró sus carnes a látigos.

Las tardes, cuando concluían los trabajos, subía a casa de Gómez, meditabundo, triste y, a veces, desesperado. El ayudante, en vano trataba de darle ánimo, de pedirle paciencia contándole los propios sufrimientos, superiores, según decía, a los de Salvador. Consuelo, que entonces principiaba a sentir cierta simpatía por el joven quiteño, hacía lujo de prudencia y de buena voluntad para servirle, y conseguía calmarle un tanto.

Usted, don Salvador, es muy **renegado**, decíale una tarde don Roberto; no hay motivo para tanto berrinche y despecho. ¿Fajardo es grosero y malo? Bueno, concedo; pero al fin y al cabo, usted está solo, sin familia, y por tanto sin deberes; y cualquier día puede salir de aqui y buscar en otra parte una mejor colocación. ¡Qué dijera usted si le tocara una suerte como la mía!

—No veo que sea una ganga estar aqui bajo las órdenes de un zambo estúpido y grosero y teniendo por compañeros a verdaderos forajidos; ¡y este clima infernal! ¡y los zancudos! ¡Luego, un sueldo miserable del que no se puede guardar ni un real para caso de una enfermedad o la pérdida del empleo!

—¡Pero, amigo, recién principia usted y quiere tener fortuna y sueldos gordos! Eso es muy difícil, aún aquí en la Costa, que tiene fama de ser riquísima. Sabe, yo estoy por estas tierras cerca de quince años, y, ¿cuál es mi sueldo?, ¿cuánto tengo guardado?

Nada; y me considero feliz teniendo un empleo bueno o malo; peor es no tener ninguno y andarse tras una pobre peseta para almorzar, como a mí me ha pasado más de una vez.

A propósito, usted nunca me ha contado la causa por la cual se vino por estos infiernos.

—¿La causa? La pobreza. ¿Y de esta pobreza? El robo que me hicieron en la Sierra. Yo heredé de mis padres una fortunilla regular. Tenía un fundito y una casa en Riobamba. Con esto, aunque pobre, seguía tirando la vida. La codicia me empujó a meterme en el comercio. ¡Veía a tantos otros que por ese medio habían llegado a ricos! Véndí el fundito en cinco mil pesos y aporté esta suma íntegra a una sociedad comercial que debía girar con el nombre de "Gómez & Zuluaga", pues éste era el apellido de mi socio, hombre, según fama, muy versado en negocios y honradísimo. El primer año ganamos alguna cosa, lo sufıciente para forjarme sueños de millonario. Queriendo aumentar el negocio, contrajo fuertes créditos la sociedad. Yo descansaba en mi socio, confiado en su honradez y destreza, cuando el día menos pensado, desapareció ése llevándose cuanto pudo, y cayeron sobre mí los acreedores de la sociedad, me remataron la casa y me ví en la calle! Sí señor ¡en la calle, y con mujer y tres hijos! Y ese infame Zuluaga era devoto y cofrade del Rosarío! ¡Tengo una rabia cuando me acuerdo de ese pícaro que fue a morir, según supe, en Chorrillos, a manos de un **gringo** al que quiso trampear en el juego!

Sin tener en Riobamba en qué ocuparme y conseguir un real para mi familia resolví venir a la Costa que nos pintan tan rica. Un día cargué con mujer e hijos ¡y a Guayaquil! Allí después de mil amarguras, conseguí un empleito en la Aduana, con cuarenta pesos mensuales; y viva usted con familia teniendo semejante sueldo! Por haber un día pesquisado un contrabando de cacao, exigí me pagaran la prima que me asignaba la ley, y como el contrabandista era un personaje de campanillas, me botaron del empleo. Me hice entonces buhonero, recorrí media Costa cargado de

baratijas y trapos; el negocio progresaba en tanto y podía mandar a mi familia algún dinero. Una noche, en el río Daule, asaltaron mi canoa y me dejaron limpio.

Volví a verme en la miseria, en una ciudad donde la vida es tan costosa, y con cinco bocas que mantener. Después de muchos días de brega inútil por conseguir trabajo, días en los cuales tuve que descender a los oficios más bajos para no morir de hambre, conseguí ser empleado en la pulpería de un italiano enriquecido a fuerza de avaricia v de vanidad. No puede usted figurarse, don Salvador, lo que sufrí con ese hombre grosero y tacaño, para el cual el único pensamiento era el dinero. Tenía yo que matarme, como se dice, para ganar un sueldo miserable; pues, si faltaba al almacén por enfermedad o por cualquiera otra causa legal, el patrón descontábame escrupulosamente el sueldo. Estando allí empleado, caímos todos los de la farnilia enfermos con la fiebre amarilla, que azotó entonces Guayaquil. Yo agonizaba en una cama y en otra mi pobre mujer y mis hijitos, agrupados en masa informe se debatían al rigor de ese espantoso mal. La autoridad nos trasladó al Hospital. ¿Conoce usted el Hospital? ¿No? Pues nada hay más horrible que ese edificio viejo, sucio, plagado de bichos, donde agonizaban entonces quinientos enfermos. Yo por desgracia mejoré; pero mi pobre mujer y dos de mis hijitos, Carlos y Luis, habían muerto. Consuelo salvó también. Ahora, haciendo un paréntesis, ¿comprende usted, una Providencia que mata los niños, después de una larga y dolorosa agonía?... Consuelo tenía entonces pocos años. Unas señoras de corazón de oro, condolidas de mi situación se hicieron cargo de la niña para educarla, y yo volví a buscar trabajo, pues, el italiano no quiso ocuparme más, a pretexto de que yo estaba muy débil Con la enfermedad, en efecto, quedé muchos días casi inútil para el trabajo. Con todo, tambaleando como borracho, andaba todo el día bajo un sol de fuego, de corredor de varios almacenes. Algunos días ganaba dos o tres sucres, pero los más, ni un centavo... ¡Qué vida esa, mi querido don Salvador! Dormía en una casa de la Sabana, en la cual se albergaban unos cuantos borrachos y rateros, comía en fogones de chinos que es lo último en el escalón de los tugurios.

Renegado ya de esa vida pensé hasta en el suicidio. Felizmente supe que en el Ingenio de las Balsas, necesitaban un mayordomo. Debe saber usted que en esa hacienda con dificultad conseguían empleados: el clima endemoniado aniquila allí en poco tiempo al hombre más robusto. Mi situación era tan lamentable que no vacilé ni un instante. Vine, pues, de mayordomo en esa gran hacienda. ¿Usted no conoce un Ingenio? Pues, si no conoce, es imposible que pueda imaginar lo que es el trabajo de esa pobre máquina llamada hombre, de la cual se quiere sacar con el menor gasto posible, la mayor utilidad. En la zafra, a las dos de la mañana, está ya rugiendo el pito de vapor, convocando a los obreros de la fábrica, y desde esa hora hasta las nueve o diez de la noche, esos pobres diablos, casi desnudos y al rescoldo de las calderas y en medio de las nubes de ardiente vapor de las pailas de cocimiento, ven pasar los días sin descanso, sin reposo alguno, con el aguardiente por consuelo, y con la tisis o la parálisis por esperanza. Alli hay que olvidar el sueño, el reposo, la familia, todo. La vista en los manómetros y las manos en las llaves de vapor, y cuenta con un descuido, que puede arruinar una máquina o destruir la fábrica entera! Y allí está el ingeniero, un **gringo** endiablado, que no se duerme y vigila todo, y descuenta el día deI pago las horas que no se pudo trabajar. ¡Bueno, ahora vaya usted al campo! Aquí siquiera trabajamos bajo la sombra del cacaotal allá en los Ingenios, corta caña y caña, de seis a seis, bajo un sol de sacar ampollas al cutis. Luego, en el irvierno, tedo se va a pique y se vive con la ropa chorreando, y se trabaja con el agua en media pierna, y el mosquito que le vuelve a uno loco, la culebra que abunda guindada en la caña, huyendo del agua y de las plagas de todo género. ¿Y las enfermedades?, ¡qué los fríos, qué la perniciosa, qué los tétanos, qué la sarna!, todo el mundo está enfermo allí: el color amarillo, sin hambre, sin sueño. ¡Caramba, la gente que se tragan los Ingenios! Le digo a usted, don Salvador, que da pena ver llegar partidas de chagras de la Sierra, robustos y contentos, alucinados con el buen jornal, y verles a algunos, después, macilentos, tristes, inutilizados por el trabajo, ir a Guayaquil a morir en el hospital, o gastar allí hasta el último centavo que ahorraron a fuerza de trabajo y economías, y regresar, al fin, a la choza de su tierra, enfermos e inutilizados para siempre! Le aseguro que yo, yo ¿comprende?, ¡he

llorado algunas veces viendo esas lástimas! En los dos años que serví en <Las Balsas>, se murió un mundo de gente! Sólo mayordomos perdimos siete. ¿Qué le parece? De repente, a media noche, estando durmiendo como muerto, después de un día de fatiga, pitada de alarma. Toda la gente afuera... Fulano, dice el administrador, ¿ve usted ese resplandor allá?, pues vaya a ver si es incendio en los **canteros** de caña o en el monte; pero ya, vivo! Y a esa hora hay que volar a extinguir un incendio que está a más de una legua de la fábrica. ¡Esa no es vida! Verdad que pagan buenos sueldos y jornales, pero allí se juega la vida a diario! Este Bejucal, amigo mío, es un paraíso, y eso que el administrador es una calamidad; y los peones unos bandidos… A los dos años de trabajo tuve que abandonar el Ingenio, porque me moría con paludismo. Entonces vine acá, traído por el señor Velásquez, que es un buen caballero; y a decir verdad, amigo mío estoy si no contento, a lo menos resignado. Lo que me preocupa aquí le diré. En confianza, es el porvenir de Consuelo pues, en estos desiertos, y rodeado de montuvios ignorantes y corrompidos, mi pobre hija es un contrasentido. Por eso trabajo con tanta paciencia y abnegación quiero hacer un capitalito y sacar mi hija de estos montes. Ahora, mi querido don Salvador, tomemos una copa de mallorca para irnos a dormir.

Salvador, a solas ya en su cuartito, meditó largo en la historia de don Roberto y en vez de servirle de provecho la lección, la paciencia y constancia del ayudante, parecióle una epopeya de la desgracia humana y vínole la eterna pregunta, siempre sin respuesta: <¿Por qué ese hombre honrado, probo, bondadoso, digno de la felicidad; había sido víctima de todas las infamias, de todos los sinsabores de la vida?, ¿por qué después de una lucha sin tregua, estaba aún clavado en la silla del tormento diario, esperando una fortuna imposible?...> Luego recordó a Consuelo, abnegada, verdadero ángel tutelar de ese viejo, único eslabón que ataba una alma desesperada al mundo, único resorte que movía la voluntad de ese heroico soldado del trabajo. Y admiró a esa joven huérfana que pasaba una vida de privaciones y sacrificios, sin chistar la más leve queja, contenta con una palabra cariñosa del viejo Gómez! Y en el sueño de esa noche soñó en Consuelo, vestida de blanco, que

pálida de emoción se dirigía a un altar, llevada por un hombre que no era Salvador Ramírez, y tuvo en el sueño una ira salvaje contra ese desconocido que resultó al fin ser el zambo Fajardo, administrador del Bejucal!

CAPÍTULO IX

Con la Navidad de aquel año coincidieron las primeras lluvias del invierno. El verano había agostado los potreros, y muchos árboles de los bosques estaban desnudos de hojas y cubiertos de grandes flores. La tierra arcillosa de los pantanos o **sartanejales**, como los llamaban los montuvios, abrasada por soles de un larguísimo verano, mostraba grietas enormes. Los insectos eran raros, y aún las mismas aves habían callado, como enmudecidas por esa temperatura ardiente y seca. Los cacaotales perdían la lozana vegetación, y algunos resalvos nuevos se inclinaban marchitos. El aire cubierto del humo de las rozas, tomaba un color plomizo entre el cual se veía al sol rojo y sin rayos. Las noches eran espléndidas, ni una nube cubría el cielo estrellado, y del lado de la Costa soplaba un vientecillo fresco, cargado de aromas acres y salinos. En varios lugares del horizonte los vivos resplandores del cielo indicaban los incendios de los grandes desbosques de aquel año.

Hombres, animales y plantas parecían ansiosos de frescura. En el lado de la cordillera se formaban ya grandes nublados, y las tardes se oían confusamente los tronidos de tempestades lejanas. Por el lado del mar un día aparecieron inmensas nubes, compactas, plomizas, con recortes caprichosos vivamente iluminados por el sol, eran los **gigantes de agua**, precursores de lluvias inmediatas y torrenciales. Al caer la tarde, los gigantes habían invadido con sus plomizas moles todo el cielo. El relámpago aclaró vivamente profundidades misteriosas de esos antros de vapor, el trueno resonó sordo; un viento huracanado agitó los bosques, derrumbando algunos viejos monumentos de la selva, y un torrente de agua que se anunciaba como

redobles de un tambor inmenso, al golpear las hojas de millones de árboles, cayó sobre el Bejucal y en toda esa inmensa región.

Don Roberto, que apoyado en el pasamano de la casa, seguía ansioso las fases del aguacero, dijo, dirigiéndose a Salvador.

—Buen año, ¡cuando llueve en Navidad! El **carguío** del cacao, será superior, y no se **pasmará**, si llueve en Febrero, por carnaval. ¡Caramba! para los **desmonteros** de arroz este aguacero es de **pipiripao**.

—¿Cree usted, entonces, que sera éste un buen año para las siembras?

—Como me oye. Ya era tiempo de llover, pues, hasta las mangas estaban de echarles fuego. Lo malo que el invierno bueno para las plantas, es malo para las gentes.

—¿Por qué?

—Pues, por las fiebres, por las disenterías, por mil plagas. ¡Ya verá usted lo que se llama mosquitos! Hay la **manta blanca**, el **mata perros**, la **arenilla** y otras calamidades que no dejan en paz ni de día ni de noche. Pero, en fin, con tal que llueva...

Llovió toda la noche. La mañana fresca y saturada de humedad, rayó por las nubes escarmenadas que velaban la cordillera. La naturaleza toda, como rejuvenecida por el agua, sangre de la tierra, ostentaba las galas de sus plantas resucitadas y verdes con algunas horas de lluvia. Mil pájaros entonaron la canción de la vida y nubes de mariposas y libélulas de colores ardientes, vibraban en medio de un ambiente perfumado por las flores de los bosques. Era el despertar de la vida después del sopor causado por el verano ardiente y sin lluvias...

Pocos días después del primer aguacero, el paisaje cambió de aspecto como una decoración teatral. La tonalidad amarilla o grisácea que mostraban los bosques y praderas al finalizar la estacion seca, convirtióse en un baño verde espléndido. Arboles, arbustos y hierbas, musgos y orquídeas eran verdes, pero de un verde imposible de imaginarse nunca en las cordilleras. Los árboles agostados se cubrieron, como por arte de magia, de pomposo follaje, y las enredaderas escalaron los troncos viejos para vestirlos de riquísima túnica de verdura. El río, cristalino y manso, vióse estrecho en el cauce de arcillas y derramóse por las pampas depositando en eIlas el limo fecundo acarreado desde las lejanas serranías.

Grandes bandadas de garzas y de otras aves acuáticas tomaron posesión de las lagunas y esteros, animando con sus gozosos graznidos y el revolar de las blancas alas, el silencio de las pampas mustias y solitarias. El **carpintero** incansable atacaba con su pico diminuto los troncos viejos para labrarse el nido y los negros **garrapateros**, bulliciosos y confiados, invadían las **mangas** para dedicarse a la utilísima faena que les encargó la sabia naturaleza.

¡Campos de la Costa! ¡Cuán maravillosos sois en la época de las lluvias! ¡Cuánta poesía y grandeza encierran los bosques infinitos y esas llanuras de esmeralda! Pero la misma potencia que fecunda en una noche la semilla confiada a la tierra, esa misma lujuria que hace crecer las plantas a la vista del hombre y cubre de un cortinaje de inmensas hojas un árbol decrépito; engendra también esas miriadas de seres invisibles que en su afán de vivir, matan en poco tiempo al hombre robusto y al árbol colosal. Esa lujuria de crear ha producido la serpiente venenosa, la monstruosa araña, la hormiga **conga** y mil otros monstruos enemigos de lo que vive y se muere!…

Salvador, para cumplir con el penoso empleo de mayordomo, tenía absoluta necesidad de vivir gran parte del día al aire libre, sufriendo aguaceros torrenciales y

pasando con el agua a la cintura los hinchados esteros que serpenteaban por todas partes. El administrador se complacía en encargarle los trabajos más penosos, cuando no llenos de peligros...

—Este serrano boqui-rubio me carga, solía decir con frecuencia. Yo no sé para qué lo ha mandao acá don Velásquez. El día menos pensao le saco de las orejas...

Y el serrano sufría en silencio esas groserías, pero acumulaba día a día en su corazón un mundo de odio y un océano de despecho. Y el serrano cumplía su deber con un tesón incalculable tanto más meritorio, cuando nunca en su vida había nıanejada una herramienta; y esa energía indomable, ese tesón, los sacaba de su mismo despecho, de su mismo odio. Quería hacerse necesario, deseaba aumentar su valor, aún insuficiente, para algún día poder aniquilar a ese hombre odioso y antipático, al que aborrecía, más que nunca, desde que comprendió que Fajardo pretendía a Consuelo, con el amor del sátiro brutal. Esta idea envenenaba las horas de Salvador, pues poco a poco, el trato diario con la muchacha creó una profunda simpatía, simpatía que se hizo bien pronto amor, porque era el primero de su vida. Era un rayo de alegre sol en un día de tormenta, una esperanza de felicidad en una alma desesperada con la derrota perpetua de todas las aspiraciones juveniles. En la muerte de sus ideales, en la muerte de la fe, Consuelo fue como su nombre: la vida y la esperanza... Y a esa última tabla de salvación amaba un mulato ignorante y grosero, con un amor de bruto lascivo... Pero ya se vería, Salvador estaba resuelto a todo para impedir esa infamia, ese robo de lo que consideraba suyo, iría, si era preciso, hasta el homicidio. ¿Qué importaba matar a un Fajardo?

Lo penoso de las faenas para un organismo débil como el de Salvador, produjo lo que sucede precisamente en esos climas. El paludismo que no perdona al serrano, no perdonó a Salvador. Un día amaneció con una fiebre ardiente y no pudo moverse de la cama. En medio de los ardores de la fiebre y del delirio, creyó adivinar a Consuelo que asustada con la violencia del mal que él había cogido, preparaba a

toda prisa algunos remedios caseros... Después era la misma muchacha, sentada al pie de la cama, que espiaba los menores movimientos del enfermo y le acercaba a los labios secos la taza de agua tibia... Vínole luego la duda de si esa mujer era Mariana, o su madre, pero no recordaba dónde vio a esa joven vestida de gasa blanca, de grandes ojos negros y color de marfil que a ratos se acercaba a la cama. ¿Y él en dónde estaba?, ¿en Quito? ¿en Ipiales?, ¿tal vez herido en algún combate?... ¿Y la sed? ¡Oh qué sed!., ¡cómo estuviera a la orilla de una fuente que vio en un páramo!...

Don Roberto, alarmado de la postración del joven, preparó una inyección hipodérmica diciendo a Consuelo:

Pues, parece una perniciosa la que ha cogido don Salvador... Veremos qué le hace la quinina.

Fajardo se presentó delante de la puerta, gritando con voz áspera:

—Parece que el serrano de pereza no se ha levantado ahora... tal vez estará borracho...

Consuelo enrojeció; y clavando en el administrador una mirada furiosa, contestó con palabras entrecortadas.

—¿En qué se funda usted para decir que este joven está borracho?... Debe saber que está muriéndose con perniciosa. ¡Cómo si fuera parecido a otros empleados que se emborrachan en junta de los peones!

Fajardo directamente herido por la última frase de la joven, dio dos pasos adelante, y con voz gutural habló:

—Hola... ¿Por qué toma usted tan a pecho la defensa de ese serrano?…

—Pues, porque me da la gana... y porque ese serrano es un joven decente, que por haber quedado pobre ha venido a trabajar aquí, y no por pícaro... ni asesino... Y como le dije al principio, porque me da la gana...

Fajardo, insultado por Consuelo, no contestó; pero hizo con la mano una señal de amenaza... Don Roberto, que estaba junto al enfermo, no oyó sino el run run de la conversación que afuera tenían el administrador y Consuelo. Sorprendióse viendo entrar a ésta colérica... Interrogóle: con la mirada.

—Nada papá... groserías del administrador...

—¿Qué te ha dicho ese zambo atrevido hija mia?…

—A mí nada, pero a este pobre joven no le puede ver, yo no sé por qué.

—¿No sabes? Pues, porque es blanco... hija, el negro odia al blanco, tenlo de seguro. ¡Dios mío! es una calamidad estar bajo las órdenes de gentes como Fajardo!

Consuelo no quería confesar a nadie, ni aún a su misma conciencia, que sentía por el joven interiorano algo más que amistad, y trataba a todo trance de ocultar a don Roberto esas dudas y vacilaciones, pero éste que vivía en su hija y para su hiJa, comprendió antes que los mismos interesados, que entre los dos jóvenes principiaba a esbozarse un idilio. Algunas miradas de Salvador, algunas de Consuelo, ciertas galanterías del joven y ciertas frases de la muchacha, cogidas aquí y allá, le dieron ese convencimiento. No disgustaba a Gómez que Salvador fuera algún día el esposo de Consuelo. ¿Qué más podía desear para su hija? El joven quiteño valía muchísimo más, por sus antecedentes y educación, que todos los otros empleados de la hacienda. Era pobre. ¿Y qué?, ¿en dónde estaba el marido rico?, en alguno de esos

montuvios de los alrededores, que sin saber cómo ni cuándo adquieren una fortunilla la cual no saben qué hacer, ni en qué emplearla? Consuelo, aunque pobre, era regularmente educada, y no era posible darla un marido ignorante y grosero. Luego Salvador tenía aptitudes para el trabajo y quiza algún día la mala situación se trocaría en halagüeña ………………………………………………………………….

Gracias a los cuidados de Consuelo, Salvador pudo dejar el lecho al tercer día de la enfermedad. Quedó amarillo y débil en dernasía, y sin esperar convalecencia, volvió al trabajo; pues, Fajardo le anunció que si no salía el día señalado al campo, tuviera por un hecho la inmediata separación del servicio. Los campos estaban inundados, los potreros eran inmensos lagos y aun los cacaotales de los **bancos**, mojaban sus raíces en una agua negra cargada de limo. Los trabajos eran por tanto difíciles y sujetos a graves peligros para la salud de los peones, los que necesitaban pasar todo el día chapoteando en el lodo infecto recibiendo los horribles miasmas que el sol ardiente evaporaba de la empantanada tierra. Nubes de zancudos atormentaban sin tregua a esos forzados del trabajo y el peligro de las culebras venenosas que huyendo del agua, habían trepado a los árboles, era constante.

Salvador, apenas convaleciente volvió a dirigir su cuadrilla, destinada entonces a desaguar un cacaotal inundado, por medio de zanjas que llevaran las aguas corrompidas a un estero cercano. La remoción de ese lodo infecto y pegajoso, hacíanla algunos peones serranos, acostumbrados a manejar la pala y el pico, pero no a desafiar ese aire envenenado. Salvador tenía el convencimiento de que esa faena brutal iba a ocasionar la enfermedad y tal vez la muerte de algunos infelices, y quién sabe si él mismo no sería la víctima de una orden imprudente dada por Fajardo. Rana, como guía preparaba con su machete el camino que debían seguir las aguas del pantano, cortando las ramas de los matorrales y la tupida red de bejucos. Trabajaba con un tesón y fuerza formidables, como acostumbrado desde la niñez a manejar el machete. Salvador, con el agua al tobillo, seguía atento el trabajo

del guía, único de los peones montuvios que le demostraba algún cariño desde el viaje en la canoa.

De una cortina de enredaderas, se desprendió alguna cosa y cayó sobre la espalda de Rana; el peón con el golpe inesperado, incorporóse rápidamente, y debió ver entonces algo de terrible, porque dio un grito...

—¿Qué es?... ¿qué es?, preguntó Salvador...

—Blanco... acaba de morderme en el cuello una equis…

En efecto, una inmensa serpiente equis, había caído sobre el peón, la que después de clavar los agudos colmillos en el cuello de la víctima, se preparaba a secundar el ataque, irguiendo la horrible cabeza de forma de candado, las fauces abiertas, mostrando los colmillos preparados, los ojos glaucos inmóviles. La piel color de tierra con escamas cenicientas y fajas negras, se agitaba con una convulsión incesante como si fuera gelatina que brillara al sol. Por el ambiente se extendió un olor fuerte de almizcle, peculiar a las serpientes enfurecidas.

Rana se vio perdido, pues sabía que las mordeduras de la equis, son casi siempre mortales y absolutamente si son en el cuello. Con todo, quiso matar al horrible monstruo. De un machetazo dividióle la cabeza, y de otro la cola que azotaba furiosa la tierra lodosa, aventando grumos de lodo…

Salvador acercóse a Rana. Del cuello del pobre montuvío se escapaban unas gotas de sangre. Parecíale increible al joven, que una herida hecha como con un alfiler pudiera ocasionar la muerte... Horriblemente pálido, turbado, sin palabra, no sabía qué resolución tomar, ni qué auxilio dar al peón.

—Es inútil, blanco, todo remedio; dijo estoicamente el herido... ¡La mordedura de la **rabo de hueso** es mortal. Ese habrá sido mi destino!...

Un violento temblor nervioso sacudió las hercúleas formas de Rana; rápidamente hinchósele el cuello, la cara, y los brazos; el cutis mulato tomó un tinte azulino; de las narices, de la boca, de los ojos, de las antiguas cicatrices, brotó sangre rosada. Los otros peones rodeaban al moribundo, que había caído en el lodo. Con las manos que se agitaban frenéticas, trataba de arrancarse algo que creía le ajustaba la garganta. Los ojos horriblemente abiertos y enrojecidos por la sangre, giraba hacia todos los compañeros, como implorando auxilio y consuelo. Un instante intentó, por un violento esfuerzo, ponerse de pie, pero cayó de bruces, arando con la frente el lodo sangriento, y las manos contraídas, arañaban desesperadas la tierra...

Salvador, arrodillado, lloraba; y acordándose de las oraciones que aprendió en la infancia, las recitó en voz alta, seguido por los peones serranos... Al fin, el pobre Rana, después de un último temblor, quedó muerto... Dos horas antes estaba sano y robusto, manejando el machete con la fuerza y maestría que le eran habituales...

Por la noche, diez peones y Salvador tenían el tifus de los pantanos. Casi todos los enfermos eran serranos, campesinos acosfumbrados al aire puro y fresco de la Sierra, que días antes habían llegado al Bejucal en alegre partida, llenos de esperanza y de buena voluntad para el trabajo. Iban a buscar allí, en esos bosques malsanos, el pan para los suyos, tan difícil de hallarse en la poblada meseta. ¡Pobres desheredados! infelices parias! ¡heroicos y oscuros soldados del heroísmo productivo! cuántas lágrimas, cuántos sinsabores, cuántas incomodidades sufridas en silencio, por llevar en una bolsita sucia y vieja un puñado de monedas con las cuales se comprará el buey de labor o el burro que acarreará al mercado el producto de un pedazo de suelo estéril!

Salvador, apenas convaleciente de la perniciosa, cayó, pues, con otra fiebre más terrible: la tifus, que rara vez perdona al enfermo.

¡Horribles días aquellos! noches de sed rabiosa, de visiones siniestras, de ardores infernales en el pecho! Y estar solo, lejos de los suyos, lejos de la casa propia, con la muerte cercana, sin la bendita madre, sin el amigo, sin el hermano que a la cabecera de la cama velan solícitos dia y noche! Salvador no tenía conciencia de lo que le pasaba. Había perdido la noción del tiempo y del lugar, y en los raros instantes de lucidez, vio siempre al pie de su cama de moribundo a Consuelo, y en su alma sentía un agradecimiento infinito... Otras veces, lo mismo que en la primera fiebre, tenía el convencimiento de que Consuelo era Mariana y que él estaba enfermo en Quito no sabía por qué... Once días pasó en ese estado de postración cercano a la muerte. Por un verdadero milagro, la crisis fue favorable y principió la convalecencia... Los peones enfermos habían muerto todos, a los pocos días de enfermedad, tendidos sin cuidado alguno, sin medicinas, sin auxilios en los miserables tugurios que tenían el nombre de habitaciones.

Fajardo poco se preocupó de esos infelices enfermos, y en el fondo de su alma perversa había un deseo infame: el de la muerte de Salvador, del rival odiado, del blanco instruído y superior, del serrano trabajador y cumplido, que demostraba dotes inmejorables para dirigir una explotación agrícola como la del Bejucal. Cuando Gómez, lleno de alegría, dióle la noticia de la mejoría del joven quiteño, no pudo ocultar el despecho, diciendo:

—¡Serrano pescuezo de pato... y ahora, cuánto tiempo pensará estarse en cama ese mayordomito del demonio!

—Pues, hasta que pueda trabajar, que será después de un mes.

—¿Tanto? Pero advierto que no le pagaré el sueldo. Día trabajado día pagao... ¿Oyé don Roberto? ¡Qué familia!

—Bueno, no importa. Yo, ¿comprende señor administrador? aunque estoy pobre, sostendré a ese joven.

—Ya lo creo. Usted quiere, por lo que barrunto, coger a ese muchacho para marido de su hija...

—No es por faltar al respeto que debo a mi superior; pero le encargo más moderación en el lenguaje. Nadie tiene derecho a meterse en mis cosas…

—¡Hola! don Gómez, no me levante el gallo; porque haré una barbaridá...

—Hágala si puede, que no me faltará manera de avisar al Sr. Velázquez, que usted trata de despechar a todos los empleados y ¡cuidado declare también ciertas cositas!...

El aire enérgico que tornó don Roberto, produjo efecto en Fajardo, cobarde y alevoso, que abusaba sólo de la debilidad.

—Oiga, don Roberto, dijo con voz más suave, no nos mortifiquemos de gana... haremos las paces tomándonos una copa… pero le digo que no convengo en que el serranito sea enamorado de Consuelo, porque... porque... yo también lo soy, valga la franqueza...

Esta declaración exabrupta dejó a don Roberto turulato. Nunca concibió que Fajardo pudiera pretender la mano de su hija...

—Bueno. ¿qué dice usted de esto?, insistió al administrador, yo tengo intenciones honraás y soy cabayero en mis sentimientos... Quiero pué casarme con la señorita Consuelo.

Urgido Gómez, caviló un largo rato; balanceó la cabeza a un lado y otro, apoyó el meñique en los labios, clavó la vista en la tierra, y al fin resueltamente dijo:

—Oye amigo Fajardo. Así como usted me habló con franqueza, yo haré lo misrno. Mi hija no puede casarse con usted…

—¿Y por qué?, ¿tal vez porque soy moreno?

—Nada de eso... sino porque ella no le quiere a usted…

—Entonces quiere al serrano...

—Tampoco lo sé, puede ser que ella tenga simpatías por Ramírez, pero nada me ha dicho...

—Bueno, si sólo el asunto se dificulta porque ella no me quiere, podemos arreglarnos... Voy a principiar a conquistarla y veremos si me resiste la blanca... Eso sí, la conquistaré con buenos modos porque es un diantre de **retobada**.

—Mejor es que usted no piense más en esto...

—Eso se quisiera el serrano. ¿Qué yo le deje libre el campo? ¡Qué familia!...

Salvador pálido arruinado, convertido en un verdadero espectro, encontraba en su convalecencia encantos que nunca soñó. Consuelo no pudo por más tiempo ocultar los sentimientos que rabosaban en su alma virgen y pura. El día de la crisis de la

fiebre, ella loca de dolor y desesperación, creyendo muerto al joven mayordomo, confesó a don Roberto el cariño que sentía por el moribundo, y aún hizo más, acercóse al lecho y abrazó largo rato el cuerpo inerte de Salvador, cubriendo el rostro cadavérico de besos apasionados y de lágrimas... Salvador volvió a la vida y como le volvía con ella algo de razón y conciencia, comprendió gue la joven, esa hermosa flor de marfil, le amaba, esta idea le hizo bien, y principió entonces en él, el deseo de la salud y de la vida...

Recostado en una hamaca, pasaba las horas del día, entre dormir con ese dulce sueño del convaleciente y conversar con don Roberto o con la joven. Como el ayudante por razón de sus ocupaciones, pasaba lo más del día fuera de la casita, los dos jóvenes quedaban solos, y entonces el dulce idilio de un resucitado y de una huérfana, se escribía con frases ardientes, con besos purísimos, con proyectos de felicidad y con promesas... Consuelo tenía para Salvador mimos de hermana, de madre, de amiga, era el mundo entero que le sonreía después de años y años de estar ceñudo y hostil... Verdad es que allá en Quito vivía la madre, pero Salvador tenía que hacer un esfuerzo para convencerse que tenía aún ese supremo regalo de los nacidos ¿Y la hermana? Cuando recordaba de ella, era como de una muerta adorada, pues desde que se había prostituído murió Mariana para él… y al recordarla volvía a los años de la niñez, cuando esa querida compañera de la infancia era un pedazo de cielo límpido sin nubes ni tormentas... Comparaba ese pasado triste y sombrío, sin afecciones ni esperanzas, con la joven que tenía allí a su lado y encontraba la vida amable y risueña. ¿No tenía él, derecho a la felicidad, y esa felicidad no le brindaba Consuelo? ¿Hasta cuándo iba a ser el galeote de la desgracia?... Después de estas reflexiones, besaba a Consuelo con verdadero deleite, como se besa a la primera mujer querida, y Consuelo para Salvador era la primera y única, después de una juventud estéril y de lágrimas! No quería pensar más en el problema de la vida y en el porvenir para no amargar esos fugitivos instantes de gozo, no pensaba en la necesidad de luchar con más tesón que nunca

para mantener una familia. El presente era todo para Salvador, como sucede siempre cuando uno se escapa de las garras de la muerte...

Una tarde, al finalizar ya el invierno, Salvador veía desde las ventanas de la casita la lejana cordillera dorada por los fuegos del sol moribundo. Los pajonales amarillos, las rocas salpicadas de nieve, las quebradas sombrías, se destacaban con claridad maravillosa sobre un cielo diáfano y azul. Atrás de esa cordillera estaba la Sierra: estaba Quito; y alli, la madre, vieja enferma y miserable, y también la pobre hermana, esa triste víctima de la lascivia enfermiza que a esa misma hora tal vez, mendigaba a cualquier desconocido, caricias y monedas!

En una casita inmediata, los peones serranos tocaban una vihuela, y los acordes interrumpidos por la distancia, trajeron a los oídos de Salvador los aires de un viejo yaraví que oyó cuando en la niñez era llevado a pasar vacaciones en la hacienda de Chillo. Vínole entonces el recuerdo de otros días: el del padre muerto, de la madre abandonada como un mueble viejo en un cuartito dado de limosna, de la hermana querida hecha prostituta, y lanzando un ronco gemido, lloró un largo rato, ahogándose en un dolor inmenso... Era la nostalgia del pasado que, aun cuando triste, tiene la magia de un cuadro vivo en el que figuran cosas y personas que no se volveran a ver!

CAPÍTULO X

La cosecha o **carguío** de cacao prometía ser muy abundante. Las amarillas mazorcas aferradas a los troncos y a las ramas de los árboles, día a día tomaban un color anaranjado, indicio de la madurez del grano encerrado en las hermosas cápsulas. Varios peones armados de escopetas recorrían todos los días las huertas, cazando a las ágiles ardillas, a los monos y a los loros, animales todos, ladrones de la codiciada fruta del cacaotero. El administrador Fajardo y los mayordomos ejercían

estrecha vigilancia para evitar las depredaciones de los montuvios aficionados a robar en las ajenas huertas un artículo valioso y de inmediata venta.

Los grandes aguaceros del invierno habían ya cesado para dar lugar a las pertinaces **garúas**. El río, aunque muy caudaloso todavía, llevaba aguas limpias que formaban remolinos de espumas blancas. En los potreros, las charcas perdían dia a día terreno, y como en ellas se refugiaban miriadas de peces, las garzas y gallaretas en apretadas legiones revolaban dando gozosos graznidos...

Principió la cosecha. Las cuadrillas de peones entraron a las huertas. Cada cuadrilla al mando de un nayordomo, llevaba tres o cuatro **palanqueadores** destinados a separar las mazorcas de los troncos y las ramas con el machete, o cuando estaban muy altas, con la palanca, larga caña que en la punta tiene una afilada cuchilla. Las mazorcas caían al suelo cubierto de hojarasca, produciendo un ruido sordo. Otros peones las recogían afanosos y las amontonaban de trecho en trecho formando pequeños y amarillos coros. Luego venía el abridor, que con un rápido y delicado movimiento del afilado machete, cortaba por la mitad de la mazorca sin tocar las almendras que eran extraídas por otros peones con una costilla de res y luego depasitada en las **árguenas**. Varios muchachos semi-desnudos eran los encargados de transportarlas sobre las mulas a la hacienda, en donde eran vaciadas en los tendales de caña para principiar allí la desecación y fermentación del valioso grano. Todos los habitantes del Bejucal tomaban parte en la cosecha, y esos días eran como de fiesta, porque los altos jornales que se pagan en esta época, traen la alegría y la animación. Los grandes tendales rebosaban de cacao pardusco; varios peones, veteranos en la difícil faena de secarlo, pasaban y repasaban con los pies desnudos por la caliente masa, removiéndola incesantemente, para que todos los granos recibieran la acción del sol ardiente. El aire estaba saturado de olor peculiar del cacao maduro, olor que como ningún otro, es propio de las tierras fértiles de los trópicos.

Aprovechando de la abundancia de aguas del río, no disminuídas todavía por el naciente verano, algunos pequeños vapores subían hasta el Bejucal para tomar y conducir a Guayaquil el cacao, que en grandes sacos de cáñamo rotulados con letras negras, era embarcado por peones atléticos y semi-desnudos.

AI mediar la cosecha de cacao hubo en el Bejucal un acontecimiento que influyó notablemente en el porvenir de Salvador. El señor Velázquez, dueño de la hacienda, llegó en una lanchita de vapor para inspeccionar, como lo hacía todos los años por esa misma época, los trabajos de la hacienda.

El señor Velázquez era un anciano robusto y hermoso, descendiente de las antiguas familias guayaqulleñas que guardan el honor y la probidad como el mejor timbre de su alcurnia. Activo en el trabajo, honrado a carta cabal, pulcro en sus menores acciones, servicial y caritativo, el señor Velázquez era una de las mejores figuras de Guayaquil. La fortuna la debía al trabajo y no al agio, a la avaricia y al contrabando.

Cuando hacía las visitas anuales al Bejucal, mayordomos y peones tenían motivos para estar contentos, porque no era un amo el que estaba allí sino un amigo cariñoso, presto siempre a enjugar lágrimas y a prestar servicios. Algunos antiguos empleados del Bejucal, con la protección del señor Velázquez, habían labrado fortunas más que medianas, y muchos pobres montuvios arruinados por el juego o los tinterillos, encontraban en la bolsa de don Antonio anticipos de dinero que rara vez eran reembolsados.

Sin embargo de ser el dueño tan honrado y bondadoso, la hacienda Bejucal encerraba como antes se dijo, los peones más perversos de todos los contornos, pues la misma larga distancia a las poblaciones era un aliciente para que los criminales fueran al Bejucal en busca de refugio y de trabajo. Fajardo mismo era un montuvio díscolo e ignorante, pero honrado y apto para las faenas, y fuerte para dominar esa guerrilla de facinerosos.

Llegó pues el señor Velázquez; Salvador encargado por Fajardo del cuidado de los tendales, fue el primero de los empleados con quien topó don Antonio. Al ver a Salvador tan amarillo y flaco, tuvo un movimiento de sorpresa como si se admirara de que un joven robusto pudiera en tan poco tiempo estar en ese lamentable estado.

—Parece, amiguito, que los aires del Bejucal no nos vieran bien.

—Cierto señor, desde que usted me mandó he tenido varias fiebres, y la tifus que cosechó a la peonada de la Sierra.

—Bueno, bueno; usted ya se aclimatará. Al principio los serranos sufren mucho; pero serrano aclimatado, es mejor que el mismo montuvio.

—Ojalá…

—Y dígame Salvador, ¿está usted contento con su empleo?…

—Así... así... Le diré señor con franqueza: el administrador me tiene ojeriza desde el día en que llegué, y no pierde ocasión para molestarme, tanto que varias veces he querido separarme de esta hacienda.

—¡Cosas de Fajardo! El pobre es muy ignorante y quiere que todos sean tan montuvios como él. ¿Y Gómez, cómo se porta con usted?

—¡Oh! don Roberto es para mí como un segundo padre. En mis enfermedades, si no hubiera tenido a don Roberto me muero.

—Gómez es muy buen hombre y muy honrado. ¿Consuelo estará muy buena moza? No la veo todavía.

—Salvador turbóse visiblemente con la sencilla pregunta. Don Antonio lo notó, y como gustaba de la broma dijo risueño…

—Amiguito... hay sin duda moros en la Costa... bueno, bueno. ¡Cuidado con enamorarse de la hija de mi ayudante!

—Pues, señor don Antonio, le confieso que Consuelo es una perla y que ya...

—¿Estás enamorado de ella? Buen gusto… ¡ Si estos serranos son unos pícaros!... ¿Y qué dice don Roberto?

—Parece que no le disgusta. Lo malo en el asunto es que el administrador pretende también a la muchacha, y ésa es la razón principal del odio que Fajardo me tiene.

—¡Niñerías de Fajardo! Debe dejarse de esas candideces y buscar mujer entre las montuvias como él... Para evitar todo esto cásese usted pronto; pero pronto...

—Es que todavía soy pobre, y, ¿con qué voy a sostener una mujer?

—¿Y el empleo?

—Cincuenta sucres semanales es un sueldo regular; pero como durante mis enfermedades no he ganado nada...

—¿No le ha pagado Fajardo?

—No señor; dice que sólo el que trabaja debe ganar...

—Bueno, bueno. Vamos a otra cosa. Pienso darle a usted otra ocupación en la que gane más con menos trabajo: hágase usted cargo de la tienda y le pagaré sesenta sucres y la mitad de las utilidades del negocio. Con esto ya habrá para casarse y Fajardo nada tiene que ver en el asunto... ¿Acepta usted?...

Salvador con los ojos desmesuradamente abiertos, tembloroso y casi sin palabras, no pudo sino murmurar agradecimientos comunes... Al fin, por un movimiento espontáneo, tomó la mano del noble anciano y la besó...

—¿Qué es eso? No es para tanto. Lo dicho, mañana se hace el inventario y recibe usted la tienda... Ahora voy a la oficina a ver cómo andan esos libros.

Salvador no podía creer en la buena suerte que le deparaba don Antonio. ¡Sesenta sucres y la mitad de las ganancias! Nunca había ganado tanto! y un trabajo independiente, fuera de la odiosa autoridad de Fajardo, un negocio que bien llevado podría dar un capital; pues, en la tienda del Bejucal se vendía una barbaridad a los montuvios... Y luego podría casarse con Consuelo, formar un hogar feliz, llamar a su lado a doña Camila para que su vejez pasara tranquila, olvidando esas miserias y sinsabores que amargaron los últimos tiempos de su matrimonio. ¿Y Mariana? ¡Oh, la pobre hermana! Para ella sí no había remedio ni esperanza; para ella, sólo la sucia cama de un hospital y la vida de infamia! Haciendo estas reflexiones, Salvador tuvo un instante de rabia ciega contra el destino, y alzó los ojos al claro cielo en señal de desafío impotente.

CAPÍTULO XI

Don Antonio, antes de regresar a Guayaquil, quiso dejar arreglado el matrimonio de Salvador.

Llamó un día a don Roberto, y sin preámbulos, díjole:

—Usted habrá notado que Ramírez está enamorado de Consuelo. Sé también que la muchacha no pone mala cara al serranito, y como la pareja es buena, ya que él es un buen muchacho, honrado y de buena familia, y ella una perla, es necesario que se casen. ¿Qué dice de esto amigo Gómez?

Pues, mi señor don Antonio, le diré con franqueza que no me disgustara que mi hija se case con Salvador, porque es un joven recomendable. Además, ya estoy muy viejo y mi hija pronto necesitará apoyo.

Entonces vamos a la práctica. ¿Cuando quiere que se haga el matrimonio?

—Después de dos meses; necesito ese tiempo para ciertos arreglos y ver de conseguir un poco de plata.

—Déjese de plata, pues yo quiero ser el padrino y dar como tal a mis ahijados lo que necesiten para la boda... Conque, don Roberto, ¿ya sabe? Ahora estamos en Mayo, en Junio o Julio vuelvo con mi mujer que será la madrina, y santas pascuas. Avise a los muchachos esta resolución mía.

—Señor, Dios le pague por tanta bondad. De parte de mi hija, de Salvador y mía, le agradezco, senor Antonio sus finezas... Quizá le podremos pagar algún dia...

—Bueno, ahora déme un abrazo, que la lancha está lista. Mucho cuidado con la huerta del <Cauje>, está allí principiando la **mancha**. ¡Digale a Fajardo que reserve la **manga** de Sabaneta, porque voy a comprar una buena partida de mulares... Ah... otra cosa, no se olviden de embarcar en <La Teresa>, que vendrá la semana próxima, el cacao con marca para <Seminario Hermanos>....

Salvador viose, transformado pues, de mayordomo en tendero. El cambio era ventajoso, tanto para su salud algo menos que en ruina, después de diez meses de labores al aire envenenado, cuanto para su fortuna, ya que en casi un año de durísima faena no tenía ni un centavo. El nuevo empleo no era, desde luego, una canongía. Desde la madrugada tenía necesidad de atender a los compradores y vender al pormenor desde la manteca hasta la vara de zaraza; y en estas ventas hacer un gran acopio de paciencia. ¡Las noches, sobre todo si eran de un día de pagos, la tienda se convertía en un infierno de borrachos, no siendo raro que los machetes manejados por peones salvajes, brillaran a la luz de la lamparilla de kerosene que colgaba del techo de la tienda, o causaran daños en las mercaderías y en la piel de los contendientes.

Como novio oficial de Consuelo, no encontraba reparo en tener con ella largos apartes, los que tenían lugar ya en la tienda, cuando ella iba con cualquier pretexto durante el día, ya en el corredor de la casita de Gómez, cuando él, buscando también un pretexto baladí, cerraba la tienda durante tres o cuatro horas.

Por otra parte, los amores eran calmados sin esos aspavientos románticos, ni esos locos proyectos de felicidad que se forjan en las cabezas calientes. Salvador, por temperamento, por educación, por herencia paterna, era siempre un tanto timido, y por los continuados golpes de la mala suerte, escéptico y frío. Cuando él, lanzando una mirada retrospectiva, comparaba su ideal y manera de ser de seis años atrás, con su ideal y existencia presentes, se asombraba de los cambios sobrevenidos, y dudaba a ratos si era el mismo Salvador Ramírez, estudiante de leyes, rico de filosofía escolástica y de aspiraciones a la magistratura y al profesorado. ¡Qué distancia desde el claustro de la Universidad de Quito, a una pequeña tienducha de mercaderías perdida en el fondo de los bosques! ¡Qué abismo entre las esperanzas y la fe de esos tiempos, a la realidad dolorosa de los años posteriores, realidad que había arrancado una a una las ilusiones de su alma virgen y soñadora, sustituyéndolas con hechos brutales! Hacía un año que llegó a la Costa, acariciando

la última esperanza de fortuna, y esa fortuna se había presentado esquiva, y aún el pobre pan fue conseguido a fuerza de fatigas, de enfermedades, de insultos y de diarias heridas al amor propio.

La venida del dueño de la hacienda había marcado el principio de una nueva etapa con albores de ventura. Quizá la suerte dejaría de atormentarle con sus desdenes; y por fin, al concluir la juventud, habría encontrado un corazón simpático al suyo tan desolado y pesimista.

Consuelo acostumbrada desde muy niña a la estrechez y al sufrimiento, era una alma bellísima, vigorosa para la lucha por el bien y con un hermoso sentimiento práctico de la vida. No se encontraba en ella el refinamiento del espíritu, perjudicial muchas veces, ni la grosería propia de las jóvenes educadas sin madre en el campo. En una palabra, Consuelo tenía los requisitos para ser una buena esposa para Salvador o para cualquier otro hombre de iguales circunstancias.

Con verdadero tesón trabajaba Salvador, y demostró una rara aptitud para el negocio a él encomendado. En dos meses pudo apreciar, mediante un prolijo balance, que la utilidad era suficiente para labrar sobre ella una fortunilla que pondría a su futura familia, en condiciones de desafiar la miseria. Como no podía olvidar a la madre ausente y enferma, apenas pudo hacerlo, envióle cincuenta sucres, suma que a la pobre anciana debía bastarle para muchos días, ya que casi ciega, apenas salía del cuartito donde vivía de limosna...

Fajardo no podía ocultar el despecho que experimentaba, viendo al odiado y antipático serrano fuera de su tiránica autoridad. No perdía, eso sí, ocasión de poner dificultades y embarazos al negocio, ya negándole una canoa cuando necesitaba Salvador para ir al pueblo por compras, ya impidiendo a los peones prestarle algún servicio. Cuantas veces podía y sin recelarse de nadie, echaba ternos contra el maldito serrano advenedizo y miserable, y hasta don Antonio recibía el dictado de

viejo chocho y santurrón. Los demás empleados que siendo más antiguos que Salvador habían sido postergados por éste en la estimación del dueño, acompañaban a Fajardo en las ridículas lamentaciones y en los odios furiosos, y el peor capítulo de cargos era el ser serrano, como si la sierra no fuera parte del hermoso país de Atahualpa y de Sucre!

Los peones, al contrario, fueron casi todos ganados después de poco tiempo, por la justicia, tolerancia y abnegación del **rubio** como llamaban entre ellos a Salvador, el que siempre estaba listo para hacerles un servicio y darles al fiado géneros y comestibles de la tienda. Además, por varias ocasiones habian experimentado que el serrano era valiente, y más, cuando una noche, armado sólo de un palo, desarmó al Cortado, terror de la hacienda, por lo alevoso y atrevido, y que ostentaba en la cara diez cicatrices de otros tantos machetazos recibidos en riña.

<El Cortado>, desde aquella noche, juró vengarse de Salvador, y Fajardo a trasmano incitaba la venganza del criminal y aún premió con una copa de mallorca la rebelión del peón contra el empleado de la tienda...

—A este serrano hay que darle algún dia una lección, solía decir con frecuencia... ¡Ajo! no fuera el administrador sino el cholo Fajardo, nos viéramos las caras. ¡Matar un serrano, es matar un puerco! ¡Tanto valen!

Don Roberto en vano quería de todas maneras amenguar el odio del administrador contra el novio de su hija, porque veía en lo porvenir algo desagradable, pues, ya se había visto lo fácil que es cometer en esas haciendas retiradas de las poblaciones, gravísimos delitos, sin que la autoridad pudiera castigarlos. ¡Cuán cerca estaban de realizarse sus temores!

Un sábado por la noche, muchísimos peones que habían recibido el jornal de la quincena, estaban en la tienda comprando comestibles y bebiendo mallorca. Entre

estos últimos se encontraba <El Cortado> que bebía con verdadero frenesí. Parecía nervioso y preocupado, y en el alcohol trataba de encontrar alivio o valor. Salvador, ayudado de don Roberto, apenas se alcanzaba a atender a la concurrencia. <El Cortado>, ya muy ebrio, principió a disputar con un compañero borracho como él; de las voces pasaron a los hechos, y los machetes salieron de las vainas.

Salvador tomó con la rapidez, de un rayo, un rifle que siempre tenía a mano y quiso imponer paz a los dos montuvios; las razones no valían nada para gentes ebrias y díscolas; había que ir a los hechos. De un culatazo en el pecho hizo rodar al Cortado, y de otro hábilmente asestado, al contendiente; luego ayudado por Don Roberto y algunos peones quitó los machetes y sacó a empellones a los camorristas.

<El Cortado> desnudo de medio cuerpo arriba, salió al patio, lanzando amenazas y blasfemias. La luna derramaba su luz sobre esa fiera humana que daba rugidos de venganza al verse desarmado.

—Ese miserable, ese muerto de hambre, entrometido ¡ajo! es el que maltrata al **Cortado** ¿No sabe que para mi un serrano es menos que una culebra? Salga ese guapo acá afuera, de hombre a hombre a ver si no lo **mamo**.

—Silencio insolente, gritó desde la puerta don Roberto.

—Hola, hasta ese viejo alcahuete se mete conmigo…, ¡Cállese usted, viejo que sirve de alcalhuete a la perra de su hija!...

Don Roberto, enfurecido, salió de la tienda antes que pudiera impedírselo Salvador. El montuvio dio algunos pasos hacia atrás y sin saber de dónde, sacó un pequeño puñal que brilló a la luz de la luna. Luego dio un brinco sobre don Roberto y un instante formóse un grupo informe. Antes que los testigos pudieran acercarse, los

dos rodaron por el suelo y oyóse ese ruido horrible que hace el acero al desgarrar la carne, y el cuchillo volvió a brillar a la luz de la luna dos veces más…

—¡Socorro! ¡Me mató!... ¡Salvador me mató!... se oyó decir al infortunado Gómez, moviendo desesperado las piernas convulsionadas por la agonía...

<El Cortado> con una sonrisa satánica y manchado de sangre, levantóse esgrimiendo el cudhillo.

—A ver guapos... quién quiere seguir al viejo a los infiernos... que venga ese canalla del serrano...

Salvador, con un revólver en la mano, se acercó al bandido…

—Llégate más, serrano cobarde, gritó el Cortado.

Salvador dejó de avanzar, paróse en seco y con el pulso firme apuntó y disparó. Antes de un segundo se oyó otro disparo y todavía un tercero...

—Ya me dañó el serrano, gritó el montuvio, soltando el puñal de la mano destrozada por una de las balas... Pero el viejo me las ha pagado toas...

Gómez agitóse un instante en medio de un charco de sangre y luego quedó inmóvil... estaba muerto! Tenía dos puñaladas en el pecho...

Salvador, atontado, sin tener conciencia de la horrible escena, inclinóse sobre el cadáver del ayudante, como si aún tuviera duda de que lo que tenía delante era el cuerpo sin vida del que minutos antes estaba sano y satisfecho... Una ira espantosa nunca sentida hasta entonces, dominóle por completo. Acercóse donde el asesino, al que sujetaban dos peones, y tomándole del cuello con manos trémulas de rabia y

con una fuerza desacostumbrada, intentó extrangularlo. Salvador estaba horrible con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios dejaban escapar verdaderos bramidos de fiera.

El **Cortado**, herido de un balazo en la mano y de otro en una pierna, no podía defenderse, y al formidable estrujón del mayordomo vaciló con la cara congestionada, los ojos salientes y murmurando… ¡Por dios!… ¡no me mate! ¡Don Ramírez!

Cayeron ambos... El ronquido del asesino angustiaba a las que le oían, y ninguno de los peones se atrevía a separar ese grupo horrendo... Fajardo que acababa de salir casi desnudo de su casa pudo al fin a fuerza de puños hacer que Salvador soltara al Cortado casi muerto de asfixia…

Chimbote que había presenciado toda la sangrienta escena corrió a la casa de Gómez a dar la noticia a Consuelo que ajena de lo que acababa de pasar a pequeña distancia de ella, dormía profundamente, sin que le despertaran ni los tiros de revólver.

El muchacho, con ese espíritu de novelería tan propio de los de su condición y edad y con esa satisfacción insana que tienen algunos para dar una mala noticia, subió a la carrera la grada, gritando:

—Señora Consuelo, señora Consuelo, el Cortado ya lo mató al padre de usted, a don Gómez. Levántese pronto.

La joven oyó entre sueños la noticia y casi dormida saltó del lecho, al tiempo que el muchacho lanzaba nuevamente al aire como una cantinela, la frase: <el Cortado mató a don Gómez>.

Al principio ella no comprendió nada; no era ni verosímil la noticia. ¿Tal vez fue una pesadilla? Pero no, allí gritaba el muchacho por tercera vez: <mató a don Gómez>...

No era posible ya la duda, no era una pesadilla. Un sudor frío como de muerte invadió su cuerpo, un temblor espantable sacudía sus carnes apenas cubiertas por delgada camisa. Tambaleándose como una ebria, apoyándose con las crispadas manos en los muebles que adivinaba en la sombra del cuarto, dirigióse hacia la puerta... no parecía la puerta, en su turbación había caminado al extremo contrario… Conteniendo la respiración, volvió a tantear las paredes, los muebles, sin saber lo que hacía... <Levántese pronto>, dijo otra vez Chimbote tras de la cerrada puerta, <levántese pronto, ya traen el cadáver>...

Al fin, después de un minuto de tentativas infructuosas, logró abrir la puerta... Por el ancho patio vivamente iluminado por la luna, venía un grupo de gente agitada, lanzando maldiciones ahogadas, sollozos, gritos y ese grupo traía un bulto de forma extraña del que pendían dos sombras dos brazos que se agitaban a compás... Sí ese bulto era un cadáver... el de su padre, no había duda; divisaba la cara sombreada por abundante barba negra... Sí, no había en la hacienda ninguno con barba tan negra y abundante... y delante venía Salvador con la ropa blanca llena de manchas oscuras que debían ser de sangre!... Luego perdió la vista, borróse la visión, un velo negro ocultó todo; en los oídos sintió un zumbido igual al de millares de moscas, las piernas como si fueran ajenas se negaban a sostenerle, y después, nada, negro, la muerte ………………………………………………………………………………….

Estaba en su cama... ¿desde cuándo?... Una luz iuminaba débilmente el cuartito. ¿Qué hora es?... Fuera del toldo transparente divisó sentado en un baúl a Salvador, la cabeza apoyada en el pecho, las manos en los bolsillos en actitud de dormir o meditar. ¿Por qué estaba allí, en su cuarto de soltera y por la noche ese joven? Vaya, que aún cuando su novio, era un atrevimiento imperdonable…

Luego fijóse en que la puerta estaba abierta y que por delante de ella pasaban algunos peones o empleados conocidos. ¿Por qué a esa hora ese ir y venir de esos hombres? ¿Qué hacían en la casa?... Oyó golpes de martillo, como si clavaran un cajón de madera... Su cerebro sentíalo vacío, como si la conciencia y la memoria hubiéranse extinguido derrepente. Salvador hizo un movimiento, levantó la cabeza... lloraba ¿Por qué? ¿Tal vez ella estaba enferma?... En el pecho y en una manga del saco blanco del joven, habían unas manchas: ¿de qué eran? ¡Oh! ¡memoria! ¡Sangre, sangre! gritó sentándose en la cama... Instantáneamente volvióle la memoria y con ella la visión horrible del patio vivamente iluminado por la luna y del grupo de gente que traía el cadáver de don Roberto…

Salvador, al oír el grito, acercóse a la cama y sin poder decir ni una palabra abrazó a la pobre muchacha que lloraba a gritos como loca, arrancándose el cabello, presa la infeliz de un dolor imposible de pintarse en cuadro alguno.

<El Cortado>, dos días después de su crimen y en camino ya para la prisión, expiraba en una playa arenosa con el horrible tétanos, causando espanto por la agonía desesperada, a los que lo llevaban en una canoa…

CAPÍTULO XII

Dos meses después de estos acontecimientos llegó a la hacienda, como antes lo había ofrecido, el señor Velázquez, para servir de padrino en la boda de Salvador y Consuelo. La desgraciada muerte del ayudante Gómez consternó a don Antonio, y aunque tarde comprendió que para administrar una hacienda como el Bejucal, no solamente se necesitaba un hombre como Fajardo, apto para el trabajo físico, sino otro que reuniera ciertas condiciones de honorabilidad y educación, para así levantar un tanto el nivel moral de esos peones embrutecidos por el alcohol y las pasiones más innobles.

La pobre Consuelo, enflaquecida por el sufrimiento, salió la primera a recibir al bueno de don Antonio, que sensible a la ajena desgracia no pudo al abrazar a la muchacha contener las lágrimas:

—Ven, te abrazo, pobrecita huérfana; basta que seas hija de mi mejor empleado para ofrecerte toda mi protección. ¡Quién nos hubiera dicho ahora pocos meses lo que iba a suceder... Vaya, cúmplase la voluntad de Dios!

Consuelo lloraba silenciosamente mojando con sus lágrimas las manos del anciano dueño del Bejucal.

—¡Cálmate, hija mía!.. . aunque has perdido a tu padre te queda tu marido, pues vengo para tu matrimonio, y luego ya...

—Gracias, señor... pero el padre... es el padre...

—Así es... así es... ¿Dónde está Salvador?

Salió al campo desde la mañana, y no vuelve todavía.

—¿Y tú con quién vives ahora?...

—Sola, señor, en mi casa. Salvador me da todas las semanas lo que necesito... Desde la ropa de duelo me la dio él. ¡Es tan bueno!

—Ciertamente es un buen joven... ¿Y Fajardo?

—Quisiera no ocuparme de ese hombre. ¿Ha de creer usted que a los tres días de muerto mi padre vino a mi casa a pretexto de ver lo que hacía falta y me propuso

matrimonio? Yo que estaba desesperada, me indigné de la propuesta y le dije saliera de allí... Se equivoca usted, le contestó, ésta no es su casa y el día que yo quiera le saco de ella... Pocos días después regresó, y como no había nadie, porque la gente había salido toda al trabajo, quiso abrazarme y besarme a la fuerza... Yo felizmente pude salir corriendo y refugiarme en la tienda donde estaba Salvador. A él nada le dijo, porque sería capaz de matar a Fajardo. Desde ese día cuando puede me amenaza y dice que Salvador ha de morir como mi padre, asesinado... Y yo sí lo temo al administrador, porque es perverso. Cuando mataron a papá él no hizo caso y más bien trató de proteger al Cortado a quien Salvador iba a matar ahorcado, ya que no le acertaron bien los balazos de revolver.

—Mejor que tu novio no haya matado a ese bandido. Dios se encargó de él, porque las heridas habían sido un disparate. El tétanos, hija, no perdona... Bueno, lo primero es lo primero, mañana mismo deseo que bajemos al pueblo para que se casen. Allí buscaremos madrina, ya que mi mujer no pudo venir, porque la pobre está muy delicada. Todo está listo.

Al día siguiente, una gran canoa de fierro pintada de rojo, manejada por seis remeros condujo al pueblo más inmediato a Salvador, Consuelo, el señor Velázquez y algunos empleados de categoría de la hacienda. Fajardo aunque invitado no quiso ir.

Los novios iban vestidos de negro, y Consuelo, aunque enflaquecida y pálida estaba muy simpática y aún se adivinaba en ese rostro de marfil, vivos relámpagos de felicidad, determinados por enrojecimientos repentinos.

La canoa a favor de la corriente y de los remos, volaba. Antes de haber transcurrido dos horas, llegaban al pueblo en donde el señor Velázquez era esperado por el cura, amontuviado y rústico, pero campechano y vividor...

La ceremonia no fue larga y Salvador unióse a Consuelo con el lazo del matrimonio... Concluída la fiesta de iglesia, don Antonio besó a la novia en ambas mejillas y Salvador radiante de felicidad, la única, la única en su vida, abrazó a la mujer, a la esposa, a la que debía ser madre de sus hijos, a la que le ayudaría a sostener impertérrito la lucha por la vida. Abrazóla con amor, con gratitud, con respeto; como a amante, como a amiga, como a compañera... y el cielo parecióle mas claro, más radiante y la naturaleza como si toda estuviera de gala para alegrarse con la alegría de ese pobre corazón.

El viaje de regreso fue muy fatigoso y muy largo para las ansias de los recién casados... Al fin llegaron al muelle de balsa; atóse la canoa, saltaron los pasajeros a la playa y los novios, tomados del brazo se dirigieron a la casita del ayudante, donde un año antes entrara Salvador desconocido, triste y casi desesperado. El buen Gómez no estaba allí para que la felicidad de sus hijos, como se complacía en llamar a los dos jóvenes, fuera completa. La verdadera dicha no es egoísta. Consuelo al subir la escalera de la casa, casi en brazos de Salvador, ocultó la cabeza en el pecho de su marido y prorrumpió en sollozos. Salvador besó apasionado los labios, mejillas y ojos de la joven, y pronto una sonrisa se dibujó en el rostro ya no pálido sino rosado de la muchacha. Era el pudor nativo que asomaba casi inconsciente, adivinando que en esa casa le esperaba Himeneo con sus misterios...

—¿Usted se queda... ahora aqui?, preguntó Consuelo a Salvador entre cándida y maliciosa...

—Amor mío, no me trates ya de usted. . . ¿Quieres que me vaya a mi tienda? ¿Quieres echarme de tu casa?...

—¿Yo?, no... pero me da miedo de no sé qué...

Salvador abrazó a su mujer, cubriéndola de besos y levantándola en alto con aire triunfante y vencedor, llevóle a la cámara nupcial...

La luna salía en ese instante tras la cordillera brumosa, plateando las lustrosas hojas de los cacaotales, las aguas tranquilas del río murmurante, y la faja de blanca niebla gue se levantaba perezosa en un rincón del paisaje inmenso... El silencio augusto de los bosques, apenas era turbado por el soplo intermitente de la brisa que viajera desde el lejano mar, moría fatigada en brazos de la selva; y la tierra fecunda, incansable de los trópicos, exhalaba aromas desconocidos, como si fuera los de eterna maternidad de la naturaleza…

CAPÍTULO XIII

La felicidad acorta el tiempo, y los seis meses que contaba Salvador desde su matrimonio, le parecían seis semanas... Desde el día en que: Consuelo fue llamada suya, todo fue dicha para Ramírez. Don Antonio, como regalo de boda, nombróle administrador del Bejucal, llevando a Fajardo a una nueva hacienda que había comprado en Manabí. El sueldo del administrador era bueno, y además, por cada quintal de cacao ganaba también una prima halagadora. Consuelo era una verdadera joya; el tipo de la mujer cariñosa y fuerte, apta para llevar con resignación, cuando no con alegría, las penalidades y contratiempos de una vida laboriosa. Salvador, rejuvenecido, moralmente, encontraba en él, energías nunca sospechadas y una voluntad férrea para el trabajo. Se veía fuerte, enérgico, y confiaba en sus fuerzas. ¡Atrás las ideas negras y pesimistas!, atrás ese odio a la humanidad entera, a esa humanidad que si encierra tipos repugnantes, cuenta también en su filas a una Consuelo y a un Velázquez. La fortuna esquiva por fin le mostraba el rostro sonriente y él bendecía la idea que le impulsó a huir de Quito e internarse en esa Costa tan alabada por unos y tan maldecida por otros. Daba de barato los sufrimientos de los prirneros tiempos, los desaires, las enfermedades, las desiluciones. Consuelo fue el

premio de su paciencia, esa mujer enamorada y fiel que nunca imaginó encontrar en las profundidades de los bosques tropicales.

Ahora, merced a su buena situación, podía mandar, como en efecto lo hacía, a la pobre madre una mensualidad suficiente a librarle de la miseria y de la triste dependencia de la señora, aunque caritativa, caprichosa y vana. ¡Qué hermosas y tiernas eran las cartas que Salvador escribía a su madre! Todos los mimos, todas las ternuras, todas las santas afecciones del hijo, estaban pintadas en él; y esa madre tan desgraciada, en la lectura de esas adrnirables epístolas, encontraba un baño de felicidad dulcísima, nunca conocida en toda una vida....

Los trabajos del Bejucal marchaban con una regularidad maravillosa. El nuevo administrador era de una actividad y de una constancia sorprendente. Empleados y peones de grado o por fuerza, cumplían rigurosamente su deber. A fines de ese verano, se habían desbocado más de doscientas cuadras para nuevas huertas y **mangas**. Los cacaotales estaban limpios de maleza, y en los potreros se había sacado, a punta de pico, **el espino y el abejón**. Las casas, tendales y cercas estaban reparadas de los antiguos desperfectos, y hasta las mulas y caballos andaban retozones por los bien tenidos potreros pastando una yerba abundante y nutritiva.

—Vaya, que he resultado agricultor, decía Salvador a Consuelo. En mi vida me hubiera figurado que sería apto para dirigir una hacienda como ésta.

—Es que el querer es poder, y tú has querido... He ahí todo.

—Además, la gratitud que tengo para don Antonio ha hecho este milagro.

—Todo lo que hagas por ese verdadero padre, será poco todavía. A él le debemos todo.

Y Salvador, después de cada una de estas conversaciones, sentía en su alma nueva fuerza impulsiva para el trabajo.

Cuando llegó el invierno con su cortejo de lluvias, relampagos, mosquitos y enfermedades, Salvador había recuperado la salud perdida; estaba pues aclimatado al decir de todos los que le veían... y como de la salud viene la alegría, siempre estaba de buen humor y nunca le vio Consuelo con el antiguo aire de murria o despecho.

Otra cosa que tenía contentísimo a Salvador era la seguridad de ser pronto padre. Consuelo, muy ruborizada le confesó un día que la causa de cierto malestar, del que se venía quejando, era llevar en su seno el bendito fruto del amor... Con mil besos pagó Salvador esa noticia que ennoblecía ante sus ojos a su mujer. Desde ese día redobló sus mimos y cuidados y levantó un alto castillo de proyectos para el porvenir. Encargó a Guayaquil lo necesario para el ajuar del adorado ser que debía venir, y se complacía en examinar las mil prendas que con amoroso anhelo preparaba la joven...

Una mañana de Febrero, después de un aguacero torrencial que inundó los campos, haciendo salir al río de madre, sintió Salvador cierto dolorcito en los músculos de las piernas.

—Vaya, pensó, ya atrapé un reumatismo a causa de haberme mojado ayer...

Algunas horas después, el dolor aumentóse, los pies se enfriaron y en los dedos de las manos sintió algo como disminución del tacto. No quiso avisar a Consuelo por no alarmarla, y estando persuadido de que esa indisposición sería pasajera.

La noche fue mala; el dolor y el frío horrible de las piernas, no le permitieron dormir ni un segundo. Ansioso esperó el alba, y cuando ésta se anunció por la tenue luz que entraba por las persianas y la modulación de las aves en el cacaotal vecino, quiso abandonar el lecho. Con gran dificultad pudo sentarse, los brazos obedecían a duras penas a la voluntad, y en las manos sintió cierta torpeza como si estuvieran con gruesos guantes. Alarmado con síntomas tan extraños, pensó largo rato si avisaría a Consuelo. Vistióse con una lentitud desesperante, los esfuerzos eran casi nulos y los movimientos tardos y forzados.

<Esto es algo grave>, pensó. Veremos cómo paso ahora el día. Al caminar notó que las piernas estaban flojas como si los huesos y tendones estuvieran sueltos. Tambaleándose acercóse a la cama de Consuelo que dormía el sueño dulce de la mañana.

—Consuelo, dijo después de despertarla con un beso, no te asustes, pero sabrás que no he pegado los ojos, porque me ha molestado mucho el dolor de las piernas y el frío, y ahora noto que casi no puedo moverme. No sé qué sea esto.

—Tal vez sea algo grave, contestó la joven, incorporándose asustada... ¡Y en este desamparo, sin un médico a quien preguntar...!

—Sabes, que tampoco puedo tragar. Estoy como si tuviera cerrada la garganta. Ni la saliva pasa.

—¿Tienes calentura?
—No, estoy fresco...

—¡Dios mio! no hay otro remedio que irnos a Guayaqull para que te cures. Aquí sería morir…

—Ya creo que esto pasará, dijo con aire de incredulidad, Salvador, por sólo calmar a su mujer.

—No, no, ahora mismo nos vamos. El señor Velázquez no reprobará el que vayas a curarte...

Dos horas después, una canoa de hierro, con cuatro remeros llevando a Salvador y Consuelo, bajaba hecha una flecha el hinchado río.

De hora en hora Salvador se agravaba. Las palabras salían de sus labios colgantes, con dificultad y lentitud y la sensibilidad del tacto disminuía. Sin embargo de la rapidez de la canoa, Consuelo desesperaba por encontrar un vapor, pues, le parecía que cada hora perdida en atender a Salvador con un buen médico era irreparable.

Al medio día llegaba la canoa al puéblo de X. El <Huáscar>, vaporcito de gran andar, estaba soltando sus amarras para regresar a Guayaquil. Consuelo obtuvo del Capitán que esperara un instante para trasbordarse con el amado enfermo. Quiso Salvador ponerse de pie y le fue imposible; las piernas se negaban a obedecerle. Consuelo, con una angustia infinita, mandó a los remeros que tomaran a Salvador en brazos y lo trasladaran al vapor. Así lo hicieron, llevando al administrador como un cuerpo muerto.

—Sería bueno que avisaras a don Antonio, por telégrafo, que voy enfermo, dijo Salvador, con dificultad y como si estuviera fatigado... Consuelo obedeció el deseo de Salvador y el vaporcito a todo andar, aunque no con la velocidad que ella deseaba, enfiló la corriente del Vinces.

—¡Qué horas tan angustiosas las que el vapor tardó en recorrer la distancia que hay de X a Guayaquil. Salvador, sentado en un banco, con la cara triste, los brazos inertes colgados, las piernas inmóviles, veía desfilar el paisaje que diez y ocho

meses antes vio desde la canoa que le llevó al Bejucal. Consuelo, con el rostro angustiado, con lágrirnas que en vano trataba de ocultar o reprimir, estaba sentada junto a Salvador, acariciando con sus pequeñas manos las de su marido, al que veía presa de una enfermedad desconocida y que ella sospechaba terrible, porque de hora en hora avanzaba la parálisis, ganando terreno de los pies a la cabeza, como un enemigo invisible al que no se puede vencer.

A las cinco de la tarde el <Huáscar>, dando una aguda pitada y lanzando chorros de blanco vapor llegó a su muelle. Allí estaba ya esperando don Antonio con dos de sus empleados la llegada de Salvador, prevenidos por el telegrama hecho al medio día.

—Veamos qué tiene mi administrador, dijo alegre don Antonio, entrando al saloncito del buque. Estos serranos son muy aprensivos. Cuando se acercó a Salvador y vio que el joven tenía en el rostro algo de anormal que no podía decirse en qué consistía, y cuando supo que estaba paralítico, palideció y con voz mal segura inquirió.

—¿Y cuándo le ha venido esto?

—Pues sólo ayer... Amaneció con ligero dolor de piernas y ahora veálo usted, no puede moverse ni tragar... ¿Dígame, don Antonio, agregó Consuelo ingenuamente, será esto grave?

—Quién sabe, hija mía; pero ya lo haremos curar... Nada de hospital. Vamos a la casita chica de las Peñas, allí hay todo listo, desde cama. Ya verás chiquilla, que se cumple lo que decía Fajardo <los serranos son pescuezo de pato>; tu marido, después de ocho días, estará otra vez en el Bejucal.

Sentado en un sillón llevado por cuatro cargadores, fue desembarcado Salvador y luego en un tranvía de la línea del Malecón hizo el trayecto a las Peñas...

Tres médicos fueron llamados inmediatamente. Examinaron prolijamente a Salvador que, acostado en una cama, en vano intentaba tragar un poco de agua que calmara su ardiente sed. Después de una larga consulta entre los tres médicos, ordenaron inyecciones hipodérmicas de estrinina y una bebida...

Antes de salir de la casa, don Antonio preguntó discretamente a uno de los médicos:
—iY qué es lo que tiene Ramírez?

—Una enfermedad gravísima: una **polineuritis palúdica** de carácter agudo. Será un milagro si salva. No hay remedio; es cosa de horas...

—Pero hay que agotar todo para salvar a ese joven... daría una fortuna por salvarlo, ¡pobrecito, tan honrado! ¡Recién casado, con la mujercita en cinta!

—Ya le digo señor don Antonio, sólo un milagro le salvaría. La parálisis avanza a ojos vistas y al llegar al corazón o los pulmones, es la muerte por asfixia.

—Dios mío, Dios mío, dijo con un hondo suspiro Velázquez. ¡Qué cosas las que uno ve en este mundo! ¿Llegará mañana?...

—Quién sabe, es cuestión tal vez de minutos; algunas veces viven días... ¡Pobre joven!

—¡Le suplico que Ud. venga también por la noche doctor.

—Con mucho gusto... hasta luego...

CAPÍTULO XIV

¡La noche! Vinieron con ella esas eternas horas que desfilan lentas, inacabables para los enfermos y para los que sufren! ¡Esas horas sin sueño, sin conciencia del tiempo transcurrido que parece estancado para siempre; esas horas de angustias, de dudas, de preguntas sin respuestas! ¡Horas en que el enfermo de muerte se pregunta si podrá ver la luz del nuevo día! ¡Horas en que las madres que tienen hijos moribundos, espían ansiosas los primeros albores de la mañana, como si con ellos la muerte que acecha a su víctima suspendiera el ataque!

Salvador acostado en una cama desde la tarde, agonizaba lentamente. La paráiisis había invadido el rostro, aflojando todos los músculos que antes lo hacían simpático y bello, para convertirlo en uno de angustia y de terror propios de una máscara modelada por un artista desesperado. Los ojos, fijos en algo invisible, estaban inmóviles, los labios abiertos y contraídos con un rictus, dejaban escapar una baba pogajosa y hedionda; el sudor provocado por una ardiente noche empapando los ensortijados cabellos, los había pegado a la frente pálida como de mármol. Las manos inertes, con los dedos abiertos y sin movimiento descansaban sobre la blanca colcha. Consuelo, pálida, anhelosa, con los ojos llenos de lágrimas que caían una a una en lluvia silenciosa, sentada en un sillón junto a la cabecera del moribundo, limpiaba con un paño el sudor o la hedionda flema que salia de la boca del enfermo.

Aún cuando era ya la media noche y no había dormido la víspera, la joven no quería separarse ni un instante de ese sitio, sin embargo de los ruegos del señor Velázquez y de otras muchas personas que habían acudido a curar o ver al enfermo... Espiaba incensantemente a Salvador, buscando en las miradas, o en la respiración silvante, los síntomas de alguna crisis salvadora, porque ella no podía persuadirse que el esposo amante, el padre de ese ser que llevaba en su vientre, fuera ese joven que agonizaba en esa cama.

—Consuelo, murmuró el enfermo, Consuelo... hazme tragar unas gotas de agua... tengo una sed horrible... ¡oh! ¡cuánto diera por un poco de agua!...

La joven acudió con un vaso de agua y con una cucharilla quiso satisfacer el deseo de Salvador. ¡Inútil empeño! La tráquea rebelde a la voluntad del sediento joven no permitió hacer pasar ni una sola gota de agua.

—¡Dios mío!, Dios mío! ¡qué sed! me muero de sed, repitió débilmente el moribundo, y de los ojos siempre abiertos se escaparon dos gruesas lágrimas.

Consuelo, con el vaso y la cucharilla en la mano, sollozaba…

—Pobrecita... no te desesperes... puede ser que no me muera... Pero la sed... la sed… ¡Oh si pudiera tomar agua!...

—No quiero, amor mío, que te mueras... no quiero, no quiero... gritó derrepente Consuelo. Ayer perdí a mi padre, pero me quedabas tú... ahora... ni para un mal pensamiento!... La Virgen te dará la salud...

Salvador ensayó una sonrisa con los labios inmóviles... Duerme amor mío, siquiera un instante, pudiera hacerte daño no dormir y ahora que estás delicada... Llama al muchacho que te reemplace...

Vino un criado, y Salvador volvió a rogar a Consuelo que descansara un instante... Consintió al fin en ir a una mecedora de mimbre situada frente a la cama de Salvador. El cansancio y la pena pudieron al fin mas que su voluntad y quedóse dormida, lanzando de vez en cuando suspiros entrecortados, como si aún en el sueño le atormentara la misma idea...

—Pobrecita, murmuró Salvador, viéndola bella, dormida, que en la penumbra esbosaba un rostro pálido como de marfil, y el vientre abultado en que ya vivía la esperanza de los dos jóvenes esposos... Pónme con la cara hacia la pared, ordenó al muchacho, veremos si en esa postura duermo un instante.

El silencio de la noche era turbado por el choque de las olas en los estantes de la casa, el lejano campaneo de las horas de los relojes de la ciudad, y hacia el sur se oyó una larga pitada de un vapor que salía a esa hora para el golfo.

Salvador tuvo en su cerebro una claridad extraña, las facultades psíquicas despertaron con un vigor sorprendente; parecía que la vida extinta en todo el cuerpo habíase refugiado en el cerebro para pensar y en el corazón para sentir. La memoria, esa facultad caprichosa y versátil volvió con claridades supernaturales: hechos, acontecimientos, detalles de personas y de paisajes, se reproducían con una verdad maravillosa. Recordó toda su vida desde las épocas de la niñez hasta los últimos acontecimientos. La vieja casa de Quito con sus menores detalles, la haciendita de Chillo donde pasaba las vacaciones; el internado del colegio, las caras de todos los condiscípulos y profesores. Las fisonomías de su padre, de su madre, de Mariana, de Luciano, de todas las personas que tuvieron con él relaciones cercanas, las veía como si estuvieran presentes. Luego, la muerte del doctor, las escenas de esa noche inolvidable; las amarguras y miserias de su familia; la guerra del 95, la campaña, la batalla de San Miguel la noche que siguió a esa carnicería, cuando él se sublevó contra sus antiguas ideas. Y todavía los cuatro años de hambre como él llamaba al tiempo transcurrido desde la revolución hasta la venida a esta Costa, en la cual durante año y medio había luchado, sufrido y amado, donde conseguido apenas el premio de tanto sufrimiento, de tanta fe, de tanta abnegación, de tanto sacrificio, caía enfermo de muerte tal vez; pues no era difícil que esa noche misma, después de algunos minutos se acabara ese soplo de vida que aún vagaba por el cerebro y por ese corazón que latía trabajosamente, como si fueran últimos aletazos de una ave que cae de un árbol herida de muerte.

Y esa vida érale ya amable, principiaba recién a gozar de ella. ¿Por qué apenas probado el licor de la dicha de la que siempre estuvo prohibido, se le arrancaba brutalmente la copa de la mano? ¿Acaso no tenía pleno derecho a la vida; pues ya había otros que el sustentaba? Esa nıujer que dormía allí cerca, ese feto que pronto sería hombre, esa pobre vieja ciega y enferma que agonizaba en Quito, ¿no eran motivos suficientes para que el que alimentaba a esos pobres seres tuviera derecho a vivir? Ese cuerpo, pocos días antes robusto, flexible, apto para todo, ahora era un tronco muerto sin savia. La voluntad refugiada en un rincón del pensamiento era la misma, pero ¡oh desgracia! no tenía ya en las manos, en las piernas, en los brazos, en los pies, en todos los órganos, los esclavos sumisos y obedientes a la primera insinuación. Un mosquito, una pulga, el insecto más diminuto, tenían más fuerza que ese cuerpo lleno de huesos, músculos y sangre. Un recién nacido, un infusorio, una planta mismo, eran mas activos, más soberanos que ese hombre en la plenitud de la edad. ¡Y ese hombre era el rey de la creación, el dueño de la naturaleza, el dominador de la materia! Ese hombre podía crear, amar y sufrir, pues sufrir es vida, y ahora esa vida era incapaz, absolutamente incapaz.

Con estos pensamientos, únicas manifestaciones de una alma pronta a huír hacia el infinito, desde las últimas células donde se había refugiado huyendo de la muerte que avanzaba segura y lenta, pasó por fin la noche de angustia, la última que debía pasar Salvador en este mundo.

Por las persianas del cuarto del enfermo, se filtraron las primeras luces del alba. La luz de una bujía con que se había alumbrado la habitación, se extinguió de suyo sobre el candelero, lanzando pequeñas llamitas azules; luego se elevó una columnita de humo hacia el techo. Viva imagen de ese joven que agonizaba en esa cama cubierta de blanco mosquitero...! Consuelo, ahogando un grito, despertóse asustada, como si no tuviera cabal idea del lugar ni del tiempo. Bostezó con un estremecimiento nervioso como de frío, y luego recordando súbitamente al enfermo,

levantóse violentamente con el rostro angustiado, y acudió anhelosa. El criado vencido del sueño se había dormido, apoyando la cabeza en el borde de la cama de Salvador…

Amor mío, murmuró Consuelo, levantando las cortinas, ¿cómo te sientes?... ¿has dormido algo?... yo, tonta, te he dejado solo por dormir...

Salvador, con la cara hacia la pared, murmuró con voz apagada y fatigosa:

—No he podido pogar los ojos... la sed me mata... siento en el pecho algo como un círculo de hierro que me impide respirar... ¡límpiame el sudor y los labios; me ahogo con esa flema! Dénme la vuelta... ¡oh qué sed!... ¡vida mía! un poquito de agua... moriría tranquilo pero saciado de agua...

A las ocho de la mañana vinieron los médicos y don Antonio con ellos...

—¿Qué tal noche?, preguntaron a media voz, a Consuelo…

—Muy mala, no ha dormido, se queja de dolor en el pecho, como si le aplastaran y de una sed rabiosa... ¡pobrecito!…

Los médicos se miraron y luego uno de ellos llamó a don Antonio aparte y le dijo:

¡Amigo mío no hay esperanza! ¡principia la asfixia! No llegará ese pobre joven a la tarde... Para que muera contento, démosle agua con una sonda...

Ayudado de los otros médicos introdujo la sonda por la garganta, y pudo hacer llegar al estómago del infeliz sediento una buena cantidad de agua fresca...

—¡Oh, qué rica es el agua! murmuró Salvador... Por fin se me quitó la sed... Gracias doctor...

Don Antonio logró que Consuelo pasara un instante a otra habitación y acercándose a Salvador le dijo:

—Amigo de mi alma, es necesario hablar la verdad: usted está muy mal, y aunque no de muerte, es bueno estar prevenidos para todo. ¿No tiene que hacer arreglos, algunos encargos... en fin, algo?...

Salvador quedó largo rato como meditabundo y dijo:

—Usted sabe que soy pobre, pobrísimo. Del sueldo que he ganado nada he podido guardar. Lo que me aflije es dejar a mi Consuelo, a ese ángel, sin recursos; y más ahora que va a tener un niño al que Dios ha querido que yo no le conozca... Mi pobrecita madre también queda en la miseria, pues yo le he mandado alguna cosita todos los meses… Si usted, señor don Antonio, me prometiera socorrer a estas prendas queridas de mi alma... muriera tranquilo y Dios le pagará.

—Prometo, Salvador, prometo por lo más sagrado; usted muere por cumplir los deberes de un empleo difícil, y seríame un grave cargo de conciencia no satisfacer ese justo deseo.

—Gracias, gracias... usted es muy bueno, Dios le pagará…

—¿Quiere que llamemos a un sacerdote para que arregle su conciencia?

—¿Para qué?, mucho he sufrido en este mundo, mucho, mucho; y espero que en el otro no será así… en fin, veremos más tarde, voy a consultar mi conciencia.

La respiración era más difícil, de hora en hora; por los labios abiertos se escapaba abundante saliva y la garganta despedía silbidos angustiosos.

Consuelo había vuelto a ocupar el sillón junto al enfermo. Entre sus manos tenía las del enfermo, acariciándolas como si quisiera darlas vida y movimientos. Los ojos llenos de lágrimas no los separaba del enfermo, como si quisiera con esa mirada de angustia infinita, implorar a alguna potencia misteriosa la vida de ese ser adorado.

—¡Consuelo, amor mío!... ¡Perdóname si te hago sufrir!... Pero debo decirte que me muero!... Te dejo sola... Sí, me muero! ¡no puedo ya respirar! ¡Me ahogo!... Abre la ventana que da al río.

De la ventana se divisaba el ancho Guayas, la orilla opuesta desde Santay hasta Durán; y esa tarde el lejano Chimborazo, limpio de nubes, dominaba el inmenso paisaje…

—¡Oh! ¡el Chimborazo! murmuró Salvador... ¡qué hermoso!... ¡atrás está la Sierra!

En estas palabras pintaba la nostalgia infinita que a esa suprema hora de la vida sintió el moribundo. Debió atravesar por la nebulosa imaginación de Salvador, próxima a extinguirse, un rapidísimo relámpago, con el recuerdo de los campos frescos, los aires puros y los paisajes agrestes de la Sierra; pues, de los ojos siempre abiertos, se escaparon algunas lágrimas y de su pecho un suspiro trabajoso...

Eran las cuatro de la tarde. Abrióse la puerta del cuarto, un hombre alto, musculoso y bien vestido avanzó al lecho de Salvador...

El enfermo intentó sonreírse y murmuró con voz apenas perceptible:

—Luciano... mi Luciano... has venido... me muero viéndote…

Luciano, arrodillado en el suelo abrazó a su amigo moribundo y sin poder contener un dolor inmenso, estalló en sollozos... Ayer, tan luego como salté del vapor... dijo, en medio de su llanto, del vapor en que he venido de Europa, leí en el <Grito del Pueblo>, que tú estabas enfermo. He averiguado por la casa todo el día y ahora vengo a verte... ¡pero en qué estado, Dios santo!...

Esta es mi mujer, Luciano... abrázala... te recomiendo a mi madre... Si ves a, a... a Mariana, dile que... le perdono... no la maldigo... pobrecita... Me ahogo... me ahogo... Consuelo... estoy...

No concluyó la frase... hizo un imperceptible movimiento de la cabeza; de los labios abiertos y colgantes brotó una espuma sanguinolenta; la cara tomó una expresión beática y bellísima, y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso resplandecía con los últimos rayos del sol.

DISPARATES Y CARICATURAS
1903

EL DOCTOR

CROQUIS PARA UN CUADRO

I

San Camilo es un pueblo chiquitín y malucho, metido en un rincón de la cordillera, lejos de la capital de la provincia, visitado rarísima vez por las autoridades provinciales. Es pueblo de tierra fría, y como tal, los altos cerros cubiertos de pajonales, peñascos y chaparros le rodean. Las cuestas que desde la población suben hacia el páramo, muestran en la parte inferior, las arboledas de las haciendas, los sembríos multicolores de las **comunidades**, algunas manchas de calvo y amarillo **cangahual**, hileras de parvas en las eras, chozas desparramadas por todos los vericuetos de las lomas, y anchas quebradas que, naciendo desde los pajonales, forman en todo aquel faldeo de la cordillera grotescas zanjas que desaparecen cuando la pendiente muere en las llanuras arenosas de la meseta.

La plaza del pueblo o el sitio que tiene este nombre, es un cuadro, irregular y de superficie accidentada, cubierta en parte de tupida alfombra de ortigas, cardos, hediondos **zhaires** y demás plantas amigas de los sitios abandonados.

La Iglesia, vieja, húmeda, ruinosa, sin campanario, pues las campanas están suspendidas de un poste, y la casa parroquial, tan vieja y fea como el edificio contiguo, ocupan un lado de la plaza. La cuadra alfalfar del cura, cercada de aportillado tapial, tras del que asoman escuetos alisos y torcidos capulíes, cierra otro lado del cuadro.

Frente a la Iglesia se extiende una hilera de chozas de paja que sustentan en sus podridas cubiertas toda una flora de musgo y gramíneas, y una casita de rojo tejado y blanqueadas paredes. Por último, el cuarto lado del polígono, es de propiedad exclusiva de don Cipriano Barreno, que lo llena con su larga casa cubierta de tejas agrisadas y alto tapial que defiende su huerta de los ataques de pilluelos y animales.

La casita nueva desempeña en el pueblo el papel de Casino, o es un **estanco**, como llaman nuestros chagras a los establecimientos de esta clase. Como el propietario hace el monopolio de todos los artículos capaces de venderse en una tienda del campo, ha cubierto los torcidos y empolvados anaqueles, con algunas docenas de botellas de anisado, con tres o cuatro de vermout italiano, fabricado expresamente para el Ecuador en Guayaquil, de paquetes de fósforos y cajas de sardinas, de cigarrillos y mazos de velas, de atados de **raspadura** y demás artículos que no estoy para apuntarlos. Además, sobre el seboso mostrador hay un armario chiquitín, tierra prometida de millares de moscas, que pacen tranquilamente panes duros y negros y trozos de amarillento azúcar de Ibarra. En las paredes blanqueadas de afuera, un político del pueblo, el maestro de escuela tal vez, por acallar sus continuos ayunos, ha trasado al carbón un **biba Alfaro**; otro político, y valiéndose del mismo medio, ha puesto al pie, **mueran los liverales**. Junto a un **bino Antoño Camino**, está un **coman m…ashca**, de 1etras de a palmo. Sobre la puerta, y entre dos figuras de bebedores, pintadas con azul de ultramar, se lee: **Benta de licores de David Cañisares**, y debajo el versito consabido:

Oy no se fia
Maniana si

Trampas afoera
Menos aqui.

Antes de abandonar la plaza, será bueno animarla poniendo en ella dos borricos lanudos y lastimados que se rascan a dentelladas; tres o cuatro puercos que gruñen inquietos, buscando entre los frondosos chaparros alguna cosa que no debe saber a miel; un perro ético, que asoma robando un hueso y se pone de barriga para roerlo, sin que le interrumpan en su faena los políticos de la raza canina. Pongamos también, un muchacho panzudo y desgreñado, que mostrando las nalgas tras la destrozada culera del pantalón y silbando un **sanjuanito**, se divierte tirando piedras a los gorriones que pían en la barda de las tapias.

Las callejuelas que parten de la plaza hacia los cuatro puntos del horizonte, están orilladas en su tortuosa delineación, de casuchas de paja, tapiales ruinosos y zanjas de espinos y cabuyas, tras las cuales se extienden los alfalfares y sembríos, sombreados por algunos alisos y capulíes, semejantes a los de la cuadra parroquial. A más del lodo, producto de las acequias que corren por las calles, y que fermenta a gusto, nada hay de particular. El clima del pueblo, como está situado en una encrucijada de la cordillera, es frío, desapacible y azotado por ventarrones capaces de descornar bueyes, vacas y demás animales de cuernos.

Si es cierto que el sitio influye sobre los habitantes, los de San Camilo deben ser, y son en efecto, tristes, taciturnos y desgreñados; de adehala, tienen una afición decidida al aguardiente. En los eternos días de invierno, cuando la nevada de los cerros se convierte al llegar al pueblo en garúa tenaz, y en niebla tan densa que se la podría cortar con hacha, y cuando de la cordillera sopla un vientecito que da calofríos, los sancamileños envueltos en larguísimos ponchos de bayeta, cubiertos de grandes sombreros de lana y con los pies desnudos y llenos de lodo, se dan cita en la taberna **del David**, en la que se juega eternas partidas de la **quecae** con un naipe seboso y a la luz indecisa de una ventanilla microscópica. Y como las pérdidas

de los jugadores se convierten en aguardiente de Baños, que para los inteligentes es el mejor de todos, los **buches** sucédense interminables hasta que la tarde los encuentra borrachos perdidos. Si el tiempo es bueno, unos labran sus pequeños campos, otros deshierban las cuadras alfalfares, otros cuidan las bestias para **el viaje**, alguno compone enjalmas y sudaderos para el mismo fin o enseba las vetas para asistir al próximo rodeo en una de las haciendas vecinas. Como el pueblo tiene páramos y en ellos dehesas de ganado vacuno y tal cual venado, todos tienen decidida afición a la tauromaquia y anexos, y a las corridas de venados. Hablarles de rodeos o de cacerías, es dar en el clavo. Las vetas, **apartadores**, monturas chocontanas, caballos parameros, espuelas pastusas, zamarros machachenos y otros adminículos de equitación, gozan de gran favor en una conversación sostenida entre ellos.

He aquí en lo físico y lo moral el pueblo de San Camilo, teatro de lo que voy a narrar.

II

El inimitable Emiro Kastos, en su artículo "Mi compadre Facundo", nos da una pintura del gamonal antioqueño. Muchos puntos de contacto existen entre el tipo descrito por Emiro, y el que ahora pretendo diseñar, aunque ni los colores ni los pinceles que yo manejo sean de lo mejor.

Don Cipriano Barreno principió su vida pública sirviendo de mayordomo en una hacienda de las cercanías de San Camilo, lugar natal de ese célebre personaje. El propietario del fundo era una comunidad de monjas, y con esto está dicho todo. Algunos años después, abandonaba el servicio llevándose el título de Don, y usando botines, y botas rodilleras, cuando montaba a caballo. A fuerza de **ahorritos** y trampantojos, reunió una regular suma de dinero con la cual compró 30 cuadras de tierras; y mediante un pleito larguísimo y por transacción ventajosa, el antigno

poseedor, le cedió 30 más, bien deslindadas y sin gravamen alguno, como rezó la consiguiente escritura.

Conseguida esta propiedad, se hizo asentista de todos los ramos municipales y fiscales de la parroquia; logró ser síndico de la iglesia, y sangrando a los pagadores, pudo aumentar en un quíntuplo su primitiva fortuna. Las utilidades le permitieron establecer en San Camilo un pequeño banco, del cual sacaban los chagras vecinos, eso sí, con buenas hipotecas y al módico tipo de **medio** en peso mensual, pequeñas sumas de dinero. ¿Quién no debía a don Cipriano? ¿Quién no quería tenerle contento? y con todo, tierras y casas de los clientes, eran absorbidas por este nuevo Gargantúa.

Casado desde joven con doña Javiera, chagra gorda y fea, que trabajaba como un burro de pobre y economizaba más que un avaro, logró tener un hijo. Tras largas deliberaciaones, entre que tiraba por el lado de la abogacía, se resolvieron por lo último, pues, con abogado en casa, el dinero no saldría de ella pagando a letrados de afuera, en los infinitos pleitos en los que vivía don Cipriano como pez en el agua.

Qué pasión la de Don Cipriano por los pleitos. —Si una gallina del vecino entraba a su huerta y escarbaba en una mata de papas, demanda y pleito. Si un burro pollino del compadre no ejercía bien su oficio en la yegua mandada por don Cipriano, pleito por daños y perjuicios. Pleito por una cabuya cortada, pleito por una mazorca de maíz. Don Cipriano era capaz de meter pleito al mismo demonio. Nadie como nuestro hombre para saber los recobecos de la litis, nadie como él para conocer los códigos. ¡Si hasta hubo abogado recibido que fue derrotado en campo abierto, por el estupendo litigante!

Así como en la edad media hubo en Italia y otras naciones europeas, gentes que se dedicaban al honrado oficio de bravos, así en San Camilo organizó don Cipriano una compañía de **juradores** adeptos a su servicio. En sus pleitos presenta diez o doce

testigos, que contestes declaran en su favor, y de esa manera, pleito con don Cipriano, aun cuando lo defienda el mejor de nuestros abogados, es pleito perdido.

En la ciudad es bastante conocido, sobre todo en tiempos de elecciones su cooperación es solicitada por todos los bandos. Elecciones en San Camilo, cuando este gamonal toma parte, son elecciones ganadas. Nadie puede contrarrestar influencia tan decisiva, sobre todo cuando hace llegar a los oídos de los lectores las palabras de ejecución y remate. Las autoridades parroquiales, suyas son, los jueces y comisarios le obedecen en absoluto. El cura aunque corcobea de vez en cuando, también está bajo el poder de don Cipriano, y reunidos formaban la irresistible autoridad del Papa y del Emperador, y desgraciado del que quiera burlarla.

Don Cipriano, nadie lo puede negar, y lo diré en obsequio a la verdad, es un buen católico. Oye todas lás misas que puede, es terciario de San Francisco y prioste obligado de la **Virgen del Volcan**. Todas las noches reune su numerosa servidumbre de indios y hace rezar el rosario; confiesa y comulga siquiera dos veces al mes y ayuna los viernes de precepto. En su boca las palabras: "después de Dios y María Santísima", brotan espontáneas y como muletilla, aun cuando sea para principiar un negocio que debe arruinar al prójimo.

En lo físico, nuestro gamonal es un tipo como se ve en todos los días y en todas nuestras poblaciones serraniegas. Cuerpo rechoncho, piernas delgadas, rostro prieto, picado de viruelas, sin barba, nariz chata y ojillos de marrano gordo. Usa a diario pantalón azul de bayetón, chaqueta de casinete que no le tapa las grandes posas, poncho **chiricatana**, **macana** al cuello, sombrero de paja sucio y mugriento y botines de baquetilla que encierran patas de hotentote. Cuando va a la ciudad, o está de prioste, la chaqueta es levita de paño que nunca envejece, el pantalón es de casimir color perla, el mugriento sombrero de paja se convierte en uno afelpado color de café, y el **chiricatana** en rico poncho de cachemira.

Ahora daré a mis lectores, si es que los tengo, una descripción de la casa y sus dependencias; pues yo gusto de escudriñarlo todo.

Muchos conocerán las casas de los gamonales, pues tienen una fisonomía particular, y la que ahora dibujo es muy común y se la encuentra en todos los pueblos de la sierra, con ligeras modificaciones.

A la casa de don Cipriano se entra franqueando un portón que da a la plaza, tras el cual está el espacioso patio, **mare magnun** de palos, estacas, estiércol, piedras y demás cosas hechas a propósito para hacer de un patio un museo de fealdades. En medio de esta espantable confusión bulle un mundo de gallinas, pavos, patos y hasta un cabro de barba venerable y olor a demonios. Cerca a este lugar de delicias está el corral, habitación de caballos, mulas, bueyes de labor y de lastimados burros, que chapotean en medio de un pantano infecto de estiércoles corrompidos.

Sobre el patio da el corredor largo de la casa, con pilares ostentando cabezas de venado de las que cuelgan monturas, riendas, estribos y vetas; piso enladrillado a medias, cubierto de estiércol de gallinas, trapos viejos, colas de cigarrillos y otras suciedades; montones de tablas arrimadas a las paredes y en éstas mil desconches y huecos. Los cuartos, de cielos bajos, sucios por las moscas, o por el humo de las velas con el cual algún desocupado ha dibujado calaveras y escrito nombres. Paredes blanqueadas, con señales de grasa y mugre hasta cierta altura y con oleografías, representando el Corazón de Jesús, la **Virgen del Volcán**, la muerte del justo y otras escenas. Piso de esteras desgarrado y cochino; como muebles, mesas cargadas de urnas, herramientas, botellas vacías, códigos descuadernados y otras vejeces; sillas toscas de madera y bancones de lo mismo. Hay en la casa, sinembargo, un cuartucho más confortable y está destinado al **Doctor**, cuando se digna venir de la cludad a ver a los papás. E1 **Doctor**, por antonomasia; pues sólo con ese nombre se le conoce en su casa y en el pueblo a Agapito Barreno, recibido

de abogado en Cuenca, y un prodigio de saber, según el decir de don Cipriano y de doña Javiera.

III

Es la mañana de un domingo. El cielo está sin una nube y de color azul oscuro. **Ha caído** una helada **famosa**; y después del frío de la madrugada, principia a reverberar un sol que promete ser rica cosa para tostar los sembrados. Las cordilleras y nevados se destacan en el cielo vivamente iluminado, y los rayos solares hiriendo los objetos diagonalmente, descubren todos los detalles de las lomas y quebradas. Es uno de esos dias que hacen la gloria de los necios alabadores del cielo de Italia o Andalucía, alabadores que, por cierto, nunca han conocido esos países.

Los hacendados vecinos, al paso llano de sus cabalgaduras, con grande ruido de espuelas y frenos, y vestidos de largos ponchos, bufandas de hilo, cubiletes pastusos y zamarros de cuero, acompañados de sirvientes y mayorales, desembocan en la plaza y entran con gran prosopopeya a desmontar en la casa parroquial o en la de don Cipriano.

Por los caminos que vienen al pueblo, desfilan indios vestidos de ponchos de jerga, indias llevando a las espaldas la cría o una maleta, chagras jinetes en lanudos caballos **parameros** y forrados en una balumba de ponchos y zamarros. Mujeres mestizas en traje dominguero de colores chillones, y sombreando sus grandes jetas y simianos rostros, con enormes sombreros de lana. Algunas chagras de más campanillas han desdeñado el **centro** de bayetilla y lucen traje de zaraza y sombrero de paja; y para evitar que el polvo ensucie el vestido, lo llevan recogido haciendo asomar bajo él, pantorrillas mayúsculas.

El agrio y destemplado sonido de las campanas, agilita el paso de los rezagados; y de boca en boca corre un “ya deja”, que hace en la multitud el mismo efecto que el

toque de zafarrancho en un buque de guerra. Todos entran corriendo, sudorosos y empolvados, a la oscura iglesia, en la cual ya se oyen los horrendos chillidos de un órgano, tocado por el maestro de capilla. Asoma al fin el cura con capa de coro, seguido del monaguillo que lleva el agua bendita, y zas por aquí, zas por allá, hace de arriba a abajo de la iglesia, un asperges general. Se oye el murmullo del rezo; de cuando en cuando un suspiro; y por un rincón, una india vieja lanza un **taitiquito mío**, dirigiéndose a un santo informe que asoma en la penumbra. Viene después la plática, en la cual el Sr. Cura, lanza a sus ovejas terribles amenazas de juicio, infierno y condenación, si no pagan los diezmos y primicias a la iglesia de Dios, amén.

Concluye la misa; la puerta de la iglesia vomita la abigarrada multitud; el sol de mediodía cae a plomo y hace reverberar los colores chillones de **rebozos**, ponchos y **centros**. Los señores hacendados se saludan; y reunidos van a comer llapingachos de **mama Voladora**, a beber la chicha del indio Guita o el **verdete** del **estanco**, y a conversar mientras se come y bebe, sobre los daños de la helada, precios de los granos y proezas y cualidades de sus respectivos caballos. Los mayordomos forman un grupo especial, y parece que hacen gala de mentir, ponderando cada uno la tacañería y demás buenas cualidades del patrón.

Un grupo de mozos organiza una partida de pelota, juego para el cual los de San Camilo, al decir de los inteligentes, son estupendos. El cura, el maestro de escuela y algunos otros personajes, arreglan un **tope** de gallos, apostando cuatro reales de chicha y las plumas. Entre tanto el sol ha recorrido las dos terceras partes de su carrera. E1 viento levanta en la plaza, calles y campos vecinos, torbellinos de polvo el calor hace temblar, en algunos lugares, los objetos, y en los páramos se levantan tendidas humaredas de los múltiples incendios en los pajonales. El paisaje se ve tras un velo parduzco; las desigualdades y las quiebras de las cordilleras, se apagan y difuminan; y solamente el manto blanco del Cotopaxi, se dibuja claramente al nordeste.

Los caminos y callejuelas vuelven a ser invadidos por los viajeros de la mañana; pero ahora son indios que, tambaleándose poncho remangado sobre el hombro y sombrero a la nuca, cantan no sé qué yaraví de letra incomprensible. Son indias que a la puerta de una chichería de la cual sale un olor de perrera, pónense a pelear con voces estentóreas. Son chagras que bien borrachos y con los sombreros hasta las narices, salen al arranque de sus caballos, los paran de golpe ante la puerta de un estanco haciendo verdaderos prodigios de equilibrio; beben un mate de chicha, ofrecido por una Maritornes de pechos descomunales y pelo enmarañado: le echan cuatro chicoleos indecentes y vuelven a romper la carrera, destrozando con las enormes espuelas los vientres de los éticos caballos.

La tienda **del David** es un **maremagnum** de borrachos allí está un hacendado cogido del cuello de un chagra administrador, ofreciéndole el oro y el moro y comiéndole a caricias; más allá, un mozo recién venido de Bodegas, de catadura de montuvio y ceceando más que un andaluz, ofrece a los amigos un **aguado**; por un rincón, un indio mayoral con sombrero forrado en funda colorada y **macana** al cuello, botella en mano, grita y habla en un quichua endemoniado. Hasta un perro venadero, lanudo y ético, aprovecha la confusión y se engulle media batea de fritada.

En casa de don Cipriano hay otra escena. La mañana de ese domingo se dignó venir **el Doctor**. Caballero de un moro yunga, sentado sobre galápago de hilo blanco, botas amarillas, sombrero de fieltro grande, y caída coquetonamente el ala a la izquierda, y sombreando un rostro prieto, redondo y lampiño, como rostro de cura nuevo, hizo su entrada en el patio. Un indio **guasicama**, que con una pala levantaba la majada, corrió a coger el caballo después, eso sí, de basar la mano al **amu Dotor.** Desmontó, y su gorda y pequeña figura hizo, con mucho compás de pies y movimiento de caderas, la entrada al corredor, en donde los papás lo esperaban. Después de los abrazos y preguntas comunes, doña Javiera trajo un gran tazón rebozando de caliente y oloroso **gloriado**.

–Toma, pues, hijito, vendrás muerto de frío con semejante heladón que nos ha **fregado** los papales, ¿no es cierto, Cipriano?

—Pero, mamita, me voy a achispar, pues el gloriado está hecho un demonio, dijo el doctor, después de haberlo probado con visible satisfacción.

Don Cipriano, con bondadosa sonrisa, le instó, hasta que el Doctor, soplando y más soplando, y tosiendo más de cuatro veces, se engulló todo el contenido del tazón.

La conversación rodó largo tiempo sobre pleitos, demandas y expedientes, hasta que el Doctor, poniéndose de pie y con figura de grande hombre, dijo:

—Sabrán ustedes que los amigos están empeñadísimos en que acepte la diputación. No quiero aceptarla, porque ahora no es decoroso, ni digno, ni conveniente servir a semejante Gobierno. Pero me están rogando y molestando tanto, desde el Gobernador para abajo, que no sé cómo salir del compromiso. ¿Qué les parece ahora a ustedes?

Los interpelados quedaron fulminados. ¡Diputado su Agapito! ¡y rogado por todo el señorio, y aún por el mesmo Gobernador! Era inaudito. ¿Qué dirían los enemigos, viendo al Doctor de diputado y hombreándose con los grandes?

—¡Jesús, Avemaría Santísima!, dijo doña Javiera, cómo no has de aceptar semejante maravilla! No serás tan tonto, Agapito, recunciando esa lindura. ¿No es cierto, Cipriano?

–Es claro como el sol que nos alumbra. Ve, Agapito, te ruego, te suplico que te hagas diputado. No ves, hijito, que después del Congreso te harán hasta **ministro**? Y luego es una ventaja que **lustrees** a la familia. Y, qué dices del sueldazo que

ganan los diputados? Diez pesotes diarios; caramba, no es plata de botar a !a calle. Lo dicho, dicho; quiero que salgas de diputado, precisamente; y ya ves que en esta parroquia hemos de ganar tu lista. **Chogllón**, limpias han de ir las urnas. ¿Y cuándo tocan las elecciones?

—De hoy en ocho sin falta, según dispone la ley; apúrese, pues, si quiere que triunfe mi lista.

—¿Para qué? ni Dios me gana las elecciones aquí. (1)

—Entonces, haga leer con alguno estos papeles que han publicado los amigos de la ciudad.

Y diciendo esto el Doctor, extrajo de sus bolsillos un rollo de papeles recién impresos, y don Cipriano se puso a leerlos, a petición de doña Javiera, con no pequeños errores y vacilaciones. El principal de todos decía poco más o menos:

(1) Histórico

"¡A LAS URNAS!"

El primero y el más sagrado de los derechos del ciudadano es el de elegir y ser elegido. Fundados en esta sabia ley de los países parlamentarios, queremos que a la próxima legislatura vayan hombres de conocidos antecedentes de ideas sanas, de religiosidad reconocida, para de esa manera hacer la felicidad de la Patria. Estos son los Señores

Dr. Federico Barrionuevo.

Dr. Hernógenes Cuesta.

Pbro. Dr. Aristóteles de la Huerta.

Dr. Agapito Barreno.
Patriotismo, hombría de bien, luces y todo lo demás reúnen los arriba nombrados. ¡A las urnas pues!

Patriotas”.

Después de leídos los papeles, y en plena sesión de familia, se hicieron los planes para la próxima campaña electoral.

—A los que temo, decía el Doctor, son al Cura y al Capitan de milicias.

—¿No es, pues, lista oficial la tuya?, preguntó asustado don Cipriano.

—Sí, lo es, y el mismísimo Gobierno la ha mandado de Quito; pero el Cura es caprichoso, y con sólo verme figurar a mi en la lista, hará lo posible porque yo no salga.

—Deja no más; ya lo verás, que al clérigo le domo; le he de **fregar** si nos hace la guerra. ¿Y los cuatrocientos del terreno que me debe?

—¿Y al capitán de milicias?

—No tengas recelo; sabrás que está interesado en dejarme de fiador de una plata que va a sacar; y es claro que nos ayudará en todo lo que pueda. Ya te digo: ni Dios me gana en este pueblo las elecciones. **Ajay**, más a mí! ¿No recuerdas lo que le hice ahora años al cholo Parra, cuando se atrevió a ir en mi contra? Lo **podrí** en la cárcel y lo dejé limpio. ¿Y el apoyo que tenemos en la ciudad? **Tragamos** no más.

Dejemos a los tres tipos preparar la campaña. Pues hasta doña Javiera iba en ella a tomar parte, y demos, entre tanto, un paseito a la ciudad de la cual venía la influencia.

En las elecciones que ahora nos ocupan, el Gobierno de entonces, tomó activa parte; pues necesitaba diputados que sancionasen ciertos proyectos sobre empréstitos, obras públicas, reformas de los códigos, etc. Convenía tener mayoría en el Congreso, y todos se puso en juego para este objeto. A las Gobernaciones se dirigieron amistosas insinuaciones, y de éstas bajaron ya no amistosas sino categóricas a las tenencias parroquiales, y a las jefaturas de milicia. Después de largas deliberaciones, se convino en la lista que se ponía en campaña en la provincia de R……… Entre los elegidos estaba un Señor Cura, para de esa manera tener callados a los escrupulosos católicos; se eligió también a dos sujetos acomodaticios y de honradez muy dudosa, y por último, a nuestro doctorcito Barreno, recién venido de la Universidad de Cuenca, a la que fue a optar su grado, después de haber sido reprobado en la de Quito. Las aptitudes del doctor Barreno para el cargo que el Gobierno le confiaba, nadie las ponía en duda. Era intrigante como cien mil beatos, servil hasta la exageración y con falta absoluta de valor. Así, pues, el Gobierno, de antemano, contaba con la adhesión del doctor Agapito, y aún para asegurarse más, le ofreció para una vez terminada la legislatura, un cargo elevado en la administración.

Como de paso, el Gobierno despachó un batallón que precisamente debía tocar en la ciudad durante las elecriones. Se organizó la guardia nacional, porque según decían, había amagos de revolución. Los amigos del Gobierno recorrieron los pueblos para captarse la voluntad de los gamonales, ofreciéndoles maravillas. La curia, por su parte, mandó también una pastoral que debía ser leída en los púlpitos ciñéndose a recomendar a los **queridos hijos**, el cuidado que debía tener de no favorecer con sus votos, a hombres de dudosas ideas religiosas; pues la impiedad, el liberalismo y el masonismo estaban tocando las puertas de la moderna Jerusalén. Así fue como el doctor Agapito Barreno estaba en terna para salir diputado por la voluntad popular.

IV

Por instancias de sus padres, el doctor quedóse en el pueblo todo aquel día, y dejémoslo en su cuartucho recibiendo visitas y regalos de los chagras, despachando consultas a cambio de cuyes, huevos y pan, que llevan como honorarios; y demos, lector, una vueltecita por la casa parroquial, pues quiero presentarte al doctor Jacinto Ocaña, **cura colado** de la parroquia de San Camilo.

No sé de qué lugar será oriundo el doctor Ocaña, ni los principales acontecimientos de su juventud; solamente he oído decir que principió la carrera sacerdotal en uno de los conventos de Quito y que allí cantó la primera de sus misas. Tampoco mis averiguaciones me han hecho saber la causa por la cual ahorcó el hábito y capucha frailescos, para ponerse la sotana de clérigo.

Nuestro cura es un jayán vigoroso, gordísimo como canónigo, de color aceituna, aspecto de mulato o zambo, de fuerzas de gladiador y de apetito de ganso. Descuidado en el vestir, amigo de la mugre, es un cura **popular**, según dicen nuestros chagras. Aficionado a correr venados, a lidiar toros bravíos, **gallero** insigne, tiene en los corredores de la casa parroquial más de veinte gallos famosos aun en la ciudad; apuesta en la pelota, bebe chicha, tira de vez en cuando la **pinta**, y aunque cincuentón, le gusta galantear a las chagritas mozas.

En sus mocedades, yo no sé por qué tarquinada, conoció los honores del destierro, y en el Perú vivió algunos años, dándose vida relagona, pues estuvo de capellán de monjas. Levantado el destierro, vino a tierra del Ecuador, trayéndose una chiquita vivaracha y simpática, a la cual el doctor llamaba Susana y decía ser su sobrina, aunque las gentes decían que el parentesco era más estrecho.

Como camarada el cura Ocaña es una plata. De vez en cuando afloja la bolsa y los amigos le comen **medio lado**. Cuenta **cachos** colorados, salpimentándolos con arte

y malicia, y suelta tacos muy redondos y enérgicos. Eso sí, en el cobro de primicias y derechos parroquiales, es testarudo y no perdona un solo centavo.

Le hacen compañía en la ruinosa casa parroquial, a más de los **pongos** y **servicias** de ordenanza, una hermana vieja y su sobrinita. La vida es monótona en demasía, y sólo se interrumpe esta inalterable uniformidad, con la rarísima visita del Prelado.

La llamada Susana, en la época a la cual mi historia se refiere, era una real moza, con tipo de cuarterona, alto cuerpo y recias carnes, formando un conjunto muy apetitoso; la edad, sin pasar de veinte años, no bajaba de diez y siete. Para desconsuelo de los jóvenes hacendados de la vecindad, esta muchacha, en aquella época, tenía la misma virtud de la célebre judía de su mismo nombre. Todas las campañas emprendidas hasta entonces por los golosos, habían dado resultados absolutamente negativos. Pero el diablo que, según es fama, anda listo, tomó cartas en el asunto, y a pesar de la terrible vigilancia de don Jacinto y de doña Mariana, su tía, un joven, rico hacendado de las cercanías, logró, por fin, obtener correspondencia de la casta Susana; y cartas van, cartas vienen, al cabo de pocos meses, el asunto marchaba viento en popa. Nada maliciaron los guardianes, y quién sabe hasta dónde hubieran ido en el juego los amantes, si la muchacha, llevada por un espíritu práctico, superior a su edad, no hubiera hecho oídos de mercader a las peticiones del galán. Ella pidió categóricamente casorio, y fuera de él no había qué tratar, siendo vanos los aspavientos y lloriqueos del cuitado mozo.

Por otra parte, el Dr. Ocaña, tratando de potencia a potencia, había arreglado secretamente con don Cipriano un matrimonio entre el Dr. Agapito, tipo ideal de marido, según el Cura y Susana, tipo perfecto de mujer, según Cipriano. Como secretario había actuado doña Mariana, pues doña Javiera saltó a las nubes cuando su marido quiso hacerle tomar parte en tan grave negocio. Ella pretendía para su hijo una caballera, rica, bonita y virtuosa. E1 principal interesado, nuestro Dr. Agapito,

tampoco encontraba muy apetecible tener por esposa a una **sobrina** de Cura; él soñaba en cosas más altas, y aun la reina de Bretaña le parecía bien poca cosa.

En este estado estaban las cosas, el día domingo que ya he descrito.

Al ruedo de una mesa redonda, y a la luz de una vela con pavesa de a jeme, están sentados el cura, el Doctor, don Cipriano y dos chagras principales: juegan la **veinte y una**, y cada jugador tiene delante un puñado de centavos de cobre, negros y hediondos. Susana no asiste, pretextando gran dolor de cabeza, pero aprovecha el tiempo pelando la pava con su galán, por una ventana que de su cuarto cae al corral.

A las nueve de la noche, un **longo** de pelo enmarañado y ojos soñolientos, pone sobre la mesa tazas, una botella de café y una jarra con leche hirviendo.

–Señores, dice el cura, basta de juego y tomemos un mal cafecito para **asentar** las pérdidas.

Y mientras cada cual tomaba el brebaje, el cura continuó la interrumpida conversación y dirigiéndose al Doctor dijo:

—No tenga recelo, doctorcito; aquí triunfa su lista. Los herejes liberales bien quisieran que les dejemos el campo pero se equivocan. Señores, añadió dirigiéndose a los chagras, hay que hacer lo posible para ganar esta elección, y aun para ustedes es cargo de conciencia si no trabajan por la lista del doctor…

—Así es, **taita** curita, respondieron los palurdos.

—Ahora tomemos una copita para asentar el cafecito, dijo el cura sirviendo grandes y sendos tragos de anisiado.

Tomado el cual por todos y con especial fruición por los dos gamonales, se disolvió la sesión.

En el camino corto que va de la iglesia a la casa de don Cipriano, todavía padre e hijo siguieron hablando de elecciones; y aún en la casa propia seguía y seguía la interminable charla hasta que, por fin, don Cipriano la cambió de esta manera:

—Pues, amigo mío, nuestro Cura es rica cosa; tan popular, tan franco, tan alegre. Lástima que **vos** no quieras entrar en la familia casándote con la Susana, que también es buena mujer, buena moza, muy hábil para cosas de mano y que seguramente ha de heredar todito el **platal** del doctor Ocaña… Anímate, ve que es buen matrimonio y que ni en la ciudad has de encontrar mejor mujer, **vééé**… Así el potrero del Cabuyal se ha de unir no más en uno, lo que ahora son dos, y luego la hacienda de la móntaña y la casa de Quito **harta** plata es, **harto** mismo.

—Ya veremos, papá…ya veremos despacio, contestó, contrariado, e! doctor, ahora tengo otros proyectos…en fin, veremos.

—Piensa, hijito, piensa bien y verás que es bueno. Pero vamos a dormir que es muy barde Buenas noches, Agapito.

—Buenas noches, papá.

Entre tanto la niebla envolvía el pueblo, un vientecito helado bajaba de la cordillera, cantaban a lo lejos los gallos, ladraban por todas partes los perros, y un burro robuznó por no sé dónde con eco trémulo y lamentable.

¡Las elecciones! Llegaron por fin las elecciones para los diputados y senadores! Todo está listo en San Camilo y en toda la provincia de la cual aquel hace parte, para que el pueblo ejerza el más sagrado de sus derechos: el de elegir y ser elegido. Los

jefes de milicias han repartido ya las papeletas, el teniente político y los jueces han cumplido las órdenes superiores el Sr. Cura ha leído varias veces en el púlpito la pastoral, don Cipriano ha puesto en campaña la hueste de sus deudores, amenazándoles con la ejecución si no trabajan como es debido. Hay, por tanto, mucha libertad, según reza el periódico oficial de aquella época.

La mesa presidida por la autoridad competente, está ya instalada en el corredor de una casucha que da a la plaza. Se espera los votantes para después de la misa mayor. Está la iglesia llena de feligreses y el doctor Ocaña, como siempre, vestido de capa de coro y bonete a la cabeza, reparte a diestra y siniestra el agua bendita. Se oye un rumor en la puerta del templo, un **longo**, criado del cura, atropellando a las mujeres y pisando **huahuas**, se acerca al oído del doctor Ocaña y le dice tartamudeando con la fatiga: "**Taita** cura, la **ña** Sosana, ya va **juyendo** con el **ño** Pepe, vengo avisar a su merced". Oír el cura estas palabras y salir corriendo a la plaza, fue obra de pocos instantes.

—¿Por dónde se han ído esos bandidos?, pregunta a los que encuentra en la plaza; oigan, chagras de tal, ¿por dónde se han ido?

No hay quién le dé respuesta, pues nadie sabe de qué se trata. Al fin el longo le da alcance y le vuelve a decir:

—**Fú**, ya lejos han de estar… para abajo va el ño Pepe robando a la niña.

No oye más el furioso cura; ve un caballo a la puerta de una tienda, caballo de algún chagra, ensillado con mala montura y estribos de madera; no importa, salta sobre él y dándole en las ancas y en la cabeza con el hisopo, sale al arranque por el camino indicado (1). Qué figura la de nuestro párroco, a horcajadas sobre un mal caballejo y vestido de capa de coro, estola, alba y bonebe a la nuca, corriendo a galope tendido por los callejones y llanuras en busca de los fugitivos. Entre tanto la iglesia era un

campo de Agramante. Unos gritaban, ¡revolución! otros, ¡recluta! Aquí se oyen lloros y gimoteos, allá ajos y desvergüenzas, y los pisotones, empellones, gritos y desmayos, no cesan sino cuando las gentes medio locas de terror, y dejando adentro sombreros y **rebozos** desembocan en la plaza y desaparecen por todas las callejuelas de los contornos. Un borracho sale en ese instante de la tienda de **el David** y plantándose en media plaza, con sonrisa de estúpido, grita: "¿Quién es el guapo que me tose, canastos!"

(1) Histórico

Los más valientes averiguan la causa; siguen a caballo algunos chagras terciarios las huellas del párroco. Después de mucho correr, lo ven al fin en medio de una extensísima pampa, envuelto en una nube de polvo, sin bonete y con la capa al viento, que corría furioso, hasta que, tropezando el caballo, lo lanza a los aires como una pelota.

—¡Jesús, lo mató el caballo!, gritan los terciarios, y llegan asustados donde el caído, a tiempo que se levantaba sacudiéndose el polvo, y echando sapos y culebras, gritaba:

–Amorcitos, chagritos, por Dios y la Virgen, por todos los santos del cielo, cojan a esos bandidos, a esos perdidos, a esos infames!… ¡Hase visto desvergüenza al igual! Vean, les pago lo que quieran; pero pronto, chagras del diablo. ¡Cómo se han de quedar con la picardía!

Los chagras sabedores que con el ño Pepe no había burlas, estaban indecisos, hasta que el cura, hecho un toro y ronco por la cólera, les grita:

—¡Chagras de tal!—y lo echó redondo—si no la cojen a la canalla de mi sobrina les excomulgo.

Con esta amenaza, pero a paso moderado, los terciarios van por fin tras los pichones. El cura, otra vez a caballo, regresa al pueblo, en el que todavía duraba la alarma.

Se desmonta en el patio, y viendo a doña Mariana, que medio lela está esperándole, le toma de las muñecas y sacudiéndolas furioso, le dice:

—¡Vieja tal!, ¿qué se ha hecho tu sobrina?… Asco, ni para eso sirves, vieja perra, momia, asco… ¡alcahueta!

—¿Yo?… pero… Jacinto.

—Cállate, vieja del diablo, cállate, alcahueta… Y luego, como si hablara solo. —¿Hase visto cosa parecida?…

Se equivoca la pilla… Ahora le escribo al Arzobispo para que le meta al Buen Pastor… y al Presidente, para que a ese bandido lo pudra en la **Panáutico**… ¡Señor! ¡Señor!, qué cosas, qué cosas… Y se paseaba de arriba abajo por el corredor, puesto todavía la capa de coro y con el hisopo en la mano.

Las elecciones, turbadas ese día por el acontecimiento, tuvieron sin embargo lugar. Unos ochenta chagras, después de previos cambios de miradas con el **político** y los otros miembros de la junta, pusieron en la urna sendas papeletas. Ejercían el sagrado derecho de sufragio.

Abierta por la tarde la urna, el secretario leyó con voz de mujercilla el acta, y la lista que ya conocemos triunfó por unanimidad de votos. Fue un **chogllón**, como decía don Cipriano. Los días restantes sucedió lo mismo. Era un bello ejemplo de lo que es un pueblo ilustrado y libre que ejerce sus derechos. Don Cipriano había triunfado en toda la línea.

Las elecciones en la capital de la provincia, **pasaron en la mayor calma**, según los periódicos ministeriales. Solamente hubo que deplorar la muerte de algunos ciudadanos heridos por los soldados que estaban de paso, **por una lamentable equivocación**, según los mismos periódicos. También en el mismo batallón se dieron de alta **voluntariamente** algunos mozos del pueblo, que tuvieron la humorada de votar en las urnas por una lista que no era del agrado de las autoridades.

Volvamos a nuestro cura. A la tardecita regresaron los terciarios perseguidores, trayendo la fatal nueva de no saberse nada de los fugitivos, pues nadie daba razón de haberlos visto. La cólera del cura volvió a estallar, y doña Mariana, cruzados los brazos sobre la abultada barriga, no cesaba de gimotear y murmurar oraciones a toda la corte celestial.

Don Cipriano también sufrió con el acontecimiento; pues el proyectado matrimonio para su hijo, y la unión de los potreros, eran asuntos casi imposibles, pero siquiera tuvo la compensación de triunfar en la lucha electoral.

VI

Pepe, en esta época, era un mocetón bien plantado, de buena y noble familia, aunque tonto al remate, cosa común en nuestros nobles; para todo lo que no fuera asuntos de amor, pues para éstos era un verdadero genio. Vivía regularmente en una hacienda cercana a San Camilo de propiedad de su madre, vieja llena de resabios de nobleza y pergaminos. Recién venido a la hacienda, Pepe hizo sus primeras campañas amorosas con las chagritas simpáticas de la vecindad, y este Tenorio hizo hazañas mil que la fama pregonó en tres leguas a la redonda. Más de una docena de "hijas de María" dejaron de serlo, por obra y gracia de ño Pepe, como

vulgarrnente lo llamaban, y no hubo campaña emprendida por este conquistador, que no tuviera bueno y cumplido éxito.

Con el doctor Ocaña estrechó muy buena amistad; nada raro, por cierto, pues tenían aficiones y gustos semejantes. En una de las primeras visitas al cura, Pepe conoció a Susana, y el diablo que siempre sopla activando los malos deseos, sapló en el corazón de Pepe uno de los peores.

Ducho y atrevido en achaques amorosos, consiguió que la simpática Susana respondiera a su amor, y aunque dicen que los enamorados se traicionan, ni el; cura ni la tía sospecharon que la sobrina estaba cercana a cometer una barbaridad de marca mayor. Para despistarlos todavía más, Pepe dejó de ir al convento con la antigua frecuencia, pero las cartas y las citas en el corral le resarcían con creces.

Táctico diestro, no precipitó las cosas y dejó que la presa cayese de suyo en el lazo, pues, su máxima era la de otros muchos seductores: "La fruta de madura cae". Cuando conoció que el momento había llegado, resolvió dar el golpe en la primera ocasión que le fuera propicia.

En una oscura noche, llegó Pepe al lugar de la cita. Le esperaba Susana mas enamorada que nunca. El, ahuecando la voz y con señales de gran pesadumbre, la endilgó un larguísimo discurso, entrecortado por suspiros y aun lágrimas. Pintó sus sufrimientos, su inmenso amor, sus desengaños, y terminó e1 elegíaco discurso, anunciando a la amartelada muchacha, que viendo lo imposible de su amor, pues que ella no le creía, iba a emprender un largo viaje por Europa, para apagar allí el incendio que le consumía.

Susana, llorando de buena fe y perdida de arnor, rogóle por lo más sagrado, que no la abandonase, diciéndole que era un ingrato, pues que su amor era infinito y capaz de todo sacrificio.

Se entabló luego entre ambos una terrible lucha. Pepe tenía a su favor la sangre fría y la destreza para mentir descaradamente. Susana, sencilla y enamorada, ignorante en achaques amorosos, cedió, como tenía precisamente que suceder; y por fin y remate de tan larga cita, convino ella en huir con él al día siguiente, aunque Pepe la llevase a los infıernos, pero con la condición expresa de que se casarían lo más pronto posible.

Pepe juró mil veces hacerlo así, asegurando no haberlo hecho antes por temor de su madre, pero que por evitar este inconveniente, iban a huír los dos al Perú, en donde les casaría cualquiera de los curas. Ofreció maravillas, hizo una poética pintura de la dicha que les esperaba y dándose un beso de despedida y prometiéndose amor infinito y eterno, se separaron. Antes convinieron en la hora, y Susana aseguró ser la mejor la de misa; porque en ese rato no habría nadie que pudiese espiarla. Pepe tendría tras la huerta dos buenos caballos, y una vez en ellos no habría quién los alcanzase.

No me alargaré en los detalles de la fuga, buenos a lo más para una nove1a de folletín, y, por otra parte, fáciles de suplirse como quieran los lectores. La pobre Susana estaba, pues, en las garras del gavilán. Temblando, casi muerta, y sin conciencia del falsísimo paso que acababa de dar, siguió a su amante, al arranque de un magnífico caballo. Caminaron toda la tarde, y ya muy entrada la noche, llegaron a X. Dirigióse Pepe a un mal hotel, unico que había en la ciudad, y allí pidió habitación y comida. Hizo pasar ésta al cuarto que ocupaban, pues no quería que alguna persona conocida o amiga supiese su permanencia en el lugar. La pobre Susana, medio alelada y temblorosa, no probó un bocado de la mala comida que les sirvieron. Pepe, con mil mañas y palabritas dulces, trataba de consolarla; luego, el abundante vino que obligo a tomar a la muchacha, y su audacia y atrevimiento hicieron lo demás ....

Tres días después, el infame Pepe, la abandonaba, dejándola casi sin recursos, y huía al Perú llevándose el honor de Susana.

El doctor Jacinto, después de largas averiguaciones, supo el paradero de la sobrina, fuése a X y recibiendo, como es de suponer, terrible golpe con la confesión que le hizo Susana, regresó a San Camilo.

VII

El tiempo señalado para la reunión del Congreso había llegado. Por la carretera pasaban los padres conscriptos caballeros en sendas mulas o caballos, y era fácil adivinar por su aspecto las provincias que representaban. Los diputados del Sur venían en ricas mulas, con pajes indios de larga cabellera, caballos de tiro y grandes alforjas en las ancas. Los de la Costa, caballeros en rocines de alquiler, y envueltos en tupidas franelas, apenas soportaban el frío de la meseta. Nuestro doctor Agapito emprendió también el viaje.

A las cinco de la tarde de un claro día de Junio, hacía su entrada en la quebrada ciudad de los Shiris. Caballero en un castaño **santeño**, envuelto en un rico poncho de flecos, tapado gran parte de su rostro de cholo en un cubilete de paja, de dos palmos de alto, forradas las gordas piernas con un calzón de montar de cuero de leopardo, y llevando espuelas de plata, nuestro doctor se creía un Napoleón entrando a París después de una de sus grandes campañas. Le acompañaba un indio, jinete en un macho negro, llevando del diestro un caballo de reserva y una mula cargada del equipaje, el cual estaba constituído por un baúl forrado de cuero negro y claveteado con clavos de cobre, un almofrej, y como **soberna**, una bacinilla de fierro, y una sombrerera de hojalata. A1 subir la cuesta del **Mesón**, creyó el doctor que debía disminuír el paso para que todo el mundo gozara de su presencia. Pie tras pie, y con grande ruido de herraduras, espuelas y frenos, y con el acompasado golpear de la bacinilla y la sombrerera en el baúl, subió toda la calle; pero nadie,

desgraciadamente, reparó en tan augusto personaje; no hubo niñas desmayadas, ni hombres admirados, solamente un muchacho desarrapado, fijándose con su mirada de lince en el doctor, dijo a otro: "**Elé**, otro burro del Congreso".

Alojóse en una casa de huéspedes, y al día siguiente, a primera hora, salió del alojamiento a recorrer la ciudad, luciendo larga y floja levita, pantalón ancho que casi le cubría los pies y sombrero de copa, largo como tubo de chimenea. La satisfacción brilla en su carilla de vulgarísimo corte; entre los ralos y cerdosos bigotes asomaba un gran cigarro, y tras el cuello, las púas de su cabellera, se asemejaban a un puerco espín en acecho. A no dudarlo, él deseaba decir a todos los que encontraba: "Poco a poco, señor mío, sepa Ud. que soy el doctor Agapito Barreno, diputado al Congreso, y sepa también que soy inviolable e invulnerable". Desgraciadamente, nadie se fijó en el señor Diputado a no ser dos **chullitas** de equívoca catadura, que oliendo en nuestro doctor un pagano, cambiaron con él, dulces y tiernas miradas.

Se abrieron las sesiones. El país, según los periódicos de entonces, esperaba mucho bien de aquella legislatura. Un escritor empalagoso de un periódico gobiernista, con el título die "Semblanzas", publicó una serie de artículos poniendo en las nubes a los diputados que podían dar el voto con el Gobierno: entre ellos estaba el doctor Agapito. No hay para qué decirlo, nuestro hombre se entregó con armas y bagajes al Gobierno. Apoyó cuanto proyecto fue presentado, eso sí, solamente con su voto, pues su esperada elocuencia, cual la de Simón de las Peñascales, (1) se redujo a ponerse de pie y, después de escupir pegajoso, decir cuatro disparates, que no cuatro palabras. Otra ocasión, urgido por un diputado socarrón, se puso de pie, miró la concurrencia, vió en ella caras burlonas, se turbó completamente y después de decir: "Señor Presidente, estoy por el proyecto porque es… porque es muy bueno"… sentóse pesadamente en su sillón, en medio de las risotadas de los honorables y de la barra. Todos los proyectos del Gobierno obtuvieron por gran mayoría la aprobación del Congreso, y nuestro doctor dió su voto incondicionalmente. En uno de los más brillantes proyectos, el de celebrar un contrato con una compañía rusa para

la iluminación de nuestro litoral por medio de la luz eléctrica, el doctor Agapito justificó su voto diciendo que lo que nos faltaba en el Ecuador era luces, y que por esto daba su voto.

(1) Léase la novela de Dn. J. M. Pereda: "Los hombres de pro".

Desgraciadamente las sesiones tocaban a su fin y nadie hacía caso de nuestro Honorable. El Gobierno se hacía el sordo, y la judicatura de letras no parecía venir. En vano Barreno hacía genuflexiones exageradas, cuando se encontraba en el palacio con el presidente o los ministros, en vano trataba de hacerse de amigos influyentes en el Congreso. Nada consiguió, y cerráronse las sesiones, sin lograr ni un triste empleo de amanuense. Desesperado y furioso, hizo un cuarto de conversación, y pasóse al enemigo, llevando terrible inquina contra el Gobierno. Declaró contra las tropelías electorales, tronó contra el despilfarro de las rentas públicas en proyectos descabellados; habló de libertad de sufragio popular, habló… qué sé yo de qué más.

Volvió, pues, a su tierra, sin que nadie se preocupara de él, sin la judicatura tan ambicionada; volvió, digo, arruinado el rico sombrero de copa, rota la larga levita, y comido de una sífilis de padre y señor nuestro, adquirida en sus expediciones nocturnas por los quiteños andurriales.

VIII

"El Universo", periódico de un círculo oposicionista, apareció después de clausurado el Congreso. Redactor, fundador y propietario era el doctor Agapito Barreno.

El primer número, después del prospecto de ley, cuajado, como cabeza de **danzante**, de oropel y hojarasca, contenía un artículo sempiterno sobre la situación de la República. Se invocaban las sombras de Salinas, Morales y demás muertos del 2 de Agosto; se ponderaban los robos y despilfarros del gobierno; sobre todo, se

condenaba como infame; el contrato de la compañía rusa; se recordaba con grande ternura del sabio Pontífice preso en el Vaticano; se citaba a Judas, a Napoleón, a Leonidas y las Termópilas, en fín, la mar revuelta. Este era el artículo sensacional, destinado a hacer bulla en el país y colocar muy alto el nombre del Dr. Barreno, en la política del día. La tirada fue de mil ejemplares y se mandaron con profusión a las provincias.

El redactor tuvo la honra de ser perseguido por la policía y huyó a San Camilo, después de lanzar el cuarto número de "El Universo" lleno de feroces insultos contra el Gobierno. Decididamente, el doctor era ya hombre que hacía bulla.

Estalló entonces una revolución preparada de antemano, y nuestro ex-diputado, aunque con grande miedo y recelo, aceptó el grado de Coronel en las filas revolucionarias. En el primer tiroteo con las tropas de Gobierno, abandonando el lucido batallón de 50 hombres del cual era jefe, se parapetó, a una legua de distancia, tras una alta y rolliza pared, que tuvo la honra de presenciar las terribles y mortales ansias de nuestro Coronel. Por parte de encantamiento, o **por especial protección de la Providencia**, según dijeron los boletines, los revolucionarios fueron derrotados, y nuestro amigo, que estaba ya a caballo, llegó a San Camilo, pueblo de su nacimiento y al cual pensaba, en su poderoso magín, hacer **ciudad anseática**, después del triunfo de la revolución; llegó, digo, pálido, desencajado, y sin saber si estaba dormido o despierto.

Don Cipriano y doña Javiera levantaron la voz al cielo e hicieron mil alharacas y aspavientos sabiendo el **terrible escape del Doctor**; inmediatamente resolvieron que ese mismo día fuera el derrotado Coronel a ocultarse en los páramos vecinos, para evitar que los soldados **lo cogieran y lo tiraran**. Todo el pueblo estaba alarmado, sabiendo que el más noble y sabio de sus hijos, el Coronel, el Diputado, el Doctor venía de derrota.

El cura Ocaña voló a la casa de don Cipriano y estrechando al corrido abogado entre sus robustos brazos decía:

–Conque, fue horrorosa la mortalidad, ¿no? ¡Jesús!, de lo que se ha escapado Ud. Lo menos debe haber 500 muertos. (Y los combatientes no llegaban a la mitad de esta cifra). Ahora, amigo mío, tiene Ud. que enterrarse bajo tierra, pues, si a Ud. le coge el Gobierno, **lo hace tirar**.

El Doctor, con los aspavientos de sus padres y conocidos y con el sermoncito del cura, perdió casi la cabeza, y en medio de su terror se daba a los demonios y juraba, por toda la corte celestial, no volver a las andadas ni aun cuando le quisieran hacer Presidente.

Un **ya vienen los soldados**, dicho por un muchacho que entró corriendo al patio de la casa de don Cipriano, hizo que la concurrencia se desparramara en un santiamén, y que el Doctor, temblando como con cuartanas y medio loco, saltara paredes, zanjas, acequias, y después de correr largo rato, y muerto de fatiga, se entrara al escape a la choza de una indita y se metiera de cabeza bajo un zaquizamí que servía de cama. No asomaron los soldados, aunque el muchacho juró haberlos visto, llenando **toditos** los llanos y como **tierra**.

Con sólo estar escondido, el Doctor llegó a hacer el papel de hombre célebre. Los periódicos de oposición ponían en lugar muy alto las bellas prendas de tan gran repúblico, ensalzaban su valiente porte en las curules legislativas, su pluma vigorosa en el famoso "Universo", su heroico comportamiento en el sangriento combate del Cabuyal, en el cual, rodeado de un puñado de héroes, como Leonidas en las Termópilas, tuvo largas horas en jaque a los esbirros de la tiranía. Hasta un poeta de no sé dónde, publicó un largo romance, cantando los heroicos hechos de los derrotados.

Caminaba, pues, hacia la celebridad. El mismo, cual otro Tartarín, convencióse de su alta misión, creyóse un monstruo de talento y de política; la Providencia, no había duda, quería valerse de su invencible brazo para restaurar la ley y el derecho, conculcados por el Gobierno. Soñó con muy altos empleos y aún con la presidencia misma de la República.

Entre tanto, la amnistía no ofrecía venir y e1 Doctor se fastidiaba enormemente con el frío y el hambre del páramo. Sus padres le visitaban con frecuencia y trataban de consolarle, en su destierro, u **ostracismo**, como el Doctor se complacía en llamar a la escondida.

El orguloso ex-diputado llegó, en el torpe camino de su ambición y vanidad, a mirar con solemne desprecio a los autores de sus días; ¡él, tan alabado por los hombres notables del país; él, tan gran político y valeroso guerrero; él, el llamado a grandes destinos, ser hijo de un gamonal y de una chagra! No, no podía avenirse con eso, aunque el gamonal y la chagra habían sudado sangre para educarlo y formarle una posición.

La riqueza y gloria soñadas, tardaban demasiado en llegar el **ostrasismo** le había quitado la poca clientela, los papás, económicos por naturaleza, no le daban sino lo más necesario; pues no comprendían que su Agapito necesitara de mucho dinero para sus planes de grandeza política. ¿Cómo encontrar este dinero? ¿Con un matrimonio? La caballera rica y bonita deseada por doña Javiera y por él, no tenía vislumbres de asomar. ¿Trabajando? Eso era muy prosaico y de resultados tardiós, y luego, todo un doctor encargarse de sembrar papas y de cuidar ganado. ¡Nunca! Después de largas dudas y cavilaciones y como una obsesión, le venían a la memoria los infinitos ruegos de su padre para que se casara con Susana, antes de que por su tardanza hubiera huído ésta con Pepe. El asunto era escandaloso y sabido de muchos, pero, por otra parte, el Dr. Ocaña había aumentado desde

entonces su riqueza casi en un doble de la primitiva, y toda ella, unos 60.000 sucres, tarde o temprano debía quedar en manos de la sobrina.

Largos días vaciló entre el temor de la burla pública y el imperioso e irresistible deseo de dinero: al fin éste venció. ¿Qué le importaban las murmuraciones y las burlas, si con ese casamiento conseguía de un golpe el medio de hacer papel? ¿Y luego, no se ve todos los días que el dinero hace desaparecer peores manchas?

Conseguir la muchacha era muy fácil. Hablaría con el cura, y el asunto estaba asegurado. Don Cipriano y doña Javiera se pondrían contentos, y de esa manera las dos fortunas reunidas montaban a una suma muy respetable.

Fácilmente consiguió lo que deseaba; y pocos días después, se casaba en San Camilo con la simpática Susana, poniéndose desde entonces en seguro camino de llegar a ser uno de nuestros grandes hombres.

1898.

LAS DELICIAS DEL CAMPO

CAPÍTULO DE UN LIBRO INEDITO

Por cierto que el libro sólo existe en potencia, pues aun no escribo ni la primera palabra del prólogo; pero lo escribiré, pues también yo me siento invadido de la fıebre de dar a luz mis impresiones, con el título con que ahora encabeza este trabajillo, o con el de "Hojas Verdes", o "Piedras Angulares" o "Granos de Anís", como hoy se estila en ciertos lugares de esta sacratísima tierra. Pero voy dando un prólogo fastidioso, y debo entrar en materia.

Estaba entonces mi seráfica persona en los veinte años, no sé si floridos o agostados; pero sí recuerdo que poco o nada me diferenciaba, en lo moral, de los jovencitos de ogaño. Dormir bien, comer como cuatro, beber cerveza como alemán, jugar los cuartos que derrepente asomaban en mis bolsillos, hacer campañas amorosas, como ensayos preliminares, con las cholitas simpáticas del barrio: he ahí mi vida, en pocas palabras. Las horas del día, largo, por más señas, como un poema épico, las mataba en compañía de otros amigotes, sentado a la puerta de una botica, que era el club para nosotros, rascándome la cabeza, bostezando, fumando cigarrillos y hablando de caballos y de gallos, de política y de amoríos. Los domingos, la **gallera** rompía la monótona existencia, y las proesas del **giro** o del **malatova** llenaban de encanto mi fantasía.

¡Oh tiempos aquellos! exclamaré con el poeta, ¡oh vida deleitosa e incomparable!, ¡oh pereza bendita! aun os echo de menos en mi celda, sin embargo de que en ella duermo veinte horas diarias! Todavía en esa época no conocíamos los mozos las **neuróticas sensaciones**, ni la **madre nostalgia** nos sobaba los sesos, ni la palabra **bohemio** estaba de moda.

En lo mejor de esta deleitosa vida, en medio de esta calma chicha, asomó, con chilindrinas y recomendaciones, el célebre predicador fray Bustillos, y aquí fue Troya. Los sermones, que por recomendación de mi padre, oí al pico de oro, sobre el fuego

del Infierno y los horrores del Juicio, de tal modo me horrorizaron, que de la noche a la mañana desaparecí de la casa paterna y tomé el hábito que ahora llevo, aunque indigno pecador.

Pero antes de tomar esa resolución suprema, saboreé todavía las dichas de la vida. Aun recuerdo con fruición las **tunas de arroz quebrado**, en las cuales el mallorca y el vino dulce nos volvían el seso; aún vienen a mi memoria los compadrazgos con las **chullitas** buenas mozas, cuando yo o alguno de mis compañeros apadrinaba una **huahua** de pan; aun hierve la sangre en mis venas, cuando rememoro los paseos a las quintas cercanas, cuando en alegre cabalgata íbamos a atracarnos de duraznos y peras, y a beber fuerte, para entrar por la noche a la ciudad hechos un torbellino

Escogiendo un episodio particular de ese lapso de tiempo, voy a contar al benévolo lector, lo siguiente: —Nunca, hasta entonces, mis viajes habían pasado más allá de las quintas de los suburbios, y ardía en deseos de pasar una temporada de campo; y cierto día resolví, para satisfacer este deseo, visitar a una familia que en una de mis tunas había tratado, la que me invitó muy cordialmente, a comer **tostado de maíz nuevo** y a tomar **chicha dulce**. Como advertencia preliminar: la familia de don Anacleto raras veces salía de la hacienda, lejana por otra parte de la ciudad: y, según fama, las tres chiquillas, hijas de este señor, poseían mil habilidades: cantaban, tocaban la vihuela, y eran adorables para un mozo medianamente diestro en achaques de amor.

Por aquel entonces era yo aficionadísimo a Pérez Escrich y a doña Maria del Pilar Sinués, y la lectura de tan ricas novelas exaltóme la fantasía y deseaba volar al campo; sí, al carnpo, a gozar de sus poéticas delicias; a embriagarme con las auras cargadas de perfumes; a leer los versos de Ordeñana o de1 canónigo Acosta, mis poetas favoritos, (no existían los jóvenes modernistas) cabe el bosque umbrío; a presenciar 1os juegos de los zagales y los amores de las gallardas zagalas; a apagar mi sed en la fuente que corre por entre marmóreas guijas; a saciar mi hambre con las

rojas guindas o con el fruto de la palmera de1 desierto, o el cándido licor secretado por la hinchada ubre de la mujer del toro.

Resuelto el viaje, me ocupé días enteros en buscar un caballo: don Ruperto, que sólo hablaba de caballos y mulas, me proporcionó un jaco, ponderando sus bellas cualidades.

–Cuando Rosita, mi mujer, monta... decíame como argumento concluyente.

Un tío de un primo mío, me prestó la silla **chocontana**, cargada de correas y hebillas, el calzón de montar, de **cuero machacheño** y las espuelas pastusas, que para los inteligentes en la materia, son a las nacionales, lo que el Apolo del Belvedere a un santo de bulto hecho en Quito.

Conseguido, pues, todo lo que necesitaba, cierto día del mes de agosto, y agosto clásico, por lo seco y ventoso, a la hora de misa mayor, salí de mi casa, luciendo el caballo de don Ruperto y los aperos complicadísimos del tío de mi primo.

¡Ah don Ruperto! ¡ah don Ruperto! aun cuando desde entonces ha pasado mucho tiempo, no le perdono; pues no es justo ni hidalgo querer matar a un inocente amigo, con muerte afrentosa, haciéndole montar en semejante animal. Sí, el jaco era de un trote endemoniado, lerdo como un burro de treinta años, de boca dura como la mollera de ciertos tipos que yo he confesado, y poseedor de una cualidad más rara todavía, la de entrar, quiera que no el jinete, a todas las casitas del camino, sobre todo a las que servían de tabernas. Cuando el animal se plantaba frente a una de éstas, no hiabía manera de hacerlo andar, ni recurriendo a las espuelas pastusas, y para no quedar allí por siempre jamás, tenía que echar pie a tierra, y sacarlo del diestro. Todas estas maniobras las hacía bajo un sol de fuego, en medio de una nube de polvo, y atravesando la región que, al decir de un extranjero, tiene la particularidad de estar con sol y polvo hasta las doce de la noche. E1 almuerzo se

me quería salir por donde entró, las posas las tenía desolladas, a juzgar por el dolorcillo que sentía en esa parte, las piernas con tanto espolear, quedaron paralizadas. Pero todo fue palique y juego de niños, comparado con lo que sucedió luego. –Un perro, saliendo de improviso de tras una zanja, espantó al jaco, quien dió una media vuelta, y yo, que de jinete tenía tanto como de rey, di en el suelo, envuelto en poncho, pellón y bufanda, mientras el torpe animal, con un galope corto, y en medio del ruido de estribos y de fierros, dióse a caminar por esos trigos. Temblando perder el caballo y la montura, fui tras él, cargando el pellón, el poncho, enredándome cada diez pasos en las espuelas, gritando desesperado **sho, sho**, hasta que un indio me lo trajo, cuando ya apenas podía moverme.

Volví a montar, y casi destripándole a espolazos, logré que tomara un semi galope, y divisé, por fin, al cabo de un larguísimo callejón de cabuyas y espinos, la tan deseada meta.

Llegué a colmar mis deseos: estaba en el campo. El sol de las cuatro de la tarde, caldeaba los llanos y lomas, áridos y vacíos de sementeras, que rodeaban la hacienda; de trecho en trecho se levantaban trombas de polvo en los campos que labraban algunas parejas de bueyes escuálidos. La vegetación se reducía a unos tortuosos y casi muertos capulíes y algunos molles, que no sé cómo habían crecido entre las zanjas de cabuyas y espinos blancos. He aquí el bosque umbrío para leer los versos de mis poetas queridos; he aquí, por fin, la poética Arcadia ante mis ojos. La casa no era un palacio, ni mucho menos; pues su tejado gris, cubierto de musgos amaril1os y las paredes de cangahuas, carcomidas anunciaban un caserón antidiluviano y típico en la región. El patio desigual, cubierto de cerros y valles, ostentaba como adornos, un montón de estiércol, cangahuas a medio labrar, haces de chaguarqueros, estacas para amarrar caballos o burros, plumas, residuos de las hecatombes de gallinas, trapos viejos, papeles rotos, montoncillos de cenizas y demás restos que sería prolijo enumerar. Tras un tapial derruído asomaban las copas de las parvas de cebada y hoja de maíz, llamada por antonomasia hoja. Bajo

unos enormes espinos blancos sesteaban puercos y gallinas, y a la sombra de un tinglado viejísimo, una yegua lanuda y descrinada, se mosqueba con su cortísima cola.

El ruido de las colosales espuelas que yo llevaba, hizo rebuznar a un burro pollino, que como el mejor timbre de buen agricultor, tenía don Anacleto atado a la entrada; gritar a un gallipavo que hacía la rueda en el patio, y ladrar en todo el diapasón a una jauría de perros, siendo los más porfiados unos lanudos falderillos. Don Anacleto asomó, por fin, a completar el cuadro, sacudiéndose las manos ensangrentadas, pues venía de castrar un burro, operación para la cual era maestro. Dejémosle a don Anacleto llamar con voz estentórea al huasicama para que coja mi caballo, y trataré mientras tanto de dar a mis lectores una idea de este personaje, en pocos palotes. Edad indefinible; pero cano y barba idem, manchada de amarillo por e1 humo de tabaco; estatura alta; algo encorvado; nariz acarnerada, por lo cual le llamaban "el mocho"; ojos dormidos, sombreados por cejas colosales, estrafalarias, monstruosas. En la hacienda vestía perpetuamente poncho **chiricatana**, aun cuando el clima era tórrido; bufanda amarilla de lana; pantalón de bayeta de Guano, azul y dieshilada por el uso, y botas amarillas que le iban sobre las rodillas. No he visto botas más remendadas que las de don Anacleto; tanto que sospecho que de la materia de que primitivamente fueron fabricadas, nada quedaba; pero el dueño nunca quiso abandonarlas, pues era regalo de un su herrnano, dean de la iglesia de Loja, que, al decir de la familia, era una lumbrera del catolicismo y profundísimo teólogo. El sombrero era otra joya que bien vale la pena de describirse. Sombrero faldón de paja manabita, antidiluviano, forrado en funda de género blanco, manchada por el sudor de la no muy liimpia cabeza de su dueño, y por el polvo de la región **del sol de media noche**.

Concluídos los saludos usuales con don Anacleto, y después de contestar sobre la salud de los míos, enumerados prolijamente por mi interlocutor, asomó doña Vicenta, en **traje de casa**, roto y sucio, sobre el

cual pasó, sin duda, más de un cataclismo, pues así lo anunciaban las manchas sospechosas de que estaba lleno.

Trabajosamente, por lo molido que venía y por arrastrar conmigo todo el séquito de zamarros, pellón y compañía, subí del patio al corredor, en el cual entablé una lucha homérica con don Anacleto, que no quería que yo, cansado de llevar tan molestosos trabejos, los abandonara, pues era seguro pescar, allí mismo, una pulmonía o una fiebre. Entre tanto, doña Vicenta, asida del poncho, no cesaba de gritar:

—"Bribón, por fin se dejó ver"… y acompañaba esto con pellizcos a mis hombros y tirones del vestido, todo, eso sí, en señal de cariño y complacencia. No hubo forma de que me soltara, sino cuando de un puntapié brioso, abrió la puerta de la pieza que llamaba sala, gritando: "Dentre, dentre, bribonazo, pícaro… que tanto se ha hecho de rogar para venir a vernos". De un empellón hízome sentar en una banca; y ya era tiempo, pues estaba medio estrangulado por mi cariñosa amiga.

Doña Vicenta me dejó solo, saliendo para ordenar que prepararan un **fresco**, y mientras tanto yo exminaba el cuarto que tenía el pomposo nombre de sala. Figuraos, aunque ya talvez habréis visto algo semejante, una habitación larguísima, de paredes blanqueadas con cal y de piso de estera. Techo bajo y ennegrecido por las moscas, del cual colgaban papeles picados, para que las muy sucias durmieran las noches, y de esta manera poderlas asar a traición por medio de una olla hecha ascua que el huasicama iba aplicando a cada uno de los colgajos. Llenas las paredes con cuadros pintados en Quito, representando un Corazón de Jesús con cara de carnero, una gorda Virgen de Agua Santa, un San Francisco renegrido y varios cromos alemanes. En las esquinas y formando pisos sucesivos, las arañas habian formado colonias, en las cuales sin duda gozaban **ad libitum** desde que se edificó la casa. Por muebles tenia la habitación-salón, dos bancones enormes tapizados de zaraza roja, con manchas grasientas en los respaldos, indicio cierto ,de las siestas de don Anacleto; ocho sillas de madera de capulí, forradas de cuero

verde, y dos mesas cojas que sustentaban una urna con e1 Niño Dios, un candelero viejo con vela de sebo, tinteros empolvados, bulas de la Santa Cruzada, un serrucho y varios otros adornos que ahora no recuerdo. La luz sólo penetraba por la puerta, dejando los ángulos en la penumbra. E1 am,biente estaba impregnado de olor a humedad y a orines de los innumerables ratones que paseaban con toda libertad en ese, para ellos, enorme territorio.

El sol de la tarde hería de frente el corredor, convirtiéndolo en un horno caldeado; millares de moscas revoloteaban produciendo un zumbido insoportable; el viento levantaba (torbellinos de polvo en el patio, sacudía las ramas casi muertas de un capulí vecino y formaba, con las colas de los gallos y gallinas que picoteaban en la basura, abanicos caprichosos. Los puercos que sesteaban **cabe** la sombra de los cabuyos, gruñían ferozmente aguijoneados por el hambre; y bajo un seco sigse, un pobre sapo pedía a grito herido una gota de agua. Todo esto formaba un cuadro de maravillosa poesía.

Doña Vicenta pareció trayéndome el prometido fresco, y con ella entraron también las tres chiquillas que, a una, y como si recitaran la misma lección, me lanzaron las frases de costumbre: "Cómo está, cómo ha estado… qué milagro.. cómo quedó la familia", etc.

Las muchachas, aunque no unas Venus, eran muy pasaderas. Sobre todo, tenían una gordura muy apetitosa, y luego, la tez morena y los ojos negros, tienen un atractivo que seduce a primera vista. Vestían todas trajes de zaraza blanca, salpicada de bolas negras, y aunque yo apenas podía aguantar la ropa, ellas llevaban pañolones de lana con largos flecos.

—He aquí que una de éstas será mi zagala en estos campos, decía interiormente, y trataba de escoger la mejor. Asunto difícil, pues tenían las tres la misma catadura y la misma manera de ser.

De este **embaras de choise**, sacóme dóña Vicenta, presentándome el fresco, después de pcscar en él, con dedos sucios, dos moscas que cayeron, diciendo:

—Tome, hijito, esta **chamburadita** para que se refresque. La Michi (una, de las chiquillas), le **viene preparando** con sus manos… Pero tomará, tomará.

La chamburadita era una mezcla endemoniada, en la cual el aguardiente de caña, formaba la nota dominante por su olor a cuerno quemado y sabor de herrumbre. La chamburada podía ser madre del **chinguero** más eficaz.

Apurada la bebida, con no pequeña repugnancia de mi parte, y gran contentamiento de doña Vicenta, apareció don Anacleto, gritando con voz de gallo padre:

—Háganle asentar la bebida para que no le dé pulmonía… Vaya, vaya; este **anisadito** no le hará daño. Aqui, señor mío, no tenemos sino el anisadito… pero concluya, concluya.

Después del asentante vino otro, y otro hasta que perdi la cuenta. Al sentarme a la mesa estaba achispado y en condiciones suficientes para declarar mi amor al lucero del alba. **Michita** fue la preferida, y le abrí mi corazón completamente, haciéndole mil promesas de constancia y fidelidad. ¡Oh comida! la tengo presente, sin embargo de la borrachera que en ella pesqué. Sopa de fideos en agua fría, gallina tan dura de tragar, como los versos de no se quién, **ají de cuyes**, el **tostado nuevo** y tortillas de queso y chicha dulce en cantidades inverosímiles. Concluída la comida, y lanzando largos eructos con sabor de cuy, de chicha y anisado y viendo dos candiles, me imaginé que Michita era un portento, y mi amor llegó a pedirle por favor un abrazo y un besito, que la muy picarona me lo dió a hurtadillas de los papás. No sé hasta dónde hubiera llegado en mi conquista, si la chicha y el anisado que todavía circulaban de vez en cuando, no me lo hubieran impedido. Las palabras se

atragantaron en mi garganta, un sudor frío y mortal invadió mi cuerpo; tenía, en una palabra, los mismos síntomas que ya conocí, dolorosamente por cierto, cuando fumé mi primier cigarro Y sucedió lo que siempre sucede, cuando el estómago rechaza sabiamente las porquerías que, a nombre de bebidas, le propinamos: dejé en las faldas de Michita, en las cuales me había reclinado, alguna cosa que no debía oler a ámbar, pues oí, antes de caer como muerto, que se levantaba, dejándome en la banca, y murmurando:

—Me acabó... me acabó... Ave María Santísima... **atatay**!…

Cuando desperté, calculo que sería la media noche; encontréme en una cama dura, durísima. No tenía conciencia de lo que habían hecho conmigo; pues borrachera parecida nunca me he metido ni en el convento, cuando la elección de Prior. Después me fue imposible dormir: millares de pulgas se habían dado cita en mi cuerpo, y lo acribillaban furiosamente. Las de los hoteles de Latacunga y Ambato son mansísimas palomas, en comparación con las de la hacienda de don Anacleto. Luego los humos de la embriaguez, el sabor del cuy y la chicha que me atosigaban, los ronquidos de don Anacleto prodigiosos por la intensidad... los ruidos como de descargas lejanas, que salían del sitio donde dormía una longa criada, trayéndome, no olores de pólvora, sino de demonios; el ladrido de un falderillo en la puerta del cuarto, penetrante como hoja de cuchillo, los rabuznos de una docena de burros, hambrientos o rijosos: todo, todo, formaba una colección de espléndidas armonías, propias para matar el sueño de cualquiera que no fuese don Anacleto.

Una noche pasé en esa hacienda: la madrugada me encontró ya sobre el famoso jaco de don Ruperto, camino de mi casita. Ni ofertas de don Anacleto, ni protestas de doña Vicenta, ni miradas tiernas de la Michita, fueron bastantes para contenerme.

¡Oh delicias de la vida campestre! ¡Oh Fray Luis de León, que las cantasteis! venid a la tierra donde el sol dura hasta las doce de la noche, donde el viento, en vez de

agitar dulcemente las copas de los árboles, levanta nubes de polvo en los campos sedientos; venid, y hallaréis longas sucias y pastorcillos estúpidos y zafios; venid, y veréis llegar por la tarde, parejas de bueyes escuálidos, arreados por un indio rotoso, a abrebar en las verdosas aguas de una charca, donde hierven los renacuajos; venid, y encontraréis un don Anacleto que castra burros y habla sólo de caballos y puercos; venid leeréis versos de Lautaro Velasco o de Ordeñana o de los poetas jóvenes de Guayaquil. Venid al campo a saborear las dulzuras del **chaguarmishqui** o del aguardiente con olor a chivo viejo; a comer tostado de maíz o tortillas, hasta reventar. Venid, os digo, poetas románticos y modernistas, a cantar tanto de bueno o de poético; venid a contemplar la puesta del sol en un celaje pulverulento y tristísimo; venid a meditar vuestros versos **cabe** las zanjas de espinos y cabuyas, acompañados de las amarillentas lagartijas; venid a gozar la frescura de las auras en un llano recién labrado y con un sol de cuarenta grados; venid, pues, queridos poetas, quizá así no molestaréis a la humanidad doliente con el canto ronco de vuestras liras.

Por mí sé decir, que el día pasado en compañía de don Anacleto, y gozando las delicias arriba descritas, bastó para curarme de ese mal llamado hambre de campo; y quién sabe si también, para que la vocación frailesca se acentuara de tal manera, que poco después tomara el hábito en una orden medicante.

1899

DE CÓMO ME HICE REVOLUCIONARIO

En aquella época, decíamos que el Gobierno no era muy malo, y así debía serlo; pues, duraba ya un año. ¡Un año!, son doce larguísimos meses de ayuno para los que estábamos cesantes; doce meses de ansiedad, de esperanzas fallidas, de ideales reducidos a polvo! Alguien preguntará cuál era aquel gobierno… No lo digo, y

dejo que mis lectores, si los tengo, cavilen sobre este embolismo histórico, y sigo con la de mi vida.

Poco a poco, y sin saber cómo me encontre el día menos pensado, con un instinto nuevo: el instinto revolucionario, facultad muy comun entre mis compatriotas. Dime a razonar sobre los deberes del ciudadano, sobre los derechos de la colectividad; y puse en mi ardiente cacumen, una montaña de sandeces y un océano de disparates.

Don Prudencio Mosquera, una de las lumbreras de mi pueblo, peroraba a diario en el cuchitril que bautizamos con el pomposo y revolucionario nombre de "Club de los Patriotas"; tenducha oscura, con anaqueles, los que, a falta de libros, mostraban competente botellería de licores. Algo como una docena y media de mozos, escuchábamos a nuestro oráculo, sin faltar jamás a las lecciones, pues nunca hubo constancia igual a la nuestra, ni aplicación más digna de alabanza. Entre copa y copa, entre **un solo de oros** y un **codillo**, resolvíamos ex cátedra, los más arduos problemas políticos y financieros.

Don Prudencio era infaltable, ya lo hemos dicho; y, ¿cómo iba a faltar a la reunión diaria, siendo él, fuego sagrado y jefe nato de la juventud patriota? ¿cómo iba a faltar el mártir de todos los gobiernos, según lo decía, el hombre de las circunstancias, llamado por Dios y la Patria a tan grandes destinos?

Con elocuencia ciceroniana nos pintaba un cuadro negro: la República al borde de un abismo, las libertades públicas conculcadas, la Religión santa de nuestros mayores, amenazada de muerte por la infame masonería, las rentas en bancarrota; y lo que era más doloroso aún, los empleos en manos inhábiles o corrompidas.

Nuestra indignación crecía hasta las estrellas, y el entusiasmo lo templábamos con sendas libaciones de **exquisito champagne**, como decían los periodistas de entonces.

Antes de acudir al extremo de la revolución armada, resolvimos **ilustrar la opinión pública**, y desenmascarar a los enemigos del pueblo, por medio de la prensa, admirable invento del **Gutembergo**, como decía don Prudencio. En la discusión del nombre del futuro órgano de 1a oposición, empleamos ocho días y cien botellas de cerveza y anisado, quedando el neófito bautizado con el de "Redención Nacional"; pues redentora será la revolución, decía sentenciosamente don Prudencio.

Después de sudar tinta y dejar limpios nuestros ya escasos bolsillos, salió el primer número; y como le auguramos larga vida, nos preocupamos de poner: Año I, Tomo I. El prospecto ocupaba medio número; allí, como de costumbre, se hablaba de la Revolución Francesa, del sapientísimo Vicario de Cristo, de los héroes de1 10 de Agosto, etc., etc. Ofrecíamos nuestra humilde cooperación para salvar la libertad y religión, amenazadas de muerte por la peor de las tiranías. Al prospecto seguía un artículo de **fondo** con el título de "La situación" en el que se ponía de oro y azul al Gobierno.

Uno de los redactores que pulsaba la lira a la manera de José M. Lautaro Velasco, principió a publicar una serie de sonetos sobre las bellezas de la Religión. En fin, una crónica bien nutrida concluía el número, comunicando a los ávidos lectores, el abuso de un teniente político, el mal estado de las calles, el anuncio de un triduo en la iglesia principal, y la rotura de un farol. Antes del pie de imprenta estaba la lista de los agentes en provincias, las condiciones de suscripción y el aviso de que se canjeaba con periódicos nacionales y extranjeros. Pasamos circulares a los escritores de más nota pidiendo su valiosa cooperación. Rañón, Proaño (Daniel) y otros insignes prosadores, nos la ofrecieron entusiastas.

Desgraciadamente nadie compraba el periódico, y tuvimos que regalarlo para tener la satisfacción de que alguien nos leyera. No recuerdo si salió el segundo número; pero sí, que andábamos muy orondos por haber

afrontado las iras del tirano. Don Prudencio muy entristecido repetía: "Dios mío, no hay afición a la literatura, y el espíritu público está muerto; hay que levantarlo aunque sea sacrificándonos". El tirano, es decir el gobierno, no embestía ni por esas y otras exclamaciones heroicas, por lo cual, cansados de provocarlo, resolvimos apelar a la revolución. "El más sagrado de los derechos de los pueblos oprimidos" según nuestro oráculo.

En el Ecuador, y creo que lo mismo sucede entre nuestros vecinos, hacer una revolución es más fácil que hacer un plato de locro.

Principiamos a buscar armas; artículo éste indispensable para el asunto, pues con sólo varoniles pechos no caen las tiranías; y la que queríamos derrocar, no era seguramente de mazapán, sino de algo más fuerte; pues tenía algunos millares de cholos armados a la última moda. Muchas carreras y sudores costaron los cincuenta fusiles y los seiscientos tiros que conseguimos: aquellos de todos los sistemas imaginables, pues había desde el trabuco naranjero y el canillón manejados talvez por los de la **patria boba**, hasta el Rémignton y el Winchester modernos.

Algunos de los conjurados hicieron viaje a las provincias vecinas, llevando el fuego revolucionario, y otros buscaban dinero; porque siempre don Prudencio citaba el dicho de Montecuculi, de que para la guerra, se necesitaban tres cosas: dinero, dinero y dinero. No había duda de que nuestro jefe tenía razón; pero estos tres elementos andaban muy escasos, y a duras penas reunimos una caja, con dos centenares de pesos. Los agricultores, comerciantes y banqueros no son patriotas, y les importa una higa que las libertades estén conculcadas o la Religión amenazada. Los patriotas son pobres y nunca cuentan ni con una docena de pesos para defender sus ideales. Ejemplo éramos los conjurados de entonces, pues entre todos no podíamos reunir lo necesario para un día de campaña. Don Prudencio no perdió ripio para decir que el patriotismo sólo latía en contados corazones, y que el egoismo hacía presa en la infeliz república del Sagrado Corazón.

Para ser un perfecto revolucionario es preciso vestirse como tal. El traje debe estar en relación con las caras feroces y patibularias que es indispensable adoptar en el oficio, aun cuando Dios nos haya dado a muchos, caras banachonas. Larguísimos ponchos de bayeta, botas rodilleras, sombreros de paja, de copa cónica y de grandes faldas rodeados de ancha cinta verde con lemas "Libertad o muerte". "Viva la Religión". "Ni pído ni doy cuartel" y otros más extravagantes: he ahí la indumentaria.

Resuelto el golpe, cierta noche salimos de la ciudad a paso de lobo treinta y tantos revolucionarios, unos a caballo, a pie los más. El prólogo de nuestras hazañas fue conseguir **acémilas**, (palabra de don Prudencio), para que montara toda la gente. Nada más fácil: en las goteras del pueblo había una hacienda de un enemigo de la causa, y al enemigo había necesidad de castigarle de alguna manera. Caímos pues, heróicamente, como una avalancha en el patio, lanzando vivas y **ajos** rasgadísimos, y después de apalear al indio **guasicama**, tomamos diez caballos y un burro pollino, famoso en todo ese contorno. En otra hacienda, hicimos lo mismo, y a la madrugada todos estábamos a caballo, y resueltos a tomar un pueblo cercano. Con suma cautela y con todas las reglas de la más alta estrategia, rodeamos la población. Por desgracia, no pudo lucir don Cipriano, convertido en general, sus dotes de táctico; pues no había un solo enemigo armado en el pueblo, y el teniente político, a quien pensábamos apresar, burlóse de nuestras iras, arrojándose a unas hondas simas. Hechos dueños del pueblo, sin derramamiento de una sola gota de sangre, debíamos, segun don Prudencio, convertirlo en las Termópilas, y desafiar desde allí como Leonidas y sus trescientos espartanos, la acometida del Gobierno.

Revolución sin pronunciamiento, no es una cosa completa. Para realizar este aforismo, se escribió una acta en estilo muy elevado, desconociendo al Gobierno y ofreciendo morir todos con las armas en la mano, defendiendo la libertad dejada por los héroes del 10 de Agosto, la religión de nuestros mayores y las instituciones republicanas, vilmente, **conculcadas por la tiranía**. Firmamos todos los del ejército,

y algunos chagras del pueblo, que sabían estampar su nombre. Circuló también, una valiente proclama de nuestro Jefe, la que concluía con el simbólico "Alea jecta est".

"Vuestro Gral. y amigo
Prudencio de la Mosquera".

"**De la**" era muy necesario para un Jefe de campanillas pues Mosquera, a secas, es vulgar.

Poco a poco, aumentóse nuestra gente hasta pasar de ciento.

Fruto de las largas, meditaciones de nuestro general, fue la organización que se dió a los cuatro batallones en que se dividió la fuerza. Se les bautizó con los nombres: "García Moreno", "Vengadores de la Patria", "Leopardos de los Andes" y "Escuadrón Católico". Por desgracia, no había soldados; todos éramos Jefes y oficiales. Un cholo artesano, escapado de la cárcel, en donde purgaba no sé qué tarquinada, era el único sargento. Teníamos, eso sí Estado Mayor General, comisario de guerra, auditor: y un ex-seminarista, era capellán castrense.

La guerra vive de la guerra, decía el siempre sentencioso general. Siguiendo a la letra este sapientísimo principio, no quedó en toda la parroquia, gallo ni gallina, pavo, pava, cuy, burro, caballo, ni ninguna otra acémila, ni ninguna otra acémila, ni monturas, albardas, y **garabatos**. Todo fue requisado para el ejército. Estas medidas eran necesarias para la buena marcha de la administración militar, la que debía conducir al fin los pueblos, a gozar de ventura idilíaca, de libertad plena y de perfectos derechos. Las cholas buenas mozas contribuían también, según sus facultades, a entretener los ocios de los oficiales, y hacerles más llevadera la azarosa vida de campaña. Don Prudencio, eximio catador de aguardiente, encontró que el que había en el pueblo era bueno. Después de tal informe, el consumo del puro fue estupendo.

"Es pues preciso hacer las cosas bien hechas o no hacerlas", díjonos un día don Prudencio, a los del Estado Mayor: "hoy por hoy, este pueblo es el centro de la República, pues la libertad, perseguida de muerte en todo el país, en él ha encontrado refugio. Debemos ser grandes en todo y políticos diestros, por lo cual propongo a Uds., valerosos mancebos, declarar a la faz de1 mundo, que este pueblo no es pueblo,
sino ciudad, y ciudad libre y anseática, algo como Hamburgo. Vosotros comprenderéis, valerosos conmilitones e ínclitos jóvenes, que un paso de esta naturaleza nos traerá grandísimos beneficios, y nos granjeará la admiración de la posteridad.

Excelente nos pareció la idea, y procedimos a la organización del Gobierno de la anseática ciudad.

El maestro de escuela, por ser muy adicto a la causa y porque sabía leer y escribir medianamente, fue elegido gobernador o **burgemaestre**. No sé dónde, desenterró una prenda, mitad casaca, mitad chaqueta, con faldones que apenas le tapaban las grandes posas, impropias de un elevado personaje. Un pantalón ceñido a las piernas y que no llegaba a los descuajeringados zapatos, y un sombrero de copa abollado y sin pelos, completaban la vestimenta del prócer. Con la seriedad y etiqueta que le daba la conciencia de su elevadísimo cargo, y acompañado del ejército y pueblo, dirigiose a la destartalada iglesia, ya convertida en Catedral, a prestar el juramento de ley en manos del cura, zafio mulato, convertido en Obispo por la ominipotente voluntad de don Prudencio. La ceremonia resultó sencilla, a la par que grandiosa. El órgano y los cuatro instrumentos de la banda del pueblo, armonizaron el acto. Una casita de la plaza convirtióse en Hotel de Ville, y el nuevo gobierno estableciόse en profunda paz, sin protesta de nadie, único y hermoso ejemplo en los fastos de la Patria Historia.

Después de las labores benéficas de la paz, venían las de la guerra. Nuestro ilustre jefe ya había admirado al país como insigne político y admistrador; falbaba que mostrara las indudables dotes militares con que le dotó naturaleza.

Una tarde, no la olvidaré nunca, en medio de una nube de polvo, entró uno de nuestros valientes oficiales, al arranque tendido, gritando con voz trémula: "¡ya viene el enemigo!".

Don Prudencio, que en ese rato olvidaba sus arduos problemas, catando un **aguado**, salió de la casa consistorial, no diré despavorido, pero sí emocionado, gritando: "Por dónde, por dónde… y ahora qué hacemos?… Hay que señalar la retirada… Véanlo a Gómez que ordene desplegarse a la prusiana"—Y el vaso de **aguado** temblaba en su mano, pues no quiso o no pudo dejarlo… Y después, hombres que corren a caballo, mujeres que gritan, algún puerco que ese rato chilla hambriento en la pocilga, un pavo que se ríe a carcajadas, y palidez en todos los soldados de la causa. Nuestro ejército se desplegó como Dios le dió a entender: cada soldado buscaba una zanja, un árbol, una piedra, pues no era cosa de niños hacer frente a los quinientos cholos que se nos venían encima.

Pum, pum, pum, descargas cerradas de allá, tiros sueltos de acá; tres heridos, un muerto, y nuestro ejército se declaró en derrota, con todas las reglas de la más sabia táctica. ¡Así se pierden los imperios!

La más bella creación de nuestro jefe, se fue al demonio; el burgomaestre fue apaleado por el antiguo teniente político, y puesto en cepo de campaña. El obispo arrojó su flamante mitra y fugó a un páramo; la Catedral quedó en iglesia parroquial y el Hotel de Ville cambió de destino, pues se puso un rótulo con azul de ultramar que decía:
"Benta de anisado y mayorca a toda hora".

No se crea que este primer fracaso mató la revolución; porque es algo como el gato del cual dicen que tiene siete vidas. Después de algunos días estábamos reunidos casi todos, en otro pueblo de la cordillera, con menos esperanzas tal vez, pero con el mismo entusiasmo. Luego, todos éramos hechos de barro de héroes ¡Nos gustaban tanto las peripecias de la vida de campaña! ¡es tan rica cosa ser coronel comandante o mayor, siquiera de mentirillas! ¡es tan satisfactorio oir llamarse por las cholas "señor **melitar**", o lanzarse al merodeo y echando ajos, quitar el burro al indio, o la mula al chagra!

Don Prudencio, así como le pasó el susto de la derrota, publicó una proclama en la que Napoleón y Bolívar eran citados repetidas veces; hablaba de no sé qué esbirros y eunucos, de que la longaminidad es la virtud de los héroes, que se derramaría torrentes de sanpre para purificar el país, que el cadalso debía ir del Carchi al Macará, extinguiendo a los eneınigos de la Patria, y terminaba con el consabido.
"Vuestro General y amigo".

En esos días recibimos muy halagüeñas noticias del Norte, las que aumentaron el entusiasmo de nuestra valerosa división. Las víctimas de la tiranía, expatriadas allende el Carchi, invadieron la frontera con una expedición compuesta en su mayor parte de colombianos del sur, patriotas universales que combaten por todas las causas, mediante el módico estipendio de cinco pesos. Allí hubo también combates, proclamas y entusiasmo. El jefe de la invasión, era un antiguo gobernador de provincia, que firmaba también sus proclamas, anteponiendo "Vuestro Gral. y amigo".

Con la cooperación del norte, era fácil echar al suelo la tiranía. Pero, ¿a qué voy a alargarme contando las mil peripecias de la revoilución? ¿a qué, las barbaridades y atropellos que se cometieron en esa época? ¿a qué rememorar las proclamas, discursos, sermones, que se escribieron o dijeron entonces, compuesto, eso sí todo, con una cursilería estupenda? ¿a qué viene el recordar el aluvión prodigioso de mentiras que circularon por todo el país? Hago pues, alto de toda aquella hojarasca,

y referiré que unidas las dos divisiones derrotamos al Gobierno en las cercanías de la capital.

La entrada del ejército vencedor fue solemne: arcos, cohetes, entusiasmo, coronas que nos arrojaban de las ventanas. Unas entusiastas matronas octogenarias, mandaron a don Prudencio una muñeca que en una mano llevaba una corona de laurel, y en la otra una tarjeta, en la que, en letras de oro se leía: "Las víctimas de la tiranía te saludan ¡oh ínclito capitán!" En la Catedral se cantó un solemne Te Deum y hubo misa de acción de gracias, la que concluyó con un panegírico pronunciado por un discreto orador sagrado, en el cual llamaba Holofernes al presidente caído, Judas Macabeo a nuestro don Prudencio, Molke ecuatoriano al jefe de la expedición del norte y modernos cruzados a los oficiales y soldados. La peroración fue sublime llamó uno por uno a los muertos en los combates, conminó con la condenación eterna a los defensores del ya caído gobierno. Muchas lágrimas corrían por los tostados rostros de los guerreros, cuando finalizó la fiesta… Era de verse las caras patibularias y feroces de los triunfadores; ostentábamos ropas desgarradas y sucias, sombreros hundidos, cabellos y barbas enmarañados, hasta hubo alguno que en las goteras de la ciudad, sacóse las buenas botas de montar y cubrió sus pies con viejas alpargatas.

Las **chullalevas** buenas mozas hicieron su agosto, pues más de uno de los redentores dobló la cabeza al yugo matrimonial.

Establecióse un Gobierno provisional, el que cuidó de uniformar a las tropas, ya bastante numerosas; pues muchos valerosos mancebos que no habían olido pólvora en los combates, se dieron de alta. ¡Día de gloria inolvidable aquel en que salimos a la calle, luciendo el marcial uniforme cubierto de dorados y botonaduras, y arrastrando por vez primera grandes chafarrotes, lo que en verdad nos causaba sumo embarazo en la andadura. Los fotógrafos no se alcanzaban trabajando todo el dia. Todos queríamos hacernos retratar, y al hacerlo, adoptábamos posturas bélicas:

quien apuntando un cañón, que recién lo conocía; quien lanzándose a la bayoneta, quien defendiéndose a culatazos, de un enemigo invisible, quien, en fin, examinando un plano, con aire profundamente preocupado. Las dedicatorias se adaptaban a los retratos: "A mi adorada mamá, recuerdo del inmortal tres de febrero". "Cuando veas este retrato recuerda las penalidades de la heroica campaña". "Cuando el inmortal combate, pensaba en tí", etc.

La prensa, admirable invento del **Gutembergo** amordazada durante la tiranía, hizo una verdadera explosión. Nunca, desde que el célebre maguntino la inventó, se ha escrito más periódicos cursis i de vida tan corta. Después de manejar las armas, todos se creyeron hábiles para la pluma, y así salió aquello. Poetas asomaron por los cuatro puntos cardinales, y pulsaron hasta no poder más con el cuerpo, las rocas liras. Los músicos se dieron a componer valses, paso dobles con aires de yaravíes, bautizándolos "Viva Mosquera". “Cinta verde”. "3 de Febrero”. Había pan “Mosquera”, sombrero “Mosquera”, chicha “Redención nacional”. Hasta una callejuela que bordeaba una de las olorosas quebrádas de la capital, fue bautizada con el nombre de "Calle del ejército reivindicador".

La popularidad de don Prudencio de la Mosquera era enorme. Muy poquito faltó para que lo hicieran Presidente; pero sí, le nombraron Ministro de no sé qué. Todos los jefes de alta graduación, quedaron gozando de su grado, pero solo en el nombre, pues no pudieron emplearnos a todos los redentores que habíamos expuesto el pellejo para derrocar la tiranía Nro. 28. Este desaire nos sulfuró, y desde ese día principiamos a conspirar para echar abajo la tiranía 29, y colocar la Nro. 30.

Piura 1902.

LOS NOMBRES

DISERTACIÓN ESCRITA PARA UNA ACADEMÍA

Ha sido una desgracia para mí, el haber nacido ahora treinta y tantos años, época muy atrasada en todo: en patriotismo, en política, en costumbres, y más aún en la elección de nombres propios. Pocas personas estaban entonces al corriente de la moda, y mis padres no deben haber sido de ese número, por lo que me pusieron el sencillo y vulgar nombre que ahora llevo.

Llamarse Pedro, Juan o Manuel es una fatalidad; de individuos que llevan estos nombres, no hay que esperar sino vulgares dotes intelectuales y plebeyas miras. Petrona, Mariana o Ramona, son nombres atroces, impropios de las chicas bien nacidas y hermosas.

Ahora, felizmente, para el buen nombre de la Nación, lustre de las familias y alto honor de los individuos, la cosa ha cambiado ventajosamente, y aun creo que el Ecuador es el país más adelantado en nombres, si hacemos excepción del sur de Colombia, que con sus Hermógenes, Plutarcos,

70 – 71 – 72 saltadas

VERSOS

CAPÍTULO DE MIS MEMORIAS

Nadie lo creerá; pero es verdad que yo, Fray Colás, hice versos antes de dedicarme a los graves estudios hermenéuticos y dogmáticos.

Sí, querido lector, en mis juveniles años me creí inspirado. Apolo y las Musas me invitaban cariñosamente a subir la agria cuesta del Parnaso, y yo correspondía a tan buenos deseos, haciendo pinitos apoyado en la lira.

Por desgracia, no tenía aspecto de poeta, y esto me apenaba un tanto. "Los poetas, decíame yo, deben ser pálidos, de ojos hundidos y luengos cabellos; deben andar distraídos, comer poco; en fin, ser algo inmateriales". Yo, por el contrario, era un mocetón como un toro, bastante despabilado, y comía más que indio mayoral en cocina de patrón rico y generoso. Si algo tenía de poeta, era el bolsillo, siempre escueto e inmaterial; pues los reales venían muy rara vez a ensuciarlo. Consolábame con el vulgar dicharacho: "el hábito no hace al monje" y sin más, principié la ardua ascension, más fatigosa que la que realicé años después al Tungurahua. Leí muchos modelos. Los poetas clásicos españoles me gustaban bastante; poco, los del siglo diecinueve, a excepción de Camprodón, que me deleitaba. De los nuestros, lo confieso con rubor, no me gustaban Olmedo, ni Llona, ni Crespo Toral, ni muchos otros de fama; privábame por el dulce Molestina, a quien dediqué una composición, por el valiente Velasco, Lautaro, el sensible y melodioso Gallegos Naranjo y otros mil, que habían roto las trabas del arte y se habían lanzado en alas de su inspiración a las regiones del genio. Lleneme la cabeza de términos técnicos, pues el lenguaje poético requiere muchos nombres que no se usan en la vida corriente. El mar, por ejemplo, es **ponto**, el viento **aquilón**, el agua **linfa**, y así otros.

Dos géneros poéticos eran los predilectos para mí: el erótico y el bucólico. No tenía una Clori, ni una Silvia, ni otra de nombres semejantes y usuales en poesía, a quien

dedicar mis ansias, por lo cual dime de enamorado de una mi vecina, sobrina del cura de mi parroquia, y a ella dirigí, lleno de entusiasmo y fogosidad, estrofas de fuego, plagadas de **fríos sepulcros, amargo llanto**, que aconsonantaba con **negro manto**. **Dura suerte**, iba con **bienhechora muerte**; y había **fúnebre ciprés**, y lágrimas a ríos, y **puñales**, y **corazones** y horrores: un cementerio. Luego hablaba de las perfecciones corporales de mi Filis. Los ojos, aunque no muy sanos, eran **dos estrellas**, que me guiaban en la **oscuridad** de mi vida; los labios, gruesos, eran **coralinos**, que aconsonantaban, precisamente, con dientes **cristalinos**. El pie, era **breve**, y el cutis, cual **la nieve**. Las caderas formaban en el original un solo todo con el pecho, amplio y desarrollado más de lo regular, y, sinembargo, era una **flexible palma**, a lo que seguía **ladrona de mi calma**. En fin, la sobrina del cura reunía muchas y varias perfecciones, que nunca, por desgracia, me tocaron en suerte; pues a poco un militar, menos poético y más práctico, cargó con ella, y se fue yo no sé a dónde.

En aquella época, algunos jóvenes aficionados a quemar incienso a las musas, y tan inspirados como yo, diéronse el lujo de fundar un periodiquito, bautizado con el nombre "La Azucena". En el **debuté** para el público con una inspirada composición "La tarde en el campo". No tengo, por desgracia, ni el periódico ni el borrador de mi poesía; pero recuerdo que hablaba del **almo sol** escondiéndose tras los **empinados montes**, dorando **extensos horizontes**; y que las nubes eran de **carmín y grana**, y escuchaba de **la aldea la campana**, y después amontonaba dislates mil, como suelen hacerlo aún muchos de los que campean en la Antología Ecuatoriana. Por allí había muchas **parleras avecillas, humo de las humildes cabañas**, balidos de **blancas ovejas, arroyuelos cristalinos**, sencillos e inocentes **pastorcillos**, (pues aun no los había visto retozar con las pastoras); y mil otras frases y epítetos obligados en estos casos.

A fines de mayo, acostumbrábamos los bardos publicar un tomito de versos a la Virgen; también yo colaboré en tan popular obrita. Hablar del **florido mayo** era de

rigor, aun cuando este mes sea el más escaso de flores; pero flores había que decir, y luego que el huracán las tronchaba, y que mayo **volaba veloz**, y que las escarchas de las pasiones mataban las rosas de los valles y los lirios de las praderas. Aunque no conocía otro mar que la **cocha verdosa** de mi hacienda, hablaba del **negro y encrespado ponto**, del **diestro nauta**, del **débil esquife**, que se estrellaba contra los **agudos escollos**, etc.

Durante un año fatigué la prensa de mi pueblo; algunos periódicos de las provincias vecinas, honráronme publicando mis versos. Saboreé las felicitaciones de mis amigos; alguien dijo que yo era una verdadera esperanza de la literatura patria, y todo un personaje, muy parecido al actual Jaime Puig y Verdaguer, se tomó el trabajo de criticar mis versos. Estaba pues, camino de la cumbre del Parnaso, bebiendo en la fuente de Helicona. En mi acalorada fantasía, veíame figurando en la república de las letras, impresas mis composiciones en las Antologías, y codeándome con poetas tan inspirados como yo.

Desgraciadamente, mi genio quedó aplastado en agrás. El **torpe materialismo** de este siglo **venal y corrompido**, la **miserable lucha por la vida**, la falta de estímulo y la **envidia**, mataron mi inspiración. Y héteme aquí en vez de ser lumbrera de la patria de Olmedo, sólo soy un fraile ramplón, de misa y olla.

Piura 1902.

RECUERDOS DEL CONVENTO

Hace algunos años, Benvenuto publicó un donoso librito: "Los dominicos italianos en el Ecuador". En uno de sus capítulos, describía diestramente picantes escenas en las que

eran actores los antiguos dominicos nacionales. El cuadro, es una pequeña obra de arte, y maldito yo, si pretendo retocarlo. Quédese aquello para algún embadurnador que se mete a corregir un paisaje de Salas, o un cuadrito de género de Pinto. Mi intención es muy otra: describir escenas parecidas de las que fuí expectador y a veces actor, ahora medio siglo en uno de los conventos de Quito.

Muchos aseguran que las costumbres han cambiado en los modernos tiempos. Si esto es verdad, alégrense los timoratos y moralistas, pero lloren a mares los aficionados a historias picantes, y a cuadros de rico y variado colorido, de que eran emporio los antiguos conventos quiteños.

El principio de mis recuerdos, avanza hasta 1850. Tenía entonces el humilde servidor de Uds. 20 años, salud perfecta, rostro, según alguien aseguraba, simpático, carácter travieso. Y para aquella edad y para esos tiempos, era un tanto despreocupado en asuntos religiosos. Creo que en algún capítulo de mis deshilvanadas memorias, he contado algunas aventuras que antecedieron a mi conversión y toma de hábito. Antaño, los jóvenes éramos propensos a esas conversiones repentinas. Un sermón de algún predicador de fama, bastaba frecuentemente para que seis u ocho libertinos echaran a pasear los tres enemigos del alma y tomaran el hábito. Amores contrariados, hacían también desertar algún prójimo de las huestes de Satanás. La falta de pesos y la dificultad de obtenerlos, producía atundantes hornadas de franciscanos, dominicos, agustinos, etc., todo producto nacional, pues aun no nos venían los cargamentos de Italia y España.

Antes de la invasión extranjera, ¡qué pena tengo al recordarlo! fue la edad de oro para los frailes. Las haciendas nos producían pingües rentas en plata y oro; venía de las mismas lo necesario para la despensa, en forma de quesos amasados, gallinas y pavos, huevos, vacas gordas, y frutas exquisitas. El rico moscatel o el málaga oloroso, llegaban de Europa herejes y nunca hubo ni tiempo ni intención de bautizarlos. El chocolate se elaboraba con el mejor cacao de la Costa, bien sazonado con canela y vainilla, corriendo con todas las operaciones de la fabricación, las

monjitas del Carmen Alto, maestras también, en preparar el manjar blanco o el mejido, y mil otras exquisitas golosinas.

La cocina de nuestro convento, gozaba de merecida fama en la ciudad. El **ají de queso** con aguacates y lechugas, y los tamales que preparaban en ella, se presentaban aun en las mesas más aristocráticas. Cada fiesta de la Iglesia, tenía su especial potaje: **chigüiles** en Ramos, **fanesca** en Semana Santa, **tamales** en Pascua, **champús** en Corpus, **mazamorra morada** en Finados y **buñuelos** en Navidad, eran de rigor y nunca hubo ejemplo de que una sola vez se rompiera la tradición. Todos los platos enumerados eran hechos en cantidad prodigiosa, para obsequiar con ellos, a las monjitas, al síndico del convento, a las familias de todos los frailes, a los conocidos… a media ciudad. A veces, los guisos de nuestra cocina eran honrados en las mesas del Presidente de la República y del Arzobispo.

Nos sobraba dinero. Cada fraile o corista recibía una mensualidad nada despreciable para sus gastos particulares. Además, las alacenas de cada celda estaban provistas de vino, cigarros y sabrosas golosinas. Nunca mandábamos ni un centavo a las **casas madres**, ni aun sabíamos de su existencia en alguna parte del mundo; menos aún, gastábamos en revoluciones y otras peligrosas aventuras.

Libertad, la teníamos casi absoluta. Las reglas eran muy suaves y tolerantes, los deberes casi nulos. Recibíamos amigos en nuestras celdas, con ellos triscábamos alegremente, corría el vino, fumábamos y de vez en cuando, tirábamos la pinta. Visitábamos cuando nos daba la gana, a nuestras numerosas relaciones; a veces dormíamos fuera del convento y asistíamos a tertulias y bailes. Eramos mimados por las familias aristocráticas, y adorados por las de la clase media y del pueblo. En las celdas guardábamos con cuidado nuestros vestidos de civiles, pues algunas noches nos **ranclábamos** los más alegres, para ir a **tunitas** de arroz quebrado, llevando en los bolsillos, botellas de vino de consagrar y vihuela o bandolín, pues algunos frailes o coristas eran diestros tañidores.

Las fiestas de navidad eran muy concurridas en nuestra iglesia, porque allí cantábamos los llamados villancicos; costumbre como otras, que han abolido los reformadores. Los versos eran muy salados, y un tanto libres, y se alternaban entre los frailes del coro y el pueblo, imitando el canto, del gallo. Recuerdo que decían:

Frailes— Hay unas viejas
Pueblo— Achucharradas
F.— Que andan diciendo
P.— Que están preñadas.
F.— Hay unos frailes
P.— Muy presumidos
F.— Están creyendo
P.— Que son partidos, etc.

La iglesia era una batahola, mezcla de gritos, música, cantos de gallo, y risas.

A mi memoria vienen infinitos recuerdos, a través de tantos años, y quiero que algunos, un tanto picantes, pasen a la posteridad, porque si yo no los cuento, el olvido los borrará muy pronto.

En las cercanías del convento, vivían unas chiquillas alegres, saladas y buenas mozas, a quienes llamábamos **las paspitas**, bautizadas así, sin duda, por ser tan apetitosas como sus homónimas de harina y manteca. Nuestras frecuentes escapatorias nocturnas, tenían por norte esa casa. ¡Qué lindas noches pasábamos allí! qué locuras las que hacían a porfía, padres y coristas. Bailábamos y cantábamos hasta perder el aliento; el vino dulce y la mistela, corrían en abundancia, los requiebros y palabras de doble sentido, estallaban como un paquete de cohetes. Los besos y abrazos eran moneda de buena ley. Había escenas de celos en las cuales se apagaban las velas, volaban las botellas a guisa de proyectiles; rodaban los

muebles con estruendo. Los "cálmese su reverencia", "al diablo, ya me rompieron la cabeza", "cuidado con la vihuela" y otras frases se oían en la oscuridad, hasta que alguien encendía con mil trabajos una pajuela, y luego una vela y alumbraba el campo de batalla. Caras congestionadas, alguna vez manchadas de sangre, un borracho caído como muerto bajo una mesa volteada; trajes rotos, sombreros hundıdos, y **las paspıtas**, rojas, con los ojos brillantes junto a los vencedores. Casi al amanecer salíamos de la tuna para entrar al convento por un portillo de una pared de la huerta, lo que hacíamos no sin trabajo, por la altura que había de escalarse y la embriaguez que frecuentemente traímos.

Una noche de aquellas, para desgracia nuestra, había en la huerta un novillo bravísimo que la víspera lo habían traído de la hacienda para degollarlo. Con gran lujo de precauciones, lo habían atado a un árbol, pero el diablo, o algún travieso o envidioso, lo soltó. Vemos en la huerta y arremeter al grupo de trasnochadores, fue obra de un segundo. Nada hábiles en la tauromaquia, y achispados más que de costumbre, poco o nada hicimos para defendernos. Aventones, carreras, nube de polvo, he ahí la escena en dos rasgos. Estando en lo mejor de la brega, un corista que huyendo de la fiera habíase nuevamente subido al portillo, bajóse diciendo a media voz: el ¡prior… el prior!

—¿Por dónde?…
—Viene por la calle… ya está cerca del portillo…. escondámonos.

Mientras tanto, casi todos los molidos coristas habían podido entrar al convento. Dos no pudimos hacerlo; el que había dado la voz de alerta y yo. La noche era de luna muy clara, y en vano buscábamos un sitio que nos ocultara del prior y del toro. Pusímonos boca abajo en la sombra de una raquítica mata de rosas, y esperamos conteniendo el aliento.

Con mucha dificultad subióse sin duda el prior al elevado portillo, pues oímos hasta nuestro escondite su jadeante respiración, sus pujos, el derrumbe de cascotes, hasta que coronó la pared, lanzando un “uyyy…” prolongado. La luna lo iluminaba de lleno y pudimos verlo vestido de civil, terciada una amplia capa española, sombrero de Jipijapa de anchas alas que le sombreaba el rostro, y llevando una vihuela en la mano.

Como persona acostumbrada y conocedora del sitio, saltó con entera confianza al suelo, haciendo sonar con el **cimbrón** de la caída, las cuerdas de la vihuela. En la mitad de la huerta encontrábase entonando a media vez una cancioncilla entonces en boga:

"Estábame cierta noche
Recostado en su regazo"…

cuando el novillo, que no entendía de dulces regazos, salió de unas matas, y lanzóse contra el prior. Por un verdadero milagro, el primer aventón lo solteó con la vihuela que se hizo mil pedazos, lanzando en los aires su postrer gemido; en la segunda arremetida, ya fue el mismo prior el arrojado al suelo, después de hacer dos piruetas a regular altura. Aprovechando el apuro del prior y la faena del toro, nos escabullimos silenciosamente los que estábamos ocultos, y pudimos ganar la puerta de ingreso al convento. Allí, viéndonos seguros, quisimos presenciar el final de la tragi-comedia del mal aventurado superior nuestro. La furiosa bestia, viendo que no se movía el bulto a quien atropellaba bajo sus pezuñas, apartóse poco a poco, hasta desaparecer entre las matas de donde había salido. Levantó por fin la cabeza el golpeado fraile, cerciorándose de la ausencia del bicho, emprendió en cuatro pies la más ágil carrera que hizo en su vida, abandonando en el campo de batalla, la capa, el sombrero y la despedazada vihuela, prendas que al ser encontradas al día siguiente por el lego jardinero, dieron lugar a mil chistosos comentarios de toda la comunidad.

Cuando había una fiesta solemne, v. g. el santo de nuestra advocación, pascuas, dias del prior, etc., a más de la función religiosa de ley, se festejaba también con corrida de toros, la que tenían lugar en el espacioso patio del convento, con asistencia de muchas familias de la ciudad. Se consumía entonces, increibles cantidades de chicha dulce y anisado, y no era raro que un lego o un novicio, se llevaran los aplausos de la concurrencia, por la destreza en el arte del toreo. Por la tardecita había gran banquete, con asistencia del empingorotado señorío de Quito. El lego cocinero excedíase entonces en la larga lista de treinta platos, que era engullida con visible satisfacción por los convidados. Cuatro o seis barriles de Málaga, desaparecían en pocos minutos, alegrando la reunión, en la que los hábitos y las levitas se confundían amistosamente. Sin embargo, una ocasión, el prior se sulfuró, yo no sé por qué, contra un canónigo, y viendo que los proyectiles lanzados por la lengua, no hacían mella en la cachazuda ánima de su contrincante, cogió por las patas un rico pavo relleno que destilaba manteca, y lo lanzó con fuerza de catapulta contra la redonda cara del canónigo. Después de aplastar la nariz del cuidado, el proyectil se dividió como una bomba, y los pedazos alcanzaron a echar a perder más de cuatro ternos flamantes de los currutacos. Pero este fue un escándalo que felizmente no fue repetido nunca más; pues siempre había en los banquetes del convento mucha cordialidad, circulando bromas más o menos cargadas de color, sin que nadie pensara en tener berrinche.

—Padre López, ayer ví a la Mariquita, está bien buena moza. ¡Cómo le envidio, picarón!

—¿Padrecito Muñoz, cuándo se casa la Melchora? he oído que ya Ud. no la quiere como a hija de confesión.

—¿Dígame, padre Rafael, dizque se van los chiquillos a Guayaquil?

—¿Hermano Pedro, ha visto a las paspitas? es verdad que la una… Ud. me entiende, bribonazo.

Los interpelados contestaban sin inmutarse, y como Dios les deba a entender, en medio de las risas y quid pro quos de los comensales.

Bien entrada la noche, terminaba el bodorrio, y con todo, después del inmenso consumo, salían las sobras para nuestras familias.

Una vez al año, parte de los frailes y coristas, iban a pasar una temporada de campo en una de las haciendas del convento. En esa misma época se hacía el rodeo general y se herraba al abundante ganado de cuernos que pastaba las dehesas.

La casa, no sé si aún exista, era enorme; el patio era por su tamaño, una verdadera plaza de armas, rodeado por los cuatro lados, de cuerpos de edificio. Muchas personas de la ciudad iban convidadas a presenciar el rodeo; y de los pueblecitos y haciendas de la vecindad, venían infinitos chagras y convidados. Se establecían **chınganas**, para preparar comida y vender aguardiente.

Llapingachos, tortillas y melcochas, circulaban por entre el aglomerado gentío, pues en esos días, más que menos había mil personas en la hacienda. Las comilonas, y los paseos a correr venados en el páramo, entretenían varios días a los frailes y seglares; además, todas las tardes se jugaban novillos en el patio, en ınedio del cual se levantaba, sobre alto zócalo, una gran cruz de piedra; refugio la cruz, esta vez, no sólo de pecadores, sino de toreros acosados del toro. Por la noche la chacota era general. Se cantaba y bailaba a veces, jugábamos juegos de prendas, y terminaba la velada con sendas tazas de chocolate aquel de las monjitas, bien sopeado de queso amasado y oloroso pan de huevo. Después, a dormir, repartidos los invitados y frailes, en los múltiples cuartos de la gran casa.

Una de esas noches, más o menos a las doce, sentí que mi compañero de habitación, un corista que no profesó, se levantaba con mucha cautela, haciendo el menor ruido posible.

—¿Dónde vas? ¿qué necesitas? ¿estás mal del estómago?
—¡Chit! no necesito nada… pero no hables muy alto, quiero salir.
—¿Salir…, y para qué?, dije bajando la voz.
—Pues sabrás... pero no vayas a **descolgarme** mañana.
—No, hombre de Dios… no…. a qué?
—Pues la hija del mayordomo, esa chica tan simpática, me citó para esta hora, y para el cuartito del otro lado del patio, y ya ves, no es cosa de despreciar.
—Claro está… pero vístete pronto.
—Vestirme… ¿para qué perder tiempo? me voy asi.
—¿Y el frío?
—No hay frío que valga.
—¿Si te ven?…
—No hay miedo. El chagra mayordomo está más borracho que el aguardiente, pues antes de venir a dormir le dí media botella de anisado.
—Bueno, pues, lárgate bribón, y tengas buena suerte.

Fuese, pues, en paños menores, apenas cobijado con una sutil sobrecama, y yo quedé, lo confieso, con alguna envidia; pero el sueño me venció al fin, y dormíme como marmota. No sé cuánto rato estaría en ese beatífico sueño, cuando despertóme el estruendo del más formidable aguacero que ver se puede en esas altas regiones. Aclaraba entonces un poquito, y oí en el patio silbidos, gritos, carreras. Corro a la puerta, la abro y ¿qué veo? Al pícaro corista, casi exámine sobre el zócalo de la cruz, y al pie un formidable toro negro, al que habían capeado la víspera, haciendo frente a cuatro o cinco indios que lo querían separar de ese sitio, para poder así auxiliar al sitiado galán. Largo rato se **amatreró** el toro, hasta que le echaron una jauría de galgos, y salió del patio. Corrí entonces donde mi amigo, y le

encontré amoratado, temblando de frío, casi helado, con la sutil ropa chorreando agua, y casi sin palabra. Con dificultad pudo ponerse de pie y acompañarme al cuarto.

—¡Ay, **amumío**, ¿qué le ha pasado al padrecito? dijeron unas cholas que salían ese rato.

—Ya ven, decía yo a los curiosos, lo que es la porfía. Se le indigestó la comida y salió afuera, por más que le decía "hombre, haz uso del **servidor**".

Con esa mentira arreglé el asunto, aparentemente a lo menos. No sé si los frailes creyeron o no en esa indigestión. Yo, en verdad, me alegraba de lo sucedido ¿por qué? no lo sé.

En el cuarto ya, y reaccionado un tanto el helado, merced a fuertes friegas con ortiga y a un vaso de vino caliente, preguntéle:

—¿Qué es lo que ha pasado? Yo que te hacía en otra parte… ¿Cómo fue la aventura?

—¡Cómo fue! ¡qué pregunta la tuya! Figúrate que apenas descendí al patio, me persiguió el toro, que yo no sé por qué estaba allí. Corrí como un venado, pero ya sentía la respiración del maldito en la espalda, cuando pude subir, no sé como, a la cruz. Principió a llover, y moverse el toro de alli, imposible. Tres veces intenté burlarle, pero me cargó con tanta gana, que hube de renunciar a ello. Mi esperanza era que al fin se cansara y se fuera; pero caminaba tres o cuatro pasos, y regresaba nuevamente furioso. Quise gritar mas el aguacero me helaba a momentos, y luego…la vergüenza de que me vieran en esa ridícula posición. Si tarda un cuarto de hora más, en retirarse el maldito, me muero… ¿Qué diría la cholita?…, ¿caray!…

Poco tiempo después me ordenaron. Gané en gordura y en consideración pública. Tuve una época en la cual me consideraban como a un sustituto del célebre Salcedo; la prosperidad me trataba como a su hijo mimado. Pero nada dura en este mundo perecedero... Vino García Moreno, y sin más ni más, un día me hizo apresar, y, en junta de tres o cuatro frailes más, me desterró al Napo.

EI VENIDO DE EUROPA

ANTAÑO Y OGAÑO

Hace medio siglo que, para los interioranos, ir a Europa era un problema muy arduo; razón por la cual bien pocos eran los que pasaban de Guayaqull, que entonces debía tener escrito el **non plus ultra** de las antiguas columnas de Hercules.

El viaje hasta la reina del Guayas estaba erizado de dificultades. Había que armarse de pistola de arzón y machete, llevar gran almofrej con la cama, alforjas con gallinas frías, tamales y **quimbolitos**; poner sobre el sombrero manabita funda colorada; repasar cuidadosamente el calzón de montar, y colocar bajo la camisa medallas milagrosas y escapularios. Después venía el largo negociado con los arrieros, para alquilar las mulas de silla y carga.

El día de la salida había lloros de la mujer, de la madre, de las hijas, de las criadas, de toda la casa; tal cual pataleta y soponcio. Los amigos, tristemente impresionados, acompañaban al viajero hasta muy afuera de la ciudad; y al despedirse no faltaban las eternas frases: "Buen viaje, ¿no?", "cuídate mucho", "Dios te lleve con bien", “Escribirás" y otras de rúbrica.

Después de un mes de ausencia, regresaba el feliz mortal. Para recibir dignamente, se echaba la casa por la ventana; se mataba puerco gordo, pavo y gallinas; se hacía chicha dulce, y se alistaba un barril de Jerez a Málaga. Los parientes y amigos salían a encontrar al viajero, luciendo buenos caballos y provistos de botellas en las bolsas de las monturas, para darle, antes que nadie, la bienvenida con algunos tragos.

Entraba la gran cabalgata a la población, llevando al viajero al medio; el cual ostentaba aire de triunfador, o de obispo, saludando de derecha a izquierda. Las gentes salían a las ventanas, y muchas repetían: "Ya viene don Fulano conociendo tierra abajo. !Quién como él!"

Durante ocho días, el recién llegado era el Dios de las tertulias. En ellas contaba los peligros horrendos que sorteó en el paso del Chimborazo; los resbalones de la mula; la nevada que le iba encanijando. Ponderaba la navegación del río, y el número de lagartos que había visto; pintaba, en medio del asombro de los oyentes, el tamaño de los vapores. la comida del Hotel, lo que le dijo el italiano dueño del mismo, el sabor de las sandías y melones; ceceaba un poquito y comíase tal cual letra a usanza montuvia.

Si algún feliz mortal alargaba su viaje hasta Lima o Valparaíso, el regreso era más solemne y las historias más largas. Y si se atrevía hasta el extranjero, nombre con que se designaba a Europa o EE. UU., se le recibía bajo palio, ocupaba la atención de la ciudad un mes o dos, y era considerado como el ave Fénix. Con todo, el que regresaba de Europa, seguía siendo el mismo ciudadano y ejemplar padre de familia, como lo fue antes del viaje. No se le oía echar juramentos en francés contra la tierruca; comía sin chistar el **locro** patrimonial; vestíase como sus vecinos; montaba a caballo con zamarros y espuelas orejonas. Traía la salud perfecta, y, en los bolsillos, un poquito más de recursos pecuniarios; pues fuese al **extranjero** a comerciar, y no a pasear sin ton ni son. No sé si el viajero de antaño sea un tipo bueno o malo para el país; más creo en lo primero.

Ogaño las cosas han cambiado radicalmente: ¡no se pasan cincuenta años así no más!

Las familias medianamente acomodadas, creeríanse rebajadas, si no mandaran alguno de sus hijos a Europa o Norte América. Si el viaje se hiciera por comercio, por estudio, por completar la semi-educación que aquí recibimos, magnífica cosa sería. Desgraciadamente, la mayor parte de los jóvenes interioranos que van al extranjero, son nulidades pretenciosas, sin pizca, no diré de ilustración, mas ni de sentido común, inflados con su equívoca nobleza, o por una fortuna conseguida Dios sabe de qué manera. Jóvenes inteligentes, ilustrados y patriotas, rara vez salen del país; porque sobre ellos pesa casi siempre, como loza de plomo la pobreza. La riqueza en el interior, la mayor parte, a lo menos, está en manos de lo que aquí dicen **nobleza**; palabra que, en el Ecuador, debe ya ser sinónimo de necedad o tontería; pues raros son los nobles que, por su talento, ilustración y patriotismo, son dignos de ocupar el sitio que en otros países tiene la nobleza.

Perdón por la digresión, y vamos a nuestro asunto.

II

"Manolito se va a Europa". Esta noticia corre de boca en boca entre los amigos y parientes de la familia Castillos. Doña Chepa, madre del futuro viajero, lo cuenta a todo el mundo. Ve a una **cajonera**, y le da parte del suceso; encuentra por allí a una vieja de hábito y rosario y le dice: "Doña Jacoba, pida a Dios, que a Ud. le oye, que le lleve a Manolito con bien". Hasta los indios aguadores saben ya que Manolito va a Europa.

¿Y quién es el tal Manolito, tan popularizado por doña Chepa? Pues un muchacho como hay muchos; pequeño de cuerpo, de color casi cobrizo, chato, **cerdozo**, con tres cuartos de sangre americana; pero futuro heredero de una fortuna hecha por su papá, en el comercio de ferretería y trapos. Sin este particular, Manolito hubiera asistido a la doctrina parroquial, o sería **peón mediero**, pues aun no tiene edad para completar la tarea de deshoje de maíz, o la de arada.

Cuando don Pedro Castillo principió su vida arreando mulas a la **Bodega**, llevaba su apellido en singular; pero Castillo es cualquier pelagatos, por lo que cambióse en Pedro Castillos, desde que le entró la fortuna.

Mandar al primogénito a la **ciudad** de Europa, como decía doña Chepa, era el sueño dorado de la familia así se adquiría **per saltum** un lugar muy distinguido en la sociedad; era el prólogo para un matrimonio ventajoso, en el que se mezclaría la sangre indiana con la azul de alguna aristocrátıca heredera.

Fuése pues, Manolito, y el mundo siguió dando vueltas en el **piélago inmenso del vacío**, por espacio de un año o dos.

Nada digno de contarse hubo en la familia Castillos; por lo cual paso por alto los aspavientos que hacían todos a cada carta del ausente. Doña Chepa salía a la calle, y no se cansaba de repetir, **que Manolito escribe tal cosa, que tal otra; que Manolito es ya un inglés perfecto, etc**.

Al fin vino Manolito. Los chagras mayordomos de las haciendas, provistos de fiambre y de las necesarias bestias de silla y carga, fueron a encontrarlo hasta Babahoyo. A dos o tres leguas de la ciudad, salieron la familia y conocidos del glorioso joven, ocupando diez coches de alquiler y dos propios, pues Castillos era hombre que los tenía.

Por fin asomó el esperado viajero. Cabalgaba un flaco jamelgo, pelado de crin y cola, y de andadura trotona. El jinete llevaba gorrita de jokey, pantalón ajustado, polainas amarillas, y calzaba espolines de tamaño microscópico. A la bandolera cargaba un anteojo de larga vista y una carabina de salón. A respetuosa distancia, venía la turbamulta de chagras mayordomos, cubiertos de **chiricatanas**, zamarros de cuero de chivo, sombreros de Cotacachi, y espolando las cansadas mulas con grandísimas espuelas orejonas.

Con todas las reglas del arte ecuestre, paró al jamelgo, y desmontándose, el molido viajero, y con cierta tiesura y etiqueta, abrazó a sus padres y dió la mano, nada más que la mano, a los amigos. Terminadas las primeras emociones, don Pedro díjole:

—Pero, Manolito, ¿por qué no montaste más bien en el tordillo yunga, que es tan suave y voluntario, y no en el alazán en que has venido, que sólo es bueno para carga? Estos chagras brutos que no te han indicado tienen Ia culpa.

—¡Oh!, non, papá, mocho mejor venir en horse de trote. Yo estar mocho acostumbrado trotar y trotar.

—¿No dije?… ¿no dije?, decía doña Chepa, dirigién dose a la concurrencia, que Manolito había de venir un completo extranjero… ¿Te has cansado, hijito?

—¿Yo? estar all right.

—Asienta el camino, hijito, antes de seguir en el coche. Señores, una copita...

Tomada la cual y otras varias, púsose en marcha la comitiva, con grande ruido de ruedas viejas, fierros y herraduras. En la casa esperaba lista la comida. El héroe del día, Manolito, presidía la mesa, vestido aún con su misma rarísima ropa de viaje.

—Hijito, ¿por qué no comes la gallina? Está riquísima.
—No, ma chere maman, no tengo famme.
—¿Y estas papas rellenas?
—¡Oh! ¡qué **barbarite**! ¿Cómo se apelle?
—Papas, hijo.
—¡Oh! sí, patatas, en el extranjero comen sólo los **paisanos**.
—Toma este vino, Manolito, es del que nos llegó, especial para nosotros, dijo doña Chepa; y dirigiéndose luego a los convidados: Señores, les recomiendo el vino, es especial, pedido por Pedro a la ciudad de… ¿cómo se llama? ¡ah! a la ciudad de Francia, en Burdeos.

Manolito paladea despacio y con aire de inteligente en la materia: Aceptable, aceptable, hay **bouquet**. En Anglan toman sólo Porto y Sherry, a libra la botella…
—¡Diez sucres botella ¡caray!…
—Yes…

En medio de la comida, Manolito enciende un cigarrillo y vacía una copa de coñac.

—No se acaba todavía la comida, le dicen.
—No importa. Esto es muy **fashionable**. Como **nus disons an francés**, c' est un trou normande. All right…

Luego dice, viendo unos huevos:
—¡Oh! que petits, en Está Uni mocho grandes, grandes así como mi puño… a dollar huevo.
– ¡Caray, qué maravilla! ¿por qué no trajo Ud. Unas gallinas que pongan esos huevos?
—¡Oh! mocho caro… cien dollar pieza.
—¿Quieres que te pase unas frutas?
—¿Frutas? yes... **¿come dison vous?**

—Plátanos, chirimoyas, aguacates.
—¡Oh! yes… all right.

El café lo toma en vaso de cristal, y lo enfría con nieve.
Concluída la comida, al salón todo el mundo. Va a principiar el baile, y el piano principia los preludios de una cuadrilla de lanceros.

—¿Qué est que ca? dice Manolito, en medio del salón, no **entende este musique**.
—Señor, es la cuadrilla de lanceros que me han pedido las niñas, responde, malhumorado, el pianista.
—¡Oh! **barbarité... musiquée** Ud. Mister pianista, una danza rusa.
—No toco eso.
—¿Cotillón?
—Tampoco.
—Entonces no poder mi persona danzar esta soiré.
—¿Un valse entonces?
—¡Ah! Ben…toca vals.

Saca su pareja y principia un zapateo diabólico; saltos a diestra y siniestra, carreras rapidísimas, haciendo silbar las suelas de sus botas sobre la alfombra, con la violencia del roce. La señorita no puede más, suda a mares, está mareada, al desmayarse; y Manolito, que quiere probar su resistencıa, se hace de la vista gorda. Las otras parejas han dejado de bailar, por temor de ser atropelladas por ese rorbellino, el que feneció contra una consola, haciendo añicos candelabros, briseros y chucherías mil, y dejando sentada a la señorita sobre una compotera... Confusión, risas ahogadas, aplausos. Manolito, sin turbarse, se larga a otro lado diciendo, por vía de consuelo, a la caída:

—Vosté, miss, aprenda pronto danzar mocho bien.

—Habla un poquito en inglés, le dice doña Chepa, me privo por el inglés; estuviera siempre oyendo esos silbiditos sin cansarme.

—¡Oh! yes: We are told that the Sultan Mahmond, by his perpetual wars abroad, and his tyranny at home…

—¿Qué quiere decir?

—Saluda a la concurrencia, dice don Pedro; yo entiendo algo de eso.

Todos contestan el saludo.

—¿Y qué lenguas habla Ud., Manolito;

—¿Moi? **parlo** francés, english spoken, parlo italiano y algo alemán.

—¿Y se ha olvidado del español?

—Bastante… Español no vale.

—¿Qué partes ha recorrido Ud. en su viaje?

—Está Uní, France, Inglaterra, Italia... mocho más; me fui, me fui, me fui..., hasta Rusia.

—¿Y conoce Ud. la ciudad de España? preguntó a gritos un canónigo sordo que estaba en la reunión.

—¿España? mi no quise ir a esa tierra. Mucho atraso, hay inquisición y **brigantes**.

—¿Besó Ud. el pie del Santo Padre?, gritó más aun el canónigo.

—Yes; mucho está viejito el Papa. Mandó recuerdos para Quito y bendición papal para presidente.

—¡Imposible! El presidente es masón, y el papa lo sabe.

—Nada malo ser masón. Yo penso ser buena cosa masonería… En extranjero toditos son masones.

—Eso es lo malo, dijo otra vez el canónigo; en la Europa todos tienen malas ideas; si señor, muy malas. Extranjero y hereje, es lo mismo; por eso rezo yo en la misa por la converción de los herejes, franceses, ingleses y masones.

—¿Y qué dicen allá del matrimonio civil o de **1os perros,** ¡ja, ja, ja!, como dicen los chistosos redactores de "La Ley"? Cosa más graciosa, ¿no? Allá **desque** se casan como quiera, a lo **más que nunca**, y **diaicá**, todos los años cambian mujer.
—Sí pater… ahí nadie se casa.
—Deveras… caramba!
—Manolito, ¿qué tales caballos viste allá? pregunta un caballista, ¿son de paso llano o de trote chileno?
—¡Oh! caballos o **chevós magnificente**... mocho grandes, tamaño de este **chambre**... andadura trotones, cortados cola; mi montar bien trotones, no poder dominar los de paso.

Algo más hablaron esa noche. Manolito causaba viva admiración a sus padres, que no se cansaban de exclamar: "Parece un extranjero; aire, maneras, lenguaje, todo es de extranjero. Sólo la color y el pelo **le ofienden**. ¡Habrá talvez extranjeros así!" Y cavilando, cavilando en ese problema, se durmió la más feliz de las madres.

Manolito se levanta al siguıente día muy tarde. Sale de su cuarto en paños menores y se pasea a largos trancos en una azotea.
—Hijo, cuidado una pulmonía.
—¡Oh! mucho higiénico baño de aire.
—¿Dónde están los **mondes**?
—Mondes, ¿qué es monde?
—¡Oh! mondes decimos cajas de guardar los **hábitos**.
—¿Los baúles?
—Yes, los baúles; allí tener ropa bonita mode de París.

Sale Manolito a la calle. Es un completo **gentelmano**, como dice don Pedro. Levita hasta los tobillos, un **buche** bajito, pantalón estrecho, botines enormes, cuello de la camisa hasta las orejas y puños que le llegan a las uñas. En las manos, que están cubiertas de guantes color perla, lleva un monóculo y un junquillo. Con aire distraído,

llevando el cuello tieso, se dirige por esas calles. Hace una mueca de desprecio, que no saludo, a los conocidos que encuentra. Si pasa una buena moza, le dirige el monóculo, diciendo entre dientes:
—"Pasable, pasable... pero ¡qué mal habillé, por Dios! Esa manta me hiede".

Otro día sale en coche descubierto a hacer visitas. Viste smokin, pantalón blanco, polainas de hule, espuelín de plata y casquete de jokey.

Es la moda de Etá Uní. Para cada día tiene una nueva moda, y los guantes no se los quita ni para ir al excusado.

Doña Chepa repite: "No hay como mi Manolito para vestirse. Es un figurín".

Visita a muy pocas personas, y éstas sólo de **calidad**; pues le apestan los ecuatorianos, porque son un atajo de brutos incivilizados. Las mujeres, ¡oh! son muy zafias, ignorantes y rezadoras; ademas, la manta y el pañolón le apestan a legua. Juega de vez en cuando el pokar; el tresillo es una majadería, y los otros juegos del naipe, son apestosos. El locro patrimonial y el mote, del que engullía fabulosas cantidades antes de su viaje a la extranjería, son platos sólo para los **paisanos**, y le apestan también; pues esta palabra, es la única que le ha quedado del castellano. Periódicos, no lee nunca, son muy necios; y ¿qué le importan además las cosas del Ecuador, cuando él, Manolito Castillos, es ciudadano americano? Su viaje a Está Uní, fue con el exclusivo objeto de arrojar allí, como cosa puerca, la ciudadanía ecuatoriana, y adoptar la yankee. Ya es, pues, un perfecto yenkee; habla de Rosevelt, de Morgan y de Simpson, como de amigos antiguos. Habla, come y digiere como yankee, bebe wiskey y no anisado; por desgracia, no piensa como yankee, porque su cerebro es hue-co y tiene humo en vez de sesos; sólo así se comprende que esté tan lleno de vanidad.

Para doña Chepa, su hijo es un monstruo de grandeza, y para don Pedro, es un gigante de saber; y ambos repiten a dúo: "Cuánto ha ganado nuestro Manolito: es un perfecto extranjero". Y sueñan con destinos inmensos para el coloso: matrimonio con la reina de Bretaña; embajadas del gobierno yenkee; millones en oro, piedras preciosas, orinales de plata labrada, la mar.

Felizmente, la medalla tiene su reverso. Hay ecuatorianos que honran a su país en el extranjero, y cuando vuelven, nos traen conocimientos sólidos, industrias nuevas, ideas de mejoramiento social y económico, que tratan de realizarlas; costumbres y trajes; no hacen fisga de nuestras mujeres, ni ven con indiferencia nuestras desgracias; y no renuncian, sobre todo, la ciudadanía ecuatoriana para hacerse rídiculos ciudadanos extranjeros. Esos ecuatorianos inteligentes, que viajan; pero los necios ¡Dios de bondad! que no salgan de su casa, en la cual deben estar contentos con su nobleza problemática y con su estúpida vanidad.

Atocha 1903

DEL NATURAL

El, un arrogante mozo de 25 años, estrena, en ese día inolvidable, un traje de etiqueta bien cortado. El peluquero rizó cabellos y bigote con toda la ciencia del caso. Ella, de 18 años, vestida con el aéreo e inmaculado traje blanco, es un prodigio de gracia y esbeltez. Cuando salen los dos desposados de la iglesia se oye por todos los ámbitos de la calle murmurar: "qué linda pareja", "quién fuera el novio", “el uno para la otra"' y un borracho que haciendo eses sigue el cortejo nupcial, grita arrojando el sombrero con ira al suelo: "vivan los novios, ca… ramba".

El novio, como quiere la etiqueta, dando el brazo a la novia marcha con gran pausa y acompasadamente y el cortejo larguísimo de parientes, amigos y criados tomó por instinto el compás y se oye el tran, tran de un batallón disciplinado. De vez en cuando el novio dirige sus miradas a la que ya es su esposa, miradas que a fuerza de dulces parecen las de un carnero agonizante. La novia se atreve también a ver de vez en cuando a su maridito, pero luego, ruborizada, clava porfiadamente los ojos en las piedras de la calle, como si quisiera contarlas. Y tran, tran, tran, el largo cortejo de parientes, amigos y criados, entra a la casa donde se ha preparado el nido...

Sí, un verdadero nido. La cámara nupcial ocupa el mejor cuarto de la casa. No se omitió sacrificio para que aquello quedara muy **chique** como dice la madre de la novia. Buena alfombra en el piso, nueva encaladura en el techo, papel rojo **moderno estilo** en las paredes y dos cuadros copias de los de Bougereau lucen las encarnaciones del desnudo en el fondo rojo. ¿El lecho? ¡oh! el lecho, es cuja de madera amplia, con dosel de limones imitando nubes y prendidos entre ellas con alfies muchos angelitos y amorcillos recortados de oleografías, y por todas partes, cintas y ramitos de azahar hechos de papel. En la cabecera del lecho un gran escapulario, regalo de la tía monja representando un rojo corazón envuelto en llamas con la leyenda o letrero: "detente: el Corazón de Jesús está conmigo". ¿A quién va dirigido este detente?… Pero sigamos con la descripción: junto al lecho, elegante mesa de noche enseñando en su seno muy discretamente una hermosa bacinilla de porcelana decorada con lacitos de cintas rosadas. Más lejos una mesa de tocador cargada de mil cachivaches de lujo y de necesidad. Amplias otomanas y un sofá completan el mobiliario de la estancia. Todo es nuevo, flamante, de buen gusto y como han regado por todos los rincones agua de rosas y han quemado un librito de papel de Armenia, todo es bien oliente. Se ha tenido en cuenta que ese cuarto va a ser el teatro de la felicidad de dos almas… y de dos cuerpos, también, ¡caramba!

El, poeta de afición y modernista, no cesa de galantear a su mujercita. La llama su azul, su ilusión fatídica, su Atala, su Cumandá, su águila hierática. Le recita largas

ristras de versos fechados en el lago de Chimano o en el Meschasebé y todo termina en chas, chas; besos, besos y besos. Ella, radiosa, contenta de tener un poeta por marido, enamorada, repite la eterna antífona y luego chas, chas, chas: más besos… Yo digo: ¡qué poético es el matrimonio!…..

Cinco años después: Cuatro criaturas o mejor dicho **guaguas**. Se llaman —Raúl Escipión Trajano, —Transval Humberto Manuel, —Aida Nancy Fanny Angélica, y —Víctor Manuel Segundo Garibaldi.

El, a más de poeta de vocación, es chacarero por necesidad y así pasa gran parte de la semana en la hacienda. El sábado por la tarde regresa el poeta chacarero al hogar. Monta un caballejo lanudo o más bien yegua con cría: Los arreos son los clásicos: silla de cabezada, estribos de cobre y muchas correas y hebillas. Traje, el clásico también: zamarros de cuero de leopardo, poncho de Pisanquí con tapa cuello, sombrero de fieltro de anchas alas con cintillo de grasa y calzado de espuelas roncadoras. Me olvidaba del pellón de cuero de **perico ligero**, magnífico preservativo según fama para las hemorroides. Trae el pelo largo en desorden y de color gris por el polvo; las barbas hirsutas piden a grito herido una navaja; las orejas y los ojos son pura tierra. Y los pies, sobacos, ingles, expiden un olorcillo propio de hombres de pelo en pecho y de buenos chacareros.

Ella asómase al comedor llevando en brazos a Garibaldito, lagañoso, huraño y cubierto de una costra de mugre. Ella viste una bata cuyo color es imposible de adivinar. Tres o cuatro días antes el peine ha fugado de la casa, pues sólo así se explica el desgreño de los hermosos cabellos: como le han resultado pecas está untada de pomada amarillenta. ¿Y la esbeltez aquella? pues desapareció, pechos y caderas aumentaron de volumen en proporción formidable; la boca aquella que el poeta comparó a "tierno regazo de ósculos dormidos" perdió su gracia y en vez de regazo de ósculos es caverna donde se ven dientes amarillentos y ensías que parecen jamones.

....…………………………

—¿Qué tal?

—¿Qué tal?

(Salutación de Chactas y Atala) y sin más preámbulos entran al **cuarto del diario**, pues la cámara nupcial poco a poco convirtióse en ese prosaico estado. La alfombra descosida, rota y manchada de tinba y grasa y otros residuos, es una lástima. El hermoso papel rojo fue arrancado en parte por los niños y el oscuro barro de la pared asoma por diversos sitios. No sé qué han hecho de los cuadros de Bougereau; fueron quitados por indecentes y sustituídos por un Corazón de Jesús y la Dolorosa del Colegio, obras escandalosamente malas, debidas al pincel de uno de los innumerables descendientes de Salas. El sofá y otomanas por allí están desvencijados y con los resortes afuera del tapiz amenazando enérgicamente al osado que quiera descansar en ellas. En el tocador hay tarros desocupados de cerato, una mamadera, botellas vacías, un tintero sin tinta y lleno de moscas muertas, un serrucho, un tomo desvencijado de Vargas Vila y todo cubierto de polvo... Me olvidaba, faltan por completo los útiles para el tocador.

La mesita de noche perdió la puerta y ya no tiene secretos, pues muestra una bacinilla de hierro enlozado y varios botines viejos. ¿Y el lecho? ¡Ah! el pobre lecho, ya no tiene dosel de nubes ni amorcillos, ni el detente, juzgado al fin inútil; ahora es una simple cortina de zaraza colorada cubierta de polvo y telas de araña la que **endocela** (?) la famosa cuja. Y hay dos camitas de niño y un catre de madera para la ñuño y un olor, un olor que es el mejor detente para el profano que quiera entrar en ese templo de himeneo.

El: ¿Habrá hierba para el caballo?

Ella. ¿Caparon los novillos? ....

El: Ca... ramba! la helada nos ha fregado…

Ella: Vino el alguasil por eso del tres mil…

El: Leyendo una nota: Me han nombrado jurado.

Ella: La pilla de la chola ñuñu creo que está con ancheta…

Garibaldito… llorando: ah, ah, hu, hu...

El: Estas almorranas que no me dejan…

Ella: A mi ca no me para nada en el estómago…

El: Me caigo de sueño.

Se acuesta con toda la tierra y mal olor que trajo de la hacienda…

Garibaldito: Hu, hu, hu.

El: Caracoles con este guagua del diablo; no me deja dormir.

Ella: Elé, el bravo: tu hijo es…

Garibaldito: hu, hu, hu.

Las cinco de la mañana…

Temblor…

El, ella, la ñuño, y los mayorcitos salen disparados y desnudos del cuarto...

Amanece...

Yo: ¡Qué poético es el matrimonio!